

CRISTHIAN DANIEL GAONA

LA TEORÍA DE LA RELATIVIDAD



PRÓLOGO

Supongo que cada quién vive el amor de una manera distinta. Por ejemplo; para Albert Einstein, el amor era la quinta esencia de la vida, la respuesta a todas las preguntas y la pregunta que jamás será contestada, la energía universal más grande. Para Aristóteles, las personas que están destinadas a estar juntas alguna vez fueron la misma persona. Para Helen Rowland, enamorarse consiste simplemente en descorchar la imaginación y embotellar el sentido común. Para Quentin Dahl, el amor era como la poesía, un fraude, porque sin importar cuántos poemas escriba, cuántos versos y palabras use, jamás podrá ser explicado. Cada quien vive el amor de una manera distinta, por ello no hay concepto absoluto, sino relativo.

La relatividad consiste en que si medimos un trozo de madera en un carro en movimiento no tendrá el mismo tamaño que al salir del carro. Eso significa que el espacio que ocupan los objetos (su tamaño), como la posición que estos ocupan (su lugar en el espacio), cambian desde el lugar donde se midan.

Stephen Hawking explica la relatividad utilizando el ejemplo de los mellizos: si uno de los mellizos viaja fuera del planeta a gran velocidad el tiempo pasará más lento que para su hermano que se quedó en la tierra. Incluso, si su viaje alcanza una velocidad similar a la de la luz y se prolonga por 20 años, al volver a la Tierra será mucho más joven que el mellizo que se quedó en el planeta.

Según los investigadores el tiempo transcurre más despacio para quienes están en movimiento. Es decir, mientras tu corres lentamente por tus sueños, hay personas que ven la vida pasar a gran velocidad desde el sillón de su conformidad.

La relatividad nos explica que cada uno de nosotros es un universo diferente, que vivimos el ahora de una manera distinta, que la verdad no es absoluta, que el tiempo, la percepción y el sentir, varían en cada persona. Vivimos en nuestra propia órbita, creamos nuestras propias constelaciones. Llevamos nebulosas en el alma y la energía de un sistema solar en el corazón, que nuestras lunas no tienen un orden y que nuestro mundo puede chocar con otro provocando un Big Bang de emociones. Para Quentin Dahl los días terminaban antes que su botella de ron, eran fríos, y la soledad se había convertido en su mejor compañera. Su gran éxito con sus novelas le habían permitido llevar una vida bastante cómoda, paredes llenas de cuadros, libros y botellas de licor eran básicamente lo que adornaba su casa. Sus días empezaban con una taza de café a medio enfriar, viejos libros con pastas rotas, hamburguesas, visitar a su madre enferma y terminaban en un bar. Para Quentin Dahl la vida no era más que un cigarro y lo fumaba todas las noches esperando que se consumiera.

Para Lieseri Becher, los minutos se convertían en horas, y las horas parecían una eternidad. Con comidas sin hora fija, con rutinas pesadas, le faltaba tiempo pese a tener días bastante largos, le sobraban ganas de vivirla y mucho sueño. Encontraba la felicidad en su familia y en servir a los demás, y así es como le regaló su tiempo a los malaventurados, tanto, que no se le ocurrió que su vida necesitaba un poco de ella.

En la relatividad del amor, existen varias verdades y ninguna mentira. Un beso puede ocasionar tormentas en un hemisferio y del otro pintar atardeceres de abril. En la relatividad existen varios universos, y unos están destinados a chocar constantemente.

Título original: La teoría de la relatividad “Memorias & Margaritas”

Para Rubén y Katty,
gracias por ese empujón.

PRIMERA PARTE
Memorias

LA GRAN EXPLOSIÓN

11 de abril de 2014, la noche de la gran explosión. Hora 11,50 pm. Bar "ye old trip to Jerusalem" Nottingham —Reino Unido.

12 horas antes de la gran explosión. Para Quentin Dahl el día más largo, empezó algo tarde luego de pasar toda la madrugada viendo la tv, comiendo pizza y bebiendo cerveza. Era básicamente lo que hacía los jueves por la noche, después de llegar del bar de su mejor amiga Elizabeth Castle, "ye old trip to Jerusalem" es probablemente el bar más antiguo del mundo con 825 años, se dice que fue construido en 1189, una propiedad que pasaba de generación en generación hasta el día que fue obsequiado a Elizabeth en el testamento de su madre. Era el sitio donde Quentin Dahl, escribió sus dos novelas "El té de Mary" y "Un lugar más allá del olvido" era uno de sus lugares favoritos. Cada noche volvía al viejo bar y bebía cervezas junto a Elizabeth. Al llegar a casa seguía el mismo ritual cada viernes, después de abrir la puerta. Dejaba tirados los zapatos al entrar, al igual que su saco o lo que sea que llevase puesto, tiraba las llaves en una pequeña mesa de madera que su madre le obsequió el día de su cumpleaños. Caminaba a la cocina y horneaba las pizzas que compraba en el supermercado, se aseguraba de agregarle extra de queso y jalapeños. Sacaba un par de cervezas de la heladera y se recostaba en el sofá a ver HIMYM, una serie de comedia americana que se transmitía en la tv en forma de maratón cada viernes en la madrugada. Quentin Dahl era una persona de rutinas, los lunes de pastas, los martes de películas malas junto a Harry su sobrino de 10 años, los miércoles de escritura, los jueves compras, los viernes visitaba a su madre y pasaba la noche comiendo pizza instantánea, los sábados de pesca con su sobrino o cualquier actividad que hacían juntos y por último los domingos un día donde sólo se quedaba en casa, en pijama esperando la puesta del sol, para ir al viejo bar y en medio de música y varios vasos de licor, junto a la compañía de Elizabeth, trataba de tapar la soledad que lo frecuentaba cada madrugada. Dicen que la soledad se siente unos minutos antes de dormir, y que te abraza hasta que el sol vuelve a salir.

Despertó la mañana del viernes 11 de abril a las 11,00 am algo tarde. Pasó tiempo demás en la ducha, escuchando Mumford and Sons, una banda folk británica. No tuvo tiempo de disfrutar de su desayuno, que casi siempre eran tostadas francesas, con tocino, huevos revueltos, y un café americano. Se vistió de pantalón negro de mezclilla, con una camisa de cuadros color marrón y unas botas negras. Se montó en su camioneta, una vieja Ford 150 del 92 color negro que había sido de su padre. Se dirigió a casa de su madre Lily Dahl, quien vivía con su hija Alisa y su nieto Harry. Alisa es la hermana menor de Quentin, quien quedó embarazada justo antes de salir de la preparatoria, desde entonces ha sido madre soltera y que junto a su hijo viven con su madre Lily. Alisa trabaja como locutora en una de las radios de la ciudad por las tardes. Mientras Lily cuidaba a su nieto.

Mientras manejaba, de fondo sonaba Stubborn Lave, una de sus canciones favoritas de la banda americana Lumineers. Paró en la gasolinera para comprar chocolates para su madre, se percató que cerca había una camioneta igual a la suya llena de margaritas. Se montó al carro y

siguió el camino, por el retrovisor vio la silueta de una mujer con shorts, una blusa blanca, cabello claro y recogido subir unas bolsas de compras a la camioneta, aquella mujer llamó inmediatamente la atención de Quentin, la miró un par de veces por el retrovisor antes de que desapareciera en el camino. Al llegar a casa de su madre, decidió entrar por el patio trasero y primero saludar a su sobrino Harry, quien construía un telescopio en su baticueva, como así le llamaban, en realidad era la bodega dónde el abuelo guardaba sus herramientas, después de su muerte Quentin la convirtió en un sitio donde su sobrino podría escapar, su guarida, su laboratorio secreto, su lugar seguro, su baticueva. Allí se llevaron a cabo grandes experimentos, como el cereal que se puede comer con coca cola, que era básicamente una mezcla de cereal de chocolate, con cereal de colores y coca cola, un invento que no era recomendado al público por su alto valor en calorías. Una máquina del tiempo, que nunca funcionó. Una bicicleta, o como ellos le llamaban la batinave, la mejor nave jamás creada por el hombre. Pese a no conocer a su padre, Harry nunca sintió el vacío de la ausencia de una figura paterna, porque siempre tuvo a Quentin, su superhéroe.

—¿Cómo vas con eso, necesitas ayuda? — preguntó Quentin. Jaló un banco para sentarse a su costado derecho.

— ¡No!, sólo necesito ajustar el contra peso y hora ajustaré el telescopio y ahí lo tienes, he armado mi propio telescopio, algún día trabajaré para la agencia espacial del Reino Unido. Comentó con la seguridad de que lo lograría. ¿Lo probamos esta noche?

Harry estaba tan emocionado, tenía una fascinación por la astronomía y Quentin le obsequiaba toda clase de objetos astrales que encontraba; desde libros, llaveros, hasta convertir el techo de su habitación y la baticueva en la vía láctea.

—Primero iremos a abrazar a la abuela. — Dijo Quentin.

Caminaron conversando sobre un evento astral que sería visible esa noche a las 11,00 pm. Al entrar a casa abrazaron a la abuela, quien estaba de cumpleaños.

—60 años y me esperan 60 más. —Comentó, Lily quién se encontraba emocionada de ver a Quentin, y que sus hombres de la casa la estuviesen abrazando, Harry corrió a su habitación a terminar de envolver el regalo de la abuela, mientras Quentin salió al patio a prender la parrilla. Lily amaba los asados de Quentin. —Ya casi no vienes por aquí. —Proclamó Lily, mientras acomodaba las bandejas con las salsas.

—Estoy tratando de trabajar en un nuevo libro, madre.

—Y ¿Cómo vas con eso?

Quentin demoró doce segundos en responder. Siento que falta algo Quentin abrió una cerveza y dio un sorbo, suspiró. — Pero no logro descubrir que es.

—Piensa en el anterior, ¿cómo la descubriste?

—Es diferente madre, el anterior hablé de ti, y este... Exhaló Habla de amor.

—No necesitas amar a alguien para hablar de amor, el amor está en todas partes, aquí, con nosotros que te amamos. Para Harry eres el ejemplo a seguir, para Alisa eres su protección, cuando supe que venías en camino, fuiste mi luz en tanta oscuridad, Elizabeth te adora, tienes a tanta gente amándote. Las personas que leen tus libros. Piensa en todo lo que les haces sentir. Cómo te puede dificultar escribir de amor si el amor te rodea, sólo debes levantar la cabeza y mirar a tu alrededor, y cuando no lo sientas, mira el cielo, y sus colores, es la manera que Dios te demuestra su amor.

Quentin bebió un trago de su cerveza, vio el cielo, vio a su madre, y la abrazó. —No sé qué sería mi vida sin ti.

Lily besó sus manos y acarició su mejilla. — Sería igual de hermosa. Pero no podrías solo con tu terquedad.

Lily y su nieto Harry preparaban la torta mientras Quentin metía la carne en la parrilla. El atardecer estaba llegando, el aroma de la comida inundaba la casa, Lily decoraba la mesa del patio para la cena, era primavera y el cielo se llenaba de estrellas y más aún en abril donde los atardeceres son coloridos y las noches brillantes. Harry alistaba su telescopio para la lluvia de estrellas líridas.

—¡Oh por Dios! Que huele tan delicioso. — Alisa, entró, primero abrazó y besó a su madre, besó en la mejilla de Harry y abrazó a Quentin. Nos tienes tan abandonadas.

Quentin besó la cabeza de Alisa. Lo siento.

Alisa cortó una rebanada de carne. ¡No tienes idea como extrañaba tu comida! ¡Dios! ¡Es tan deliciosa!, iré por el vino.

7,50 pm, cuatro horas antes de la gran explosión. La familia Dahl se encontraba junta y feliz, era una gran noche, no sólo por el cumpleaños de Lily, también por la lluvia de estrellas líridas, un evento que ocurre cada primavera. Harry fue por velas, las encendieron al igual que las luces colgantes que decoraban el patio. La noche brillaba al igual que los ojos de Lily, quien agradeció por la compañía en medio de lágrimas y sonrisas —la vida está llena de momentos; buenos, malos, tristes, felices, llenos de miedo, de adrenalina y de pasión. Son la suma de todos estos, lo que nos hace amar este aliento que le llamamos vida. Este rayo de energía que al igual que sol, al amanecer nos hace despertar día tras día, es este calor entre los dedos lo que nos hace sentir que estamos vivos. Los cumpleaños es un día donde no sólo festejamos haber dado la vuelta al sol una vez más, es también recordar todo lo que vivimos al recorrer estos trescientos sesenta y cinco días, es valorar los momentos, las veces que caímos y nos levantamos, cuando caminamos porque correr se nos era difícil, es la compañía y la soledad. No necesito pedir un deseo. Lo tengo todo, los tengo a ustedes.

Alisa, levantó la copa y entre lágrimas dijo. —Por la vuelta al sol y por este calor entre los dedos que le llamamos vida.

Y así lo repitieron.

La noche era cálida y en medio de estrellas y luces bajas, la familia Dahl pasaba uno de esos momentos, donde la vida es hermosa entre familia.

8,50 pm, tres horas antes de la gran explosión. Era hora de partir el pastel sin antes cantarle el cumpleaños feliz a Lily. Harry, quien tomaba clases de saxofón en un conservatorio, lo llevó a la mesa y junto a Alisa y Quentin, cantaron el feliz cumpleaños.

—Feliz cumpleaños a ti, feliz cumpleaños a ti, feliz cumpleaños querida Lily, feliz cumpleaños a ti.

Lily en medio de sollozos apagó las sesenta velas y pasó a cortar el pastel, que era de naranja, bañado en crema tres leches y chispas de chocolate. El pastel favorito de la familia. Lily lo preparó por primera vez, hace 20 años en una mañana de navidad. Desde entonces se convirtió en el pastel de celebraciones o momentos especiales.

Después de haber devorado el pastel, se quedaron varios minutos en la mesa, hablando de la vida, del libro que Quentin trataba de escribir, de cómo le iba a Harry en la escuela y del día laboral de Alisa. Rieron y fue una noche larga, feliz, donde también recordaron al Abuelo Nicholas Dahl, quien había muerto después de un cáncer terminal hace 18 años. El abuelo Nicholas se sentaba varias horas frente a la ventana, cerca de un tocadiscos y en medio de música, casi siempre, Bob Dylan leía el periódico o las biografías que coleccionaba en la estantería junto al televisor. Nicholas sin duda fue la causa de que Quentin haya estudiado arte e historia.

10,20 pm, una hora y media antes de la gran explosión. La lluvia de estrellas líridas comenzó, las familias de toda Nottingham salían al patio, azotea o balcón de sus casas para presenciar el fenómeno cósmico de primavera. Harry corrió por el telescopio y como uno de sus regalos hacía la abuela, le permitió ser la primera en presenciar la lluvia de estrellas de más cerca y después pasó a entregarle un álbum de fotos de las vacaciones que pasaron en Irlanda, el verano pasado.

—Abuela mi primer regalo, puedes verlo primero.

Lily lo abrazó y besó sus mejillas. Que honor me brindas.

Se acercó y vio el cielo. Ver la lluvia de estrellas es uno de los eventos cósmicos más hermosos, los cuerpos astrales se dirigían a gran velocidad, Lily recordó el momento cuando conoció a Nicholas. Era verano de 1976 Lily junto a su hermana Tracy, se encontraban en un parque de diversiones, cuando esperaba en la fila de algodón de azúcar, vio una estrella fugaz y escuchó una voz por detrás que susurró también la vi. Lily dio la vuelta y miró la sonrisa de Nicholas. Aquella noche Lily presenció un evento cósmico y encontró al amor de su vida, son dos de las cosas que todo el mundo desea encontrar. Después de haber visto la lluvia de estrellas, Lily dio dos pasos hacia atrás para que los demás pudieran presenciar de igual manera. Mientras Harry veía el evento cósmico, Alisa le dio una bolsa que contenía su regalo de cumpleaños, un par de aretes de oro blanco, un libro y un adorno en forma de cactus. Por su parte Quentin le obsequió un collar con sus iniciales, la abuela agradeció, los abrazó y entró a casa junto a Alisa. Harry y Quentin se quedaron viendo la lluvia de estrellas y platicando.

10,50 pm, una hora antes de la gran explosión. Quentin se quedó junto a su sobrino quien veía muy emocionado la lluvia de estrellas con el telescopio que Harry construyó. Sacó de su bolsillo un viejo reloj. —Extiende tu mano. —Y puso el reloj en la mano de Harry. Me lo dio el abuelo cuando tenía tu edad y a él se lo dio su padre, quiero que lo tengas tú, ahora.

Harry quedó sorprendido al ver el viejo reloj del abuelo. En la casa no existían objetos del

abuelo, tras su muerte Lily regaló cada una de sus cosas, no quería que sus hijos sufrieran al ver algún tipo de cosa que le perteneciera. Sólo fotografías, fue lo único que quedó, tras su muerte. —Gracias, tío Quentin, prometo que lo cuidaré. Harry y Quentin se quedaron unos minutos más.

Al entrar a la casa Quentin pasó a despedirse de Lily, Alisa y Harry. Los abrazó uno por uno y llevó una rebanada de la torta de la abuela para ir comiendo en el camino y otro pedazo que Lily le enviaba a Elizabeth. Después de subirse a su vieja Ford y dirigirse al bar de su amiga Elizabeth. Prendió la radio como de costumbre no podía conducir sin música, "Wish you were here" de Pink Floyd era la canción que se reprodujo a volumen bajo. A mitad de camino Quentin vio al cielo y de pronto una luz brillante cruzó tan deprisa que no le dio tiempo de pedir un deseo. Verán, Quentin, jamás había presenciado un suceso fuera de lo común, nunca ganó un concurso de comida o de atletismo, no se sacó la lotería o se encontró dinero en la calle, no presenció un milagro o algún tipo de magia. Pero por alguna extraña razón treinta minutos antes de la gran explosión Quentin Dahl, presenció una estrella fugaz, detuvo el carro se inclinó sobre el volante y miró el cielo, trato de buscarla, pero ya no estaba, a mitad de la canción, cerró sus ojos y pidió un deseo.

Pudo pedir, ganar la lotería, el poder crear una máquina de tiempo o ganar un concurso de comida. Quentin tampoco pidió encontrar el amor. Pidió volver a escribir, que la inspiración llegue, que la sequía termine, que las palabras salgan de su cabeza, corazón o alma. La escritura salvó su vida, después de la muerte de su padre Nicholas, la depresión y la soledad inundaban su vida y con la ayuda de la escritura pudo salir de aquel abismo. A veces caemos en pozos de melancolía que surgen dentro de nosotros y creemos que es el fin, que moriremos allí dentro y esperamos que alguien llegue y nos salve. Eso no pasa, nadie vendrá y te salvará, porque todo el mundo está ocupado salvándose así mismo, así que tiren la cuerda y sálvense.

La estrella pasó, Quentin abrió sus ojos y siguió el camino que lo conduce al viejo bar, lo que faltaba de la trayectoria la siguió cantando.

11,30 pm, veinte minutos antes de la gran explosión. Al llegar al viejo bar de Elizabeth, Quentin notó que el lugar estaba lleno y que la zona dónde se solía estacionar se encontraba la misma camioneta que había visto al medio día en la gasolinera, era imposible no recordarla, Nottingham es un lugar pequeño y era la única camioneta parecida a la suya. Entró, se sentó en la barra pidió un vaso de ron, lobebió y pidió otro de vuelta. La música fuerte y entre el ruido de celebraciones de los graduados de la Universidad de Nottingham, apareció Elizabeth quien lo abrazó. ¿Cómo estuvo el cumpleaños de tu madre? Se sentó a su lado y pidió una copa de vino.

—¡Bien! Aunque siento que este día ha durado como si fuesen dos. Se dio la vuelta con la espalda entre la barra y su mirada entre la gente y bebió un sorbo de ron. —Pero sólo han pasado doce horas desde que desperté.

—Ojalá pudiera decir lo mismo. —Comentó Elizabeth, exhaló, como si llevase un aire dentro que la estaba asfixiando. Dormí todo el día y siento que hace una hora cerré el bar y lo volví a abrir. Quentin la miró. Necesitas un descanso, viajar, no has parado de trabajar cada noche hace varios años. Elizabeth bebió toda la copa de vino y pidió otra. Tienes razón, debería darme un descanso.

11,40 pm. Diez minutos antes de la gran explosión. Para Lieseri Becher, el día fue una

completa locura, no tuvo tiempo ni para verse en él espejo, como ya era de costumbre. Acababa de mudarse a la ciudad, trabajaría como docente en la Universidad de Nottingham. Margaret Forman, decana de la universidad y mejor amiga de María Becher madre de Lieseri, le ofreció un puesto después de haber trabajado y terminado su doctorado en física en Suiza. La abuela Virginia Becher, junto a su hija Joanne Becher, tía de Lieseri acababan de llegar a Nottingham procedente de North West Leicestershire un lugar en el que ya no se sentían completas después de la muerte de María. Las mujeres Becher eran tan unidas que el día en que Lieseri viajó a Suiza por su maestría, la abuela, entró en depresión y la visitaron los primeros seis meses. Pero, ¡por fin podrían estar juntas otra vez! Lieseri pasó antes por North West Leicestershire a retirar la camioneta, una vieja Ford de color negra del 92 que dejó encargada en casa de su mejor amiga Catherine.

En el camino se detuvo en una tienda de plantas y arreglos florales, compró varias macetas llenas de margaritas, y semillas de las mismas, su abuela y ella las amaban, compró un libro de poemas en un puesto de libros fuera de la florería y siguió conduciendo. El viaje se la pasó cantando "Take on me", una canción que fue un éxito en los 80' s. Se detuvo en una gasolinera al llegar a Nottingham para comprar utensilios de limpieza y pizza instantánea. Al guardar las bolsas en la vieja Ford. notó una camioneta igual a la suya que partía del lugar, regresó al ver por el retrovisor y continuó su camino.

Al llegar a la casa abrazó fuerte a su abuela y su tía quienes la esperaban con gran alegría. Llevo las margaritas al patio trasero para después junto a su abuela mudarlas al suelo y sembrar aún más. A media tarde decidió ir a la universidad dónde Margaret le esperaba para firmar su contrato, darle indicaciones y mostrarle las instalaciones, el semestre recién había concluido eso le daba tiempo para que Lieseri se pueda adaptar al trabajo y a sus colegas docentes. Después de una larga charla con Margaret, quedó en pasar por ella en la noche y junto a otros maestros irían al bar a tomar algo y que se conocieran. Ye old trip to Jerusalem, era un atractivo turístico de la ciudad al ser considerado el bar más antiguo del mundo.

Llegaron, tomaron una mesa cerca de la ventana, la decoración llena cuadros y lámparas colgantes del techo, el lugar era agradable y rústico, la noche era cálida, y un cielo totalmente despejado, la música baja llenaba el lugar de un ambiente para divertirse. Pidieron botellas de vino, y mojitos, para acompañar la plática. Lieseri encajó inmediatamente con los demás docentes, una de sus virtudes era su carisma y encanto.

11,45 pm. Cinco minutos antes de la gran explosión. Quentin Dahl, cubría su angustia de atravesar un bloqueo de escritura, entre risas, amistades, entre el licor y la música baja del lugar. Lieseri Becher emocionada por un nuevo comienzo, rodeada de gente nueva y una vieja amiga, entre copas vino de barato y luces fuertes. Dos universos acercándose a gran velocidad y a punto de chocar.

11,48 pm. Cada suceso en la vida tiene una decisión detrás, por ejemplo; al salir de casa no sabes qué ruta vas a tomar si para el lado derecho o izquierdo, si sales tres minutos antes puede que evites el tráfico, si sales unos minutos más tarde tal vez tengas la suerte de encontrar dinero o un viejo amigo, las decisiones que vas tomando van cambiando tu destino. Para Quentin Dahl su decisión fue haber dejado su teléfono en la camioneta antes de entrar al bar y sintió la

necesidad de ir a recogerlo. Para Lieseri Becher su decisión fue invitar la siguiente ronda. Y en cuestión de un segundo ambos tomaron una decisión: moverse.

El universo conspira.

En un segundo se pueden generar varios acontecimientos, por ejemplo; puedes dar un beso en un segundo, decir te quiero, sonreír a un extraño en la calle, saltar, estornudar, dar las gracias, hay cosas tan sencillas en la vida que te toma un segundo hacerlas. Y otras cosas que a pesar de suceder en un segundo, dependen de varios actos, por ejemplo, un rayo puede caer en un segundo, pero surge de una tormenta. Un accidente puede darse en un segundo, pero necesita de un descuido o una mala decisión. El universo mismo se originó en un segundo.

Verán, todo surgió hace 13.800 millones de años, con cada mota de su energía en un punto muy pequeño. Este punto extremadamente denso explotó con una fuerza inimaginable. Por un momento después del Big Bang el inmenso calor creó condiciones diferentes a las condiciones que los astrofísicos ven hoy en día. Si bien las estrellas y los planetas de hoy están compuestas de átomos de elementos como el hidrógeno y el silicio. El universo en aquel entonces era demasiado caliente para cualquier cosa que no fueran las partículas más fundamentales, como los quarks y los fotones.

Pero a medida que el universo se expandió rápidamente, la energía del Big Bang se volvió cada vez más "diluida" en el espacio, haciendo que el universo se enfriara. Por ejemplo; si hacemos estallar una botella de cerveza produce un efecto de expansión y enfriamiento más o menos similar: el gas, una vez confinado en la botella, se extiende al aire y la temperatura de la cerveza cae.

Hay otra cualidad muy importante del Big Bang que lo hace único. Mientras que la explosión de una bomba artificial se expande por el aire, el Big Bang no se extendió por nada. Eso es porque no había espacio para expandirse al principio de los tiempos. El Big Bang creó y estiró el espacio mismo, expandiendo el universo.

Es decir; el momento en que dos almas cósmicas chocan crean el espacio, su propio universo, que no deja de expandir emociones dando lugar a los sentimientos.

Quentin Dahl caminó exactamente 34 pasos hasta el estacionamiento y 28 de vuelta. Lieseri Becher se acercó a la barra pidió una ronda de tequila y volvió. Si uno de ellos hubiese demorado en sus decisiones tan sólo un segundo cada universo hubiese seguido surumbo.

11,50 pm. La gran explosión. Quentin caminó hacia la barra mientras revisaba mensajes en su teléfono. Lieseri resbaló con un pedazo de papel húmedo que se encontraba en el suelo y en cuestión de un segundo todo alcohol cayó sobre Quentin provocando la explosión de dos universos muy distintos.

—¡Lo siento tanto! Lieseri trató de limpiar un poco el licor derramado sobre el rostro de Quentin con las mangas de subuzo.

—No te preocupes. Fue un accidente. Quentin estaba de camino al baño. Y Lieseri caminó detrás de él, avergonzada y disculpándose cada diez segundos. Entraron ambos al baño. En serio no es necesario. Fue un accidente.

—¡No! Está todo empapado ahora y es mi culpa.
—Sabes, sentía un poco de calor.

Lieseri sonrió y ambos se quedaron mirando fijamente sonriendo por unos segundos. Los expertos en psicología han determinado que una de las atracciones con mayor velocidad es el encuentro de miradas. Las personas después de hacerlo aseguran sentirse un poco más conectadas entre ellas, esto es debido a la prolongación del contacto visual que libera feniletilamina, la molécula que se encarga de acelerar la atracción, mirar por unos segundos a las personas justo en el momento en el que la comunicación verbal no reina, nacen sonrisas nerviosas, surgen comentarios insignificantes que buscan apaciguar el ambiente, se acelera el pestañeo involuntario, las manos y los pies no paran quietos, pero aun así; ¡la intimidad aumenta! Después de unos segundos, Lieseri algo nerviosa con un poco de tartamudeo —Me, me tengo que ir. Mis amigos están esperando la siguiente ronda. Realmente lo siento, arruiné tu camisa.

—Si, no te preocupes. Ve tranquila.

—De verdad lo siento. Lieseri se marchó, al salir del baño, miró hacia atrás, sonrió un poco y camino a la barra, pidió otra ronda y dejó pagando una copa de ron para Quentin. Y volvió a la mesa con sus colegas. Quentin, se sentó en la barra después de salir del baño, fue con su amiga Elizabeth quien conversaba con amigos.

—Cortesía de la chica de la mesa del frente. —Dijo la chica de la barra, mientras le servía el ron. Quentin regresó a ver y Lieseri sonrió. Ambos sonrieron nuevamente. Se quedó unos minutos más y luego decidió marcharse.

Qué sucede después de grandes explosiones, por ejemplo; después de la bomba atómica en Hiroshima murieron ochenta mil personas y treinta mil quedaron heridas. El lugar se llenó de radiación y a Japón le tomó varios años recuperarse. Después del Big Bang el enfriamiento rápido permitió que se formara la materia. Aproximadamente una décima parte de un segundo después de la explosión, se formaron los protones y neutrones y en pocos minutos estas partículas se unieron para formar núcleos atómicos, principalmente hidrógeno y helio. Cientos de miles de años después, los electrones se adhirieron a los núcleos para formar átomos completos. Aproximadamente mil millones de años después del Big Bang. La gravedad hizo que estos átomos se reunieran en enormes nubes de gas, formando colecciones de estrellas conocidas como galaxias.

La gravedad es la fuerza que atrae cualquier objeto con masa uno hacia el otro. Después del choque entre Lieseri y Quentin, sólo quedó una copa de ron, una camisa bañada en licor y cruces de miradas que decían, "lo siento". Todo cambiaría desde esa noche en el bar. Probablemente lo mejor que hubiese pasado para ambos, es que ese momento jamás hubiese ocurrido.

HAMBURGUESAS

En la mañana siguiente era uno de esos sábados donde Quentin lleva de pesca a su sobrino despertó temprano, se vistió con pantalones oscuros, unas botas marrones, una camiseta de color blanco y una gorra azul marino. En el camino pasó por la cafetería para comprar dos cafés y dos hamburguesas con extra de queso y tocino manejo escuchando música como de costumbre. Llegó a casa de Lili y ni siquiera entró Harry lo esperaba en el pórtico se montó en el carro y se dirigieron al río juntos.

Lieseri despertó algo tarde la mañana del sábado, la abuela Virginia preparó waffles los bañó en miel, jugo de naranja y chocolate. Después de lavarse el rostro Lieseri bajó al desayuno, los muebles y demás accesorios dentro de la casa lucían desordenados y cubiertos por sábanas, el lugar sería pintado esa misma tarde Así que tenían planeado conocer la ciudad.

—Buenos días, abuela. Saludó Lieseri, abrazando por la espalda a Virginia.

—Buen día, cariño. ¿Qué tal la noche con tus colegas? preguntó en cuanto metía tocino a freír en la sartén.

—¡Increíble! son todos muy agradables. ¿Sabías que Margaret se divorció? Lieseri tomó dos waffles, los bañó con miel, se sirvió una taza de chocolate tibio y se sentó en una de las sillas frente a la abuela.

—Sí, se lo contó a Joanne. Virginia. —Contestó Virginia.

—Hubiese querido saber eso ayer, justo antes de preguntarle cómo iban las cosas con su esposo.

—Hubiese querido ver la cara de Margaret. — Dijo con tono burlesco.

—Fue bastante incómodo, aunque no tanto, como haber regado el licor en la camisa de un hombre en el bar.

—¿Quién regó a quién? Joanne entró a la cocina, se sirvió jugo y se sentó al costado de Lieseri.

—Lieseri a un desconocido. Respondió la abuela.

—¿Te habéis disculpado? Preguntó.

—Sí, le compré un trago, pero minutos después se fue. Pobre, estaba todo empapado de licor. Seguramente arruiné su noche.

Virginia tomó un waffle, lo mordió y cambió la conversación. Hoy iremos a conocer el río Tremp.

Joanne se levantó, bebió el poco de jugo que sobraba en su vaso. Me iré a duchar. En treinta minutos llegan los trabajadores, en cuarenta salimos. Vociferó mientras se marchaba de la cocina.

Lieseri besó la frente de la abuela. No sabes cuánto amo tus waffles. Dijo antes de irse. En la carretera de camino al río, Quentin y Harry comían hamburguesas. "Stubborn Love" de la banda

americana Lumineers,

sonaba en la radio. Se desviaron en el camino y compraron dos hamburguesas, además de jugo de arándanos y un par de cervezas para Quentin.

Los trabajadores llegaron a casa de Lieseri, cinco minutos antes de que ellas se marcharan. En el pórtico asentaron los baldes de pintura. La casa que adquirió era espaciosa, con un gran patio trasero y tres plantas de alto. Lieseri ocupaba todo el tercer piso, que contaba con una amplia recámara, con balcón, una sala y un estudio. La casa sería pintada de color blanco por fuera y por dentro crema con marrón oscuro. Joanne les dejó cervezas en la nevera y la abuela dejó preparando unos emparedados de banana con maní. Se subieron a la camioneta de Joanne, una Toyota color gris.

Quentin y Harry llegaron al Colwick Marina.

—¡Las hamburguesas, no te olvides de las hamburguesas! Gritaba Harry, quien sacó las bebidas y un reproductor de música. Quentin por su parte llevó las cañas de pescar, una fuente y las hamburguesas. Escuchando Lumineers y Mumford and Sons emprendieron camino en el bote. Avanzaron tres kilómetros y se detuvieron, sacaron las cañas de pescar. Mientras esperaban que algún pez cayera en la trampa, conversaron sobre la escuela y una niña que atraía la atención de Harry.

Lieseri, en compañía de su abuela y su tía, llegaron al Colwick Marina, alquilaron un bote, se aseguraron de subir todo y emprendieron camino en el río. Lieseri sacó un libro de poemas y se recostó a leer. Virginia servía un poco de vino y encendió un cigarro. Por su parte Joanne, manejaba el bote, avanzaron un poco más de dos kilómetros, y dejaron que la corriente del río los arrastre.

Quentin pescó cuatro peces de gran tamaño, por su parte Harry seguía sin poder pescar; cada vez la ansiedad lo inquietaba aún más. Varios minutos después, su caña empezó a tironear con fuerza, un pez había caído en la trampa.

—¡Lo atrapé! ¡Lo hice! Gritó emocionado.

Quentin, empezó a halar con fuerza la caña de pescar, de repente un pez de gran tamaño salió de la profundidad del río, sorprendidos, se abrazaron.

—¡Lo hice! ¡Si! ¡Lo hice! Los gritos emotivos de Harry atrajeron la atención de las personas que se encontraban en otros botes muy cerca de ellos.

—¡Lo hiciste! Mira el tamaño, es enorme. — Quentin feliz de ver la primera pesca de Harry empezó a lanzar trozos de pan al río.

—Ven el tamaño ¡Yo lo pesqué! ¡Yo lo pesqué!

Lieseri, Virginia y Joanne observaron el evento desde un poco más de noventa metros. — Ese niño tiene un gran padre. —Comentó Virginia.

Quentin llegó antes al puerto donde estacionó el bote y llevó las cosas a la camioneta.

Lieseri, llegó un par de minutos después y mientras su abuela y su tía llevaban las cosas a la Toyota, Lieseri fue hacer el pago del alquiler y entregar las llaves.

Harry se quedó en la camioneta, Quentin se dirigió al puesto de alquiler. Se paró justo detrás de Lieseri, la fila era un poco larga. Otra vez el universo y sus conspiraciones.

Lieseri sintió la necesidad de voltear la cabeza, Quentin al verla, sonrió, ambos se vieron por unos segundos como si la vida se hubiese detenido por ellos y todo en ese momento se congeló, las aves dejaron de cantar, los botes, las personas y los carros, dejaron de moverse. El mismo planeta dejó de orbitar, todo se detuvo de repente, hasta que la fila avanzó por una voz que los interrumpió.

—Señorita, señorita, avance por favor. Dijo el hombre de la ventanilla.

Lieseri, avergonzada avanzó, dejó las llaves y camino rápidamente al carro, algo pálida, algo intimidada.

Quentin pagó y volvió de camino al aparcamiento.

Virginia notó un poco rara a Lieseri que subió velozmente a la parte trasera de la camioneta sin decir ninguna palabra.

—¿Estás bien? Hija preguntó Virginia.

—Sí, sólo que creí haber olvidado mi libro en el bote

Dicen que el amor, cuándo llega te marca desde el primer instante y qué cada choque va dejando secuelas en el alma, ninguna es mala. Dicen que el amor llega y te golpea el corazón y lo único que nos queda por hacer es vivirlo.

Quentin subió a la camioneta, Harry se encontraba dormido. Puso la música a muy bajo volumen y condujo a casa. Al llegar cargó entre sus brazos a Harry y lo llevó a la baticueva, Harry tenía su habitación dentro de casa, pero amaba dormir en la guarida. Quentin pasó a saludar a Lily quien se encontraba viendo viejas fotos de Nicholas.

—Las fotos de papá. Comentó al sentarse a su costado derecho.

—Lo extraño tanto. Respondió Lily, con sus mejillas llenas de lágrimas, miró a su hijo. Quentin se inclinó y acarició el rostro de su madre limpiando sus lágrimas.

—Recuerdas cómo bailaba los sábados en la mañana cuando nos preparaba el desayuno, él fue muy feliz a tu lado y nos hizo feliz a nosotros, las memorias que conservamos de él no deben convertirse en tristeza, cuando en realidad fueron momentos muy felices, vamos a recordarlo de la manera que él hubiese querido, con una sonrisa y bailando. La vida es una canción después de todo y la mejor manera de vivir es bailando. — Quentin repitió las palabras de su madre, ella sonrió. Prendió el viejo tocadiscos y bailaron unos minutos juntos y la tristeza desapareció del rostro de Lily.

—Te amo, hijo. Lily abrazó muy fuerte a Quentin, como el achuchón que las madres suelen dar a un hijo que está a punto de tener un largo viaje.

—Te amo, madre. Contestó Quentin.

Hay veces en la vida que lo único que necesitamos es el abrazo, el calor de quienes amamos, de quienes nos aman.

Al llegar a casa, Lieseri se dirigió al patio trasero para mudar las margaritas de las macetas al suelo, Virginia y Joanne ayudaron. Terminaron de mudar y sembrar, luego pasaron a colgar luces por todo el lugar. Llevaron un mueble al patio trasero, una mesa y colgaron una hamaca color blanco, con adornos de hilos dorados. Pasaron a quitar las sábanas que cubrían los objetos dentro de la casa. Al terminar cada una subió a su habitación. Lieseri, colgó libros alrededor de su cama, colocó unas cajas encima de la estantería, ahí guardaba todo tipo de objetos valiosos para ella, había una caja en especial que su abuela le obsequió en su cumpleaños. Las piedras eran otro objeto fuera de lo común que Lieseri coleccionaba, recogía piedras raras que encontraba en el camino. Al salir de la ducha, recibió una llamada por parte de Margaret, la invitaba al bar a tomar algo, quedaron en verse ahí a las diez. Casa de Lieseri, la cena está servida, Joanne, retiró la lasaña del horno, Lieseri, puso la mesa, y la abuela Rosa terminó la ensalada.

—¿Piensas salir esta noche? preguntó la abuela, mientras acomodaba los recipientes en la mesa.

—¡Si! He quedado en ir con Margaret al bar — contesto Lieseri.

Joanne, cortó la lasaña en cuadrados. Mantén el licor lejos de la camisa de los hombres. — Bromeó.

—Necesito dejar de ser tan distraída. Contestó Lieseri, se quedó unos minutos en la mesa después de la cena, al terminar pasó a vestirse para ir al bar con Margaret. llevaba un vestido floreado. Era una noche cálida.

Quentin, se dirigía al bar, era uno de esos días dónde no puede dejar de pensar en su futuro, le temía tanto a la soledad, que se quedaba todas las noches en el bar, al menos ahí veía gente a su alrededor, podría platicar con Elizabeth y encontraría licor todo el tiempo. Llegó y se estacionó en el lugar de siempre, caminó la misma cantidad de pasos de siempre, se sentó frente a la barra en el mismo asiento de siempre y pidió un vaso de ron. La noche parecía nada especial, nada extraordinario pasaba hasta el momento. Hasta que el reloj marcó las diez y ella entró por la puerta, llegó con el cabello recogido, un libro en la mano, vestida de flores y una sonrisa imposible de omitir, llegó y se sentó frente a la ventana a solo veinte metros de Quentin y pidió una botella de vino.

Lieseri, pasó despedirse de la abuela y luego salió en su vieja camioneta color negro, demoró en el camino, Nottingham es una ciudad con una gran cantidad de alces, que puedes verlos en las carreteras, cerca del río, hasta en los campos de las universidades, son responsables de muchos accidentes, gente que por esquivarlos pierden el control y salen de la carretera. Al llegar al bar, Margaret le esperaba en una de las mesas fuera del bar, Lieseri insistió en ingresar al bar. El universo somos nosotros, y estamos conspirando constantemente en nuestras vidas, con las decisiones que tomamos, por ejemplo, Lieseri pudo haberse quedado fuera y después marcharse a casa, pero decidió ingresar y compartir espacio con Quentin.

—Así que hoy fuiste al río ¿Qué tal te pareció? —preguntó Margaret.

—A la abuela le encantó, fue lindo tal vez sea mi lugar favorito de la ciudad. Contestó Lieseri, mientras guardaba el teléfono en su cartera. Margaret sirvió dos copas de vino.

—Lo que en realidad necesitas es comenzar a conocer gente, Nottingham es un lugar agradable, con gente buena, tal vez y aquí se encuentre el amor de tu vida.

Lieseri sonrió irónicamente. —No tengo tiempo para pensar en el amor otra vez, aún tengo muchas cosas por hacer, por ejemplo, tengo que ir el día de mañana con una fundación de la cuál quiero ser parte. Contestó.

—Eres igual a tu madre, una sonrisa se dibujó en su rostro, siempre pensando en los demás ¿Cuándo pensarás en ti? — Preguntó.

—La mejor manera de alegrarte, es intentar alegrar a alguien. Lieseri bebió un poco de vino. Al menos funciona para mí.

—¿Conociste a Peter? es maestro de la carrera de Ingeniería, es soltero y es apuesto, un muy buen partido, oí el rumor que dijo que eres muy atractiva. Comentó Margaret.

—La única persona que he conocido, es aquel hombre que está en la barra solo.

—¿Quentin Dahl?, es escritor, es lindo y una celebridad por su libro, pero dicen que está loco, no habla con nadie, no le gusta tomarse fotos, y pasa aquí todas las noches, tal vez es un alcohólico, no es buen partido para nadie.

—No me parece loco, además tiene familia o al menos un hijo, lo vi en el río. ¿Cómo puede pasar aquí todas las noches?

—Harry, no es su hijo, es su sobrino, su hermana es madre soltera, Quentin pasa mucho tiempo con su sobrino, y la otra parte aquí, es lindo, pero muy deprimente, siempre pasa solo o con Elizabeth, quien es la dueña del bar.

Lieseri, quedó viendo fijamente a Quentin. Sonó el teléfono de Margaret, quien salió a contestar la llamada. —Me das un minuto, —dijo antes de salir. Lieseri se quedó observando a Quentin por unos segundos, pensaba en el por qué una persona pasaría todas sus noches en un bar. Debo irme, lo siento surgió algo importante. Margaret tomó su cartera.

—¿Qué sucedió? —preguntó Lieseri, desconcertada.

—Te lo explico luego, perdón yo pago la botella. Sacó dinero de su cartera y lo dejó en la mesa.

—No te preocupes, yo lo pago. Insistió Lieseri.

—Déjame pagar y conoce a alguien esta noche, por favor. Margaret vivía con su hermana, aunque nadie lo sabía, ella padecía de miopatía necrotizante autoinmune que es un grupo de desórdenes autoinmunes caracterizados por inflamación del músculo esquelético y debilidad muscular. Su hermana Naterin se había caído de su silla de ruedas, es la razón por la que Margaret se marchó.

Lieseri pensó en las últimas palabras de Margaret antes de irse, conoce a alguien esta noche. Se bebió todo el vino de la copa, miró a Quentin, se levantó y se dirigió hacia él, se repetía así misma; ¡tú puedes!, sólo vas a conocer a alguien, es muy normal. A pocos pasos de Quentin, se le acercó una mujer y Lieseri giró bruscamente y se dirigió al baño caminando de prisa para que nadie la notara.

—¿Eres Quentin Dahl?

—¿Por qué? ¿Lo parezco? Contestó groseramente, miró la reacción desconcertada de la joven, por el espejo detrás de las botellas de licor. No es cierto, sí, mucho gusto.

—Amo tu libro, enserio te admiro mucho, no quiero molestarte, pero puedo tomarme una foto contigo.

—Está bien, sólo si después de la foto puedo beber tranquilamente mi ron.

—Sí, una foto. La chica de la barra les tomó la foto, y Quentin pidió otro vaso de ron.



Lieseri entró al baño de damas, se mojó el rostro y se repitió así misma — sólo es conocer a alguien, ¿Qué me pasa? se mojó el rostro nuevamente y salió del baño. Al ver a la barra, Quentin se encontraba solo otra vez, se dirigió firmemente hacia él para que nadie le ganará su lugar.

—¿Te gusta beber solo? preguntó, sus manos temblaban, así que trató de ocultarlas.

Quentin, regreso a ver a su izquierda era Lieseri, algo nerviosa, algo tímida. —El ron no es una mala compañía. —Contestó con tono sarcástico mostrando su vaso de ron.

—Un vaso de lo que él esté bebiendo, — dijo a la chica que atendía en la barra.

—¿Eres nueva aquí? Estoy seguro que no te había visto antes.

—Sí, me acabo de mudar con mi abuela y una tía.

—Y qué te trajo a Nottingham.

—Trabajaré en la Universidad de Nottingham.

—Y ¿qué enseñaras?

—Física II.

—Entonces, ¿se puede viajar en el tiempo?

—Sí, se puede viajar al futuro, al pasado es un poco más complejo, pero estoy segura que algún momento se podrá hacerlo.

—Un momento, me estás diciendo que es posible viajar al futuro. Quentin se encontraba muy impresionado, pensó en su sobrino Harry y lo emocionado que estaría al escuchar que se puede viajar en el tiempo. — Lo siento, ¿cuál es tu nombre?, profesora de física II.

—Me llamo, Lieseri Becher ¿Cuál es tu nombre alcohólico solitario? Lo dijo como si no supiese su nombre, como si no hubiera escuchado todo lo que Margaret dijo sobre él, o tal vez sólo deseaba escucharlo de su boca.

—Quentin Dahl, muy bien profesora Lieseri Becher de física II ¿Cómo podemos viajar al futuro?

—Muy bien Quentin Dahl, alcohólico solitario. Debes viajar a una velocidad similar a la de la luz, mientras más te asemejas a la velocidad de la luz, el tiempo para ti transcurrirá más despacio, los demás seguirán su curso, por ejemplo; al salir al espacio envejecerás más despacio que las personas que nos quedamos en la tierra, esto se debe a los efectos de dilatación del tiempo. En primer lugar, el tiempo parece moverse más despacio cerca de objetos masivos porque la fuerza gravitatoria del objeto curva el espacio-tiempo.

—Impresionante, entonces el humano ya ha viajado al futuro. Quentin, lucía muy sorprendido.

—Sí, los astronautas lo han hecho, bebió un poco de vino —Claro, que la diferencia ha sido corta, pero tal vez en un futuro cercano, la diferencia sea masiva.

Y en un momento ambos estaban frente a frente.

—Y, ¿Por qué es complicado viajar al pasado? —preguntó Quentin.

—Para viajar al pasado debes superar la velocidad de la luz, pero, hasta el momento es imposible superar la velocidad de la luz, es lo único absoluto en el universo, lo demás es relativo.

—Increíble, profesora Becher.

La razón por la que Quentin hablaba muy poco con las personas es porque creía que el mundo está lleno de personas vacías, que el encontrar personas extraordinarias son muy remotas y prefería pasar sus días leyendo que tener charlas sin sentido. Quentin miró los vidriosos ojos de Lieseri Becher y lo supo, supo qué no estaba en frente de cualquier persona, supo qué no podría escapar de esa mirada, bebió el ron y sonrió.

—Es increíble.

—¿Que es increíble? preguntó Lieseri.

—Como el universo te sorprende en la noche menos esperada.

Lieseri, sonrió. Y qué hay de ti, Quentin Dahl.

Quentin pidió otro vaso de ron, mirando fijamente entre las botellas de la barra contestó. Soy novelista, escribí un libro llamado, el té de Mary, ahora trabajo en uno nuevo. Vengo aquí todas las noches porque amo el ron y para sentir... exhaló, como si el aire que llevaba dentro lo estuviese ahogando, miró a Lieseri para ver a las personas del pueblo.

Lieseri, amaba alegrar a las personas, al igual que la literatura, sentía la necesidad de estar más cerca de Quentin, sentía que él la necesitaba.

—Siempre me parecieron increíbles los escritores, ese don de poder expresar o compartir sentimientos, historias mediante letras es increíble, yo jamás podría hacerlo.

Quentin, sonrió. Todo el mundo puede ser escritor si se lo propone, todos tenemos algo que expresar, sólo debes buscar la forma correcta de hacerlo.

—Ojalá tuviese tu don.

—Lieseri Becher, creo que podrías ser una gran escritora si tan sólo lo quisieras.

Ho hey - the lumineers, fue la canción que sonó de fondo. Lieseri y Quentin se quedaron viendo por segundos y sonrieron, las miradas dicen más que las palabras, nadie miente con la mirada, es ese lenguaje que no te atreves a decir.

—Me alegra que te hayas mudado aquí, —comentó Quentin.

¿Existe el amor a primera vista?, para Israel Zangwill, el amor a primera vista es el único, la

segunda visión se disipa. Para Sam Levenson, el amor a primera vista es cuando dos almas gemelas se han estado buscando y que se encontraran es un milagro. En la mitología griega los humanos nacieron con dos cabezas cuatro brazos y manos, Zeus los dividió a la mitad condenándolos a pasar su vida buscando su otra mitad. Pero, Quentin pasó parte de su vida creyendo que no habría alguien para él, nuevamente y Lieseri no creía en el amor a primera vista. Dos personas con realidades diferentes, una frente a la otra.

—¿Qué harás mañana? Preguntó Lieseri.

—Nada, los domingos siempre me quedo en casa leyendo.

—¿Quieres caminar? Sugirió Lieseri, con una sonrisa.

¿Quién podría escapar de esa sonrisa?

—Sí, hace mucho que no camino por las calles de esta ciudad.

Lieseri, anotó su número en una servilleta y se lo dio. Ya es tarde, debo irme, ¿te veo mañana?

—Te veo mañana. Una sonrisa dibujaba el rostro de Quentin.

—Hasta mañana alcoholístico Dahl.

—Hasta mañana, profesora de física II, Becher.

Lieseri, sonrió y se marchó justo el momento en que la canción se terminó, como si todo fuese planeado, como si fuesen la fotografía de una canción que incitaba a quererse.

Quentin se quedó unos minutos más en el bar, pidió un vaso de ron, su mirada siempre hacia las botellas de licor de la repisa. Elizabeth no llegó aquella noche, así que terminó bebiendo solo, pero, tenían una cita, después de mucho tiempo para ambos, tenían una cita.

LOS GANZOS DEL LAGO

Quentin despertó la mañana del domingo, Home de Edward Sharpe & The Magnetic Zeros, sonaba en su reproductor de música. Se quedó tiempo de más en la ducha y luego se preparó un café, con waffles y tocino. Se vistió de pantalones negros botas marrones y un buso gris.

Para Lieseri, los domingos era un día que se despertaba temprano a preparar el desayuno, sentía que era una manera de ayudar en casa. Preparó chocolate caliente, huevos revueltos con tocino y tostadas francesas. Virginia y Joanne bajaron y desayunaron juntas. Lieseri les comentó de la cita que tendría al medio día.

—Hoy saldré con alguien. —Dijo repentinamente Lieseri, tomó dos tostadas y bebió un sorbo de chocolate. Virginia y Joanne, preguntaron al mismo tiempo sorprendidas.

—¿Tienes una cita? Sonó como el coro de una iglesia.

—Bueno, no es una cita, sólo saldré a caminar con alguien que conocí anoche.

—Querida, eso es una cita. Contestó Virginia, quien se veía contenta, pero al mismo tiempo un tanto preocupada. Lieseri evitaba las citas, evitaba las relaciones, vivía para su familia, su profesión y cualquier actividad altruista.

—No es una cita, sólo caminaremos y almorzaremos juntos. Virginia y Joanne, la observaron. ¡Oh por Dios, tengo una cita! Apoyó los codos sobre la mesa y dejó caer la cabeza sobre sus manos. Yo no puedo tener citas.

Virginia, tomó su mano. Ve y diviértete, cariño, lo mereces.

—Debemos peinararte, debemos alistarte, esperé este momento. Dijo Joanne, emocionada por la cita de Lieseri.

—¿Lo esperaste? ¿Qué quieres decir con lo esperaste? —Arrugó su ceño.

—¡Sí! Esperábamos que volvieras a darte el tiempo de conocer a alguien, eres una mujer encantadora, mereces tener una cita. Contestó Virginia.

—Es escritor. Lo dijo en voz baja.

Joanne, se inclinó hacia atrás. Es el sueño, —dijo con sarcasmo.

—Deja de burlarte, ¡estoy nerviosa!

Joanne, se paró en frente y sostuvo firmemente sus hombros. —Lieseri ¿Cuándo fue tu última cita? Un silencio incómodo, fue su respuesta. —¡Exacto! —afirmó Joanne

—Qué opinas madre, el cabello recogido se le ve mucho mejor.

Virginia, una mujer de setenta y cuatro años de edad, amante de la lectura y la poesía, ese amor se lo transmitió a sus dos hijas y a su nieta. Para Virginia, la familia era lo más importante. Amaba el color verde y las galletas de limón, amaba el café y fumaba un cigarro cada atardecer, amaba las margaritas y la música de Jimmy Fontana, un artista de origen italiano de los años

sesenta.

—Te verás hermosa, — expresó Virginia.

Joanne, una mujer de cuarenta y siete años de edad, optimista hasta el fin. imperfecta a la hora de amar; no dejaba de amar nada, quizá ese era su mayor defecto. Le encantaba bailar y la comida italiana. Cuando cumplió veinte tomó la decisión de confesar su gusto por las mujeres. Joanne no sintió rechazo o soledad, no sintió angustia o vergüenza. Virginia y María, le hicieron sentir su apoyo desde el primer momento. Cuando María murió, Joanne vendió su negocio y se mudó nuevamente con Virginia y Lieseri. El amor no es perfecto, no tiene género, ni color, es un caos. Infinidad de emociones que lo único que requiere es que todo, todo, sea de verdad.

Pasaron lo que quedaba de la mañana, antes de la cita arreglando a Lieseri, era primavera, vistió, con un vestido rosa, adornos de flores, ligeramente por debajo de sus rodillas y el cabello recogido. Uso tonos de maquillaje muy suaves, sus labios eran de un rojo tan suave, sabor a fresa.

Quentin condujo hasta el parque Highfields, que estaba cerca de la universidad de Nottingham. Lo estacionó y caminó cerca del lago, envió un mensaje a Lieseri —en el lago de Highfields —sacó los audífonos del bolsillo y se concentró en la música y en los gansos del lago.

Lieseri, al salir de casa recibió el mensaje de Quentin, y condujo a la universidad. En el camino se distrajo pensando en lo que estaba a punto de pasar, por años Lieseri evitaba las citas o cualquier plan que sólo fuese de dos personas. Se distrajo tanto que estuvo a punto de atropellar un alce, recostó su cabeza en el volante —Lieseri concéntrate —se habló a sí misma, bebió un poco de agua y continuó el camino. Al llegar al parque notó a Quentin cerca del lago, con los codos apoyados al filo de una pequeña terraza cerca al lago. Se acercó.

—¿Siempre te encontraré solo? —comentó Lieseri.

Quentin, se quitó los audífonos, sus ojos brillaron al ver a Lieseri como la purpurina que cae de una piñata al ser golpeada con un trozo de madera. Espero no estar así siempre.

—Muy bien ¿Cuál es el plan?

—Remaremos. Contestó Quentin. Caminaron al lugar de alquiler de botes. Mi papá solía traerme aquí cuando era niño, — comentó Quentin.

Lieseri miró a su alrededor, observó el lago, familias caminando alrededor del lago. Alces cerca del campus universitario. Le gustaba lo que veía. —Es un lindo lugar.

—Sí, lo es. Aunque si caminas cerca del lago tienes que tener cuidado con el excremento de los gansos o con que ellos quieran morder, creo que les gusta conservar su espacio.

—Es agradable Nottingham. —Expresó Lieseri mientras una sonrisa se dibujaba en su rostro.

—Histórico diría yo, el bar más antiguo del mundo, una ciudad muerta debajo del suelo, aquí vivió Robin Hood, tal vez no sea el lugar más famoso de todo Reino Unido, pero, es un buen lugar para vivir.

Tomaron un bote y remaron juntos unos quince metros y luego sólo se dejaron guiar por el agua.

—¿Cuándo supiste que querías ser escritor? —preguntó Lieseri.

—En la adolescencia, cuando era niño iba en bicicleta a la biblioteca y me quedaba horas leyendo, luego papá empezó a comprar libros para mí. Cuando cumplí trece años, me regaló una libreta y una pluma en mi cumpleaños me dijo; hijo, después de leer tantas historias, creo que es el momento de que empieces a crear las tuyas. Escribí un cuento sobre un pirata llamado Daniel, después gané concursos de literatura en la secundaria, estudié arte e historia en Londres, a mitad de carrera escribí mi primera novela, ahora trabajo en una, y así van mis días.

—Los escritores son maravillosos, ya lo he dicho antes, tienen ese don de conectar con las personas, te hacen sentir con sólo leer. — Miró fijamente a Quentin, ambos sonrieron un poco, por unos segundos. El día estaba soleado, el cantar de las aves hacía parecer que la escena fuese un recital, una obra de arte. Los gansos le daban color al lugar, y las personas eran la audiencia de aquel cuadro perfecto. Pocas veces en la vida dos personas con tanta diferencia se conectan.

—Y tú ¿Cuándo pensaste ser profesora de física II?

Lieseri sonrió. Mamá era científica, siempre estuve familiarizada con la ciencia, la física, cuando tenía once años, leí la teoría de la relatividad de Albert Einstein, me pareció fascinante, con el pasar de los años, mi gusto por la física y las matemáticas aumentaba, fui una gran alumna y al final en la universidad me gradué con honores, viaje, hice mi maestría, y la vida me trajo aquí, seré maestra, ayudaré en una fundación y mi abuela y mi tía son todo para mí, creo que mi vida se resume en eso.

—¿Y tu mamá? preguntó Quentin.

Lieseri, bajo la cabeza, miró hacia el lago y regresó a ver a Quentin. Murió.

—Lo lamento. Entiendo como debes sentirte. Hay personas que se van antes de tiempo, nunca estaremos preparados para algo así, pero nos dejan enseñanzas, recuerdos y un amor inigualable, no los olvidamos las llevamos dentro y la mejor forma de recordarlas es viendo el cielo y sonriendo un poco. Cuando era niño pensaba que el cielo era un cementerio y que las miles de estrellas no eran más que las personas que se iban. Ambos vieron el cielo y luego sus miradas chocaron. (Me hubiese gustado relatarles cómo se sintió aquel choque, pero existen momentos, actos, que las palabras no pueden expresar).

—¿Por qué siempre estás solo? —preguntó Lieseri, no entendía cómo una persona como Quentin pasaba tanto tiempo en soledad.

—Disfruto de mi compañía. Contestó como si él fuese la primera persona que debía convencer.

—No te molesta que los demás te vean como un alcohólico deprimente.

—¿Qué piensas tú? Quentin miró fijamente a Lieseri.

—Que eres increíble.

—Esa opinión es la única que me importa. — Después de unos minutos dejaron el bote y caminaron a la cafetería, se sentaron frente a una venta. Quentin pidió una hamburguesa y jugo de mango. Lieseri pidió pollo frito y jugo de arándanos, mientras llegaba la orden. Te mostraré

un truco de magia, — comentó Quentin. Tomó dos cubiertos y dos palillos de dientes, unió los cubiertos entre las trincheras, metió un palillo entre ellas, dejándolo atascado, tomó el otro palillo y unió las puntas de los mismos, haciendo que las puntas de estos soporten el peso de los cubiertos.

—¿Cuáles son las palabras mágicas?

—Achís, achís, Quentin.

Lieseri, no aguantó la risa. No inventes, creo que tus palabras mágicas parecen más un estornudo.

—Tienes que decirlo.

—Está bien. Lieseri trató de evitar la risa Achis, achis, Quentin. Ambos rieron fuertemente. Al terminar de comer se quedaron unos minutos hablando en la mesa, luego Quentin acompañó a Lieseri al aparcamiento, hasta su auto.

—¿Cuál es tu mayor miedo, alcohólico Dahl?

Existen personas que su mayor miedo son las arañas, el vértigo a las alturas y unas cuantas que aseguran no temer a nada, aquellas personas o son psicópatas o le temen a todo. Quentin no les temía a los insectos o estar a mil pies de altura. Quentin vivía constantemente con su miedo, en ocasiones hacían las paces, y otras cuantas estaban en guerra, a veces controlaba sus emociones, otras veces se perdía en el mar de la ansiedad, desconociéndose así mismo, ahogándose en su ser. La soledad golpeaba tan fuerte a Quentin que sentía que no tenía fin.

—Comer solo. Fue su respuesta y luego bebió un poco de su jugo.

—¿Quieres que almorcemos juntos cada día de la semana?

Quentin sorprendido. —Me gustaría.

Sonrió. —Entonces, te veo aquí mañana. — Comentó Lieseri.

—Te veré aquí, — contestó Quentin.

Lieseri abrazó a Quentin, se montó en su camioneta y se marchó. Quentin observó la camioneta hasta que se...perdió en el camino. Condujo de vuelta a casa, pasó por la gasolinera y compró pizza instantánea, al llegar a casa la metió al horno, con extra queso y jalapeños, se sentó a leer. Tomó una rebanada de pizza, la mordió y pasó parte de la tarde leyendo. Al llegar la noche no fue al bar y decidió quedarse en casa leyendo y viendo películas.

SECRETOS

Lieseri inició la mañana con gran energía, despertó temprano y tomó una larga ducha. Bajó y unos deliciosos panqueques esperaban por ella.

—Te ves radiante hoy, cariño. Comentó Virginia.

—La cita de ayer, la tiene muy feliz. Dijo Joanne con tono burlesco.

—No negaré que fue agradable. Contestó Lieseri.

—Cita. Añadió Joanne. Lieseri miró a su tía.

—Cita, fue una agradable cita, me divertí, pero hoy tengo una reunión, con gente de una fundación estaré ahí por la mañana, almorzaré fuera, luego debo pasar por la universidad para ordenar mi nueva oficina.

—¿Dónde almorzarás? —preguntó Virginia.

—Quedé con Quentin para comer juntos esta semana.

Virginia y Joanne, se miraron y sonrieron. Al terminar la exposición sobre el nuevo edificio Tremp. Joanne y Elizabeth coincidieron en el elevador, se miraron un par de veces y sonrieron antes de que Joanne tomará la valiente iniciativa de hablarle. Es un proyecto ambicioso o al menos la presentación estuvo fantástica. Salí motivada de allá adentro, tal vez ayude a construirlo.

Elizabeth sonrió. —Creo que no podría siquiera alzar un ladrillo, pero tienes razón, estoy muy emocionada.

—Mi nombre es Joanne, me mudé aquí hace un par de días.

—Soy Elizabeth, tengo un bar aquí en la ciudad y ahora soy inversora en el proyecto Tremp al parecer. ¿Qué te trajo a Nottingham? Elizabeth apretó la mano de Joanne.

—Una larga historia, Elizabeth.

—Por qué no vienes esta noche al bar y me la cuentas.

—Me gusta la idea ¿Cuál es el nombre de tu bar?

—Ye old trip to Jerusalem, está en la avenida Castle Rd.

—Estaré ahí a las diez.

—Listo, te veré esta noche, Joanne.

Quentin pasó la mañana escribiendo en la cafetería cerca de la universidad. Lieseri pasó la mañana en las instalaciones de la fundación Darwin. Conociendo al personal, y tomando apuntes de sus nuevos cargos y pendientes que tendría a lo largo del mes. Y luego salió camino a la cafetería.

Al llegar se sentó frente a él.

—¡Qué día! Y aún debo ir a mi oficina y organizar todo.

—¿Deseas ayuda con eso?

—Sí, me haría bien.

—Vale, entonces comamos y luego iremos a tu oficina.

Ambos pidieron pasta, Quentin pidió ravioles a la carbonara y Lieseri lasagne.

—¿Cómo va tu novela? —preguntó Lieseri.

—Bastante bien, aunque en realidad, será un libro de relatos.

—¿Tendré el honor de leerlo antes?

—Serás la primera en leerlo, Lieseri.

—Tengo tu palabra. La reunión de hoy fue larga, soy la secretaria de la fundación eso implica que estaré un tanto atareada este mes. Hay un refugio en los límites de la ciudad, iremos con provisiones. Aunque lo mejor sería construir uno nuevo.

Pasaron el resto de la hora de almuerzo sonriendo y hablando sobre la fundación, al terminar, caminaron por los pasillos del campus, buscando la oficina que le sería dada a Lieseri, al encontrarla, notaron que la oficina de Lieseri, desde su ventana se podría apreciar la cafetería, parte del estacionamiento y el jardín. Quentin colocó la caja con los utensilios de Lieseri en el escritorio. Observaron el lugar, un librero enorme frente al escritorio y uno de un tamaño menor del costado derecho del escritorio. Colocaron primero los libros sobre la repisa, luego unas fotos familiares.

—Tienes muchos no son de física precisamente.

—Creí que lo notarías, pensé en que tal vez tenga tiempo para leer, cuantos libros.

—Mi sobrino ama las matemáticas, la astronomía y la física, estoy seguro que le caerías bien.

—Curioso, ¿no? Comentó Lieseri, mientras colocaba libros en la estantería.

—Perdón, ¿qué es curioso?

—Como a veces las cosas simplemente encajan, sin necesidad de forzarlas.

—Llamémosle magia. —Expresó Quentin. Lieseri, se paró en frente de él, con un libro en las manos.

—¿Qué es para ti la magia?

Quentin, se quedó en silencio unos segundos. Sus miradas se conectaron nuevamente. Verán, la química del contacto visual no termina solamente en el cruce de miradas: existe un proceso conocido como mimetismo de la pupila o contagio de la pupila, según el cual las pupilas se dilatan y se contraen en sincronía, dando lugar a que surja la atracción. Verte sonreír. Contestó Quentin. El silencio inundó el espacio. Existen tipos de silencios, por ejemplo; hay silencios que delatan culpabilidad, silencios incómodos y están los que duelen. Nunca nadie nos habló del silencio que es cómplice al sentimiento, el silencio que recorre tu cuerpo, pero no te hace daño, termina en una sonrisa o en la purpurina de las miradas, Lieseri Becher y Quentin Dahl, sus universos se conectaban con tanta intensidad que hacían del silencio un minuto romántico.

—¿Crees en los milagros? preguntó Lieseri.

—Hasta hace poco no, pero creo que los milagros suceden cuando no lo esperamos, a veces solo estamos caminando hacia la barra y un milagro puede llenarte la camisa de licor o el

milagro que surge después de un mal día una voz interrumpe la soledad, simplemente para hacerte compañía. Y dime Lieseri Becher, Tú ¿crees en los milagros?

—Sí, creo en los milagros. Contestó Lieseri. Se miraron fijamente...

—Lieseri, quería saber si....

Margaret entró y se dio cuenta de la escena.

—Perdón, creo que debí tocar Margaret, un tanto avergonzada pero muy sorprendida de lo que acaba de ver.

—No te preocupes, no interrumpiste nada importante, solo hablábamos. Contestó Lieseri.

Al escuchar nada importante, Quentin se sintió un poco raro, él creyó que lo que estaba pasando ahí dentro era más que importante, pero al parecer para Lieseri no lo era. Sí, no es importante, — afirmó Quentin.

Lieseri, regresó a verlo, pero trato de no darle importancia.

—No, puedo volver después, —contestó Margaret.

—No, quédate, Quentin ya se va. Insistió Lieseri.

—Sí, me tengo que ir, te veo pronto Lieseri.

—Quentin abandonó la rara escena donde claramente no le gusto el final, se sintió un poco extraño, salió del campus, tomó su camioneta y se marchó del lugar, fue de camino a casa de Lily, a visitar a Harry.

Lieseri, se quedó en la oficina conversando un tiempo con Margaret. —Cuando dije que conocieras una persona de la ciudad, te dije que conocieras a una persona, como digo esto, —se tomó unos segundos para pensar— una persona normal, Quentin está loco.

Lieseri se mostró inquieta. ¿Por qué está loco? —preguntó Lieseri.

—Hace seis años después de publicar su libro, Quentin se casó, vivían en una casa no muy lejos del campus, de hecho, una noche, había tomado y la casa se incendió, su esposa murió aquella noche, ella estaba embarazada y tenían un hijo de no más siete años. el reporte policial oficializó que fue una fuga de gas, él se salvó, pero lo encontraron ebrio dormido en el patio. — Lieseri, sorprendida de todo, no dijo ninguna palabra simplemente se sentó y vio por la ventana hacia la cafetería. Desde entonces va cada noche al bar y bebe solo en la barra, se alejó de todas sus amistades y sólo conservó una, Elizabeth, la dueña del bar. No creo que sea una persona para ti Margaret tomó la mano de Lieseri, mi niña, María fue mi mejor amiga desde la infancia, eres como la hija que nunca tuve, sólo deseo tu bienestar. Lieseri, sonrió, era una sonrisa incómoda.

—Tengo que ir a una reunión, cuídate mucho, piensa en lo que te dije. Margaret besó la frente de Lieseri y se marchó.

Lieseri, desconcertada por la noticia se quedó tiempo en el carro en el estacionamiento, le agradaba Quentin, había algo en él que le atraía, pero, ¿qué era?, pensó en el momento cuando lo conoció, aquella noche en el bar, sentado en la barra, solo ¿Por qué estaría solo? pensó en sus

palabras — vengo al bar para no sentirme... para ver a las personas respiro profundo y condujo a casa, paró en el camino como de costumbre y compró margaritas para su abuela y siguió el camino.

Quentin Dahl, llegó a casa de Lily, quien se encontraba podando los arbustos del patio trasero. Ya viste el cielo. Comentó

Quentin, mientras besaba la frente de su madre.

—La primavera está llena de paisajes hermosos, te ves sorprende tu visita.

—Quería visitarlos ¿Has visto a Harry?

—Está en su cueva, sabrá Dios que hace tanto tiempo metido allí dentro, hasta duerme en ese lugar.

Quentin fue a la guarida. ¿Qué haces?

—Estoy construyendo un volcán que erupciona y que destruya los cimientos de la aldea.

—¿Por qué los quieres destruir?

—Se han portado mal, y merecen su castigo.

—A veces debes dar segundas oportunidades a las personas, Harry, todos podemos cometer errores y muchas de las veces no lo sabemos.

—

—Está bien, no morirán, pero si erupcionará.

Quentin y Harry pasaron la tarde terminando de construir el volcán, pidieron pizza a domicilio, bebieron jugo de mango y así terminó el día de Quentin con la puesta de sol.

Lieseri, llegó a casa, saludó a Virginia, quien se encontraba leyendo en la sala de estar.

—¿Qué lees? preguntó Lieseri.

—París era una fiesta, de Ernest Hemingway ¿Cómo te fue hoy?

—Muchísimo trabajo en la fundación, ordené mi oficina y almorcé con el escritor.

—¿Cómo es él?

Lieseri, suspiró, — como un personaje de su libro misterioso, tal vez no deba seguir conociéndolo.

—Eso no se escucha nada bien, hija. Existen personas que son tan distintas a las que estamos acostumbrados a conocer, todos tenemos secretos ocultos, pero eso no quiere decir que seamos una mentira.

Lieseri, seguía intrigada, sorprendida, por lo que Margaret le había comentado, en el fondo sentía que era algo muy íntimo y que Margaret no debía haberlo contado. Verán, en la vida salen a la luz cosas muy íntimas de una persona, y la gente se creen con el derecho de divulgarlo, es tan fácil propagarlo cuando no eres tú del que se está hablando, no sean parte de ese círculo que solo provoca envenenar corazones, enfócate en tu camino, sabes que no es fácil, así que valora tu viaje y respeta a los demás.

—Tienes razón, parece ser una buena persona, — comentó Lieseri.

Virginia notaba que sucedía algo, pero siempre respetó el espacio de Lieseri, sin preguntar, sólo dejándola ser. Ven, acompaña-me a sembrar estas plantas.

Lieseri y su abuela pasaron la tarde decorando el jardín, era un hermoso campo lleno de margaritas, con luces en los costados y muebles cómodos. Al entrar a casa prepararon palomitas y vieron películas lo que restaba del día. Joanne pasó el tiempo en su habitación trabajando y revisando cada una de sus inversiones. Así terminó el día en casa de las Becher, con la puesta de sol.

Joanne bajó a cenar. Saldré esta noche, — comentó.

—¿Dónde irás, cariño? preguntó Virginia.

—Iré al bar, a platicar con personas que conocí en el proyecto Tremp. Al terminar la cena Joanne pasó a su habitación se arreglaría un poco, para ella la noche recién empezaba. Lieseri llevó su libro de poemas al patio trasero, encendió las luces, era un lugar hermoso. Se recostó en uno de los muebles y pasó lo que quedaba de la noche leyendo.

Quentin, llevó a su sobrino dormido entre sus brazos a su recamara dentro de la casa. Al bajar encontró a Alisa, quien había llegado de trabajar, la saludo y los tres se quedaron platicando unos minutos debajo de las escaleras, Alisa abrazaba siempre con tanta fuerza a Quentin. Iba tan poco a casa, era muy ausente, algunos pensarían como una persona que sufre de soledad se aísla de su familia. Quentin pensó que tenía que sobrellevar sus demonios. Después de unos minutos Quentin tomó la ruta hacia el bar, el lugar de todas sus noches.

Joanne, vestía ropa semiformal, le fascinaba usar pantalones de tela. Llegó al bar y se estacionó, al entrar Elizabeth le esperaba sentada en una mesa al final del pasillo cerca de una ventana y un cuadro con la réplica casi perfecta de la noche estrellada. Disculpa la demora, demasiados alces en la carretera, es un peligro. Comentó Joanne.

—No te preocupes, debes tener mucho cuidado, creo que las personas de aquí ya nos hemos acostumbrado a ellos, pero los visitantes o gente nueva, terminan accidentados, pero bueno estas aquí y estas bien, cuéntame ¿Cómo estuvo tu tarde?

—Pasé el resto de la tarde trabajando y revisando los contratos de inversionistas, fue una larga tarde, creí que nunca caería el sol, luego cené con mi familia y aquí estoy, contigo ¿Cómo te fue a ti? preguntó Joanne.

—Mis días siempre son una locura, se van tan rápidos, necesito pasar menos tiempo en este bar, es la razón por la que decidí ser inversionista del proyecto Trent, además que parece un gran negocio.

—Es claro que necesitas viajar.

—Es curioso; mi mejor amigo dijo lo mismo.

—Ya somos dos con la misma opinión ¿Cuál es el sitio que siempre has querido conocer?

—Sudamérica, el caribe, quiero playa.

—Y qué es lo que te impide hacer esas vacaciones.

—Hacerlo sola, lo haría con mi mejor amigo, pero a él no le gusta viajar.

—Qué bueno que nos conocimos Elizabeth, yo amo viajar y el mar.

—Entonces debemos brindar por ello. Elizabeth, pidió una botella de vino y dos copas, pidió además patatas fritas para comer. Y la noche para ambas se fue construyendo, una amistad que había surgido en un ascensor, una botella de vino y dos personas que sin forzar el destino ocupan el mismo espacio en el universo. Cuando la botella de vino llegó al final de su última gota, surgió una larga pregunta.

—¿Has navegado en la noche? preguntó Joanne.

—Mis noches desde hace varios años son estas paredes, casi siempre las mismas personas y el mismo techo, no hay noche estrellada.

—Muy bien, Elizabeth, esta noche será tu escape. Joanne tomó de la mano a Elizabeth, caminaron por el aparcamiento y en la camioneta de Joanne tomaron rumbo al Colwick Marina.

—¡Estás loca! Decía Elizabeth, entre risas, aunque no podía negar la emoción que sentía de hacer algo diferente.

—La vida requiere de locuras. Gritó Joanne, prendió el reproductor de música, bajó las ventanas y continuó el camino. Al llegar alquilaron un bote y navegaron unos tres kilómetros y luego lo apago, abrió una botella de vino y dos copas que había extraído del bar. ¿Cómo se siente la libertad? —preguntó Joanne.

—Sabe a vino y se ve como... —miró a su alrededor se ve como un río. —Contestó Elizabeth y ambas rieron. Existen almas que nacen para estar juntas toda una vida, y no es necesario conocerlas un largo tiempo para darte cuenta de aquello, el amor está en el eco de la sonrisa, en el vino y en el mar de sentimientos, o en un río para dos. A veces solo necesitas un poco de locura para dar cabida a los sentimientos. Elizabeth y Joanne, pasaron gran parte de la noche en el bote, conversaron, se rieron, se conocieron. La atracción surgió en las primeras copas de vino o en un ascensor, será un completo misterio, pero después de aquella noche ambas tenían una sola conclusión, querían pasar todas las noches juntas. Cuando el reloj marcó las dos de la madrugada, Joanne llevó a Elizabeth a su casa, se quedaron unos segundos en la camioneta. Me alegra haberte conocido. Comentó Elizabeth.

—Te visitaré más seguido.

—Apartaré un vino, para cada noche. —Elizabeth, abrazó a Joanne y caminó hasta la entrada, al subir al pórtico dio vuelta y se despidió nuevamente con señas de manos e ingreso.

Quentin llegó al bar después de pasar parte de la mañana con Lieseri y parte de la tarde con su sobrino Harry. Al llegar notó que Elizabeth no se encontraba en el bar, caminó hacia la barra y pidió un vaso de ron. La escena de la tarde en la oficina de Lieseri aún pasaba por su mente (no interrumpes nada importante) aquellas palabras de alguna manera se quedaron en su cabeza. Bebió el ron y pidió otro de vuelta, encendió un cigarro. Y su mirada se quedó clavada en la repisa; entre las botellas de licor y el reflejo de las luces. Quentin, sintió la soledad, miedo, su pasado no dejaba de atormentarlo. Y así terminó su noche, al llegar a casa, se recostó en su cama y lloró, aquel día era el cumpleaños de su esposa.

EL ALETEO DE LAS MARIPOSAS

«El aleteo de las alas de una mariposa se puede sentir al otro lado del mundo» Proverbio chino. En un sistema no determinista, pequeños cambios pueden conducir a consecuencias totalmente divergentes. Una pequeña perturbación inicial, mediante un proceso de amplificación, puede generar un efecto considerable a medio y corto plazo. El movimiento desordenado de los astros, el desplazamiento del plancton en los mares, el retraso de los aviones, la sincronización de las neuronas; todos son sistemas caóticos o dinámicos no lineales.

«La soledad no tenía nombre, tampoco forma, no hablaba o susurraba, no veía, ni escuchaba. Sólo fue un fiel amigo que se quedó mientras mi alma escuchaba viejas canciones en un bar y fumaba un cigarro, esperando que la vida se consumiera» Fue lo último que escribió Quentin en su diario antes de dormir. Despertó la mañana del día siguiente, era tarde, se vistió con lo que primero que encontró y salió rumbo a la cafetería.

Lieseri, despertó muy temprano la mañana del martes, se vistió con un vestido amarillo. Bajó y desayuno, no comió mucho, apenas terminó el café salió rumbo a la fundación, tenía una reunión con personas que manejan algunas empresas de la ciudad para la donación de suplementos para los albergues de la ciudad de Nottingham.

En el camino hizo una parada como de costumbre, se bajó y compró una botella de agua y unos chocolates, un hombre en la fila, dejó que ella pagara primero se sonrieron y se marchó. Al llegar a las instalaciones de la fundación, Tate Carns quien era presidente de la fundación le esperaba, se reunieron, solo faltaba la llegada de Ted Beckson, presidente de una de las compañías de la ciudad, Ted entró y al ver a Lieseri, sonrió era el mismo tipo que había cedido su puesto en la tienda. Al terminar la reunión, Ted se acercó a Lieseri, quien se encontraba guardando documentos en su maleta.

—Entonces, tu nombre es Lieseri, —dijo Ted.

—Sí, mucho gusto.

—No te había visto por aquí antes.

—Me mudé hace poco. —Quieres ir a almorzar conmigo, hay un restaurante muy bueno aquí cerca y me cuentas cómo fue tu mudanza.

—Lo siento, ya tengo planes.

—Bueno, tal vez haya otra oportunidad después.

Lieseri se marchó del lugar, no le había dado tanta importancia estaba algo intrigada aún por lo que Margaret le había comentado un día antes sobre Quentin, se subió a su vieja Ford y partió hacia la cafetería. Al llegar creyó que Quentin ya estaba esperándola dentro, pero no fue así. Llegó y se sentó, pidió agua y esperó unos minutos. Quentin llegó algo apurado. Perdón la demora se me hizo tarde.

—No te preocupes, no llevo mucho tiempo aquí.

—¿Pedimos? preguntó Quentin.

—Sí, claro que sí, tengo mucha hambre.

Quentin, pidió pollo frito y puré de patata, y Lieseri, ravioles. Qué tal tu reunión, con la gente de la fundación.

—Estuvo bien, me dieron mucho trabajo, creí estar más libre hasta que las clases empezaran, pero no será así al parecer.

—¡Demonios!

—¿Qué sucede?

—Tenía pensado invitarte esta noche al cine, suelo llevar a mi sobrino los martes a ver películas y escogemos la peor película, nos aburrimos dentro, otras veces hablamos y otras veces nos burlamos, hemos llegado a ser los únicos en la sala.

—¿A qué hora iremos?

Quentin, sonrió, mostrar interés es muy importante a la hora de conocer a alguien, te transmite seguridad, que ambos están en la misma sintonía. —Paso por ti a las siete. —Contesto Quentin.

Y pasaron lo que quedaba de la hora de almuerzo hablando de la fundación y las actividades que Lieseri tenía pendiente como el organizar un evento para recaudar fondos para el orfanato de la ciudad.

Quentin condujo a casa, estuvo lo que restaba de la tarde trabajando en su libro, cuando el reloj marcó las seis de la tarde, condujo a casa de Lily, donde recogería a su sobrino. — ¿Dónde está el pirata? Vociferó al entrar de sorpresa a la baticueva.

—Ya no soy un niño, tío.

—Aún lo eres para mí.

—Ven, quiero mostrarte algo, mi súper volcán. Quería matar a los aldeanos con la lava.

—Que increíble, muéstrame cómo funciona.

—Quentin y Harry pasaron treinta minutos explorando el volcán que construyó, probaron con el conducto de humo, que simulaba la nube de ceniza y luego pasaron por sus suéteres y se montaron en la camioneta, antes de partir Quentin le explicó que esta vez tendrían una acompañante con ellos.

—Vamos a desviarnos en el camino, alguien vendrá con nosotros, se gentil.

—¿Tienes novia?

—No es mi novia, sólo es alguien que conocí.

—Quentin en el fondo sabía que su aprecio por ella no es de amistad, le ilusionaba estar cerca de ella. Condujeron a casa de Lieseri e hizo sonar la bocina de la camioneta. Harry se sentó a la mitad. Y apareció ella, vestida color morado y el cabello recogido, con sus ojos brillosos y esa sonrisa... ¡Esa sonrisa! Tres segundos le tomó abrir la puerta, salir y cerrarla. Para Quentin, esos tres segundos se convirtieron en minutos, luego en horas, después días, semanas, meses, años, décadas. Cuando un hombre pierde la cabeza por una mujer, tienden a perder la noción del tiempo. Quentin sintió esa sensación que ocurre en nuestro pecho, que a veces no sabemos si es vértigo, adrenalina, miedo o felicidad o tal vez son todas estas emociones juntas.

Caminó hacia el coche y sonrieron.

—Lieseri, mi sobrino Harry y presidente del grupo especial de Nottingham, protector de la baticueva y astrólogo.

Ambos se dieron la mano. —Mucho gusto, presidente. —Comentó Lieseri.

—Me dijo presidente, ella me agrada. —Ella me cae bien.

Los tres rieron y Quentin emprendió marcha al cine. Al llegar Harry aceleró el paso a la cartelera para elegir la película que verían. Brick Mansions (en español, La fortaleza) una película dirigida por Camille Delamarre, que no tuvo muy mala crítica. Quentin y Lieseri compraron los boletos, palomitas, nachos y refrescos. Harry tomó los nachos y su refresco de limón y Lieseri tomó las palomitas. La sala de cine lucía a medio llenar, había risas, momentos de aburrimiento y un poco de suspenso. Lieseri sentía mucha paz y confianza al estar junto a Quentin, cada treinta segundos miraba su rostro que en ocasiones reflejaba sonrisas, aburrimiento y también intriga. Miró su mano, y sintió la terrible necesidad de sujetar, pensó en que el universo le daría señales para tomar la decisión de hacerlo, escuchó un señor estornudar y pensó; si estornuda nuevamente tomaré su mano, pero el señor no lo hizo. Empezó a buscar señales en la película, pero nunca ocurrían, tal vez la vida le trataba de decir que no lo haga o tal vez la vida no toma decisiones por nosotros, dejó de pensar y sujetó su mano, un hormigueo recorría su cuerpo, sintió tanto aire dentro de su pecho, que creyó que estaba cayendo. Todos conocemos esa curiosa sensación en el estómago que nos invade cuando estamos frente a una persona por la que nos sentimos atraídos y que comúnmente llamamos "mariposas en el estómago". Creer que la única función de nuestro sistema gástrico es ingerir alimentos es un gran error, cada día se reafirma la importancia del estómago en las funciones neurológicas e inmunológicas de nuestro organismo. Así es: aunque nosotros lo sabemos desde siempre de manera empírica, la ciencia reconoce que el estómago también sirve para sentir. Cuando sentimos "las mariposas en el estómago", lo que ocurre es que al estar frente a la persona que nos atrae segregamos adrenalina y cortisol, dos sustancias que paralizan momentáneamente los músculos gástricos para poder centrar toda la energía en brazos y piernas, por si necesitamos huir o pelear (es curioso que la respuesta de nuestro cuerpo ante el amor sea la misma que ante una amenaza para nuestra supervivencia ¿No?). Esta parálisis se siente justamente como un cosquilleo, como si nos revolotean mariposas. Quentin, sintió adrenalina en su estómago y un poco de miedo, pudo haberse marchado del lugar y salvar su vida o golpear fuertemente el mentón de Lieseri. Pero ella tomó su mano también. Pasaron lo que quedaba de la película con aquellas emociones en su estómago, en ocasiones se miraban y sonreían, Lieseri se recostó sobre su hombro y a Quentin le bailaba el corazón. Las emociones no tienen sincronía, son rebeldes, no tenemos la capacidad de controlarlas, hacen con nosotros un huracán que puede destrozarnos, como también puede darnos vida. En el mar del amor encuentras compañeros de viaje, no hay sensación más intensa y feliz que el inicio, donde todo es nuevo. La película terminó, Harry hacía referencias que Quentin y Lieseri no entendían pasaron gran parte de la película en sus emociones y mirando sus manos que se sujetaban con tanta fuerza como si la vida los quisiera separar. Quentin llevó a casa a Lieseri. Al llegar Quentin se bajó a abrirle la puerta.

—Fue una gran noche, gracias por venir. — Comentó Quentin.

—Me la pasé increíble con ustedes, así que yo debería de agradecerles por haberme invitado.

- Espero que haya más noches como esta.
- Estoy segura que habrá más noches que está.
- Descansa, Lieseri Becher.
- Descansa, Quentin Dahl.

Ambos sonrieron y Lieseri se marchó. Quentin condujo a casa de Lily, Harry se quedó dormido lo que quedaba del camino, en la radio sonaba aquella canción con la que se conocieron, bueno, con la que se vieron por segunda vez. Quentin llevó en sus brazos a Harry y lo recostó en su cama y se marchó a su casa. Lieseri, llegó a casa, la abuela dormía y Joanne no estaba en casa, caminó hacia el patio trasero y se sentó entre las gradas, intentó charlar con la oscuridad, o con Dios, o a la nada. Desde que su madre murió, Lieseri, buscaba charlar mirando en algún lugar del cielo oscuro, creía que su madre estaría entre las estrellas y que podría oírla.

—¿Qué es lo que me está pasando? —preguntó esperando una respuesta, como si alguien estuviese ahí. Se quedó unos minutos más sentada en las gradas del patio, mirando las margaritas, llegó a la conclusión que debe tratar de controlarse y que necesita cuidar su corazón.

Joanne, se encontraba en el bar junto a Elizabeth. Bebiendo vino y platicando, la noche era agradable para ellas dos.

—Entonces, después de aquella relación, no volviste a intentarlo. Comentó Joanne. Elizabeth llevaba seis años soltera, su último intento de relación terminó tan mal, sufría maltrato por parte de su pareja. En la vida a veces nos rodeamos de las personas equivocadas, es importante saber que debes soltar una soga llena de fuego que lo único que hace es quemarte. No, desde aquel entonces no quiero saber de hombres.

—Salud por eso. Ambas chocaron copas, sonrieron y bebieron su vino. La atracción entre ellas era muy notoria.

—Y tú, ¿qué tiempo llevas soltera? preguntó Elizabeth.

—Tuve una relación hace dos años, teníamos planes de boda. Todo parecía marchar bien, pero un día despertó y sintió que ya no me amaba y decidió esperar un año para decírmelo y tres meses antes de la boda decidió terminar con todo. Me costó cientos de noches y dos veranos superar aquello, pero mírame ahora, estoy brillando más que las luces de tu bar. Joanne sonrió como si aquel suceso casi no le costó la vida.

—A veces perdemos cosas, porque otras mejores están por venir. Comentó Elizabeth.

—Cómo navegar a media noche con una desconocida.

—Como esta plática.

Entre Joanne y Elizabeth todo surgía en sincronía, no era química, se construían juntas cada momento. Joanne llegó a casa, Virginia y Lieseri descansaban, tomó una ducha y luego se recostó, así terminó el día para Joanne. Elizabeth, cerró el bar y se dirigió a casa, en el camino pensaba en lo que estaba surgiendo entre ellas dos, le parecía extraño sentirse así, pero sin duda lo disfrutaba. Llegó a casa tomó una ducha y se recostó y así terminó el día para Elizabeth.

Para Quentin Dahl, la noche terminó al llegar a casa, se metió a la ducha y se quedó varios minutos pensando en Lieseri, pensó en su esposa. No quiero vivir esto de nuevo, pensó, pero esta chica es diferente. Sintió tanto miedo, se fue a la cama y antes de dormir y escribió en su

diario y escribió; «Nadie escoge el corazón donde va a latir». Y la noche terminó para todos.

Semanas después, junio 22 del 2014 inicio del verano.

«En la relatividad de la vida, existen personas que viven diferentes estaciones; unas son veranos, otras primaveras, y quienes están pasando por una tormenta invernal» Los días siguientes todo siguió su rumbo en casa de la familia Dahl, nada extraordinario sucedió, Harry seguía con sus experimentos y continuaba yendo de pesca los sábados con Quentin. El programa de Alisa en la radio empezó a escucharse con más frecuencia y Lily estaba empezando a tejer gracias a tutoriales que había sacado de la internet. Para la familia Becher, la primavera trajo muchas sorpresas, todo era agradable y la sensación de empezar de nuevo les sentaba bien. Joanne seguía viéndose cada noche en el bar con Elizabeth, en las mañanas trabajaba en el proyecto Trent. Virginia disfrutaba de las novelas turcas. Para Lieseri el tiempo se agotaba con tanta rapidez. El trabajo en la fundación se acumulaba, las clases en la universidad estaban a punto de comenzar, cada vez tenía menos tiempo, pero las cosas con Quentin marchaban muy bien, almorzaban juntos cada tarde. La familia Dahl se encontraba preparando un delicioso asado.

—¿Cuándo piensas hablarnos de la mujer con la que sales? —preguntó Lily.

—Es solo una amiga. Contestó Quentin.

—No es solo una amiga, con ella almuerzas a diario y últimamente te ves mejor, te ves... feliz, — comentó Alisa.

—Solo es alguien que conocí en un bar y nos llevamos muy bien, hemos ido a comer y al cine, pero solo es una amiga. Lo dijo como si no quisiera ver a Lieseri todos los días de su vida. Pondré la carne a la parrilla, a ver si dejan de jugar el papel de detectives, las conozco.

Pero ellas no se iban a quedar conformes con lo que escucharon. Para la familia Becher, era uno de esos domingos en familia; iban a visitar museos y comer fuera de casa. Sin embargo, Lieseri pasaría el día trabajando con la fundación. Virginia y Joanne le esperarían en un restaurante cerca del museo nacional de justicia. Lieseri se encontraba junto a Ted, haciendo la entrega de donaciones para los albergues de la ciudad.

—¿Qué harás esta noche? preguntó Ted.

—Iré al bar con un amigo. Contestó Lieseri.

—Y él es solo un amigo o es más.

—Ted, creo que deberíamos concentrarnos en el trabajo. Comentó Lieseri.

—¿Cuántos albergues nos quedan por recorrer?

—Uno más y estaremos libres. Pasaron el resto de la mañana entregando las donaciones. Al salir Lieseri tomó ruta hacia el museo. En casa de la familia Dahl, la comida estaba servida. Harry y Charlie, un amigo de secundaria, fueron los primeros en colocarse en la mesa, Alisa terminó de colocar los cubiertos y todos juntos se sentaron a degustar de un domingo de parrilla. El verano apenas comenzaba y sería muy corto.

—Que nadie toque sus platos, Alisa bendice los alimentos por favor, — comentó Lily.

—Querido Dios, bendice los alimentos que nos vamos a servir, bendice a las personas que lo pusieron en la mesa, dale pan a los pobres y a nuestras familias, amén.

Alisa, dio la oración y todos pasaron a degustar los alimentos.

—Charlie ¿cómo están tus padres? preguntó Lily.

—Mamá está bien, se encuentra trabajando en el hospital y papá pasa las mañanas en el negocio, — contestó Charlie.

Por su parte las Becher se encontraban juntas en el Madison Bar, un viejo restaurante vegano, ubicado cerca del museo.

—¿Qué tal el trabajo hoy? Cariño, — preguntó Virginia.

—¡Una locura! lo bueno es que ya estoy aquí con ustedes.

—No tienes que ser como María, necesitas tiempo para ti, para seguir conociendo a Shakespeare, necesitas tiempo para ti, — comentó Joanne.

—¿Shakespeare? —preguntó Lieseri.

—Se refiere al escritor. Dijo Virginia

—Agradezco que se preocupen por mí, pero estoy bien, con Quentin todo marcha bien, somos amigos, amigos, volvió a enfatizar. Me gusta ayudar y no es por mamá, sólo disfrutemos del almuerzo y el museo, estoy bien.

Joanne y Virginia se miraron.

—Lo lamentamos, cariño. —Virginia sujetó la mano de su nieta.

Al salir de casa de su Madre, Quentin tomó rumbo al río. Cada inicio de verano llevaba flores y las soltaba en el río. Pasó por una florería en el camino y compró un ramo de tulipanes blancos. Al llegar al puente se bajó del auto. Lo lamentó mucho. Dijo y lanzó el ramo al río y se quedó unos minutos en silencio. Escuchó unos llantos, de repente, dio la vuelta al puente, era Robert, un viejo amigo de niñez tratando de consolar a su esposa Ana. decidió acercarse. Robert.

—¿Qué demonios haces aquí, Dahl. Contestó muy enojado, apartando a su esposa de sus brazos.

—Mira viejo solo quería decir cuánto lo siento.

—Por qué no te jodes y te largas a otro sitio a embriagarte.

—No digas eso. Suplicó entre sollozos.

—¡Vete de nuestra vista! —Robert tomó la mano de su esposa, sacó de su camino a Quentin con un empujón.

—Crees que no he pensado en ese día, Robert. Crees que no me he atormentado, crees que no he deseado haber sido yo. no solo tu perdiste a tu hijo esa noche, yo perdí a mi familia, y no hay un minuto en que piense en ello.

—¿Sí? y ¿esperas que sientas lastima por ti?

—Claro que no, solo necesito tu perdón.

—Mataste a mi hijo esa noche.

—Sabes que no fue así.

—Cuántas noches cuidé a tu hijo en mi casa, cuantas veces llego a casa con al menos un rasguño. Tú maldito deber es proteger a tu familia y que decidiste irte a beber porque no superas la muerte de tu padre. Mira a tu alrededor Dahl, todos en algún punto los perdemos, pero no nos

refugiamos en el alcohol, y menos dejas a tu familia.

—Yo, lo lamento.

—Tú lo lamentas —sonrió irónicamente— Sabes, ambos perdimos todo, esa noche, pero a diferencia. Tu lo mereces, ahora deja de acercarte a mi familia.

Robert se marchó. Quentin se sentó en el suelo y pensó en la noche del incendio, su último recuerdo antes de que los bomberos lo despertaran, es haberse desmayado en el césped de su casa. Una fuga de gas terminó con la vida de su familia y George el hijo mayor de Robert.

Tomó rumbo a casa, al llegar abrió una botella de whisky y empezó a beber descontroladamente, pensó en las últimas palabras de Robert «ambos perdimos todo, esa noche, pero tú lo merecías» Lo siento, susurró varias veces, casi ahogándose en su llanto.

Lieseri, Llegó al bar a las nueve menos quince de la noche. Esperó varios minutos en la barra, tomó un par de margaritas. Joanne y Elizabeth se acercaron de repente.

—Elizabeth, ella es mi sobrina favorita y la única, Lieseri.

—Eres hermosa. Comentó Elizabeth

—Gracias, gusto en conocerte. Contestó amablemente Lieseri.

—¿Qué haces aquí? preguntó Joanne.

—Iba a verme con Quentin, aquí hace —miró su reloj una hora.

—¿Conoces a Quentin? preguntó Elizabeth.

—Sí, lo conocí aquí.

Elizabeth miró la fecha en el calendario de su teléfono, y llamó angustiada a casa de Lily. Quentin no estaba en casa de su madre.

—Me tengo que ir. Dijo repentinamente y tomó las llaves de su coche y se dirigió a casa de Quentin. Joanne y Lieseri se miraron, sin entender por completo lo que estaba sucediendo. Elizabeth condujo con desesperación, en el camino estuvo a punto de chocar con un alce. Al llegar sacó la llave de la casa de Quentin que tiene consigo por caso de emergencias y vio tendido en el piso a su amigo, totalmente alcoholizado. —

¡Despierta! ¡Vamos! Repetía una y otra vez con palmadas en sus mejillas.

—Es mi culpa, Elizabeth, yo los maté, — respondió ebrio y con lágrimas en sus ojos.

—Estoy aquí, tranquilo, estoy aquí.

LAS LLAMAS DEL FUEGO

«Los recuerdos no hacen una herida, la vuelven más grande».

Junio 22 del 2011, tres años antes del incendio.

—¡El almuerzo está listo! Candace gritó desde la cocina, mientras sacaba la lasaña del horno. Junio fue un mes complicado dentro de la familia Dahl, se decía poco. El silencio, aunque algo incómodo, era lo más apropiado. Quentin evitaba visitar a su Madre, era el mes de la muerte de Nicholas. Desde que Candace se enteró, sintió que era su deber ayudar a sobrellevar la pérdida de Quentin. Pese a sus exhaustivas estrategias, nunca encontró la manera de hacerlo.

—¿Qué huele tan delicioso? —expresó Quentin besando la mejilla de su esposa y tomó un trozo de queso y se lo llevó a la boca. Candace abrazó a Quentin.

—¿Puedes traer a los niños? —preguntó Candace.

—Lo que su majestad ordene, —contestó.

Jake y Darían veían juntos «el señor de los anillos». Cada sábado por la mañana y el domingo Robert los llevaría al río. Quentin y Robert habían planeado desde la secundaria como sus hijos serían mejores amigos al crecer y el cómo iban a turnarse los días del fin de semana para cuidarlos. Candace terminaba de preparar la mesa. Se sentó algo exhausta, apoyando su cabeza al espaldacero de la silla y sosteniendo su gigantesco vientre. —Me vas a matar, amor— Comentó limpiando el sudor de su frente. Siete meses de embarazo, esperaba, lo que sería una hermosa niña que llevaría el nombre de April. Después de la comida Quentin se quedó limpiando los trastes.

—Necesitas ayuda. Dijo Candace al verlo solo.

—No, cariño. Ve, y descansa.

—Podemos ir a casa de tu madre, llamaremos a Robert y él vendrá y llevará a los niños al cine, seguramente. Candace abrazó a su esposo por detrás y apoyó su frente en la robusta espalda de Quentin.

—No quiero dar un paseo, solo quiero tener un tiempo a solas. ¿Crees que podría?

—Sí, claro, ve. Estaremos bien, dejaré que los niños jueguen en el sótano y yo tomaré una larga ducha.

—¡Gracias!

—Quentin, te amo. Candace tomó de sus hombros, lo abrazó y besó sus labios.

—Yo también. —Respondió. Al atardecer tomó rumbo al bar. Se quedó 20 minutos en el estacionamiento, pensando, no se bajó del auto. Recordó que cuando era niño su padre lo llevaba de pesca. Nicholas es el menor de cuatro hermanos. perdió a su familia en la guerra, quedando huérfano. Adoptado por una familia ucraniana, se mudó a Nottingham. Donde

conoció a Lily.

Encendió el auto y partió camino al río, al llegar, sacó una botella de ron de la parte trasera. Caminó por el puente y se detuvo a la mitad.

—Otro año que no estás, papá... eh... tendrás una hermosa nieta. Nacerá en un par de meses. Pero no estarás aquí para verlo, cómo tampoco estuviste para Jake, —su rostro humedecido por las lágrimas que rodaban por sus mejillas como si se tratase de una competencia Sabes, mamá sigue dejando el periódico cada mañana en tu sillón, Alisa se ha convertido en una gran locutora, estarías muy orgullosa de lo que ha conseguido. Todos te echamos de menos. Bebía de su botella como si se tratase de agua y estuviese en un desierto, sediento y deshidratado. Trató de limpiar con el brazo su llanto. Me enojé sonrió, tosiendo con su llanto la última vez que hablamos, yo me enojé, contigo. —Cayó de rodillas— perdóname ...En casa. Jake y Darían, subieron por algo de comer. Darian trató de alcanzar las galletas con chispa de chocolate que Candance escondía en un recipiente en la estantería encima de la cocina. Al jalar bruscamente un frasco con mantequilla de maní cayó detrás de la cocina, aflojando la manguera que conecta al conducto de gas.

—Vámonos antes de que mamá se dé cuenta de lo que hiciste, —comentó Jake.

—¿Y en la mañana cuando busquen la mantequilla? —preguntó Darían.

—Pensará que fue papá.

—¿Estás seguro?

—Sí, vámonos.

Quentin, tiró la botella vacía al río. Intentó caminar hacia el auto, apenas podía mantenerse de pie. Condujo a la gasolinera y compró otra botella de ron. Y se dirigió a su hogar. Al llegar a casa, no se bajó del auto, pensó en terminar, primero, su botella de Ron. Salud, papá, dónde sea que te encuentres Trató de caminar al pórtico, pero estaba tan ebrio que resbaló, empezó a reírse, con tanta euforia que en unos segundos se convirtió en llanto. No dejaba de musitar Lo siento, viejo. Lo siento— Hasta desmayarse por el alcohol.

—Qué sucede, madre. Contestó con poco aliento por haber subido a gran velocidad por las escaleras.

—Escuché un carro, creó que es tu padre. — Jake miró por la ventana y vio el auto mal estacionado.

—Sí, es él, —contestó

—Seguro, tuvo una mala noche. Puedes encender una cerilla y hervir un poco de agua. Estoy segura que necesitara una taza de té.

Jake, bajó a la cocina. llenó la tetera de agua del grifo, y tomó la caja de cerillas. Candace, al salir de la habitación, frunció el ceño, algo olía muy fuerte, un olor a gas cubría cada rincón de la casa.

—¡Jake! —gritó, intentó bajar rápidamente, pero su enorme vientre era un gran obstáculo. Jake, tomó una cerilla y en el primer instante en encenderla un enorme fuego cubrió su rostro y lo tumbó. Un enorme estallido se escuchó.

Quentin, levantó la cabeza y vio llamas, confundido, sólo se recostó otra vez. A la mañana siguiente despertó en la camilla de un hospital, lo primero que vio al abrir sus ojos, fue a Lily y Alisa, quienes se encontraban con los ojos hinchados y llorosos. ¿Qué hago aquí? preguntó, confundido sin entender la escena que estaba viviendo. Sólo habría tomado un par de botellas, no creyó que eso lo llevaría a una cama de hospital y peor aún, morir. Lily, se paró un tomó la mano de Quentin, también, acarició su frente.

—Te hicieron un lavado estomacal, cariño y... —partió en llanto— No puedo hacerlo, repitió en dos ocasiones. Quentin, tratando de sentarse, empezó a angustiarse.

—¿Qué pasó? —preguntó.

Alisa apartó a su madre. Hubo una fuga de gas comentó y.... evitó perder la compostura. Quentin, Candace y los niños estaban dentro de la casa, las llamas cubrieron todas las salidas. no pudieron salir... Un enorme silencio cubrió su mente, su mirada se partió en el segundo que escuchó el nombre de Candace. Sin importar qué palabras dijeran quiénes estaban en la habitación, solo escuchaba el eco de sus latidos. Lo siento tanto, Quentin... Lo siento... repetía Alisa, trató de sujetar su mano, pero Quentin rechazó el gesto y llevó sus manos a su rostro.

—Es imposible. Recuerdo haber llegado a noche a casa y estar todo... —recordó el fuego, tenía una vaga imagen de llamas en su mente, pero creyó que era un sueño. Quitó bruscamente el suero de su mano izquierda, se levantó y salió de la habitación, en el pasillo vio a Robert, abrazar fuertemente a su esposa, tratando de consolarla y un médico junto a ellos. Quentin y Robert cruzaron miradas. Dos días después. Quentin salía del velorio de su esposa e hijos.

—Por qué no vienes a casa con nosotros. — Alisa tomó la mano de Quentin.

—No, tal vez luego.

—Sabes, que estamos para ti. Comentó Lily, con una mirada rota.

—Sí, iré luego.

—Cuando tu padre murió.

—No hagas esto. Quentin interrumpió a Lily.

—Está bien. Respondió Lily tratando de romper en llanto.

—Pasaré luego por casa. Expresó Quentin, que notó lo duro que había sido con su madre.

Quentin trató de marcharse lo más rápido del lugar. Condujo a casa de Robert, se estacionó un par de casas antes, pensó en acercarse. Pero no pudo hacerlo. Varios autos estacionados alrededor de la casa, figuraría salir del coche, haber tocado la puerta y esperar la reacción de Robert al verlo parado en su puerta, creyó que no era buena idea. Encendió el auto y antes de marcharse se paró fuera de casa. Miró por la ventanilla, Robert lloraba desconsoladamente en la habitación de su hijo. ¡Maldita sea! Manifestó que golpeando el volante del auto, se marchó rápidamente, antes de que alguien lo notara. Se dirigió al lugar del incendio, su hogar.

Al llegar al lugar, encontró, solo la estructura de una casa completamente destruida y cenizas. Rompió en llanto.

Un año más tarde. Elizabeth era la única persona que aun mantenla contacto con Quentin. Llegaba cada tres días a ordenar el departamento, tiraba restos de comida y le llevaba nuevas

rationes, al menos se aseguraba de que estaba vivo.

—Me encontré a Lily, —comentó Elizabeth. Quentin no dijo ni una palabra simulaba ver una serie americana de casos policiales. Llevaba una barba descuidada, ojeras y su rostro se veía frío, serio, era imposible notar si estaba sobrio o ebrio, aunque por su olor, lo más probable es que estuviera alcoholizado. —Noté que el auto no estaba en el estacionamiento. ¿Se averió? —preguntó, mientras metía restos de algo que parecía raviolos.

—Lo vendí. Respondió Quentin, sin siquiera pestañear o hacer algún gesto, parecía robot que su única utilidad era ver la tv.

Elizabeth dejó la bolsa en el suelo. —Ya hablas —se sentó enfrente —¿Por qué no vienes al bar?

Quentin la miró —Bien— contestó, así, sin más.

—Está bien, te esperaré en mi auto. —Elizabeth se levantó y recogió las bolsas para tirarlas. Quentin tomó una ducha, se vistió, unas gafas oscuras y una gorra negra incluida en su vestimenta y se montó en el carro. Trescientos noventa y dos días, —expresó Elizabeth, con un enorme alivio, como si un peso llevase consigo y por fin lo soltara.

Quentin miró a Elizabeth, con el ceño fruncido.

—Trescientos noventa y dos días pasaste en ese apartamento sin salir y sin decirme una palabra. Si hay un Guinness por esto, créeme, es tuyo. —Encendió la radio y puso algo de música. Al llegar al bar, Elizabeth buscó un asiento en la barra. Pidió un par de cervezas y se sentó a su lado. —Apuesto a que ya no recordabas como era. —Elizabeth bebió un trago de cerveza.

—¿Cómo están ellos? —pregunto refiriéndose a su familia.

—Lily siempre se ve bien al decir verdad. Harry ha crecido mucho en estos meses y Alisa, ahora locutora.

—¿Locutora? —pregunto un poco sorprendido, aunque, en el fondo no le parecía nada extraño, Alisa tiene una agradable personalidad. Es de aquellas personas con las podrías pasar horas hablando y no perder la atención de la plática.

—Y una muy buena. Contestó Elizabeth, tuvo una idea, miró a Quentin. dejó las llaves de su coche en la barra. ¿Por qué no te llevas mi auto y los visitas? Creo que ellos estarán muy felices de verte de nuevo. — Quentin, miró las llaves, miró a Elizabeth. —Sólo, ven a verme antes de cerrar. Se levantó y caminó lejos de la barra.

Quentin tomó el último sorbo de cerveza. Recogió las llaves y tomó rumbo a casa de su madre. Al llegar, se quedó parado varios minutos en el pórtico antes de tocar el timbre. Cuando pensó que era mala idea y planeaba marcharse. Alisa se bajó del coche. Caminó sorprendida en dirección a Quentin.

—Hace cuánto no te afeitas. Dijo Alisa.

—Creo que perdí la cuenta, — respondió Quentin.

Alisa abrazó a Quentin fuertemente y lloró en su pecho. Perdón, extrañaba verte. Pero nunca

nos abrías la puerta de tu departamento, fuimos muchas veces.

—Lo sé, las escuchaba.

—Eres un tonto, no puedes dejarnos otra vez de esa manera. Golpeó el hombro de Quentin con una molestia, no más grande que la felicidad que sentía.

—No volveré a irme. Contestó Quentin, y abrazó fuertemente a Alisa, ella limpió sus lágrimas, tomó la mano de Quentin.

—Ven, nuestra madre estará feliz de verte.

—¡¡Mamá!! Se desgañitaba desde la sala de estar.

—¿Qué ha pasado? Contestó Lily, que se escuchaba venir desde la cocina.

—Te gustará lo que verás. Alisa se adelantó a la cocina para acelerar el paso de su madre, la emoción no le cabía en el pecho. Cuando Lily vio a su hijo en la sala de estar, sostuvo sus labios para no caer en llanto.

—Ven acá, hijo mío. No hay expresión más tierna y entristecedora que una madre decir «hijo mío» con la voz rota. Cómo si todo el dolor del mundo cupiera en dos sencillas palabras. Abrazó y rompió en llanto en el hombro de Quentin. —No sabes, cuánto te hemos extrañado.

—También, te eché de menos, madre. Quentin besó la frente de Lily.

Ella tomó su mejilla con la palma de sus manos. Me hace muy feliz verte.

Quentin volvió a abrazar a su madre. ¿Y Harry? —preguntó.

—Recuerdas la vieja bodega, —contestó Alisa

—Donde papá guardaba los palos de pesca.

—Sí, lo ha convertido en una especie de cuarto de juegos, —comentó Lily.

Alisa le compró una cama extra, las noches que no hace frío o no llueve, tiene permiso de dormir ahí.

—¿Puedo ir a verlo? Miró a ambas, señalando la dirección trasera de la casa.

—Sí, ve, es tu casa y tu sobrino, —contestó Alisa.

Quentin salió al patio trasero, tocó la puerta de la bodega.

—¡Adelante! —contestó Harry desde adentro.

Quentin abrió la puerta lentamente, y vio a Harry. —¡Hola!

Harry lo miró ensimismado. Te ves como el tío, Quentin. Pero, cansado y viejo.

—Ya veo que adoptaste la dulzura de Alisa, —contestó. Harry, se levantó y abrazó a su tío.

—Me gusta el pelo de tus mejillas ¿Puedo tenerlo?

—Me temo que tendrás que esperar unos años.

«Los recuerdos, si bien, pueden ser nebulosos son nuestra mayor fuente de inspiración, tanto, que nos impulsarían a crear algo inigualable, como también, de hundirnos en el fango»

EL LAGO

Una semana más tarde.

Lieseri empezó más temprano de lo habitual, desayunó en el camino un chocolate frío y un cornetto con crema de arándanos en su interior. En Kitty Coffee, una cafetería en la avenida Friar Lane. Al salir, tomó rumbo al banco, cómo pendiente del día, debía abrir unas cuentas como fondos de ahorro para la construcción de un ancianato. Lo que le tomó parte de su mañana. Cuando contaba con tiempo de inactividad en el transcurso de la semana, pensaba en que había sucedido con Quentin. No respondía sus llamadas y un par de mensajes que envió un par de días antes. No insistió, concluyó que tal vez necesitaba tiempo, después hablarían del desplante de la noche en el bar. Probablemente hubiese estado más alterada, de no ser por lo que Margaret le contó unas semanas atrás. Llegó a su oficina por la tarde, olvidó la hora de almuerzo y trabajo en lo que sería su metódica para el inicio de clases.

Quentin pasó gran parte de la semana escribiendo, a excepción del día anterior. Elizabeth lo convenció de ir a terapia y para asegurarse de que asistiera. decidió acompañarlo.

—¿Con cuántas personas has podido hablar de lo que sucedió?

Preguntó Denisse, psicóloga a la que Elizabeth lo llevó, por recomendación de uno de sus amigos.

—No lo hablo. Hizo una mueca y negó con la cabeza De verdad se puede hablar de esto, es decir, debo decirles a todas las personas, que podemos hablar sobre la pérdida de mi familia porque ya no me afecta. No se ofenda, pero no creo que funcione de esta manera.

—No es necesario que lo hables con todas las personas. Pero si no lo sacas sentirás que eso que tienes dentro te seguirá asfixiando. se quitó los lentes, y miró fijamente a Quentin —No es tu culpa.

Quentin Exhaló bruscamente, apoyó el rostro en sus manos. —Y por qué no lo siento de esa manera. ¿Sabe por qué evito verme al espejo?

—No, cuéntame.

—Por qué veo el rostro de un tipo que dejó morir a su familia y al hijo de su ex mejor amigo. pasó la palma de la mano por su cabello y luego rasco la barba de su mejilla No me siento inocente.

—Usted está aquí para que yo lo ayude a encontrar el camino del perdón, no pienso abandonarlo señor Dahl.

Al llegar a casa, Quentin pensó en las últimas palabras antes de salir "no pienso abandonarlo, señor Dahl". Le pareció curioso, porque desde el incendio sintió que todos los dioses que existen lo habían abandonado. Pasó la mañana trabajando en su nueva obra, al término de un capítulo tomó su teléfono y vio los mensajes que Lieseri envió y jamás contestó. Miró por la ventana frente a su escritorio, observó la hora, tomó las llaves de su camioneta y partió rumbo a la

universidad.

Margaret llevó un obsequio al despacho de Lieseri. Que esperas, ábrelo. Margaret no podía esconder la emoción que le producía tener a Lieseri en la universidad siendo parte de su equipo, a menudo dejaba todo tipo de obsequios en el escritorio de Lieseri, desde chocolates hasta cambiar las rosas de su florero.

—Una taza. Dijo Lieseri, con una sonrisa como respuesta de agradecimiento.

—Sí, necesitarás una para las reuniones de maestros, siempre bebemos té.

—Soy más de café. Contestó.

—Costumbre americana, ¡eh!, interesante.

—Es algo adictivo cuándo empiezas. Asintió con los hombros. Margareth sonrió.

—Seguro que sí, tengo una reunión con los nuevos becados. Nos veremos luego. Dijo antes de salir.

—Está bien, suerte. Alzó su tono de voz un poco para que Margaret que ya había desaparecido por el pasillo la escuchase.

—¡Gracias! Se escuchó en la lejanía. Lieseri sonrió, cuando dos golpes se escucharon, provenían de la puerta. ¡Hola!

—Sorprendida se levantó de su asiento. Quentin ingresó lentamente.

—Disculpa por no avisar que vendría.

—No tienes porqué disculparte, me alegra verte, te llamé.

—Sí, lo sé. Se acercó y le dió un corto abrazo

—¿Estás bien? preguntó Lieseri.

—¡Lo estoy! ¿Cómo estás tú?

Lieseri sonrió irónicamente. —Sorprendida, pero estoy bien.

—Si no estás muy ocupada quisiera llevarte a un lugar.

Intrigada por saber dónde la llevaría, aceptó.

—¡Claro! ¿A dónde vamos?

—Es una sorpresa, vamos. Dijo después de sujetar la mano de Lieseri. Al salir, Quentin condujo a Gardens and Deer, un parque al oeste de Nottingham. Al llegar se estacionó y emocionado tomó la mano de Lieseri. — Démonos prisa, te va a encantar.

—Está bien, —sonreía Lieseri, ella amaba las sorpresas y el misterio. Y Quentin era uno, sin duda alguna. Llegaron a un viejo árbol con el tronco recostado a cuarenta y cinco grados, frente a él unos arbustos que cubrían por completo el lago.

—Aquí es, debemos subir. Quentin señaló el árbol.

—Vamos a caernos. Respondió Lieseri.

—Claro que no, sólo es un árbol.

—Sé que solo es un árbol, nos haremos daño —negaba con su cabeza, cómo si tuviese una sensación de que no era una buena idea Además no somos niños, ya no somos tan hábiles.

—Lieseri, el árbol está recostado

—Lo... Lo sé. Tartamudeó, tenía un ligero miedo a las alturas, aún cuando la altura era de 2.4 metros.

—Un minuto, ¿jamás te has subido a un árbol? La miró como si el hecho de no subir a un árbol fuese una rareza.

—¡Puff ¡¡Sí, obviamente sí, —repitió tratando de convencerse a sí misma.

—Nunca lo has hecho, ¿Verdad? Sonrió, burlándose de ella.

—No, tengo temor a las alturas. Avergonzada, rascó con su nariz.

—Son dos metros de altura. —Expresó con tono burlesco.

—Está bien. lo intentaré. Exhaló temerosa.

—Subiré yo primero. Quentin trepó el árbol fácilmente como si lo hiciese todos los días de su vida, o fuese un don con el que había nacido. Subió y ayudó a Lieseri a trepar.

—¡Okay! no te muevas. —Un sudor congelado mojó la frente de Lieseri.

—¡Eyl está bien, estás conmigo, respira. — Quentin sujetó su mano. Lieseri sonrió, miró hacia el lago.

—¡Dios! esto es hermoso. —Un atardecer reflejado en el lago.

—Cuando era niño vivía aquí, no literalmente, pero pasaba mucho tiempo aquí.

—Es increíble, Quentin. Gracias por obligarme a trepar.

Quentin agacho su cabeza y sonrió. —Solía estar en desacuerdo con mi padre, discutimos por todo y nada, entonces, salía a caminar... Una tarde llegué aquí y vi el árbol, era curiosa su curvatura. Sonó pirotecnia por allá señaló al este del lago. Así que trepé para ver con mayor claridad, recuerdo; ver el lago y pensar que el rosa del cielo cuando hay un atardecer se ve mejor, desde el reflejo del agua. Entonces vine aquí muchas veces, cuando andaba triste, cuándo quería drogarme sonrieron cuándo no quería ver gente.

—Tengo una mariposa en mi entrepierna, — comentó Lieseri.

—¿Qué? Quentin sonrió ante la repentina confesión de Lieseri.

—Es mi secreto, es decir. Lo hice una noche que estaba ebria, mis amigas y yo fuimos a una fiesta porque los exámenes habían terminado. Esa noche terminaron conmigo, tomé excesivamente, y terminé con un tatuaje en mi entrepierna, mi abuela no lo sabe. Al verlo, pensé, ¡Dios mío! soy una mujerzuela.

—No eres una mujerzuela por llevar un tatuaje

—Lo sé, estaba... nerviosa, espantada, enojada conmigo misma por haberlo hecho.

—O sea, eres una mujerzuela, pero no por el tatuaje.

—¡Tonto! —Golpeó el hombro de Quentin, ambos rieron. —Superaste el miedo a las alturas. Quentin aplaudió.

—Ya quisiera yo, aunque debo aceptar que me siento segura.

Quentin miró sus ojos, pensó que él también podía sentirse seguro en esa mirada. Es bueno saber cómo te sientes conmigo.

—Es curioso, —comentó mientras acomodaba el cabello detrás de su oreja.

—¿Qué es curioso? —preguntó.

—No me veía actuando de este modo.

—¿De qué modo? —inclinó su cabeza hacia un costado.

—Como una adolescente, trepando un árbol.

—Existen personas que nos quitan unos cuantos años de encima.

—Asegúrate de estar cerca de mí a los cuarenta —ambos sonrieron— de hecho, Dahl me aseguraré de que no te vayas tan lejos. Agregó Lieseri.

¿Han pensado en las promesas que surgen cada vez que una relación parece surgir? «no te apartes de mí. Quédate siempre a mi lado. Te querré todos los días de mi existencia» Cómo si el corazón no supiese de olvido, cómo si nunca antes lo obligaron a fingir amnesia.

—Jamás iré a ningún sitio.

Lieseri miró a Quentin, y pensó en su última relación. Le tomó dos años y veinte terapias superar su última ruptura, miró a Quentin y pensó en las palabras de Margaret, qué más da, concluyó, es solo amor. ¿Por qué no me cuentas algo de ti, qué oscuros secretos guardas? —Chocó el hombro de Quentin con el suyo y sonrió.

—No hay mucho que contar pensó en que no era momento de hablar de la pérdida de su familia, el sólo hecho de pensarlos, le afectaba al punto de perder la razón de sus actos Mi color favorito es el verde oscuro, tuve un compañero de habitación en la universidad que provenía de América, y creo que mi adicción al café empezó en el segundo año de universidad. Soy más de cervezas que de vino, y más de vino que de tequila. Me gusta el invierno, porque puedo dormir más y amo las aceitunas.

Lieseri sonrió levemente, ella esperaba a que Quentin hablará de su familia, sentía que era el momento oportuno, creyó que era un poco raro que él prefiera los secretos. —¿Qué opinas de los secretos? —preguntó con ya desespero.

—¡Vaya! no sé qué decirte, —respondió algo confuso.

—O sea, siento que mi abuela me esconde algo, sabes, siempre que llego a casa, las escuchó murmurar, a ella y a mi tía. Y siento que si yo tuviera algo que decir lo diría.

Sintió un alivio como si lo hubiese liado.

—Creo que las personas tienen el derecho de tener temas íntimos y que solo ellas pueden decidir a quién contar y cuándo. No creo que sea malo, no mientras nadie se vea lastimado.

—Tienes razón, olvídale es una tontería.

—No es una tontería, sólo las quieres mucho y te preocupaste.

—Sí, de nuevo tienes razón.

—¿Te gusta el tiramisú?

—¡Lo amo!

Quentin saltó del árbol, estiró sus manos esperando sujetar a Lieseri. Ven, conozco un lugar.

—No pienso saltar. —Eran apenas dos metros, pero cuando tu fobia reina dos metros pueden parecer la cima del mundo.

—No se me ocurre otra forma de que puedas hacerlo.

—Voy a morir, qué pasa si te aplasto y nos caemos, podría golpear fuertemente mi cráneo y morir, y aún no estoy preparada para ello.

Quentin sonrió. No vas a morir, ni aplastarme y tampoco golpearas tu cráneo.

—¡Maldita sea! Quentin, te dije que no quería subir. ¡¡Demonios!!

—¡Ey! —dijo Quentin. —Confía en mí ¿Puedes?

—¡Está bien! Exhaló varias veces bruscamente y después de varios segundos saltó. Quentin sujetó a Lieseri y ambos quedaron a centímetros, ambos podían sentir las vibraciones de alerta de su sistema nervioso, cuando un objeto está muy cerca de la piel.

—¿Estás bien? Preguntó entre susurros. Lieseri no contestó solo afirmó con su cabeza, y su mirada clavada en los labios de Quentin. Bueno es momento de irnos. — Quentin tomó su mano y la dirigió hacia la camioneta.

En el camino, encendió la radio de su camioneta. Little Talks, de Of Monsters and men, sonó en el reproductor de audio. Un baile sincronizado surgió y rieron.

«Un día descubriremos que no hacía falta subir, que bastaba sentarse con quien estaba a tu lado para llegar al cielo».

SEMÁFORO EN ROJO

«No estaba en mis planes volver a enamorarme, pero esa noche tú no dejabas de sonreír». Escribió Joanne en una servilleta y la guardó en su bolsa de mano color negro con pequeñas decoraciones de lentejuelas doradas, que siempre llevaba con sí. Elizabeth llegó de la barra con un par de copas y un vino tinto.

—¿Qué nos traerá el destino esta noche? — preguntó Elizabeth, asentando su codo en la mesa y apoyando la quijada en la palma de sus manos.

—A mí la noche ya no me debe nada. — Ambas sonrieron. No hay mejor conexión que unos ojos conectados con una sonrisa, son los polos atrayéndose. Sirvió dos copas de vino y preguntó.

—¿Por qué deseas brindar hoy? —preguntó Joanne.

—Por ti... Porque hace ya un tiempo esta ciudad no arrastraba gente interesante a ella. — Bebió una copa y la levantó no más arriba que su nariz.

—En ese caso deberíamos brindar por Margaret, fué quién nos trajo aquí.

—No, la conozco. Pero ya me agrada. Hizo una mueca de satisfacción, miró la marca del vino, y rellenó la copa.

—Te la presentaré, es una vieja amiga de mi hermana, es decana en la Universidad de Nottingham. Ella ofreció a Lieseri el puesto. Lo hablamos y creímos conveniente que una mudanza no nos vendría mal.

Se inclinó hacia la mesa, para sentir el olor de Elizabeth más de cerca. Jazmines, su fragancia era de jazmines.

—Lieseri parece una buena chica. Comentó mientras qué con sus manos, jugaba con un pequeño candelabro de Robín Hood que decoraba las mesas del bar.

—¡Lo es! En efecto, No es tan menor a mí, crecimos más como hermanas. —Miró por la ventana, y volvió la vista a Elizabeth.

—¿Cómo está sobrellevando la mudanza, tu madre?

—Para serte honesta, si nos hubiésemos mudado a sudamérica o la india, no lo habría notado. Ella sólo necesita la tv y sus novelas turcas.

Elizabeth no pudo evitar reír, tomó su frente con ambas manos.

—Creo que la otra noche amanecí viendo una. Concluí que necesitaba terminar de verla y así poner fin a mi etapa de amante de novelas.

—Puedo preguntarte algo personal. Preguntó Joanne.

—¡Seguro! Recostó su mejilla en su puño izquierdo.

—¿Por qué estás soltera?, es decir mírate, eres inteligente, hermosa, tus chistes son malos, pero si los ignoramos, eres un diez en una escala del uno al cinco.

Elizabeth enrojció y tomó su mano. No lo sé, estuve muy enfocada en el bar, y que mi

familia no sienta que al entregármelo me estaban dando más responsabilidad de la que pudiese manejar. Cuando tu mente se clava en un proyecto, tu tiempo se encoge.

—¡Entiendo! —contestó sin dejar de jugar con los dedos de Eli.

—O tal vez son solo excusas... Miedo, también, un poco de rencor a abrirme de nuevo a esa etapa. No lo sé, creo que sólo evitaba esos temas, o sentimientos.

Inclinó su mirada a la mesa.

—A todos nos han decepcionado algunas personas en nuestra vida. Pero eso no tiene una única dirección: Hay que ser conscientes de que nosotros también hemos decepcionado a otras. Y no es necesariamente por algo que hayamos hecho mal, sino por las expectativas de esas otras personas.

Elizabeth en respuesta le dio una pequeña sonrisa, sin la necesidad de abrir sus labios, pero sí de esas sonrisas que te quitan el aliento.

—¿Quieres conducir por la ciudad? —preguntó Joanne.

—¿Iremos a algún sitio en especial? bebió lo que restaba del vino de su copa.

—¡No! conduciremos sin razón alguna. —Se levantó y estiró su mano.

—¡Quiero! En respuesta a su pregunta, sujetó la mano de Elizabeth, y con la otra mano tomó el vino, tomaron rumbo al estacionamiento, ingresaron a la camioneta y salieron del parqueo.

—¡¡Keep bleeding, keep bleeding love!! —cantaban en voz muy alta, Joanne bajó las ventanillas de la camioneta, Elizabeth sacó su cabeza por la ventana.

—¡¡Sí!! —gritó mientras tomaban un camino sin rumbo fijo por la autopista. Unos cuantos kilómetros adelante, se detuvieron en un semáforo.

—¿Quieres escuchar mi canción favorita? —preguntó Joanne.

—¡Claro! Respondió Elizabeth mientras se quitaba el cabello de su rostro. Por su parte Joanne buscó un CD en el cajón del asiento del copiloto. Lo puso en el reproductor de CDs de su camioneta, cambió a la canción cinco de la lista y empezó a sonar la canción. Observó a Elizabeth y cantó la primera estrofa en sintonía con la banda.

—*Every breath you take, and every move you make. Every bond you break, every steep you take i 'I'll be watching you.*

Se observaron fijamente la una a la otra y ese silencio surgió. Existe demasiada química alrededor de un escenario de dos que se gustan con tanta intensidad; las sonrisas, las miradas, el sonrojarse y agachar la cabeza, el deseo de quedarse pegado en un abrazo. Su aroma, sus labios rojos, sus pómulos rosas. No hay espacio o detalle que no haya quedado impreso en nuestra cabeza. Y de pronto comprendes qué no hace falta subir a la cima de la montaña más alta del mundo para sentir el vértigo en tus piernas, bastaba estar cerca de los ojos correctos, para sentir el terremoto en el suelo que pisas. Un sonido de bocinas interrumpió el momento, el semáforo había cambiado a color verde. Un carro rebasó a Joanne y gritó.

—¡¡Avanza!!

Elizabeth bebió del pico de la botella y después dio de beber a Joanne. Se detuvieron fuera

de una repostería.

—¿Quieres un postre? —preguntó Joanne.

—Espera... Mira a tu izquierda. Dijo Elizabeth señalando con su dedo índice. Lieseri y Quentin se encontraban sentados juntos. Lieseri recostada en el hombro de Quentin. Él la abrazaba con un brazo y con el otro acariciaba su mejilla y quijada. Joanne y Elizabeth observaron la escena fijamente. Sé veían románticos y enamorados. Joanne regresó a mirar a Elizabeth, cuando de repente ella la besó, dejó caer la botella de vino ya vacía en el suelo, y sujeto con ambas manos el rostro de Joanne. A lo que ella respondió, quitando el seguro de su asiento y sujetándola fuertemente de su cintura. Se observaron fijamente. Eli mordió el labio inferior de Joanne.

—Olvidate el postre ¿Quieres ir a otro sitio? —preguntó Joanne.

Con la cabeza afirmó Elizabeth quien no quitaba su vista de los labios de Joanne. Condujeron por la autopista hacía el departamento de Elizabeth. Al entrar, Elizabeth se quitó los tacones en la sala de estar, se sentó en su sofá, Joanne la recostó por debajo de ella, sujetó su cuello y la besó intensamente. Esa noche se conocieron hasta los lunares que ellas no sabían que habitaban a sus espaldas. Elizabeth se durmió con la mejilla en el pecho de Joanne, y ella la abrazó. Qué bonito es coincidir en una misma sonrisa, en un mismo suspiro, en un mismo sofá.

Al llegar a la repostería se dirigieron a la zona oeste del local, tomaron un asiento frente a una pared de vidrio transparente, con luces doradas de decoración.

—Café de cortesía. Señaló una joven chica de no más de un metro setenta, de cabello rojizo, pecas y piel muy blanca. Colocó dos tazas en frente.

—Por favor. Contestó Lieseri.

—Enseguida les tomó la orden. Dijo la muchacha y llenó las tazas de café. Dejó un par de menús para que pudieran observar la variedad de postres.

—No se te ocurra pedir lo mismo, — indicó Lieseri, pediremos diferentes y luego cambiaremos sabores.

—¡Vale! pero escogeré chocolate. Contestó Quentin con una ceja levantada, como si hablar de chocolate fuera un asunto de suma importancia. Lieseri sonrió. —Está bien, en ese caso quiero una cheesecake de limón. Frotó sus manos con ansias de saborear cuanto antes el postre.

La chica se acercó y tomó la orden. ¿Con que les vamos a ayudar? preguntó.

—Para la señorita un cheesecake de limón, en cuanto a mí, deseo una torta helada de chocolate negro. Quentin entregó los menús con una enorme sonrisa. ¡Gracias!

—Enseguida les traeré su orden. La muchacha tomó las cartillas y se marchó.

—¿Vienes seguido, aquí? preguntó Lieseri.

—Con Harry, él ama los dulces.

—De niña amaba el chocolate, era el preferido de mamá, después de su muerte, dejamos de prepararlo. Pero mi abuela hace unos pies de manzana, que estoy segura que los amarías.

—Estoy seguro de que deseo probarlos. — Contestó Quentin sosteniendo su mano. Lieseri, observó su sonrisa, se paró y se sentó a su lado, y se recostó en su hombro.

—Me gusta cuando me abrazas. Suspiró.

Quentin la tomó sobre su hombro y besó ligeramente su cabeza.

—Y si nos quedamos así, siempre.

Lieseri sujeto la mano de Quentin. Siempre es una palabra muy grande ¿No lo crees? — Preguntó y esperó que Lieseri, no se sacara de onda.

—Bueno, sí, supongo, no lo había visto de esa forma. —Lieseri regresó a ver a Quentin y acarició su mano.

—Bueno, lo que dure, nuestro para siempre.

—Dijo Quentin y besó el pómulo de Lieseri.

La mesera llegó con los postres y los dejó junto a ellos, y un par de cubiertos ¿Desean que rellene sus tazas de café? —preguntó de una manera muy cortes.

—¡Seguro!, gracias, — contestó Quentin. La muchacha relleno las tazas y se marchó de la mesa.

—¡Demonios, esto es muy delicioso! Señaló Lieseri sorprendida.

—Estaba muy seguro, que te gustaría. Quentin, no podía contener la sonrisa de su rostro. Cortó un trozo de su torta y lo dirigió a la boca de Lieseri, ella aceptó la torta; sus gestos y su negación con la cabeza, extasiada por los postres que estaba probando.

—Hm... —tragó Amo comer, desde chica me enseñaron a controlarme, pero cuando estoy sola o en confianza, devoro la comida como si fuese una depredadora.

—Trataré de traer más seguido. Hay un restaurante de comida mexicana en el centro de la ciudad que estoy seguro aún no has ido ¿Ya probaste los tacos? —preguntó.

—¡No! abrió los ojos con su boca llena de postre y sus labios manchados Sí quiero ir.

Quentin sonrió. —Tienes que... —Hizo un gesto con su dedo pulgar en el labio.

—¿Qué tengo? preguntó algo intimidada.

—Déjame... —con su pulgar retiró un poco de crema de la mejilla de Lieseri Te limpio, ahora sí.

Ella sonrió. ¡Gracias!

Al terminar con los postres, pidieron dos té helados de frutos rojos. Cuando se encontraban conversando agustamente, una canción sonó en el fondo de la cafetería "Sweet disposition de la banda, The Temper Trap" Quentin miró la claridad de su mirada. Hay que saber enamorarse de unos ojos. Hay que saber que piensan de ti, cuando te miran.

—Este día es tuyo. —Comentó Lieseri.

Pocas veces en la vida, un beso coincide perfectamente con el coro de una canción y hay personas para observar. No era la mesera ni la familia de coreanos que estaban tres meses atrás. En el estacionamiento Elizabeth y Joanne, miraron con completa ternura el beso, y lo replicaron. Me gustaría contarles que la historia terminó esa escena casi perfecta. Pero estas historias recién empezaban. Al llegar al departamento de Quentin, la ropa encontró el lugar perfecto, el piso, y

sus cuerpos quedaron envueltos en las sábanas, mezclados como las mejores combinaciones de la vida; como el café con leche, o los días que aún con sol, tienden a caer una ligera lluvia. Lieseri pasó la noche en el departamento de Quentin. Y Joanne con Elizabeth. En la mañana siguiente, Quentin despertó una hora antes para preparar tostadas francesas con jugo de naranja, y se los llevó a la cama, Lieseri vestía una de las camisas a cuadros de Quentin. La despertó con un beso de buenos días.

—Buenos días, cariño. Comentó Lieseri, estiró sus brazos intentando quitar la pereza.

Quentin tomó un control del velador, y abrió las mamparas que cubrían sus enormes ventanas.

—Que lindo día. Dijo Lieseri.

—¡Lo es! ¿Quieres ir de pesca el sábado? — pregunto repentinamente.

—Claro, a Harry no le importa.

—No, estoy seguro que no.

—Bueno, entonces pasa por mí. Tengo una reunión con las personas de la fundación por la tarde, creo que no podré almorzar contigo hoy. Comentó Lieseri.

—No te preocupes, Los viernes suelo pasar en casa de mi madre. Quentin se cambió de sudadera.

—¿Le has hablado de mí? preguntó Lieseri, y levantó la mirada hacía Quentin.

—Hmm. En realidad, aún no, pero tal vez lo haga hoy. Sacó una gorra color marrón del armario y la colocó en su cabeza. En el camino, dirección a casa de Lieseri, conversaban sobre la reunión de Lieseri y con un grupo inversionista de Bienes y Raíces, que tenían pensado obsequiar un nuevo albergue.

—Habrá un baile. —direccionó su torso hacía Quentin En un par de semanas, lo organiza la firma de Bienes Raices ¿Quieres ser mi compañía? preguntó, emocionada ... Recordó los consejos de Joanne, sobre de apartar sus emociones cada vez que vaya a tomar una decisión, apretó los dientes esperando a que Quentin dijera que no, de todas formas, creyó que otra vez sus afecciones la traicionaban. Quentin miró fugazmente a Lieseri, y volvió su mirada a la carretera.

—Sí, claro. me encantaría. —Sujetó su mano y la besó. Después de un par de minutos, se estacionó en frente de la casa de Lieseri.

—Entonces nos veremos el sábado. Apoyó su brazo sobre el asiento del copiloto.

—Que tengas un grandioso día en casa de tu madre. Comentó Lieseri, y lo besó. Caminó hasta el pórtico y antes de abrir la puerta regresó a ver a Quentin, él hizo un gesto de despedida con su mano y se marchó. Al entrar recostó su cabeza en la entrada.

—¿Qué estoy haciendo? Se preguntó a sí misma.

—Llegar tarde sin permiso, — contestó Virginia, quién notó llegar a Lieseri por la ventana del comedor.

—Abuela, yo...

—No tienes que dar explicaciones, cariño. Ya eres adulta. —La recibió con un abrazo. — ¿Entonces, ese es el escritor?

—¡Sí!, es él.

—Conocí a tu abuelo en el tren camino a Londres. Yo tenía que visitar a papá quién se

encontraba moribundo en la cama de un hospital. Sin embargo, tu abuelo no tenía nada que hacer en Londres. Él me vio subirme al tren y decidió comprar un boleto. Fueron todos sus impulsos lo que lo llevaron a mí, fuimos muy felices. No trato de decir que tus emociones decidan por ti, porque debes aprender a respirar y pensar con mente fría. Pero, en ocasiones, sólo en ocasiones tus corazonadas serán un buen camino. —Virginia acarició la mejilla de su nieta.

—No me arrepiento de haber pasado la noche con él, tan sólo, que no sé, si estoy lista para esto. Sujetó la mano de Virginia.

—Ya lo descubrirás, cariño, ya lo descubrirás.

UN VIEJO CONOCIDO

«Hay demasiadas cosas en el pasado como lugares o personas que quisiéramos conservar para siempre».

—¿Lieseri? Un sujeto se acercó a Lieseri, cuando ella trataba de sacar una botella de agua de una máquina de monedas.

—¿Bill? ¿Qué haces aquí?

—Me enviaron aquí. Contestó sorprendido. Lieseri lo miró extrañada.

—Perdón, trabajo en El Forest. Ayer nos enviaron aquí para los nuevos proyectos y al principio estaba encargado de la construcción de un conjunto habitacional, pero esta mañana me notificaron que estaré a cargo del albergue.

—Que extraño es esto, un gusto verte Bill, pero debo marcharme. Tomó la botella de agua y trató de esquivarlo.

—Puedes darme un segundo... ¿Quieres ir a tomar algo?

—Bil...

—No, nos hemos visto en un largo tiempo. No puedes ir a tomar algo con un viejo amigo.

Pensó en las corazonadas y las decisiones. — Está bien, vamos a la cafetería. —Lieseri llevó a Billa Kitty coffee, el lugar estaba semivacío, de no ser por una pareja que desayunaba en uno de los asientos del fondo, y un señor robusto que comía a gusto en la barra de la cafetería.

—Un té y un cornetto. —indicó Bill al joven mesero que los atendió.

—Un café, gracias. Comentó Lieseri.

—¿Cómo has estado? preguntó Bill.

—Bill, —expresó Lieseri, quién no se veía del todo cómoda de estar en la cafetería junto a él.

—Bien, lo siento... mira... me asusté, aquella noche me asusté, tenías todo tan planeado, y yo apenas estaba asimilando lo que estaba sucediendo.

—Terminaste conmigo, con una carta. Una maldita carta.

Lieseri se veía molesta, como si hubiera por fin sacado toda la frustración de su relación fallida.

—Por qué ibas a convencerme de no hacerlo, no podía verte a los ojos.

—No sé qué hacemos aquí.

—Charlamos ¿Por qué, no somos amigos? ¿Sales con alguien? preguntó.

Lieseri pensó en Quentin, que aunque habían pasado la noche juntos, pues no eran algo precisamente.

—No —contestó— pero, conocí a alguien y me agrada.

—¡Ey! Eso es bueno, avanzaste con tu vida.

—Era lo que tu carta decía, Bill, avanza con tu vida.

—Y me alegra que lo hayas hecho.

—Me tengo que ir, —comentó Lieseri, quien se levantó de su asiento.

—Por favor, Lieseri —Bill sujetó su mano— es sólo un café.

—Bien, pero debes decirme ¿Por qué estamos aquí?

—No pensé que volvería a verte, pero creía que si algún día pasaba debía pedirte disculpas, independientemente si tú quisieras perdonarme. Fui un idiota.

—Está bien, te disculpo. —Lieseri no podía ocultar el nerviosismo y la incomodidad que le traía aquella escena.

—Volví a Manchester aquella noche, después de unos meses noté que extrañaba mi vida en Londres, a mis amigos, volví porque quería recuperar mi vida.

—Bueno, me alegra que hayas vuelto a Londres.

—No terminé de recuperar todo lo que perdí cuando regresé te habías ido. Avancé, pensé en enviarte varios correos, pero no tuve el valor de hacerlo.

—Ya es tarde ¿No lo crees?

—Yo no te busqué, te dejé ir y ahora estamos aquí. No pienso hablar del destino o las almas gemelas, pero estoy seguro que significa algo.

—Sí, significa que en tu oficina deben construir un albergue que yo recibiré.

—Lieseri, por favor...

—Por favor, tú Bill... No puedes solo aparecer y creer que te perdoné, así sin más. Terminaste conmigo con una maldita carta y no volví a saber de ti. Me enamoré de ti desde que era una niña, jamás había conocido otros labios u otros brazos u otro hombre.

—Me equivoqué, bien... sostuvo su boca con la palma de sus manos, respiró profundo. — Me equivoqué, correcto, lo sé... Y seguiré equivocándome porque de esto va la vida a veces aciertas, a veces no, pero tomamos decisiones. No actúes como si nunca te hubieses errado, no pretendas que todas tus decisiones no han lastimado a otros. —Lieseri, se quedó en silencio. Estaré aquí el tiempo en que la obra se cumpla. Te veré a diario y al terminar las construcciones me iré de aquí. Si para entonces aún no quieres saber de mí, lo entenderé, si cambias de opinión sólo acércate. —Bill se levantó, sacó un par de billetes de su bolsa y los dejó en la mesa. Y se marchó.

Lieseri, manejó de regreso a casa. Joanne y Virginia se encontraban en la sala de estar. Joanne revisaba el correo en su laptop. Virginia leía una revista de decoración de interiores, llevaba semanas pensando en cambiar un poco la fachada de la casa por dentro. Tal vez un poco de plantas le den un poco más de vida, pensó. Lieseri ingreso y cayó de frente en los almohadones del sofá.

—¿Sucede algo? —preguntó Virginia.

—Tal vez, tuvo una pelea con su nuevo novio.

—Comentó Joanne, que no quitaba su vista de la pantalla de su computador.

—Bill, está aquí, —contestó sin quitar el rostro del almohadón.

Joanne cerró inmediatamente su laptop y se sentó justo detrás de Lieseri.

—¿Qué te dijo? Virginia preguntó.

—Olvida lo que te dijo, voy a matarlo. — Señaló Joanne, como si hubiese esperado tanto tiempo para vengarse.

—Nadie matará a nadie.

—¡Mamá! —Protestó Joanne con enojo.

—Lieseri está bastante grande para que resuelva sus problemas.

Interrumpió Lieseri, la pequeña discusión. — Me pidió disculpas, dijo que lo lamentaba y que se había equivocado.

—Madre, puedes separar el hecho de que sea nieto de tu mejor amiga. Joanne era muy territorial, y muy sobreprotectora sobre Lieseri.

—Bill no es un mal hombre y no lo será por haberse equivocado. Es un asunto de Lieseri y Bill. Tú y yo, hija, sólo podemos observar y desear que tomen buenas decisiones.

—No es mal hombre, además no viajó a buscarlo. Está a cargo de la construcción del albergue. Yo siento que aún lo quiero, un poco al menos, lo supe al verlo.

Joanne, pensó en Quentin y la escena que había presenciado junto a Elizabeth. Piensa muy bien en tus actos, no tomes decisiones con la influencia de tus emociones.

—Lo sé. No tienen porqué discutir, yo las amo a las dos. —Lieseri abrazó a Joanne y a Virginia. —Gracias por siempre protegerme, besó el pómulos de Joanne.

—Saldré esta noche. Joanne dejó de lado el pequeño asunto de Bill y se marchó a su habitación.

—Al parecer sólo seremos las dos. Dijo Virginia refiriéndose a Lieseri y ella.

—Haré palomitas, al parecer será una larga noche de novelas turcas. Lieseri se veía poco emocionada, ver novelas no era precisamente un plan perfecto para un viernes en la noche.

—Hija, sé que debe parecer que estoy del lado de Bill y no es así. Estoy en tu equipo, pero escucha, siempre escucha, es lo mínimo que podemos hacer por los demás.

Lieseri sonrió. —Está bien, abuela. Te quiero.

Sábado por la mañana, acera de la casa de Lily Dahl, minutos antes de dirigirse al Colwick Marina.

—¡Harry, no olvides tu caña de pescar! — vociferó Quentin desde la camioneta.

—La tengo conmigo. —Caminó despacio a través del jardín para que ninguna de las cosas que llevaba se cayeran de sus manos.

—Permíteme ayudarte ¿Por qué lleváis historietas? preguntó cuando trataba de liberarlo de los objetos.

—Llevaremos a tu novia, no voy a quedarme en el bote solo observándolos.

Quentin sonrió y golpeó ligeramente la gorra de Harry No es mi novia, y vamos de pesca contigo.

—Si, claro. Harry tomó la caña de pescar y la pasó a la parte trasera de la camioneta. Quentin, se despidió de Lily.

—Lo traeré antes del atardecer. —Besó a su madre en la cabeza.

—Espero tengan un gran día, cariño. Quentin, emprendió rumbo a casa de Lieseri.

—Oye, Siri. Le habló por el altavoz de su camioneta a su teléfono. Sí, en qué puedo ayudarte. Respondió el asistente del teléfono. Llama a Lieseri. Llamando a Lieseri Becher.

Mientras esperaban en la línea a que Lieseri contestara, Harry sólo lo observó con una mueca.

—¿Qué? Vi un video en internet. Contestó Quentin ante la cara de Harry.

—¿Hola? Contestó Lieseri por el altavoz.

—Estoy a cuatro minutos de tu casa.

—¡Bien! estaré en el pórtico.

—Está bien, te veo en un momento. Quentin cerró la llamada y observó a Harry, quien tenía una enorme sonrisa de burla. —¿Qué?

—No, nada. Respondió.

Quentin empujó la gorra de Harry hacia su rostro. Al llegar a casa de Lieseri, Quentin se bajó de la camioneta, metió al balde de la camioneta la caña de pescar y un bolso que Lieseri llevaba consigo. Le abrió la puerta del copiloto, y Harry se sentó en medio de ambos.

—Hola, Harry. Lieseri saludó a Harry y estiro su mano.

—Hola, Lie.

—¡Oh! un sobrenombre, —señaló sorprendida.

—Llama a todas las personas por las tres primeras letras de su nombre, —comentó Quentin.

—Y, ¿cómo llamas a Quentin? ¿Qué? preguntó intentando parecer graciosa.

—Tío, —contestó Harry mirando a Lieseri con una mueca.

—¡Vaya! pues eso son tres letras curiosamente.

Quentin sonrió. Bueno, vamos de pesca.

"Home - Edward Sharpe & the Magnetic Zeros" sonó en el reproductor de radio. «El universo te pondrá solamente una vez en el camino a una 12ersona gue dividirá tu vida en dos partes. Antes y después de conocerla. Y después, no habrá más». Al llegar al Colwick Marina. Quentin bajó las cañas de pescar, tomó los bolsos. Harry sujetó una bandeja con piernas de pollo marinado en salsa inglesa y vino blanco que Lily los había preparado.

—¿Qué llevaré yo? preguntó Lieseri al ver que Quentin y Harry tomaron todos los objetos de la camioneta.

—Nada, por desgracia somos hombres y debemos llevar todo, —respondió Harry.

—¡Ja! es un personaje tu sobrino, —cruzó sus manos en su cintura.

—Ya lo oíste, por desgracia somos hombres.

—Quentin guiñó el ojo y siguió el camino. Lieseri sólo cerró la camioneta y se dirigieron hacía los botes. Alquilieron uno que incluía una parrilla pequeña y partieron rumbo por el río.

—Entonces el plan es asar las piernas de pollo y pescar ¿Por qué no metemos a la parrilla lo que pescamos? preguntó Lieseri mientras tomaba un par de cerillas para prender el carbón y unos pequeños trozos de leña para ahumar.

—La abuela prepara nuestra pesca los domingos. Dijo Harry en cuanto encogía los hombros.

—Es una tradición de mi madre. Contestó Quentin.

—¿Lie, me ayudas con los cebos?

—No había notado que el diminutivo de mi nombre significa mentira. Hizo una mueca de descontento.

—Odio las mentiras. Indicó Harry.

—¿Cómo estuvo la reunión? preguntó Quentin, mientras colocaba las piernas de pollo en el

asador.

Lieseri pensó en Bill creyó que, si Quentin podía tener secretos al no contar lo de su familia, ella también podría guardar que había vuelto a ver a Bill, así la balanza estaría a la par. Estuvo bastante bien, empezaran las obras para el albergue, creo que fue una buena reunión. miró a Harry también odio las mentiras.

—Vamos a jugar al futuro. Sugirió Quentin.

—¿Futuro? —preguntó Lieseri.

—Es un juego que inventó el abuelo, debes decir dos escenarios tristes o malos que te veas en cinco años y dos en los que tal vez seas feliz o al menos eso lo creas. Contestó Harry.

—¡Oh! entiendo.

—Vamos, Harry. Empiezas tú, demuéstrole a Lie.

—Así, que tú también. Lieseri miró a Quentin y él sólo encogió los hombros.

—Primer escenario: Por fin salgo de la primaria y en la secundaria sigo siendo el mismo nerd y el blanco fácil de los abusadores. Aunque para ser honestos, eso es muy probable que continúe. Lieseri hizo una mueca de apoyo a Harry. Segundo escenario: El tío Quentin se vuelve a alejar de todos y no volverá a pescar.

—¿Otra vez? —preguntó Lieseri sintió que no podía dejar pasar la oportunidad.

—Larga historia, —contestó Quentin. Lieseri frunció su ceño. Vamos, te quedan dos.

—¡¡Va!! primer escenario feliz: Termino la secundaria siendo un chico popular y con una hermosa novia y vamos juntos a la universidad.

—¿Novia? —preguntó Lieseri entre risas.

—Susan Cleston y Ernest Cooper son pareja desde el cuarto año. A este paso me graduaré sin pareja. Comentó Harry, Quentin y Lieseri rieron. Harry se molestó por la burla de ambos, hasta que una pequeña sonrisa maléfica se dibujó en su rostro. Segundo escenario feliz: este día de pesca, es un éxito y ustedes terminan juntos y en unos años tendré primitos. Lieseri y Quentin, miraron en diferentes puntos y trataron de actuar como si el momento no fuese incómodo, Harry sonrió. Es tu turno, Lie.

Lanzó el cubo de algodón a Lieseri. —Un escenario triste probablemente sería que suspendan la construcción del albergue y segundo exhaló que en cinco años perder a mi tía o a mi abuela. Creo que no veo un año en el que viva lejos de ellas.

—Ahora felices. Comentó Quentin.

—Ganarme la lotería, —respondió y sacó su lengua. —¿Qué hay de ti? tu futuro en cinco años.

—Me veo con al menos con dos novelas más y tal vez siendo maestro en alguna secundaria.

—Maestro... Lieseri bajó sus lentes de sol.

—Sí, lo he pensado. Tal vez es tiempo de que me involucre más con esta generación y dejar mi grano de arena.,

—Estoy segura que serías un gran maestro, —señaló Lieseri espera, y tú predicción de algo triste.

—El olvido... Que las personas me dejen de recordar y no me refiero al mundo en general, sino a mis personas.

—Lo cual es tonto, no tengo más tíos, —contestó Harry.

—Y yo estoy segura que no volveré a conocer a un escritor, son escasos.

Quentin sonrió. En cuestión de minutos comeremos piernas de pollo en salsa de barbacoa.

Harry llevó dos cañas de pescar al pico del bote, las amarró sobre el pasamano. Se recostó y tomó un cómic de Batman y esperó a que los peces muerdan el anzuelo. Quentin y Lieseri se sentaron en la parte trasera del bote.

—Es muy lindo lo que haces por tu sobrino.

—Quentin miró confundido a Lieseri. —Me refiero a que le dedicas un día completo, las personas, sobre todo los niños, necesitan sentirse importantes. Y no hay mejor forma que dedicando tiempo.

—Sé que parece que lo hago por él y que soy yo quién lo ayuda, pero es completamente lo opuesto, lo que ese niño hace por mí todos los días, créeme, lo necesito más yo, que él a mí.

—No deja de ser lindo. Contestó Lieseri con una sonrisa.

Quentin se quedó colgado en aquella sonrisa. Hay veces que el amor te mira y sabes que estás a centímetros de caer al abismo, y sientes que no te importa caer en ella. No sabes cuantos besos necesitarás para recomponerte y en cuantas noches lo harás. Tú sabes que del abismo se sale ileso, pero de sus ojos, no.

—Creo que el pollo está listo. —Quentin tomó un recipiente, quitó la tapa del asador y sacó las piernas de pollo.

—Bueno, yo traje ensalada de zanahorias y puré de patatas.

Harry se acercó, con una pequeña mesa y almohadones. —Moría de hambre.

—Cuando venimos siempre traemos hamburguesas. —Añadió Quentin al comentario de Harry.

—Bueno, esto será mejor que una hamburguesa, —dijo Lieseri.

Harry y Quentin observaron a Lieseri sincronizados. —¡¡En ningún universo posible!! Contestaron en coro.

Lieseri sorprendida por la extraña sincronización de ambos. —¡Bien, no diré nada!

—No hay mucho que agregar, Lie. Contestó Harry.

—Él no dejará de llamarme de ese modo. —Lieseri señaló a Harry con una pinza.

—No, te ha bautizado de ese modo, —respondió Quentin.

Cuando se encontraban disfrutando de los muslos de pollo, una de las cañas de pescar empezó a ser tironeada con gran fuerza.

—¡Atrapó algo! —gritó Harry, quien se levantó raudamente.

—Sostén con fuerza. Ordenó Quentin.

—No puedo, me llevará. Harry fue casi arrastrado por el pez.

—¡¡Ya lo tengo!! Quentin sacó lo que era un enorme pez de río. Lieseri los observó, y recordó la escena de pesca que había sido testigo junto a su abuela y su tía. ¿Qué hago aquí? Se

preguntó casi susurrando.

—¡Sí!, ¡Lo hice! Harry abrazaba emocionado a Quentin. pescar es una de las actividades que requiere de paciencia. Pone a prueba tu desespero, tus nervios, tu ansiedad. No hay mejor manera que recibir un premio, sino después de una calma prolongada.

—Es enorme. Comentó Lieseri pavorida al ver al pez.

—Lo es, espera a que la abuela lo vea. Dijo Harry emocionado.

—Bueno, es momento de irnos. Añadió Quentin.

Lieseri, sonrió levemente. Al dejar el bote en el puerto, Harry y Lieseri se quedaron en la camioneta.

—Dejaré las llaves del bote, regreso enseguida, —indicó Quentin.

—No te preocupes, ve, —respondió Lieseri. Harry miró a Lieseri fijamente.

—¿Qué? Reaccionó Lieseri ante la mirada de Harry.

—¿Te gusta? preguntó Harry, así sin más.

—Bueno, sí, me gusta... sí, me gusta, — repitió tratando de convencerse a sí misma y no a Harry.

—Creo que se ven bien juntos. Añadió Harry.

—¿Puedo pedirte algo?

—Claro, dime.

—Si no te gusta, vete muy lejos. No quiero perderlo de nuevo.

Lieseri pensó en Bill —No tienes de qué preocuparte, Har. —Y guiñó su ojo.

—Ay no, he creado un monstruo. Harry sujetó su cabeza con ambas manos.

—¿Quién es el monstruo? preguntó Quentin.

—Le he dicho, Har... Contestó Lieseri.

Quentin no pudo sostener la risa.

—Creo que nadie antes había intentado desafiarlo. Todos rieron, Quentin condujo de vuelta a casa de su madre Lily. Al llegar se bajó para llevar las cañas y el enorme pez que Harry atrapó. Mientras Lieseri se quedó en la camioneta observando mensajes que tenía pendientes en su teléfono.

Lily, salió al pórtico.

—Abuela, ves esa enorme bestia, pues yo la atrape.

—Abrazó emocionado a Lily.

—Creo, que ya sé cómo lo vamos a comer.

—Hola, madre. Comentó Quentin, quién entró a casa y dejó el pez en la alacena.

—Así que la chica del auto es Lieseri. Lily miró a Quentin, esperando oír de ella.

—Sí, y te prometo que te la presentaré, sólo no ahora.

—Comprendo, estaré esperando el momento.

—Te amo, madre, pero ahora debo irme. — Quentin besó la frente de Lily y se marchó. Camino de regreso a la camioneta. Tienes planes esta noche. preguntó mientras encendía la Ford.

—Sí, lo lamento, tengo mucho trabajo acumulado, —contestó Lieseri.

—Está bien, no te preocupes, gracias por acompañarnos hoy. De verdad, me gustó que hayas

venido con nosotros.

Lieseri sonrió, pero sentía la necesidad de ya estar en casa, algo sucedía dentro de ella. La aparición de Bill nuevamente en su vida, la había sacudido todo dentro de sí. A mí también me gustó.

Mientras conducían camino a casa de Lieseri, ella lucía extraña, perdida en el camino, con la mirada fijada a través de la ventanilla de la camioneta. Quentin la observaba, pero no quiso interrumpir su silencio. Puso música en volumen bajo.' "Silenced by the night - Kane" sonó en el reproductor de audio. Ella reaccionó y regresó a ver a Quentin.

—Perdón, no quise interrumpirte creí que tal vez necesitabas música, cuando quiero sólo cavilar en algo, añado música a mis pensamientos.

Lieseri sonrió. Perdóname tú, creo que estoy algo cansada, ha sido una semana muy agotada.

—¡Ey! Aún te queda parte de este día y el de mañana. Descansa, duerme, mira películas con tu abuela.

—¡Lo haré!, gracias por invitarme y por hacer que tenga una mañana muy agradable. Lieseri besó a Quentin y se bajó de la camioneta. Ambos quedaron con ganas de dos palabras y un te quiero, se dejaron para después, que es cuando se deja lo que crees que has conseguido. Se dejaron ir una sonrisa, una caricia, una mirada, dos palabras. Se dejaron ir. Quentin, hizo un gesto de despedida y se marchó. Lieseri pensó seriamente en que necesitaba una charla con sus soportes emocionales. Bill era un terremoto o al menos un huracán.

LA TARTA DE ARÁNDANOS

—Hoy tendremos visitas. Señaló Joanne, mientras servía un poco de leche en su cereal de colores.

—¿Quién viene? preguntó Lieseri con el cabello todo desordenado.

—Buenos días, cariño. Comentó Virginia abrazando a Lieseri.

—Elizabeth, quiero que mi madre la conozca.

—Tomó una cucharada de su cereal— ¡Necesito que la amen! —glosó con la boca llena.

—A mí me cae bastante bien. —Expresó Lieseri, mientras se servía una taza de café.

Virginia abrazó a Joanne. Yo soy feliz, cuando te veo serlo a ti. Sólo voy a conocer a la persona que ha causado esa sonrisa en ti a diario.

—Te amo, madre. Joanne abrazó a su madre

—Bien, el plan es este. Yo prepararé lasaña y ustedes se encargarán de que Elizabeth se sienta cómoda.

—Crecen tan rápido. Comentó Lieseri, con una sonrisa algo burlona. Joanne lanzó su mirada asesina.

—Iré a comprar una tarta con Lieseri. — Añadió Virginia.

—¿Sí? preguntó Lieseri.

—Es un día especial para mi hija y los días especiales necesitan tartas. Y tú, vendrás conmigo. Señaló Virginia.

—Estoy de acuerdo, —Joanne apoyó a Virginia.

—Bueno, al parecer debo ir a cambiarme. — Dijo Lieseri, quién ya se había resignado a que tendría que salir de casa.

—¿Las llaves de tu auto? preguntó Virginia.

—Están sobre la mesa, al entrar, —contestó Joanne. Virginia leyó un mensaje que recibió por teléfono.

—Hoy será un gran día para todos. Dijo Virginia al salir.

A Joanne le pareció rara la actitud de su madre, pero lo ignora, de todas maneras, un gran día si se veía venir.

—¡Estoy lista! Vociferó Lieseri, mientras bajaba por las gradas.

—Te están esperando en el auto. Indicó Joanne a Lieseri al verla bajar.

—Esa mujer, siempre tan ansiosa. Te veo luego. Gritó Lieseri, en cuanto desaparecía por la puerta. Al subir al coche, Lieseri, trató de recordar cuándo fue la última vez que había sido copiloto de su abuela, recordó, las veces que de niña fue al colegio o de compras. Mi sonrisa de sol Así le llamaba su abuela. Sonrió y pensó (tal vez sí, hoy no sería un mal día).

—El cinturón. —Señaló Virginia. Lieseri observó al costado izquierdo de su torso, tomó el cinturón y lo cruzó por su hombro.

—¿Estás bien? preguntó Virginia, quién notó la distracción de Lieseri.
—Sí, sólo trataba de recordar la última vez que condujiste.
—Ayer, fui por frutas frescas al supermercado.

Lieseri pensó en las últimas veces que hizo algo tan simple con su abuela, ni siquiera podía recordarlo. —Estoy mucho tiempo fuera de casa, —dijo entristecida.

—Cariño, ya no eres una niña. Ahora tienes responsabilidades.
—Sí, pero ahora que lo veo de esta forma, ya no vamos de compras juntas. —Los ojos de Lieseri brillaron febrilmente, no era el reflejo de la luz, sino, las lágrimas que estaban a punto de escapar por su mejilla.
—No tienes por qué llorar, hija. —Virginia sujeto la barbilla de Lieseri, sin perder el frente de la autopista con su mirada —Tengo una idea, los domingos serán nuestros. Iremos de compras juntas y te compraré helado, mi sonrisa de sol.

Lieseri sonrió y un par de lágrimas rodaron por su rostro como si una con la otra estuviese compitiendo contra quien llega Lieseri sonrió y un par de lágrimas rodaron por su rostro como si una con la otra estuviese compitiendo contra quien llega primero, y sus labios eran la meta. Te amo, abuela.

—Lo sé, y yo a ti, mi niña.

Al llegar al supermercado Virginia no dejaba de observar su teléfono, era una actividad bastante extraña. Imposible que alguien que la conociese un poco, no lo note.

—¿Esperas una llamada? —preguntó Lieseri, mientras sacaba un par de latas de duraznos en almíbar y las soltaba en el carro de compras.
—No, es sólo que espero lleguemos a tiempo a casa, para recibir a Elizabeth.
—No tienes por qué preocuparte, de seguro llegaremos antes. —Contesto Lieseri.
—Puedes llevar el carro, iré a los baños, —comento Virginia.

Lieseri observó a su abuela, pensó que tal vez si estaba algo nerviosa por conocer a Elizabeth, era la primera vez que Joanne, llevaba una novia formal a casa.

—Hola. —Escuchó una voz que la espantó y soltó una lata de rodajas de atún al piso. Regreso a mirar.
—¿Bill, qué haces aquí? —pregunto impresionada.

Bill miró a su izquierda, sujetó lo primero que vio, tomó un frasco de aceite de oliva. Vine por esto.

—¿Aceite de oliva? —Arrugó su nariz extrañada por la situación.
—Sí, vi una receta en internet, pero miró la lata de atún en el piso, la recogió Esto es tuyo al parecer.
—Gracias, sí. Vine con mi abuela, hoy tenemos una de esas reuniones—comida entre familia.
—Reuniones-comida, —repitió Bill.
—Sí, ya sabes, haces una comida para dar una noticia.

—Las noticias se reciben mejor con el estómago lleno. Glosario Bill. Lieseri, sonrió y recordó a Teresa, la madre de Bill. «Las noticias son mejor dichas con el estómago lleno, así evitas sentir vértigo por la impresión» era una frase común de ella.

Y ¿cómo está Teresa? —preguntó.

—Bien, aún sigue hablándome de ti.

Lieseri sonrió. —Le contesté que nos vimos, —preguntó

No, sentía que iba a tratar de convencerme que regrese contigo.

Lieseri se sintió incómoda, su mirada se concentró en la lata de atún y un silencio pequeño los rodeó.

—¿Bill, hijo, cuánto tiempo? —Virginia abrazó a Bill.

—El tiempo no pasa para usted, debe compartir su secreto conmigo.

—Los abrazos de Lieseri, eso, y oler margaritas...

—Creo que me quedaré a la mitad de la receta, sé cómo conseguir margaritas, pero...

—Cállate y abrázame. Indicó Lieseri. Se dieron un abrazo que en principio se sintió incómodo, pero no necesitas de mucho tiempo para recordar un aroma que solía ser parte de ti.

—¿Por qué no vienes con nosotras? Virginia sujetó del brazo a Bill. Lieseri regresó a verla.

—No, creo que tienen un asunto de familia y no quiero interrumpir. Contestó Bill.

—Pero qué dices muchacho, eres como de la familia. Creciste con nosotras.

Bill miró a Lieseri.

—Si, gustas, —dijo Lieseri, que no se vio con otra opción que también invitarlo. Bill dejó el aceite en el mostrador.

—Al parecer esta receta tendrá que esperar.

—Ven, debes comentarme, cómo está Teresa. Esa mujer, de verdad la extraño. —Virginia se tomó del brazo de Bill y caminó junto a él por el supermercado. Lieseri, exhaló y—empujó el carrito de compras. Al llegar al estacionamiento Lieseri y Bill llevaron las bolsas de comida a la cajuela del auto.

—¿Estás de acuerdo de que yo las acompañe? —preguntó Bill, mientras ordenaba las compras en la cajuela.

—Sí, sabes que siempre eres bienvenido. — Contestó Lieseri, como si no le pusiese nerviosa la idea de tener a Bill cerca. Siempre tuvo dificultades para decir no, lo supo a muy temprana edad, cuando Lieseri iba en la escuela, tenía una compañera que su manía era dibujar garabatos en la piel de las personas. Ella siempre preguntaba si podía hacerlo por órdenes específicas de sus padres, y Lieseri regresaba cada día con las muñecas llenas de garabatos de colores. Al principio eso molestaba mucho a María, pero después de un tiempo, simplemente lo dejó pasar. También recordó el primer noviazgo fugaz antes que Bill. Patrick era un chico robusto de padres ucranianos. Se acercó una tarde después del recreo y le entregó un chocolate y preguntó si podían ser pareja, hecho que duró un par de meses, hasta que María se enteró, y habló con los padres de Patrick. Para Lieseri Becher, decir no era más complicado que volar en un unicornio.

—Bueno, entonces vamos a pasar el día juntos, apuesto a que la pasaremos bien. — Chocó el hombro de Lieseri con el suyo.

—Apuesto a que sí. Musitó Lieseri.

Bill condujo de camino a casa, Virginia se sentó en el asiento del copiloto y Lieseri pasó a la parte trasera, distraída, como de costumbre, veía por la borrosa ventanilla del auto. Pensaba en Quentin, en qué si estaría bien, tomó su teléfono escribió —te extraño —dio dos golpes con su pulgar en la pantalla del teléfono y luego borró lo escrito. Escribió —hola —repitió el tick nervioso. Y guardó su teléfono al final.

—¿Qué hace Teresa? —preguntó Virginia, recostando su hombro derecho sobre el asiento y mirando de frente a Bill.

—Recuerda el propósito que tenía de abrir una cafetería... pues, una mañana se levantó y alquiló un sitio, no supimos hasta cuando llegó el día de la inauguración —El rostro boyante de Bill, transmitía la felicidad en los demás, la manera de contar una historia o explicar un tema, era una cualidad importante de Bill. Virginia sonreía, al igual que Lieseri creo fielmente que no hay edad para seguir tus sueños, ni tiempo que limite a cumplirlos. Sólo es cuestión de querer dar ese salto y esquivar la primera barrera, que es el miedo.

—Su tarta de arándanos, es inigualable. — Comentó Virginia.

—Es mi tarta favorita. Añadió, Lieseri.

—Sé preparar una tarta de arándanos bastante decente, no se compara a la de mi madre, pero creo que las tartas de arándanos es lo que define a un Gringer. Bill, miró a Lieseri por el retrovisor del auto y ella le sonrió.

—Tienes una invitación a casa, muchacho. Debemos probar esa tarta. Virginia, estimaba demasiado a Bill. Al llegar a casa, Virginia se adelantó para conocer a Elizabeth. Bill y Lieseri se quedaron recogiendo las compras del auto.

—Tarta de arándanos. Comentó Lieseri, sujetando una de las bolsas.

—Sé que necesitas tiempo lejos de mí, así

que la prepararé cuando tú me lo pidas, —contestó Bill, convencido de que Lieseri lo haría.

—Creo que mi abuela se quedará con ganas de probarla tomó otra bolsa y se marchó. Bill sólo sonrió, ella dio vuelta —¿No vienes? —preguntó y Bill cerró la cajuela y caminó detrás de Lieseri.

—Madre, ella es Elizabeth ... Elizabeth, ella es mi madre, Virginia. Joanne nerviosa, presentó a Elizabeth de la forma más rápida posible.

—Que gusto conocerla Virginia, Joanne me ha hablado maravillas sobre usted. Elizabeth abrazó a Virginia.

—El gusto es mío, hija —Virginia recibió a Elizabeth con una enorme sonrisa —por favor debes hablarme de cómo se conocieron. La historia ya la sé, pero cada persona lo vive diferente —.

Lieseri y Bill, ingresaron con las bolsas de compras.

—Bill... Saludó Joanne algo azorada.

—Joanne, cuantos años. La saludó con un apretón de manos bastante tenso.

—Desde que te fuiste sin avisar a nadie. Recuerdo esa historia, Lieseri nos la contó en varias ocasiones. Joanne, se mostró amenazante, era claro que no perdonaba a Bill por romper el corazón de Lieseri, a diferencia de Virginia, Joanne era bastante rencorosa cuando algo la lastimaba a ella, o a Lieseri, o a Virginia.

—¡Joanne! Advirtió Virginia, con un tono serio.

—Cómo sea.

—Elizabeth, él es Bill un viejo amigo de la familia. Virginia presentó a Bill y trató de cortar el rollo de un momento tenso.

—Es un gusto conocerte—. Expresó Bill — ahora si me disculpan llevaré las compras a la cocina. Lieseri no dijo ni una palabra, sólo caminó detrás de Bill.

—Iré a revisar la lasagna. Indicó Virginia y siguió detrás de ellos, en dirección a la cocina.

—¿Qué fue eso? —preguntó Elizabeth, azorada.

—Él es ex novio de Lieseri.

—¿Qué hace aquí?

—Mamá lo adora por la cercanía que tiene su familia y la nuestra.

—Pero... y... ¿Quentin? —Elizabeth preocupada, pensó en su amigo.

—Lo sé, sobre todo por lo que vimos.

—¿Crees que Lieseri vaya a lastimarlo?

—Oye, eso nunca. Ella no haría eso, estoy segura que ya no siente nada por ese tonto.

—Espero que sea así, no podría ver a Quentin nuevamente mal.

—¿Nuevamente?

—Larga historia.

—Me hablarás de ella.

—Sí, sólo no es el momento.

Virginia sacó la lasaña del horno, tenía una pinta de que sabría espectacular y así lo fue pocas veces en la vida puedes estropear una lasaña. Preparó una ensalada de espinacas, tomates y aguacates. Lieseri y Bill pusieron la mesa. Cuando todos estaban presentes en sus asientos, empezaron a platicar.

—Y cuéntenos, Elizabeth, ¿qué haces? —preguntó Bill, mientras cortaba un trozo de lasaña y lo llevaba a su boca.

—Soy dueña de un bar y también soy parte de los nuevos inversionistas del proyecto Tremp, junto a Joanne.

—Debes estar agotada, mantener un bar de pie requiere de mucho trabajo extra, —comentó Virginia.

—No le mentiré, es difícil, al menos los primeros años. Y no por el hecho de abrirlo, el bar tiene más de setecientos años, es la responsabilidad de todos los anteriores miembros de familia que lo mantuvieron.

—¿Setecientos años? increíble, realmente lo conoceré.

Elizabeth sonrió y luego se sintió culpable, Bill no se veía una mala persona. Eres bienvenido. Pasaron lo que quedaba de la hora de la comida, hablando sobre la historia del bar. Joanne y Elizabeth, fueron las primeras en marcharse. Elizabeth debía ir al bar y Joanne la acompañó. Que gusto haberla conocido, Virginia, —dijo Elizabeth. —El gusto es mío, hija. Eres bienvenida aquí siempre que puedas. —Se despidieron con un fuerte abrazo. Joanne abrazó a su madre también.

—Gracias, te amo madre. Joanne susurro. Virginia sólo sonrió y besó la frente de su hija. Y se marcharon de casa.

—Creo que también es momento de marcharme. Gracias, Virginia, por haberme invitado. Bill sujetó las manos de Virginia.

—Que gusto haberte visto, muchacho. Envíale abrazos a Teresa. Y despidió a Bill con un abrazo. Subió a su recamara para dejar solos a Lieseri y Bill.

—Bueno, espero verte otra vez. Comentó Bill.

—Ven, dame un abrazo y cuídate mucho. —Bill miró fijamente a Lieseri. —No lo arruines, Bill, —dijo Lieseri algo nerviosa y él sólo sonrió.

—Te veo luego.

Lieseri miró a Bill marcharse desde el pórtico. A nadie puedes obligar a que te quiera; tampoco a que te olvide, aunque te marches. Una vez que se habita un corazón siempre quedarán huellas imborrables. Algunas son cicatrices, otras se convertirán en el mejor recuerdo de tu vida. Lieseri sonrió y se perdió en sus pensamientos. Cerró la puerta de la entrada después de que el auto de Bill desapareciera entre las calles.

SWEET CAROLINE

—¿Por qué es necesario que yo vaya? —preguntó Quentin a las insistentes invitaciones de Elizabeth para que pase el día junto con ella y Joanne.

—Porqué eres mi mejor amigo, casi un hermano, y porqué es tía de Lieseri levantó sus cejas y cruzó sus manos de verdad quieres perder la oportunidad de conocer a su familia. Tenía en cuenta que si no funcionaba nombrar a Lieseri, no iba a haber poder alguno que lo convenciera a ir.

Quentin miró a su izquierda, pensativo, la miró. —Pero, no quiero que se besucones enfrente de mí, es incómodo. Advirtió.

—Por eso te amo. Tomó las llaves y caminó hacia la entrada.

—Elizabeth, estoy feliz por ti. Sonrió, hay una felicidad ajena difícil de explicar, pero no de comprender. Esa felicidad que nace, cuando ves a los tuyos lograr una meta o el simple hecho de verlos sonreír todo el tiempo. Esa felicidad.

—Lo sé. —Desapareció entre la entrada. Quentin la observó marcharse por su ventana. El Museo Industrial de Nottingham, era el destino. Quentin, tomó una breve ducha en lapso de minutos, Elizabeth volvería en compañía de Joanne. Vistió; con botas marrones, una camiseta blanca, unos pantaloncillos negros de mezclilla. Caminó al pórtico de su morada. Elizabeth ya lo esperaba en la entrada. Se subió en los asientos traseros del auto de Elizabeth.

—Joanne, te presento a Quentin. Él mejor escritor que esta ciudad pudo parir... Quentin, ella es Joanne.

—Que gusto conocerte Joanne. Debo admitir, que tenía curiosidad de verte. —Quentin sujetó su mano.

—El gusto es mío, había escuchado de ti y no sólo por Elizabeth.

—Lieseri, ¿te habló de mí? —preguntó nervioso, sorprendido.

—Sí, bueno no mucho, pero... definitivamente lo hizo.

Eso alegró a Quentin. —Qué bueno es conocer a alguien de su familia, aunque, eres muy joven para ser su tía.

—María era la mayor, madre de Lieseri.

—Ya veo... Bueno, ¿a dónde iremos?

—Al museo. Contestó Elizabeth.

—¿A cuál?

—Al industrial, a Joanne le fascina todo lo que tenga que ver con historia.

—Vaya, te mudaste al lugar perfecto. Nottingham, está lleno de historia, desde sus paredes,

hasta la ciudad subterránea.

Al llegar al museo, caminaron juntos a ventanilla. Quentin se acercó y pagó por tres boletos. Entraron juntos.

—Antes de las bicicletas, los coches y los trenes, las personas adineradas usaban autocares tirados por caballos. En nuestra galería, tenemos un entrenador 'Phaeton' que es un raro sobreviviente. En su día, fue un medio de transporte de muy alto estatus. Es un carruaje deportivo abierto popular a finales del siglo XVIII y principios del XIX. Tirado por uno o dos caballos, un Phaetón típicamente tenía un cuerpo mínimo, muy ligeramente suspendido sobre cuatro ruedas extravagantemente grandes. Con asientos abiertos, era rápido y peligroso, dando lugar a su nombre. También tenemos un autocar 'Landau' de 1689 que perteneció a la familia Baskerville y fue donado al Ayuntamiento de Nottingham. indicó el guía, mientras caminaban detrás de él.

—Es una pena que ya no se usen, —comentó Joanne.

—Llegaríamos tarde a todo sitio, —respondió Elizabeth.

—Yo creo que sería romántico, —añadió Quentin.

—Tengo una duda... —dijo Joanne.

—Sí.

—Los escritores tratan de vivir la vida, siempre tan poética, —preguntó.

Elizabeth soltó una risa que trató de calmar cuando llamó la atención de las demás personas.

—Sí, fumamos y tomamos café, es la ley, cómo los policías y sus rosquillas.

—La historia de Plessey está estrechamente ligada al desarrollo de las industrias de radio, electrónica y telecomunicaciones. Plessey comenzó en 1917 y creció a 130 operaciones en todo el mundo. El sitio de Beeston desarrolló la central telefónica TXE 2 que se instaló en más de 30 países. La compañía recibió el Premio de la Reina de 1978 por sus exportaciones. Observaron todos, un viejo prototipo de radio. —Me pregunto si todos los guías turísticos se ven tan egocéntricos, —musitó Joanne.

—Deberías ser una guía, —comentó Quentin.

—¿Piensan mostrarme la ciudad subterránea? —preguntó Joanne. Elizabeth miró a Quentin, esperando que aceptara.

—Está bien, iremos.

—Esa es la razón por la que es mi amigo favorito, jamás quiere hacer algo, pero lo hace por lo demás. Elizabeth abrazó el brazo de Quentin. Al salir del Museo Industrial de Nottingham. Tomaron camino hacia el Museo de Justicia de Nottingham. En el camino pasaron por el monumento de Robin Hood. Joanne y Elizabeth se tomaron un par de fotos juntas. Compraron helado y siguieron el rumbo.

—Sonríe más hombre. Indicó Joanne, quien miraba por el retrovisor del auto la seriedad de Quentin.

—Sale poco —lo justificó Elizabeth —es un completo sedentario, creo que si tuviera comida infinita y una cueva con nada más que su máquina de escribir. Jamás saldría de ella.

—Perdonen mi seriedad, espero no aburrirlas.

Joanne giró su cuerpo y se recostó sobre el respaldo del asiento, miró a Quentin. — Escribe

una novela de esto.

—Crees que escribo todo lo que me sucede en un día.

—¿No es lo que hacen?

—No, o sea a veces sí, depende.

—¿De qué?

—De que algo deba ser contado.

—Esto debe ser contado.

—Qué no lles el cinturón de seguridad, — contesto sarcásticamente.

—No, tres amigos y una ciudad subterránea.

—Hemos llegado interrumpió Elizabeth — a lo que sería una casi brillante conversación sobre una futura novela —iré por los boletos.

—¿Entonces, escribirás? Cerró la puerta del auto.

—Debo pasar algo fuera de lo normal.

—Un terremoto y que muera uno de nosotros dentro.

—Ya buscaremos un suceso en el transcurso del día. Se colocaron unos gafetes de color marrón en el cuello y siguieron al guía.

—No es casual que el primer nombre conocido para referirse a la ciudad fuese el de Tiggua Cobaucc, que significa "Lugar de cuevas". Estas cuevas datan del siglo XI, cuando las primeras fueron concebidas para ser habitadas como casas familiares. En el siglo XIX se prohibió su alquiler como viviendas por sus evidentes condiciones de habitabilidad. Durante su historia fueron también utilizadas como almacenes, bodegas, refugio antiaéreo o incluso pequeños talleres que se excavaban con relativa facilidad por el material del subsuelo de la ciudad, piedra arenisca, —señaló el guía.

—Se ve menos presumido que el anterior. — Musitó Joanne.

—No hay mucho que memorizar, para guiar acá abajo. Comentó Quentin.

—Claro que hoy en día sólo son puntos de interés turístico que forman parte del Museo, les daré unos minutos para que puedan observar detenidamente, el lugar. Cualquier consulta estaré atento. El guía camino hacía una esquina con el teléfono en mano, mientras las personas caminaban observando las cuevas.

—Creo que este guía es perezoso, —dijo Elizabeth.

—No hay mucho que decir del lugar, —repitió Quentin.

Después de treinta minutos de excursión, Joanne sugirió ir a una cafetería para comer algo.
—¿Conocen una repostería?, tengo ganas de algo dulce, —preguntó Joanne.
—Conozco el lugar perfecto, —contestó Quentin.

Todos se vieron y sonrieron. Al ir por la autopista, Quentin tomó el asiento de piloto, Elizabeth de copiloto y Joanne estaría en el asiento trasero, pero su cuerpo apoyado sobre los asientos delanteros.

—¿Postres favoritos? —preguntó

—Tiramisú, —contestó Elisabeth.

—Tres leches. Dijo Quentin después de haberlo pensado mucho. Al llegar al estacionamiento, Quentin se quedó congelado a mitad del estacionamiento.

—¿Por qué no sigues? preguntó Elizabeth.

Un silencio congeló a Quentin.

—¡Hola! ¿Quentin? —Elizabeth intentó despertar a Quentin con gestos.

intento

—Elizabeth, creo que debes ver al frente, —añadió Joanne.

En los asientos junto a las paredes de vidrio Bill y Lieseri se encontraban juntos, Lieseri sujetaba sus manos, y Bill acariciaba la mejilla de Lieseri. No puede ser. Expresó Elizabeth.

—Bill, —Joanne se veía molesta y decepcionada.

—Vamos a mostrarles el camino a un nuevo Nottingham. La perfecta combinación arquitectónica de una ciudad arcaica con la nueva era tecnológica. El asilo, no sólo contará con áreas de recreación, sino con talleres donde nuestros huéspedes serán quienes lo brindan, a nuevas generaciones. Las visitas de las primarias. Nottingham el camino hacia el futuro, pero con la historia entre sus manos.

—Motivador discurso, —musitó Bill.

—No sé qué tan buena idea sería crear un centro comercial, cerca del asilo y el albergue, —respondió Lieseri.

—Nuestra firma ha estado detrás de estas tierras por un largo tiempo. El trato fue claro con el alcalde. Él nos vendía las tierras y nosotros le entregamos el albergue y el asilo.

—Oportuno trato, sobre todo porque las elecciones son próximas.

—Hoy es la entrega de los planos y maquetas de lo que sería la construcción. ¿Deseas ir?

Lieseri miró a Bill emocionada. ¿Puedo?

—Claro, tú ven conmigo.

—Lo olvidé, debo pasar por la oficina, tengo que entregar el cronograma de estudios.

—Recuerdo cuando María era mi profesora. Estoy seguro que serás igual de buena.

Lieseri sonrió. —Bueno, ¿vamos?

—¡Vamos! Al salir de la reunión pasaron antes por la oficina de Bill. Bueno, pasaré después a recoger las llaves del coche supongo que iremos en el tuyo.

—¿Manejas?, estoy agotada.

—Sabes que sí. respondió Bill con una voz uniforme pero dotada de una extraña felicidad. —Pero necesito que esta noche me acompañes a comer —Que Bill haya pedido comer junto a Lieseri, no era parte de un plan de pasar más tiempo junto a ella. En realidad, odiaba comer solo. Cada vez que viaja pregunta a las personas que se encontraban solas comiendo si podía acompañarla o invitaba a cualquier compañero de trabajo.

Con una sonrisa convenció a Lieseri. Que tampoco se necesitaba de mucho para que aceptara.

—Está bien. Pero iremos a comer postres porque hay una repostería que vende los mejores pasteles del mundo.

Abrió sus ojos como una desquiciada. Bill encendió la radio, la conectó a su teléfono móvil, buscó una canción sin perder la vista de la carretera. Ya por sí era bastante peligroso conducir por las carreteras de Nottingham. "There Is a Light that Never Goes Out - The Smiths" sonó en el reproductor de audio de la camioneta.

—Sé lo que intentas, —comentó Lieseri y buscó la mirada de Bill.

—Deja de verme así, sigue siendo mi canción favorita. Cuando iban a la preparatoria. Bill cantaba "There Is a Light That Never Goes Out" siempre que María les prestaba la camioneta para que dieran un paseo. También, se la cantó una noche de San Valentín en un Karaoke al salir de clases en la universidad. —Y si un autobús de dos pisos. Se estrella contra nosotros morir a tu lado ¿Es una forma tan celestial de morir? Y si un camión de diez toneladas nos mata a los dos, morir a tu lado, bueno, el placer, el privilegio es mío, —cantó con euforia, bajó las ventanillas de la camioneta sacó la cabeza, mientras cantaba el viento desordenaba el cabello de Bill. Lieseri miró la ridícula escena y sonrió.

—Llévame esta noche, llévame a cualquier parte, —cantó también Lieseri.

—Ahí lo tienes. No me importa, no me importa, no me importa y en el paso subterráneo oscurecido, —cantaron de manera sincronizada. Bill claramente no era sólo alguien de su pasado. Había tanta historia que los ligaba juntos. Al llegar a la universidad se estacionaron cerca a la cafetería. Caminaron juntos por el pasillo, pasarán por la biblioteca y se dirigieron a la oficina de Lieseri.

—Bonita oficina, aunque muy anticuada, no lo crees.

—Te parece, ¿qué cambiarías? Bill, dió un giro lento de trescientos sesenta grados y se detuvo frente al librero.

—Este librero, o sea entiendo que estemos en una institución educativa, pero es necesario poner más libros, digo, para ello está la biblioteca o el salón de clases. Deberías darle más vida.

Lieseri pensó en Quentin y que le agradaba la librera. Pero, curiosamente, sintió que Bill tenía un poco de razón. —¿Qué debería poner?

Bill rascó su barbilla y posteriormente cruzó sus brazos. Una pared de margaritas y cactus.

Denota como si fuese el adorno perfecto. Lieseri observó la pared. —No es mala idea.

—Claro que no, basta de tantos libros. Hay un lugar para ellos llamado biblioteca. Lieseri sonrió. Tendría más vida esta oficina.

—¿Los interrumpo?

Margaret camino lentamente tratando de no parecer inoportuna.

—Para nada. Contestó Lieseri.

—Me alegra, tengo mala suerte para entrar a lugares.

—¿Sí? preguntó Bill.

—Una tarde llegué antes de lo normal y mi esposo se encontraba con su compañera de trabajo besuqueándose, en el lugar donde por tantos años dormíamos juntos. Lieseri y Bill, se quedaron en silencio. No había mucho que decir después de una confesión como esa. —Por suerte ahora duermo sola, —miró desconcertada a Bill.

—Ah, sí... Él es Bill, un viejo amigo. Dijo Lieseri.

Bill sujetó la mano de Margareth. Nadie es más idiota en el mundo, que aquél que cambia su vida entera por un instante.

Margaret recibió el cumplido con una brillante mirada. —Tú sabes cómo agradar a una mujer.

Bill miró a Lieseri. —Ojalá que sí.

Margaret notó el coqueteo, —sólo sigue diciendo eso y sonriendo.

—Las dejo a solas para que puedan charlar. ¿Por dónde son los baños? preguntó Bill.

—Cien metros hacía allá. Señaló Lieseri con su índice hacía la derecha del pasillo.

—Vuelvo enseguida. —Asentó con la cabeza.

—Me agrada tu viejo amigo.

—Musito

—Vuelvo enseguida. Asentó con la cabeza.

Me agrada tu viejo amigo. Musitó esperando no ser escuchada por Bill.

—Sí, mi abuela lo ama.

—Y entiendo el por qué Comentó con una sonrisa picaresca. —Vamos, Lieseri, el tipo está lindo.

Lieseri sonrió al comentario de Margareth.

—Bien, aquí tienes el cronograma completo, con la metodología que utilizaré.

Lieseri entregó una carpeta color anaranjada y una memoria usb adicional.

—Me alegra tenerte aquí, también me alegra que me hayas hecho caso. Tenía miedo de venir y encontrar nuevamente a Quentin.

—Margareth—. Señaló Lieseri con un tono serio. Hija, sabes que te quiero y cómo mejor amiga de María, debo cuidar de ti sujetó de sus manos ese chico se ve alguien mejor para ti—.

—Aprecio tu preocupación, pero creo que sé elegir qué es lo mejor para mí.

—Lamento si fui molesta.

—No, no lo fuiste. Sólo me gustaría que confíes más en mí.

—Por qué no vas con tu amigo y pasan la tarde juntos. Yo revisaré esto.

—Pensaba en revisarlos juntas.

—No es necesario. Ve, diviértete con ese apuesto amigo que tienes.

—¿Interrumpo algo?

Bill trató de ser sigiloso al entrar a la oficina.

—En lo mínimo, yo me tengo que ir, un gusto conocerte Bill. Lieseri, nos veremos pronto, hija.

—Pero... Margareth ...

Margareth abrazó a Lieseri —diviértete— musitó en su oído, guiñó el ojo y se marchó.

—Bastante agradable la decana.

Indicó Bill, señalando con su pulgar detrás de él.

—Es cómo de la familia. Fue la mejor amiga de mi madre en la universidad.

—Ya veo.

—Sí.

—Entonces, ¿nos vamos?

Con una sonrisa de respuesta Vamos contestó Lieseri.

Al salir de la universidad tomaron rumbo por la autopista Western Boulevard y se detuvieron en un semáforo.

—Pide un deseo.

—No puede ser, sigues haciendo eso.

—Vamos, pide un deseo.

Lieseri, cerró sus ojos. No es optimismo del barato, ni vacío; los deseos sí se cumplen cuando ponemos a nuestros sueños fechas, tareas y las cumplimos. Así es como se consiguen. Si además estamos pendientes de no caer en hábitos con doble filo, tendremos más probabilidades de éxito, bien entendido, ese que significa conseguir lo que se quiere. Llega el último día del año y nos ponemos en modo revisión. A veces con cariño, otras castigándonos, auto condenándonos. Sea como sea, en ocasiones nos olvidamos de lo más importante: la acción. Y en vez de pensar en tareas realistas que nos acerquen a lo que deseamos, nos ponemos en modo comodón y esperamos a que nos toque la lotería. Pero la lotería no le toca a tanta gente. Pero, qué pasa con los deseos que pedimos a los dioses del universo. Aquellos, ¿son escuchados? Lieseri, no creía que sus peticiones serían resueltas por una entidad sobrenatural. Pero nunca es un mal momento para intentarlo. El semáforo cambió de color y ellos continuaron por la autopista. Al llegar, Bill pidió una copa de helado de sauco y Lieseri pidió una torta helada de chocolate blanco. Se sentaron frente a la barra junto a una pared de vidrio, para observar de mejor manera el atardecer. No se ubicaron frente a frente, sino, uno al lado del otro.

—Extrañaba esto, —comentó Bill.

—¿Qué? —preguntó Lieseri.

—Pasar tiempo contigo. Creo que se siente como siempre, tu compañía no me resulta nada extraña.

—Hubiese querido estar para ti, cuando más me necesitabas.

—Fue un poco difícil, —contestó Lieseri.

—Lamento haberme ido tan bruscamente.

—Ya es pasado Bill.

—Lo sé. Y perdón si me disculpo tanto.

—¿Culpabilidad?

—Me siento idiota.

—La extraño mucho. No sé cómo he podido seguir, creo que estar juntas las tres hizo menos

doloroso, todo.

Bill acarició la mejilla de Lieseri. Ella sujetó su mano y lo observó, sus miradas se conectaron unos segundos.

—Aquí tiene su orden, —interrumpió la mesera.

—Bill, sé que estás consciente del gran cariño que te tengo, y lo mucho que mi familia te aprecia, sobre todo mi abuela, en realidad creo que sólo mi abuela, porque Joanne, creo que por ahora te tolera.

—Lieseri...

—Bill, por favor. Es claro que una parte de mí, te querrá y siempre esperará que estés bien. Pero ahora, puedo ser tu amiga. Estoy conociendo a una persona que es increíble. Y creo que quiero seguir con eso y ver hasta dónde puedo llegar.

—Lieseri, lo entiendo. Ahora disfrutamos de esto.

—Sí, podemos, —ambos sonrieron, pasaron lo que quedaba del tiempo recordando cuando eran niños. En la relatividad del amor, existen varias verdades y ninguna mentira. Un beso puede ocasionar tormentas en un hemisferio y del otro pintar atardeceres de abril.

Viernes 14:30 pm. Siete horas antes del baile.

—Déjame ver si entendí. Te gusta ella, te habla. Y no sabes ¿cómo invitarla a salir? preguntó Quentin. Harry tomó un destornillador y ajustó la tuerca de la montura de su nueva bicicleta

—Sí, es lo que dije. ¿Cómo se invita?, no es algo fácil de hacer.

—Bueno, te acercas, la saludas y después le preguntas si tiene planes para el domingo.

—Qué pasa si dice que sí, mi plan habrá fallado. Estaré parado en frente de la niña que amo y no sabré qué hacer.

Quentin puso las cadenas de un poco de grasa en las cadenas de la bicicleta. —Sólo debes continuar la conversación. Y luego preguntas qué día puede estar libre.

—Creo que será el día de mi muerte.

—Nadie morirá terminaron de armar la bicicleta, limpió su frente con un trapo de color rojo que colgaba del bolsillo trasero de su pantalón. —Se ve linda. Úsala con cuidado.

—Gracias por el regalo, tío Quentin.

—Creo que alguien se hartó de que su abuela lo lleve a clases.

Dijo Lily, quién llevó un poco de limonada fresca a Quentin y Harry.

—No es eso, abuela. Es sólo que... ya soy un hombre. Y debo hacerlo solo —Harry bebió un sorbo de limonada soy el único en mi salón que aún no va solo. Esto me ayudará. Harry levantó la bicicleta iré a probarla.

—Ve con cuidado, hijo, —comentó Lily.

—Sí. Gritó mientras desaparecía por la pequeña puerta en la cerca del patio trasero.

—Recuerdo cuando saliste por esa puerta con tu nueva bicicleta.

Quentin miró a su madre. ¿Cuántos recuerdos guardas? debe parecerle un déjà vu cada escenario que ves.

—Hijo, cuando llegas a viejo la existencia te parece un déjà vu, no hay película que no hayas ya vivido. Entonces, conoces el problema y la solución, las consecuencias y lo aprendido. Llega un momento en la vida de una persona que sólo recuerda. Entonces sabrás si fue una buena o

mala vida.

—La vida te cambia cuando te arrebatan todo. Musitó. Y Lily miró con dolor a Quentin.

—Aún te queda mucho por recibir.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Quentin. —Esta noche habrá una cena. Seré el acompañante de Lieseri —exhaló ansioso —estoy muy nervioso—.

—Qué te lleva a sentirte de ese modo, corazón.

—El rehacer mi vida, no sé si sea lo correcto.

—Yo amaba a Pam.

Quentin sonrió. Ella adoraba que la llamarás de ese modo.

—Creo que ella estaría feliz que continúes con tu vida. Estoy segura de ello.

—Aún no se lo he dicho.

—Hijo, todos tenemos nuestros secretos. Y no porque tengamos una persona especial debemos contárselo todo. Hay que aprender a querer en libertad y en privacidad.

—¿Tú crees?

—Sí, como creo que mereces la vida entera. Ya llegará el momento en el que se lo cuentes todo. Ahora ve, alístate, ponte guapo y disfruta de su compañía.

—Te amo infinitamente, madre.

Lily abrazó a Quentin, suspiró. —Yo a tí, mi niño.

La privacidad es necesaria para que podamos mantener

relaciones sociales variadas. Las personas tenemos y mostramos diferentes facetas de nosotros mismos en función de cada contexto. No nos comportamos de la misma manera con nuestra pareja, con nuestros amigos y con nuestro jefe. Es en parte gracias a estas facetas que podemos gozar de relaciones con diferentes grados de intimidad y cercanía. La riqueza de la variedad de nuestras relaciones sociales es importante para que nuestro desarrollo personal sea multidimensional y pleno. Para mantenerla, necesitamos tener control sobre las facetas de nosotros mismos que enseñamos a cada persona. La privacidad permite a cada persona. y facilita los cambios de rumbo vitales, la superación de errores. En un mundo sin intimidad un Jean Valjean nunca podría convertirse en un Monsieur Madeleine. La privacidad nos proporciona seguridad y relajación; nos permite resguardarnos en una zona libre de intrusiones y miradas externas para hacer aquello que no haríamos en público por pudor, o miedo a lo que otros puedan pensar de nosotros. Lo importante es que enseñemos y aprendamos a respetar los espacios íntimos.

—Hijo.

—¿Sí?

—No olvides amarte primero a ti, como si necesitaras salvarte la vida todos los días. — Una desmedida sonrisa detonó en el rostro de Quentin. Al salir de la casa de Lily, se quedó unos segundos en la camioneta. Pensó en lo afortunado que era al tener a Lily como madre. Encendió la vieja ford, puso música a volumen bajo. Se detuvo en una tienda de vestir. Compró una corbata negra. Y tomó rumbo a su casa.

—Ese vestido es realmente hermoso, te verás espectacular, —comentó Joanne.

Lieseri y Virginia se encontraban en la habitación buscando algo que podría usar para la cena. Virginia conservaba viejos vestidos que usó María.

—Tú madre se veía preciosa. Y ahora que te veo con este vestido —suspiró —te ves igual de hermosa.

Lieseri miró cautivada a Virginia. —Te amo abuela.

—¿Por qué yo nunca lo usé? —preguntó Joanne.

—Odias el color azul, —contestó Virginia.

—Eso es cierto, ¿cuántas prendas de ese color tienes?

—Pues, no, no tengo. Pero, ¡Dios, es hermoso!

—Gracias por prestármelo, abuela.

—Esta noche, Quentin se sentirá un hombre con mucha suerte. Expresó Joanne

—Estoy seguro que él también se verá muy guapo con traje.

Virginia y Joanne se miraron.

—¿Bill también estará presente? —preguntó Virginia.

—Sí, también.

—Pero el acompañante de Lieseri es Quentin.

—Indicó Joanne. Virginia frunció el ceño, molesta por la respuesta de Joanne, era visible el favoritismo de cada parte.

—Lo saludas de mi parte, y dile, que estoy esperando con ansias que prepare la tarta.

—¿Cuándo invitaremos a Quentin? preguntó Joanne.

Lieseri miró a Virginia esperando que aceptara la petición y dé luz verde. Cuando Lieseri crea necesario hacerlo. Miró amenazantemente a Joanne. Se produjo una guerra de Miradas la una con la otra.

—No entiendo qué está sucediendo aquí, pero mi vida amorosa no será una competencia entre ustedes dos —señaló Lieseri tajantemente. —Abuela, entiendo que ames a Bill, y créeme también le tengo un cariño enorme, pero él forma parte de mi pasado —sujetó sus manos —y debes respetar eso, y entiendo que sea nieto de tu mejor amiga. Pero debes tener puesta la camisa Lieseri, no la camisa Bill.

Virginia agachó su mirada, en señal de aceptar su error. —Lo lamento, hija. No quise causarte un disgusto.

—No lo hiciste, sólo no deseo que se forme esta competencia entre ustedes dos señaló con su dedo índice a ambas. Por otro lado, veo que Quentin te ha caído muy bien. ¿Lo conociste ya?

—Sí, fuimos al museo hace unos días junto a Elizabeth, es muy divertido.

Lieseri hizo una mueca, extrañada por la confesión de Joanne. No me lo dijo, que raro. Un silencio de repente llenó la habitación por unos segundos.

—Bueno creo que es momento de que te vayas alistando, jovencita, —comentó Virginia.

—Sí, lo haré ahora. Lieseri tomó el vestido y caminó a su habitación.

Quentin rodeó su cuello con la corbata e hizo un nudo en frente del espejo de su habitación. Lo ajustó, miró detenidamente su rostro. Arregló un poco su cabello, tomó el saco y lo pasó por sus hombros, lo estiró y abotonó dos de los tres botones. —Es hora —dijo un par de palmadas en sus mejillas. Tomó las llaves de la camioneta y condujo a casa de Lieseri. Al ir por el camino casi choca con un ciervo. Detuvo la camioneta a mitad de la carretera, trató de respirar un poco. —¡Dios! — se miró en el retrovisor, trató de quitarse los nervios con cortos ejercicios de respiración y continuó el camino. Al llegar a casa de Lieseri. Quentin bajó de su camioneta, desabrochó su saco y caminó al pórtico de la casa, tocó el timbre.

—Lieseri, date prisa, —gritó Joanne, desde la cocina, mientras preparaba un emparedado de mantequilla de maní y rodajas de banana. Tomó el frasco de maní lo guardó en la nevera y caminó hacia la habitación de Lieseri. Virginia se encontraba en la puerta de la habitación con una mirada tan brillante, no había una luz que los reflejase. Era Lieseri que estaba parada frente a ella. «El brillo foveal, que aparece cuando los ojos están húmedos y brillantes, es debido a la lubricación natural que segregan las glándulas lacrimógenas. Cuando sentimos alegría, es decir sensaciones físicas positivas, hay un brillo en los ojos. El sistema límbico es el responsable de los procesos emocionales. Según muchas tradiciones, los ojos representan “el espejo del alma”».

—¡Dios! ¿cómo puedes verte aún más hermosa que antes? Comentó Joanne.

—Eres bella, mi niña. Añadió Virginia.

—¡Basta! Ustedes dos me llenan de cumplidos y no sé cómo reaccionar. —Lieseri totalmente avergonzada abrazó a Virginia.

—Necesito tomarte una foto, espera, iré por mi teléfono. —Joanne caminó velozmente a su habitación.

—No soy una niña y este no es un baile de la escuela, —vociferó en cuanto Joanne desapareció de la habitación. Observó a Virginia, no se dijeron nada la una a la otra, sólo sonrieron. Hay momentos en la vida que no se necesitan palabras, sólo un gesto, una mirada o una sonrisa. Es otro tipo de lenguaje, más hermoso que el francés. Y sólo lo hablan las personas que lo sienten. Lieseri sujeto su vestido e inclinó su cabeza hacia atrás. Haciendo una pose de princesa.

—Lo tengo. A ver sonrío. —Joanne tomó un par de fotos, antes de que Lieseri se marchase.

—Ven, Abuela. Tomemos una foto juntas. —Lieseri sujetó de la mano a Virginia.

—Sonrían. —Mientras disfrutaban de ese pequeño momento juntas, el timbre sonó.

—Iré a abrir, —comentó Virginia.

—No es necesario abuela —añadió Lieseri, — de seguro es Quentin. Bueno, volveré a media noche. No me esperen despiertas.

—Ve con cuidado, hija.

—Salúdame a Quentin. —Joanne se despidió de Lieseri con un abrazo.

Lieseri bajó por las escaleras, tomó un abrigo que colgaba detrás de la puerta de entrada, lo cruzó por sus hombros, sacó su cabello que quedó atrapado entre el abrigo y abrió la puerta. Quentin miró a Lieseri y después de unos segundos de completa mudez.

—Hola, —comentó Lieseri.

—Hola, —respondió Quentin. Estiró su brazo y Lieseri lo sujetó.

—Te ves preciosa. Dijo Quentin casi enmudecido por su belleza, Lieseri sólo sonrió y caminaron hacia la camioneta. Quentin abrió la puerta para que Lieseri pudiera entrar.

—¡Gracias!

Quentin caminó velozmente hacia el asiento del piloto, subió y encendió la camioneta y se marcharon. Joanne y Virginia observaron todo desde la ventana del cuarto de Lieseri.

—Se ven bellos juntos, —comentó Joanne.

—Virginia, hizo una mueca y se marchó de la habitación.

—Oye, debemos hablar de tu favoritismo por Bil. ¡¡Adónde crees que vas!!

" Sweet disposition " sonó en la radio de la vieja Ford. —Siento que esa canción se convertirá en mi favorita.

Comentó Lieseri, mientras miraba a Quentin.

—Me gusta que aprecies mi gusto musical, —contestó Quentin sin quitar la vista de la carretera. ¿Adónde vamos? Preguntó.

—Al Wellbeck Hall, es dónde será la recepción, —respondió Lieseri.

—Es un bonito lugar.

—Me lo comentaron.

—Estoy seguro que te gustará. —Al llegar al Wellbeck Hall, se estacionaron cerca del puente. El lugar era hermoso, cerca del río Tremp y un puente de piedra que le daba un aspecto de una vieja película romántica de los ochentas.

—Qué hermoso lugar. Comentó Lieseri al bajarse de la camioneta.

—Te lo dije, —musitó en su oído, Quentin.

Entraron, el salón era amplio con paredes y el techo de color blanco, con enormes candelabros que colgaban del techo y mesas redondas, una pequeña pista en la mitad y un escenario. Al entrar, Bill junto a otros inversionistas esperaban cerca para dar la Bienvenida a los invitados.

—Hola, te ves preciosa, como siempre, —comentó Bill.

Lieseri sonrió y lo abrazó. —Él es Quentin, lo presentó, y él es Bill, un viejo amigo de la familia. Crecimos juntos.

Quentin y Bill se sujetaron las manos fuertemente. Pese a que Quentin sabía de Bill a la perfección, sabía que no sólo era un viejo amigo, sino la ex pareja de Lieseri. Por su parte Bill no sabía más que él era la persona con la que Lieseri salía actualmente.

—Lieseri me acompaña un segundó, —comentó Daniel, uno de los colaboradores de la fundación.

—Si me disculpan, chicos, —dijo Lieseri, cómo si el hecho de que Quentin y Bill se quedaran solos, no le preocupase.

Hay un viaje que debes hacer a Londres, —comentó Daniel.

—¿Qué, por qué? preguntó sorprendida Lieseri, mientras miraba de reojo a Quentin y Bill, quienes se encontraban conversando.

—El presidente de la firma de Bienes Raíces, quiere conocer a las personas que están a cargo de la construcción del asilo y el albergue.

—¿Por qué? —no quitaba su vista de Quentin y Bill.

—Una campaña de publicidad, supongo.

—Debo ver mi agenda, no sé si podré hacer el viaje.

—Lieseri.

—¡Daniel!, empiezan las clases en la universidad. No puedo faltar la primera semana de clases. —Señaló sin dejar de verlos, ¿qué tanto hablaban y por qué lo hacían?

—Trataré de sacarte de esto. Veré si podemos enviar otra persona.

—Espero que sí. Protesto—No puedo prometerte nada. Quentin y Bill se quedaron unos segundos en silencio después de que Lieseri se marchara. Intentaron disimular su incomodidad.

—Entonces, escribes, ¿no? Comentó Bill tratando de que la tensión se rompiera.

—Sí, escribo... Bienes raíces, ¿no?

—Sí, raíces.

—Mira, Bill no tengo nada en contra de ti, pero sé lo que haces. Con un tono bastante serio, comentó Quentin.

—No entiendo a qué te refieres.

—Sé que viniste hasta aquí sólo por Lieseri, —indicó amenazante.

—Entiendo que pienses eso, pero no es así.

—No sé bien que tuvieron ustedes dos en el pasado y no me interesa en lo absoluto, pero la perdiste y creo que es momento que vayas aceptándolo.

Bill miró a Lieseri, se paró firmemente en frente de Quentin. —Fuimos novios por doce años. Pero antes de eso hemos sido amigos desde que aprendimos a caminar, yo he estado siempre en su vida, ¿y tú cuánto, dos meses?

—No sé cuál sea tu plan, pero no va a funcionar.

—¿¿Plan?!... mira no sé qué novela te estés haciendo en la cabeza, y no quiero ser un cretino, creo que es momento de que tengas una charla con Lieseri.

—Sólo mantente al margen de nosotros.

—Eso lo decidirá ella. A ver al señor perfecto, ¿jamás has perdido a alguien?

Quentin, se quedó en silencio, cómo aquel que es descubierto de una mentira.

—¿De qué tanto hablan? preguntó Lieseri

—De nada, le daba la bienvenida a tu amigo. Si me disculpas debo recibir a los siguientes invitados. Un gusto conocerte, —comentó Bill y se retiró.

Lieseri hizo una mirada a Quentin, esperando una respuesta.

—Me habló del proyecto, ven, hay que sentarse.

Lieseri tomó de la mano a Quentin y caminaron en dirección hacia las mesas, se sentaron junto a las personas que lideraban la fundación. Después de varios minutos Bill subió a una pequeña tarima dónde la banda de la secundaria de Nottingham se encargaba del ambiente con su música.

—Quiero darle a cada uno de los presentes la bienvenida. Cada persona que está a su costado son los responsables de la construcción tanto del asilo como del nuevo albergue de Nottingham. En cuanto a mí espero que cada uno de los presentes tenga una noche agradable. ¡Diviértanse!

Los presentes aplaudieron, pasaron a degustar un banquete que consistía en filet mignon. Espárragos a la parrilla envueltos en tocino. Una ensalada de tomates cherry y berenjenas. Después de la cena algunos de los presentes bailaron en una pequeña pista en medio de las mesas.

—¿Quieres ir a caminar? —preguntó Quentin.

—Claro, —respondió Lieseri asentando su cabeza.

Quentin la tomó de la mano y caminaron hacía la puerta trasera. Ante la vista de Bill, quién caminó hacia una de las ventanas del salón, sujetando un vaso de bourbon sin hielo, tomó un sorbo y miró fijamente la escena que extraño era ver a Lieseri caminar de la mano con otra persona. Pensó en todas las veces que tomó su mano y caminaron juntos, verlos era como ver un viejo recuerdo dónde el actor principal fue sustituido por uno nuevo con la única diferencia era el bello en su rostro. Se quedó mirando la escena.

—Qué bonito lugar, —expresó Lieseri. Caminaron por el puente que cruzaba el río Tresp.

—Sí, es un lugar muy romántico.

—Me hace sentir como si viviera una vieja película romántica, esos lugares como este, no eran clichés, donde las escenas sin importar cuantas personas lo hayan vivido de la misma forma, importaba más el cómo te hacía sentir, —comentó Lieseri.

—Entiendo a qué te refieres. Es triste que todo lo romántico se haya vuelto cliché. Es como si el amar ahora se tratará más de una competencia de quién lo hace de la manera más distinta. Se perdieron las ganas de inventar y reinventarse. ya nadie escribe cartas o envía rosas, ya nadie escribe el amor en viejas paredes de callejones sin salida. Ya nadie quema cds con canciones que les recuerda. Todo lo romántico lo encerraron en una palabra "cliché".

—Sí, me siento cliché, como en una novela. Sólo mira este viejo puente de rocas enormes, el sonido de la corriente del río y aún podemos oír la música.

—Baja, como si fuese el fondo de nuestra charla.

Musitó Lieseri muy cerca de Quentin. Se quedaron mirando veinte segundos que es el tiempo que se necesita para que dos que se gustan se quieran un poquito más. "Sweet Caroline, de Neil Diamond" sonó de fondo, provenía del salón.

—¿Quieres bailar? Lieseri la sujetó, —extendió su mano.

—Siempre. —Siempre respondió Lieseri y Quentin sujetó de la cintura a Lieseri y bailaron

lentamente a cuarenta metros del salón. —Esto es lindo —comentó, Quentin.

—Ahora sí me siento en una escena cliché. Pero, me gusta. Contestó Lieseri.

Quentin miró los ojos de Lieseri y ella sus labios y se produjo ese momento en el que dos que se quieren se leen la mente, y no hay libro que lo describa o película que lo imite.

—Dulce Carolina... los buenos tiempos nunca parecieron tan buenos, he estado inclinado, para creer que nunca lo harían, pero ahora yo, mira la noche y no parece tan solitario, lo llenamos con solo dos.

Quentin le musitó la canción al oído. Y se produjo ese estallido al que le llamamos beso.

Bill los miró a lo lejos y bebió todo el bourbon de su vaso en un trago. Hay veces que el amor va y viene, y es cuando llamas al tiempo y el tiempo no te contesta. Entonces te quedas solo.

¿QUIÉN ES BILL?

—Por quién quieres lo haces todo; incluso alejarte, —expresó Bill mientras bebía un sorbo del té que Virginia preparó.

—No puedes simplemente dejar ir el amor, hijo. Cuando uno quiere, debe luchar.

—Lo sé, pero creo que es como dicen; "hay personas que son el camino y otras el destino".

—Cuando yo me casé, antes, estuve comprometida. Era el hombre ideal ante los ojos de mis padres, era atento, respetuoso, venía de una gran familia adinerada, y él era un respetado teniente de la armada. Yo lo amaba, estoy segura de ello. Pero tenía un viejo amor que no podía superar, de esos que te dejan una cicatriz o ese que el amor perdura en el tiempo. Cuando él reapareció en mi vida, supe que aunque amaba al hombre que le había dicho que sí y la prueba de ello se encontraba en mi dedo anular, supe con quién de verdad quería estar. Al amor no se lo puede engañar, hijo. Y ustedes me recuerdan mucho a esa historia.

Bill, sonrió ligeramente. —Cómo me gustaría que se repitiera ese final, en todo caso. Lo que realmente importa aquí, no es el hecho de si yo logro recuperar a Lieseri, o si Quentin se queda con ella. Lo que importa es que ella realmente sea feliz, en el camino que elija. —Virginia miró a Bill. Pensó en cuánta razón tenían las palabras de Bill, porque, aunque ella quisiera que Lieseri y Bill retomen sus vidas, olvidaba lo más importante y era lo que ella quería.

Bill, hijo de Teresa, nieto de Isabel. Su familia vivió gran parte de su vida en Londres en el barrio de Whitechapel en el municipio londinense de Tower Hamlets se encuentra a 5.5 kilómetros al este de Charing Cross y está aproximadamente delimitado por la calle Bishopsgate en el oeste, la Fashion Street al norte y The Highway al sur. Bill, creció como hijo único de Teresa. Quién padecía de quistes de los ovarios y eso evitó en muchas ocasiones quedar embarazada. Cuando Teresa dio a luz a Bill. Virginia estuvo presente en el parto. Isabel se encontraba en Manchester de visita en casa de unos familiares. Nació prematuro. Bill y Lieseri, fueron juntos desde el jardín, hasta la secundaria, se graduaron juntos y fueron a la misma

universidad. Vivieron toda una vida el uno al lado del otro. Cuando iban al jardín los niños evitaban jugar con las niñas, Lieseri tenía dificultades para socializar con las demás niñas, hecho que Bill notó enseguida. Dejó de jugar con sus amigos, para que Lieseri no se sintiera sola o rara. Una tarde de otoño se encontraban acostados debajo de un árbol, encima de las hojas secas. —Nos casaremos cuando seamos grandes, —dijo Lieseri, quién el ver novelas con su abuela, le había golpeado fuerte. —Mamá le dice lo mismo a María, —respondía Bill siempre a la ya advertida boda entre ambos. En la secundaria Bill fue el primer beso de Lieseri. Una tarde después de la escuela. Gloria una señora que tenían un puesto de manzanas en un pequeño kiosco cerca de la cafetería River City, les regaló un pequeño collar de un corazón partido a la mitad, que dentro podrían colocar una foto. —Pongan su foto aquí y él uno podrá llevar la foto del otro por siempre. Algún día me lo agradecerán. Dijo la anciana en señal de agradecimiento. Bill y Lieseri ayudaban siempre a cerrar su kiosco u otros mandados. Bill no era solo un viejo conocido en la vida de Lieseri. Fue la primera persona con la que bailó en la boda de Patricia la hermana de Isabel, también, fue la primera persona con la que durmió una noche de invierno cuando la familia estuvo de viaje y Lieseri se quedó sola en casa. Fue la persona con la cual Lieseri descubrió el amor en cada uno de sus recónditos espacios. Y eso no hay persona o tiempo quién lo borre. El día que Isabel murió, Bill pasó meses sin salir de su habitación. Virginia, María y Lieseri fueron de gran apoyo. Virginia adoptó bajo sus brazos a Teresa y María fue una hermana. Lieseri llevaba las tareas de Bill al colegio, y pasaba la tarde con él. El primer día de universidad, Bill llevó a Lieseri a un picnic a un parque detrás de la universidad. Hablaban de todo lo que harían juntos y el cómo llamarían a sus tres hijos, hablaban del perro y los gatos que tendrían y lo cerca que tenían que vivir Virginia y Teresa. Cuando María murió Bill llevó de viaje a Irlanda a Lieseri, subieron a una montaña y al llegar a la cima escribieron en un árbol; "aquí yace la prueba de que nunca olvidaremos a María Becher". Colocaron margaritas en ese árbol. Y cuatro primaveras asistieron a aquella cima. Los días antes de la graduación, Bill y sus amigos hablaban de todo lo que harían después de terminar las clases, el viaje de graduación a América, el mudarse juntos a Manchester. Cada uno de los planes lo hacían sin Bill, ya que él tenía todo planeado con Lieseri, escenas que lo llevaron a dudar del tiempo y el miedo que produce cuando algo nuevo está por ocurrir. Una noche se encontraban en uno de los bares cerca del campus. Jonathan y Henry en su intento de convencer a Bill a que terminara con Lieseri empezaron a generar todo tipo de incertidumbre. Te imaginas los tres viviendo en Manchester. Sólo piénsalo, te ves en cinco años con hijos. Decía Jonathan poniendo su brazo derecho encima de los hombros de Bill y dándole dos palmadas. — Por supuesto que no, somos jóvenes, Contestó Henry en lugar de Bill. —¿Quién en su sano juicio desea ser padre antes de los treinta? —preguntó irónicamente. —Las mujeres, —contestó Jonathan en lugar de Bill.

—La fecha de caducidad de su fertilización expira antes que los hombres, —dijo, Jonathan mientras tomaba un sorbo de cerveza. —Eso es verdad —afirmó Henry. —

¿Entonces, qué es lo que se supone que debo hacer? —preguntó Bill mientras se dejaba caer en el respaldo del asiento. —Terminar, hombre— indicó Jonathan. Ya, es que... es complicado —suspiró —hemos estado juntos toda una vida. Y la amo, estoy seguro de ello,— contestó Bill. Entonces preparemos tu boda, —dijo Henry mientras bebía un sorbo de cerveza y daba un par de palmadas en los hombros de Bill. —Tampoco deseo casarme aún. ¡Que alguien me mate! —Tengo una idea, —comentó Jonathan. —¿Cuál es? —preguntó Bill, expectante a lo que

Jonathan tenía que decir. Como si alguna vez Jonathan hubiese tenido una buena idea. —Escribirás una carta, le dirás que te sientes confundido y que necesitas un tiempo para pensar las cosas. Viajas con nosotros y si después de los primeros meses sientes que te equivocaste puedes volver. Si ella de verdad te ama lo entenderá, —dijo Jonathan como si se tratara de una gran idea. —¿Crees que pueda perdonarme? preguntó Bill. Claro que sí, hombre afirmó Henry. No es como si le vayas a ser infiel, todos necesitamos de tiempo a solas y eso ella debe entender. Confía en nosotros. Todo saldrá bien, —guiñó su ojo. Bill bebió el resto de su cerveza en un sorbo. —Espero no equivocarme, —musitó. Claramente era una terrible equivocación, pero hay errores que debemos cometerlos.

«Han estado sucediendo cosas en mi cabeza y creo que es momento de que las resuelva sin ti, no es por qué no te quiera. Sino porque es algo que debo aprender a hacerlo sólo. Perdóname de verdad, sé que teníamos planes, pero debo hacer esto antes de que lo hagamos. Y debo hacerlo estando solo. No me odies, por favor» escribió en la carta que dejó en el escritorio de su habitación, junto a un pequeño oso de peluche que él le había obsequiado en uno de sus cumpleaños, cuando iban a la secundaria. Sé quedó unos minutos en la puerta de la habitación antes de cerrarla, miró la foto de ambos junto al velador. —No puedo hacerlo, —pensó. Caminó la puso en su bolsillo, dio cinco pasos al salir de la habitación y pensó en la conversación que tuvo con Henry y Jonathan. Regresó y dejó la carta en la cama y se marchó. Se dirigió velozmente a su recámara, no dejaba de batallar con sus pensamientos, sentía que estaba cometiendo un grave error, pero, por otra parte, sentía que los chicos tenían un gran punto a favor. Y que, si no descubre algunas cosas en su vida, vivirá con la incertidumbre y eso le traería problemas con Lieseri a futuro. Tomó sus cosas y las sacó de la recámara y dejó las llaves con el receptor del edificio estudiantil. Henry lo esperaba en el aparcamiento junto a Jonathan. Guardó sus maletas en la cajuela del auto de Henry. Jonathan le cedió el asiento de copiloto. Una vez los tres dentro del coche. —Creo que debería ir a la fiesta y decírselo en persona, —comentó Bill. —¡Eso nunca! —vociferó Jonathan. —Estás loco, amigo, ella tratará de convencerte de que no lo hagas y peor aún, lo logrará, —añadió Henry. —¿Ustedes creen? —preguntó Bill lleno de nervios. —Hombre, ¿cuándo te hemos fallado? —preguntó convincentemente Jonathan. Bill agachó su cabeza en señal de rendimiento. Henry encendió el coche y salió del aparcamiento.

—Vamos, hombre, estás haciendo lo correcto por ti, —resaltó Jonathan sujetando los hombros de Bill, desde el asiento trasero. Bill exhaló fuertemente. —Bueno, creo que es lo correcto—.

Mientras conducían a Manchester, en el camino se detuvieron en un bar para comer algo, anocheceía y aún quedaba mucho camino por recorrer. Entraron y se sentaron tomaron la tercera mesa del pasillo de la derecha. La mitad de la pared era un enorme muro de vidrio y la otra parte era de concreto. Bill se sentó junto al vidrio, una enorme pegatina con el nombre del bar cortaba parte de la vista del atardecer. —Bienvenidos ¿qué van a pedir? —preguntó una joven mesera de metro setenta con lentes, cabello corto y una argolla en su nariz. Me da filete de res —contestó Henry. —A mí un cordon bleu añadió Jonathan.

—Y usted... Henry chasqueó sus dedos cerca del rostro de Bill. —Eh. —Bill lucía desorientado. —¿Qué deseas de comer? —preguntó Jonathan, señalando con su cabeza a la

mesera. Quién miraba con rareza a Bill, mientras masticaba un chicle. —Un filete de res, —respondió Bill. Y de beber nos da tres cervezas —indicó Henry. —Debes dejar de meterle tanta cabeza al asunto, —protestó Henry.

Cuando regresaron al auto el teléfono de Bill empezó a timbrar, era Lieseri. —No se te ocurra contestar, —ordenó Henry mientras conducía. —¿Por qué? preguntó Bill. —Porque intentará convencerte de cambiar de opinión, en serio debemos repetirlo—. Jonathan se veía molesto ante la actitud de Bill. El teléfono timbró unas dieciocho veces más, cada vez los nervios desesperaban más a Bill, quién miraba fijamente el nombre del contacto que aún no había cambiado; "amor y corazón color violeta", el cual representaba un color importante en la relación de ambos. Cuando iban en la primaria la maestra de Bill y Lieseri, hablaba de la importancia de los colores en la vida de una persona. Comentó que muchas de los colores recuerdan traumas, o momentos de felicidad. Pueden ser personas, o mascotas. También, pueden ser sueños. En el recreo Lieseri se acercó a Bill, con una caja de crayones de colores. —Escoge un color, —dijo mientras miraba feliz a Bill. —Espera... tapate los ojos, y escoge un color al azar Añadió Lieseri. Bill se tapó sus ojos con su mano derecha e inclinó su cabeza hacia atrás, extendió su mano izquierda intentando tantear la caja para dar con un crayón, con la yema de sus dedos paso por varios colores, hasta que tocó un crayón que tenía la punta fina, cómo si lo usara poco. Lo jaló. —¡Este! —comentó y abrió sus ojos. —Violeta será nuestro color, —indicó, Lieseri.

Miró el nombre del color en el contacto de su teléfono. —¡Basta, dame ese teléfono! —Jonathan despejó el teléfono de Bill de sus manos, y lo apagó. —No necesitamos esto. —Bill miró por la sucia ventanilla del coche de Henry, miró la rapidez con la que rebasaban otros autos. Negó con su cabeza. —Estoy cometiendo un error, —pensó una y otra vez en su cabeza, hasta que sus pensamientos salieron. —Estoy cometiendo un error, —musitó.

—Nada de eso, hombre. Protestó Henry.

—En unos meses cuando estemos teniendo nuestras vidas grandiosas en Manchester. Nos agradecerás. —Dio un par de palmadas en el hombro derecho de Bill. —Anímate, hombre.

Al llegar a Manchester. Bill tomó el teléfono, tenía varios mensajes de texto de Lieseri que no se atrevió a abrirlos hasta dos semanas más tarde. Tenía, también, un mensaje de texto de Virginia que decía «llámame cuando leas esto, hijo». Después de instalarse en el departamento y subir las cajas y maletas a su habitación, decidió salir a dar un paseo. —Me prestas las llaves del coche, —dijo Bill. —¿Dónde irás? —preguntó Jonathan. —Déjalo, necesita salir. Nos traes cervezas. —Henry tomó las llaves de su coche y las lanzó. Una perfecta atrapada con nada más que una mano. —Claro, —respondió Bill. Al salir conducía sin rumbo por la autopista Farragut Rd, miró el teléfono brevemente sin quitar la vista de la carretera, se desvió a la derecha de la E Broadway y a la izquierda de la William J Day. Llegó al Lowry Outlet Car Park. Caminó unos treinta metros y se sentó en una pequeña banca a la derecha de un pequeño muelle, se sentó y miró fijamente los botes que deambulaban. Central Bay, una especie de brazo de mar. Miró el teléfono, golpeó en repetidas ocasiones la pantalla del teléfono con la yema de sus dedos, pensó en abrir los mensajes de Lieseri. Recostó sus brazos sobre sus rodillas, alzó la vista, miró a su derecha a una pareja joven, pasear a lo que sería su pequeño hijo en un coche de bebés. Miró también, una anciana pareja conversar dos asientos a su izquierda. Miró los botes, nuevamente.

Busco a Virginia entre sus contactos guardados y llamó.

—Hola, hijo. Contestó Virginia.

—Sé que debe tener muchas preguntas y no sé si pueda responder todas, —respondió Bill con el nerviosismo a mil, temblaba tanto que simulaba un ataque hipotérmico.

—¿Cómo estás? preguntó Virginia.

—Confundido, Virginia sé que debe estar odiándome.

—Nada de eso, te quiero como a un hijo.

—¿Cómo está ella? preguntó Bill.

—Estará bien. No sé cuál sea tu plan ahora, pero trata de hablarlo y pensarlo. Respira, las decisiones siempre se toman después de un respiro. Trata de que no sean decisiones instantáneas.

—Gracias Virginia. —Bill se recostó sobre el espaldero de la banca.

—Cuídate mucho, hijo. Y no dejes de llamarme, o a tu madre. Siempre que sientas que lo necesitas.

—Hasta luego, Virginia y gracias... de verdad.

Bill colgó el teléfono, lo guardó en su bolsillo e inclinó su cabeza hacia atrás, — es una locura, —musitó. Un señor de una edad avanzada se sentó a su lado, aparentaba entre cuarenta y tantos a cincuenta años, eso depende siempre de que tan difícil puede ser la vida de una persona. Se sentó y prendió un cigarro y miró a Bill mientras lo hacía. Bill lo observó fugazmente, trató de ignorarlo, sacó el teléfono nuevamente del bolsillo, miró el buzón de mensajes. Dieciocho mensajes sin leer. —No me senté aquí para incomodarte, —dijo el anciano.

—Está bien, no es como si fuese dueño de esta banca, —contestó Bill.

—Pues... esta es mi banca y tú te sentaste en ella, —reclamó el anciano sin quitarse el cigarro de los labios.

—¿Suya? —preguntó Bill.

—Mira, muchacho. Hace veinte y tres años, conocí al amor aquí, en esta banca. Justo dónde estás sentado, yo lo estaba. Ella se sentó a mi lado y empezó a hablar sobre el miedo que le producía el terminar la universidad, y el gran reto que viene después de ello. Al principio estaba confundido. No todos los días tenemos la suerte de conocer personas tan repentinamente, es cómo si el destino te pilla un día distraído y te pide actuar, salir y correr, o caminar, o bailar. Y tú estás en pijama. dos años, seis meses y ocho días más tarde. Pedí a aquella mujer que se casara conmigo, aquí en esta banca. Veníamos aquí cada verano y nos sentamos justo aquí y comíamos helados de vainilla juntos. cinco años más tarde supimos que tenía leucemia, once años luchó contra la leucemia, hace diez años Dios me la arrebató. Arrojé sus cenizas —señaló con su mano el brazo de mar frente a ellos, —la arrojé ahí, y he venido aquí novecientas ochenta veces en diez años. Sí, muchacho cuando la vida te arrebatara todo, no te queda más que contar los días. Así que, sí, esta banca me pertenece.

—Dijo el anciano mientras encendía otro cigarro.

—Lo lamento, si desea puedo marcharme, —comentó Bill.

—No es necesario, muchacho, —contestó el anciano. —Veo que también la estás pasando mal; tu ceño fruncido, tu cara de pocos amigos. Estoy seguro de que bien no la estás pasando.

—Creo que acabo de cometer el mayor error de mi vida.

—Estoy seguro que cometerás errores más grandes. Dijo el anciano tratando de animar un poco a Bill.

—Gracias —dijo mientras con una carcajada irónica, —eso no es precisamente alentador.

—Muchacho, a tu edad cada error parece el fin del mundo, uno cree que en los veinte ya la vida ha tomado un rumbo fijo y es todo lo contrario, es cuando caminas a la vuelta de la esquina y te pierdes. Miras a tu alrededor y el camino que te sabías de memoria, ahora luce tan distinto, —comentó mientras sacaba un cigarro y lo colocaba en sus labios para luego encenderlo. —Entonces quieres volver atrás pero no existe el camino de regreso, la vida es carretera sin retroceso o te quedas estancado justo dónde estás o vas hacia adelante. Pero debes entender que al continuar lo único que tienes seguro es que erraras en un sin número de veces. Y justo cuando crees que estás listo para vivir sin meter la pata, entonces te ves al espejo y no hay más que un reflejo de alguien que es muy parecido a lo que un día fuiste... te ves, y en lugar de juventud, te encuentras un rostro lleno de arrugas y ojeras, —dijo el anciano mientras terminaba su segundo cigarro.

—Bastante inspirador.

—Cuando eres viejo, todo lo que le digas a un joven, él lo verá como inspirador.

—Dejé a la chica con la que había estado toda una vida. Ella ya tenía todo planeado y bueno, eran planes que hicimos juntos, de alguna manera, pero no sé si estaba listo para esa vida.

—¿La amas?

—Sí, jamás he dudado de ello.

—¿Y qué te impide seguir con los planes? —encendió el tercer cigarro.

—Cuándo te casas, todo cambia, aún quiero vivir con los tontos de mis amigos, sé que aún tengo muchas cosas que experimentar con ellos, como grupo de amigos.

—¿Se lo comentaste? preguntó.

—No, se lo escribí en una carta y no he contestado sus llamadas.

—¡Qué imbécil! —dijo mientras botaba el humo por la boca.

—¡¡Eh!! creí que me daría ánimos, no que me atacaría.

—Fuiste un imbécil, pero lo siento, continua.

—Jonathan y Henry dijeron que sería buena idea, —Bill trató de excusarse.

—Ese es el problema de la juventud. ¿Qué te hace pensar que alguien que ha vivido los mismos años que tú, puede darte un consejo de lo que debes o no hacer?, mira muchacho las cosas que necesitas decir, deben ser dichas frente a frente.

—Debería viajar a verla, —se dijo a sí mismo Bill.

—No —interrumpió el anciano —ya lo he hecho, hecho está. ¿Ya estás aquí no?

—El camino es sin retroceso.

—Correcto, descubre eso que viniste a buscar. Después descubrirás cuán errado estabas.

—Gracias, no creí que venir aquí me ayudaría.

—No te preocupes, no todos los días tengo charlas con jóvenes.

—No debería fumar tan rápido, o tantos cigarros en tan corto tiempo.

—Ya no hay nada que me pueda arrebatarse Dios.

Bill se levantó, miró al anciano. —Lamento lo de su esposa.

El anciano afirmó con su cabeza. —Yo también, yo también, —repitió.

Bill caminó al coche, lo encendió, miró el teléfono nuevamente. —Perdóname, —musitó. Y condujo de vuelta al nuevo departamento. Antes, se detuvo en una tienda. Compró dos cartones de cerveza, de esos que vienen seis latas por cartón, compró también chocolates m&m con relleno de maní, pagó el precio de once libras en total, caminó de regreso al aparcamiento.

—¡No puede ser! —escuchó un grito, dos coches detrás de él. Guardó la bolsa con las cervezas en la cajuela del auto. —¿Hola?! —se asomó sigilosamente. Una chica de no más de un metro setenta, cabello oscuro, corto, llevaba unos pantalones azules de mezclilla, acampanados y una blusa rosa que decía "Vuela lejos".

—No, —contestó la muchacha, mientras recogía unas latas de durazno y unas frutas que estaban regadas por el suelo.

—Déjame ayudarte. Bill recogió algunas manzanas y naranjas y dejó en la cajuela del auto de la muchacha, ¿estás bien? —preguntó.

—No, —se dejó caer sobre el auto y empezó a llorar, trataba de quitarse el cabello del rostro con el antebrazo de su brazo derecho, sus manos ocupadas sosteniendo latas de durazno, lanzó los duraznos a la cajuela.

Bill se arrodilló y trató de entender lo que sucedía. —Respira ... eh... porque no intentas decirme que sucede y tal vez busque una manera de ayudarte.

—No puedes ayudarme, —respondió la muchacha. Se levantó, cerró la cajuela del coche. —Disculpa, debo irme. Entró a su auto y se marchó.

Bill la vio desaparecer entre los demás carros en la carretera.

—Mañana tendremos una fiesta. Dijo Jonathan. Mientras colocaba unos libros en un pequeño librero cerca de la ventana.

—No es muy pronto, —respondió Bill.

—Para nada, hombre. Crees que nos perderíamos la fiesta después de la graduación así por así, Jonathan ya ha hablado con su prima, y mañana tendremos el departamento lleno de chicas, —comentó Henry.

—Bueno, entonces necesitaremos cervezas y golosinas de todo tipo. Indicó Bill.

—¿Golosinas? será acaso el cumpleaños de un niño. Necesitamos alcohol, hombre, mucho alcohol. —Jonathan dio una palmada en el hombro de Bill. Después de terminar de desempacar, ordenar y limpiar. Henry, Jonathan y Bill tomaron un cartón de cervezas y lo subieron a la azotea del edificio.

—Estamos aquí los tres, creí que seríamos solo dos, pero me alegra que hayas venido con nosotros, —dijo Jonathan, mientras abría una lata de cerveza y bebía un trago. Bill sólo negó con la cabeza, aún no se sentía del todo convencido de lo que hacía, pero quería creer que sí.

—Quita esa cara, hombre. Ya verás que fue una buena decisión, —comentó Henry.

—No lo entienden.

—Ahí vas de nuevo, —dijo Jonathan molesto.

—Es más fácil para ustedes, veamos... eh... a ver, tú, —señaló a Jonathan —dime a quién dejaste atrás para venir aquí. —Jonathan se quedó en silencio. —Tú, —señaló a Henry —te

costó tomar la decisión de venir aquí. Henry negó con su cabeza. —Por supuesto que no. Yo era el único aquí que debía tomar una decisión aquí. De ahí el porqué es tan difícil cruzar la línea, dar el salto; porque al final no se trata de renunciar a una persona, es renunciar a ti, a ese alguien que pretendías ser.

—Entiendo, y creo que no estamos siendo justos, perdónanos, —dijo Henry, intentando calmar las aguas.

—No es para tanto, —comentó Jonathan.

Bill, clavó una mirada tan fría en Jonathan que hubiese congelado al mismo sol.

—¡Porque no te callas! —dijo Henry. Vamos todos a calmarnos, somos amigos, desde siempre, hermanos. El venir aquí es para que todos encontremos nuestros caminos y mientras eso pasa, estaremos unidos. ¿Correcto? mira Bill. Si al final Lieseri es tu camino, sea cual sea la ruta que vayas a tomar te conducirá a ella. Necesitas esto, hombre. Y lo sabes. —Henry abrió sus brazos. —Vamos, hombre, — repitió.

—Tal vez tienes razón, —contestó Bill, que para aquél entonces estaba tan confundido que cualquier persona que dijera un punto, más o menos sólido, pensaría que tenía razón.

—Lamento ser un tonto, —se disculpó Jonathan.

—No pasa nada. Respondió Bill.

—¡Eso! Ahora, mañana tendremos una fiesta y debemos disfrutarla.

Henry chocó su lata de cerveza con la de Bill y la de Jonathan. La tarde del día siguiente pidieron un total de diez pizzas a domicilio. Henry debía ir por el licor, pero pasó la tarde hablando por teléfono con su madre, lo cual disminuyó a Jonathan y Bill. Jonathan debía esperar a que su prima y las amigas de ella llegarán. Eso simplificó a Bill, quién tomó las llaves del coche de Henry y emprendió rumbo a la tienda más cercana. Al llegar se estacionó en el aparcamiento, sujetó un carrito y caminó por los pasillos. Mientras metía unas bolsas de patatas fritas y galletas.

—Licor y galletas. ¿Dónde están los cigarros? —escuchó una voz detrás de él. Era el anciano del Lowry Outlet Car Park.

—Yo no fumo. Respondió Bill.

—Bueno, deberías. Te relajará. Aunque pensándolo bien, no lo hagas.

—¿Sólo llevará cigarros y jugo de arándanos? —preguntó Bill, mientras veía el carrito de compras del anciano.

—Sí, es justo lo que necesito.

—Debería llevar comida o frutas.

El anciano vio fríamente a Bill. —O tal vez no. Diviértete, muchacho. Se despidió y desapareció entre los pasillos. Bill observó los cigarros y tomó dos cajetillas, también, tomó una botella de vino adicional a todo el licor que ya llevaba en el carrito de compras. Después de pagar en la caja, llevó el carrito al aparcamiento, llevó las botellas y las colocó en la cajuela del auto. Encendió el coche y se dirigió al departamento. Al subir al ascensor, se encontró con varias personas que por su vestimenta al parecer serían parte de los invitados. Llegaron al quinto piso del edificio. En efecto serán parte de las personas que vendrían. Al entrar la música a volumen medio, y varios grupos de personas por cada rincón del departamento. Dejó las bolsas de licor en el mesón de la cocina. Sacó las cervezas y las colocó en la nevera, las botellas las

dejó en el mesón, la botella de vino la guardó en una de las repisas, no pretendía usar el vino aquel día. Tomó una lata de cerveza, jaló el abre fácil y bebió un sorbo.

—Te presento a Bill, —dijo Jonathan. —Bill ella es Clarisa, mi prima.

Bill saludó con un afectuoso beso de mejilla.

—Gusto en conocerte Clarisa.

—El gusto es mío, —respondió, Clarisa.

—¿Por qué no le presentas a una de tus amigas? —sugirió Jonathan.

—No... no, es necesario, —respondió Bill.

—Tú, cállate, —dijo Jonathan.

—Ven —dijo Clarisa, sujetó del brazo a Bill y lo llevó hacia una ventana cerca del librero dónde tres chicas hablaban juntas. —Chicas, él es Bill —señaló con su índice a Bill —ellas son Rebecca, Loreleyn y Caroline. —Clarisa, llamó a Loreleyn y Caroline. Y dejó a Rebecca con Bill.

—Tú... ¿Qué paso ese día? —Rebecca era la chica que Bill había encontrado llorando en el aparcamiento.

—Larga historia.

—La fiesta recién empieza.

—Sí, pero eres un extraño.

—Pues te llamas Rebecca y eso lo sé y tú sabes mi nombre. Creo que no somos tan extraños.

Rebecca sonrió. —No es suficiente saber nuestros nombres, además, no hay algo que me asegure que es tu nombre real.

—Es cierto, pero tengo una identificación, que lo avala.

—No lo sé.

Bill miró a las demás personas. —Creo que venir aquí es un error, dejé lo que sería toda una vida con la chica que he amado desde que era un niño. Y no hay un segundo que no me sienta mal por ello.

—¡Vaya!, ¿por qué hiciste eso?

—Creo que necesitaba experimentar otras cosas, o vivir más antes de formalizar un matrimonio.

—Entiendo, debes sentirte...

—Estúpido, —interrumpió Bill.

—Iba a decir mal, pero estúpido definitivamente es la definición correcta.

—Bueno, ahora sabes algo de mí. Creo que dejamos de ser tan extraños.

—Está bien, —respondió Rebecca. —Hay un lugar dónde podemos hablar. —

—Ven conmigo, —extendió su mano.

—Que linda vista, —comentó Rebecca, mientras terminaban de subir a la azotea por la escalera de incendio.

—Lo es, creo que vendré seguido aquí—. Bill se sentó en el suelo y dejó caer su espalda sobre una pared que cubría el cuarto de cableado eléctrico. —Bien, ¿por qué no me cuentas lo que te sucedía? —Rebecca miró a Bill, se sentó junto a él.

—Es complicado. Bill sacó una cajetilla de cigarros de su bolso. ¿Quieres uno?

—Sí, por favor—. Rebecca colocó uno de los cigarros entre sus labios y se quedó observando a Bill, ¿Y?

—¿Qué?

—Fuego.

—Ah, sí, es gracioso, pero lo olvidé.

—¿Cómo llevas cigarros, pero no fuego? —pregunto.

—No lo sé.

—Por suerte, siempre llevo un encendedor conmigo, —miró a Bill, —¿no piensas fumar?

—Ah sí, claro. —Puso un cigarro entre sus dientes, Rebecca lo encendió, cuando lo inhaló, procedió a toser en tres ocasiones.

—¿Estás bien? —preguntó Rebecca.

—Sí... tu... continúa.

—Bueno. Aquella tarde, estaba, como decirlo, mal, tal vez.

—Definitivamente, estás mal, —interrumpió Bill.

—Bien, estaba mal—, hundió sus ojos en señal de fastidio. Salía con alguien y él terminó conmigo, porque tiene una enfermedad terminal—. Botó el humo, —Y desapareció, creo que su familia se lo llevó a las montañas con sus abuelos. En realidad, no lo sé.

Bill miró a Rebecca. —Lamento eso, —comentó.

—Gracias, —se miraron el uno al otro, —¿sabes que apesta, Bill?

—¿Qué?

—Encontrar el amor y perderlo. Y no por algún error, sino porque la vida tiene el derecho de oponerse y arrebatar personas.

Bill, agachó la vista y miró sus manos, miró, también su cigarro, lo inhaló.

—Pocas veces en la vida llega alguien a tu vida, que marca un antes y un después. Nuestra elección actuar o dejarlo cruzar, —tiró el resto del cigarro al piso y lo aplastó con la planta de sus zapatos. —Pero, no entiendo cuando te lo arrebatan, qué lección quiere enseñarte los dioses, —dijo Rebecca.

—¿Pensaste en llamar a la familia?

Rebecca miró a Bill. —Sí, lo pensé. Pero me odian, así que no responderán mis mensajes.

—¿Todos te odian, todos? preguntó Bill.

—No, una de sus hermanas, ha sido bastante decente conmigo. Pero estoy segura que no me lo dirá.

—Tengo una idea. —Bill se puso de pie. Rebecca se levantó, sacudió el polvo que pudo quedar en su trasero.

—¿Qué idea?

—Llamarás a su hermana decente y le preguntarás dónde están, y yo te llevaré.

—Tú... me llevarás.

—Sí no dejo de sentirme mal por lo que hice, y vine aquí, buscando cosas que aprender, a descubrir aquello que me hace falta, estoy seguro que al ayudarte, lo descubriré.

—¿Cómo iremos?
—En el auto de Henry.
—No sé dónde está.
—Llamarás a su hermana
—Bueno, no sé qué decir.
—Bien, ahora, mhh ... —sacó su teléfono del bolsillo de su pantalón, —toma llámala.
—Bien, bien... lo haré. —Tornó el teléfono caminando en diferentes direcciones, cómo aquel que cree que espera con ansias una noticia. Mierda... sí... lo haré.

Bill miró a Rebecca, vio que en el suelo había solo dos latas vacías de cerveza. Pensó que necesitaría un poco de agua —Iré por agua, —comentó, bajó por la escalera de incendios paso por una ventana y camino quince pasos hacia la cocina, sacó un vaso de la repisa y lo llenó de agua, también, sacó tres cubos de hielo de la nevera.

—¿Adónde vas? —preguntó Henry, sujetando del brazo a Bill.

.....

—A la azotea.
—Y por qué llevas agua.
—Rebecca lo necesita.
—¿Están bien?
—Sí, sólo hizo una llamada y está algo nerviosa.
—Bien.
—Ah sí... mañana necesitaré tu auto, gracias.

Desapareció velozmente por la ventana encamino por la escalera. A Henry le pareció algo raro el comportamiento de Bill. Pero estaban en una fiesta y lo que menos deseas es preocuparte por asuntos de los demás, así que solo siguió hablando con los demás.

—¿Qué pasó? —miró fijamente a Rebecca. Quién corrió y lo abrazó.
—Me dio su dirección.

Bill abrazó fuerte a Rebecca. —Mañana salimos. ¿Dónde están?

—Ese es un pequeño detalle. Fueron a Isla de Man.
—Isla de Man, eso está...
—Un poco lejos, —interrumpió Rebecca.
—Necesitaremos un bote también, —sugirió Bill.
—Sí.
—Conozco a alguien en Liverpool que podría ayudarnos.
—No sé cómo agradecerte todo esto Bill.
—Hamburguesas, muchas hamburguesas y las comprarás en el camino, —contestó Bill.
—Entonces recibirás hamburguesas todos los días de tu vida.
—Esto de ser altruista me está gustando.

«El ser una persona altruista trae grandes beneficios en nosotros; Nos hace más optimistas,

disminuye los sentimientos y sensaciones negativas, reduce el estrés al ayudar a los demás, brinda una perspectiva diferente sobre nuestra vida, desarrolla en nosotros la empatía, satisfacción de compartir con los demás, fomenta en nosotros la bondad, comprensión y solidaridad».

Recuerdan la historia de cómo Miep Gies salvó a Ana Frank de la persecución Nazi.

Escondarse en buhardillas fue uno de los únicos recursos que les quedó a muchas familias durante la época Nazi, para intentar salvar la vida. La familia Frank optó por refugiarse en la buhardilla de la oficina del padre. Así lo hicieron durante 2 años y 35 días con sus noches, en los que Ana escribió su famoso diario. Miep Gies, un empleado del padre Otto Frank, los ayudó en secreto durante todo ese tiempo, y aunque finalmente la familia fue detenida y enviada al campo Bergen-Belsen, el diario también trascendió tras ser encontrado por Gies y entregado al padre, que fue el único miembro de la familia que sobrevivió y finalmente salió publicado el 25 de junio de 1947. Los gestos o actos que realizamos sin ningún beneficio en interés, son aquellas de las cosas que nos hace sentir más vivos y no lo notamos. Muchas de las veces lo olvidamos, pero quién lo recibe jamás lo olvida y surge el momento en el que nos convertimos en una historia y pasamos a ser contados en varias bocas y en diferentes tiempos. Es la mejor manera de convertirnos en infinitos. Uno en el cuál somos ejemplo.

Hay que saber ser inmortal, nuestros actos es la mejor manera.

Cincuenta horas antes de la Luna llena.

—Cuida mi auto cómo si se tratara de tu propia vida, —expresó Henry.

—Descuida, solo iremos a Isla de Man. Se despedirá y volveremos enseguida.

Contestó Bill. Henry lanzó las llaves de su auto. Era un Nissan Sentra año dos mil, color azul piedra, con asientos de cuero y un llavero de los Beatles que colgaba del retrovisor.

—Bill, —dijo Jonathan.

—¿Sí?

—Conquistala.

—No voy a conquistar a nadie.

—Recuérdanos ¿por qué, entonces haces esto? —preguntó Jonathan.

—Altruismo, —respondió Bill. Jonathan frunció el ceño y negó con su cabeza.

—Ya vete.

Bill tomó una pequeña maleta que la colgó de su hombro y una cantimplora llena de agua. —Cúdense, chicos, expresó y se marchó. Al caminar por el aparcamiento, buscó en sus bolsillos las llaves, abrió la puerta de los asientos traseros del coche y dejó la maleta. Subió al asiento del piloto, buscó un casete de Joy Division "Love will tear us apart" sonó en el reproductor de música. La vida y la naturaleza con todos los seres vivos es una completa aventura. Necesitamos aprender a ver la vida como una aventura digna de vivirse. Tratar de eliminar el drama y sufrimiento en nuestras vidas o al menos ignorarlo por un momento. La mejor manera de acumular experiencias es viajando, y puede hacer que nuestra perspectiva sobre infinidad de cosas cambie. Son numerosas las investigaciones que coinciden en enumerar

ciertos efectos positivos de viajar; Estimula el cerebro gracias a la novedad y la aventura que supone. Cuerpo y mente se renuevan y se alejan de las preocupaciones, llenando nuestra imaginación de recuerdos que evocamos en el futuro. Amplía perspectivas y genera una visión más positiva de la vida. Aporta un mayor conocimiento cultural, histórico, geográfico y social, ofreciendo la oportunidad de empaparse de la riqueza de otras culturas. Ayuda a desarrollar habilidades y a generar confianza; un viaje te enseña a conocerte y a revalorar. Facilita la comprensión y aprendizaje de otros idiomas. Las ventajas de viajar se extienden al campo de la salud. Psicólogos y terapeutas ponen de manifiesto los beneficios que producen el conocer otros lugares y a otras personas: Incide sobre los niveles de estrés, reduciendo la cantidad de cortisol en el cuerpo, y aumenta la sensación de bienestar. Un cambio de entorno tiene efectos positivos en la habilidad mental y física y ayuda a liberar tensiones. Una manera efectiva de combatir el estrés es que el viaje nos ponga en contacto con la naturaleza y nos permita hacer ejercicio y respirar aire limpio. Disfrutar de un periodo vacacional puede aumentar la esperanza de vida. Disminuye las probabilidades de sufrir un ataque cardíaco en un 50%. Respirar una mayor cantidad de oxígeno hace que la circulación sanguínea fluya mejor y ayuda a superar enfermedades del corazón a la par que mejora el metabolismo. Un buen viaje es nuestro mejor aliado contra la depresión. Muchos psicólogos lo recomiendan a sus pacientes para alejarlos de la soledad y de pensamientos negativos y conseguir que entretienen su mente tanto planeando el viaje como durante el mismo y tras su fin, con los recuerdos y experiencias adquiridas.

Las vacaciones familiares, viajes de fin de curso, excursiones... pueden ser muy beneficiosos para la salud y hay que aprovechar al máximo esos efectos positivos, que vienen acompañados de muchas otras sensaciones enriquecedoras.

Al llegar al departamento de Rebecca, Bill bajó del auto camino a la entrada del edificio en donde vivían. Tocó el timbre en el departamento A305 del tercer piso.

—¿Hola? preguntó Rebecca por la bocina del timbre.

—Soy, Bill, ¿bajas ya?

—En un minuto estoy abajo.

—Vale, te espero. Bill, sacó un cigarro del bolsillo de su chaqueta, lo colocó en medio de sus dientes, y lo encendió. Llevaba un par de días en Manchester y su vida ya habría cambiado.

—¡Hola! Saludó Rebecca.

—Dame tu maleta. Bill sujetó su pequeña maleta y caminaron juntos al coche. Abrió la puerta del copiloto, lo cual sorprendió a Rebecca. Metió la maleta en el asiento trasero del auto.

Rebecca miró a Bill sonriendo.

—¿Qué? —preguntó Bill ante la mirada de Rebecca.

—Siempre eres tan caballeroso.

—¿A qué te refieres?

—Abriste la puerta por mí.

—¿No estás acostumbrada a ello?

—En lo absoluto.

—Deberías cambiar tu círculo.

—Cállate, y conduce.

—¡¡Eh!! protestó.

—Perdón, fue con cariño.

—Relájate, lo sé.

Rebecca abrió la cajuela frente al asiento del copiloto, y buscó entre los casetes.

—¿No te gusta Joy Division? —preguntó Bill.

—Me gusta, pero si seré el copiloto, la música pasa por mi responsabilidad. Pasó de casete en casete sobre sus manos, cómo si buscara con especificación uno en concreto. Se detuvo en un casete que no tenía nombre, ni portada. —¿Y esto? —preguntó.

Bill miró por unos segundos el casete y luego volvió la vista a la carretera. —Es una mezcla de Henry, seguramente lo quemó con canciones mezcladas.

—Bueno, escucharemos lo que Henry grabó para nosotros. —Insertó el casete y la primera canción en sonar fue. "What 's Up? de 4 Non Blandes". Ambos se miraron y empezaron a cantarla. Rebecca elevó el volumen del reproductor al máximo.

Cuarenta y ocho horas antes de la Luna llena.

—No te olvides de parar en un puesto de McDonald's, —comentó Rebecca.

—Estamos a tres kilómetros de uno, —respondió Bill.

Habían pasado media hora en la autopista M62. Antes de llegar a Liverpool se detuvieron en un puesto de hamburguesas.

—¿Cómo deseas la tuya? —pregunto, Rebecca.

—Sin vegetales y extra de queso.

Rebecca se bajó del coche y caminó 40 pasos desde el aparcamiento hasta la caja de pedidos.

—En que te podemos ayudar, —contestó una joven chica de origen asiático de no más de un metro setenta, con una gran sonrisa.

—Me da dos cuatro hamburguesas, dos sin vegetales y extra de queso, y los dos sobrantes con pepinillos.

—Desea agrandar su orden con papas y gaseosas extragrandes.

—Sí, por favor.

—Serían 23 libras.

Rebecca esperó su pedido exactamente tres minutos, después de recibir su ticket de pedido. Caminó cuatro pasos hacia la izquierda y miró por las ventanas del establecimiento. Miró fijamente hacia el aparcamiento dónde Bill se encontraba dando pequeños cabezazos hacia el volante. Lo miró y pensó, —que carajos está haciendo—.

Bill se quedó en el auto mientras Rebecca iba rumbo a comprar la comida para el camino. La observó hasta que desapareció entre la entrada de McDonald's. Buscó otro casete entre la cajuela del asiento del copiloto, se quedó observando un casete de Bruce Springsteen, lo metió en el reproductor de audio del coche. Sacó su teléfono y miró los mensajes de texto. Llevaba días sin leerlo que Lieseri le había enviado. Exhaló y empezó a golpear el volante del coche con

su cabeza.

—Vas a dañar el auto, —expresó Rebecca, mientras ingresaba al coche.

—Sé que es un viejo auto, pero no se dañará.

—¿Sucede algo? —preguntó Rebecca, en cuanto colocaba las gaseosas en el portavasos del auto.

—No, sólo tenía hambre y es parte de manejar mis ansias.

—Entonces, toma una hamburguesa.

—¡Gracias a Dios!, debimos haber salido, después de desayunar, pero creo que hemos aprendido la lección.

—¿Qué es?

—Comer es lo más importante —, desenvolvió una de las hamburguesas y mordió un pedazo, con la boca a media llena dijo —Es hora de irnos—. Condujo hasta el puerto de Albert Dock. Dejaron el auto en un aparcamiento. Voy a pagar el tiempo de parqueo. Puedes ir por el bote. Es el cuatrocientos treinta y siete. Está reservado bajo el nombre de Bill.

—Vale, no te olvides de las maletas, — dijo Rebecca mientras mostraba sus manos ocupadas con las bolsas de comida. Rebecca caminó hacia el bote, era mucho más grande de lo que imaginaba tenía hasta recámara y una pequeña sala de estar y una cocina que pensó cómo le hacían las personas para cocinar con el brusco movimiento de la corriente del mar.

—Mi nombre es Walter y será quién los llevará a Isla de Man.

Dijo un señor robusto, de no más de cincuenta años aproximadamente y una barba canosa.

—Es un gusto, señor Walter. Mi amigo llegará en unos minutos.

—Lo esperaremos.

—¿Qué tiempo nos llevará llegar a Isla de Man? —preguntó, Rebecca.

—Dos horas y media es más o menos el tiempo en el que estaremos allá.

Bill pagó el parqueo del coche.

—¿Qué tiempo desea pagar? preguntó el recepcionista del muelle.

—Tal vez sea un par de días o más.

—Le sugiero la opción cuatro que es por cinco días o más.

—Bueno, será esa.

Pagó, guardó el recibo en su desgastada billetera de cuerina negra y caminó hacia el bote, a la distancia vio a Rebecca subirse a un bote un poco más grande de lo que tenía en mente. Al llegar al bote dejó las maletas sobre una pequeña mesa.

—Él es Walter y será quién nos llevará a Isla de Man.

Comentó Rebecca, mientras se colocaba una gorra en su cabeza. Bill sujetó la mano de Walter.

—Es un gusto.

—Si no esperan a nadie más, puedo ya partir.

—Sí, por favor, —contestó Bill, que después tomó uno de los vasos y se sentó.

—En dos horas estaremos allá, —dijo, Rebecca.
—¿Nerviosa? preguntó Bill.
—Demasiado.
—Todo saldrá bien.

Bill trataba de darle ánimos y al mismo tiempo tranquilizarla.

—¿Cómo estás tú?

Preguntó Rebecca, que ya lo había notado bastante raro.

—Bien.
—Bill. —Rebecca miró a Bill sabiendo que mentía.
—De acuerdo, no estoy del todo bien, pero lo estaré.
—¿Por qué no le hablas?, —preguntó nuevamente Rebecca.

Bill miró las burbujas producidas por el motor del bote sobre el mar.

—No es sencillo. Creo que dejé pasar mucho tiempo, tal vez ya es tarde.

—No es tarde, jamás es tarde.
—Claro que lo es, lo arruiné todo.
—No digas eso.

—Creo que... sabes, estuve en relación toda mi vida o bueno, casi. Pero creo que no se amar.

—¿Y quién sí? —encogió sus hombros —¿en serio crees que alguien sabe querer? — preguntó mientras inclinaba sus hombros sobre el espaldar del asiento, por supuesto que no se respondió a sí misma. —Nadie sabe querer. Nadie nace sabiendo como amar, sino que cada quien le da su propio significado, para algunos es como la marea. Es un ir y venir entre las olas, entre el viento.

Es ser libre por un momento, y después volver a golpear contra las frías rocas del deseo. Es decir, que esta toca a tu puerta cuando menos lo esperas. Cuando menos lo "quieres" —hizo comillas con sus dedos — Para otros, es como el invierno. Tan hermoso, tan inalcanzable, tan increíble, hasta que llega la nieve, que se lleva todo; que lo consume todo. Se lleva eso que cuidaste, que quisiste, que anhelaste. Pero, no te preocupes. Siempre vuelve la primavera. Para mí, es como el amanecer. Llega, llevándose toda oscuridad. Trayendo la luz. Nos va mostrando, poco a poco sus colores a través de una sonrisa, a través de una mirada, de un beso, a través de los colores del cielo, de los fuegos artificiales que se van creando poco a poco en nuestro interior. O es como el verano, cuando los días son más largos y la tristeza de la noche dura solo un momento.

—Que inspirador fue eso, —contestó Bill, al monólogo sobre el amor. Rebecca agachó su mirada y sonrió.

—Creo que es todo este viaje, mis emociones están a punto de estallar.
—Me ha gustado, todo lo que has dicho me ha parecido realmente hermoso.
—¡Gracias! —contestó Rebecca.
—Quisiera decirte cómo es para mí el amor, pero todo lo que sé sobre él tiene nombre y un

apellido, no mide más de un metro setenta y cinco. Y tiene una sonrisa, como si pudieses meter todas las estrellas del mundo en un frasco y colocarlas dentro de unos labios.

—Estoy segura de que la amas.

—¿Sí?

Preguntó Bill, mirando a Rebecca.

—Necesitas verte hablar de ella.

—Nunca he dudado de lo que siento. Creo que es el tiempo, si es o no el correcto, si debo vivir otras cosas antes de formalizar todo. Ya sabes, creo que una persona después de graduarse debe vivir sus últimas experiencias con sus amigos.

—Si es para ti, entonces lo será siempre, sin importar los caminos.

—Eso dicen, pero no dejo de pensar en que tal vez la pierda—. Miró las burbujas que hacía el motor del bote sobre el mar. —Probablemente me arrepienta después, pero creo que es el camino—.

—Creo que estás a tiempo de echarte para atrás.

—Estoy seguro de que debo vivir esto, —acentuó convencido de lo que hacía.

Rebecca levantó sus cejas, sintió preocupación por Bill, arrugó su ceño, le pareció curioso la empatía que había desarrollado por Bill. Pero sintió que eran amigos. Existen personas que no necesitan de mucho para entrar en nuestros corazones, aquellos que encontramos y se ven cómo huéspedes que esperábamos recibir. Hay amistades a primera vista.

—Espero puedan reencontrarse, —comentó Rebecca.

—Cuando era niño mi padre me contaba historias, recuerdo también que me regalaba varios libros de viejas leyendas de toda parte del mundo. Hubo una que logró cautivarme al punto de recordarla después de cuarenta y ocho años, —dijo el señor de barba canosa que conducía el bote. —No pude evitar escucharlos hablar. El mar está tranquilo, y ustedes no hablan tan despacio.

—Claro, puede contarnos la historia, —respondió Bill.

—La leyenda de Sakura comienza hace cientos de años en el antiguo Japón. Por aquel entonces los señores feudales libraron terribles batallas en las que morían muchos combatientes humildes, llenando a todo el país de tristeza y desolación. Los momentos de paz eran muy escasos. No terminaba una guerra, cuando comenzaba la otra. Pese a todo, había un hermoso bosque que ni la guerra había podido tocar. Estaba lleno de árboles frondosos que exhalaban delicados perfumes y consolaban a los atormentados habitantes del Japón antiguo. Por más combates que hubiera, ninguno de los ejércitos se atrevía a mancillar semejante maravilla de la naturaleza. En aquel hermoso bosque había, sin embargo, un árbol que nunca florecía. Aunque estaba lleno de vida, en sus ramas nunca aparecían las flores. Por eso se veía desgarrado y seco, como si estuviera muerto. Pero no lo estaba. Simplemente, parecía condenado a no disfrutar del color y el aroma de la floración. El árbol permanecía muy solitario. Los animales no se le acercaban por miedo a contagiarse de su extraño mal. La hierba tampoco crecía a su alrededor por las mismas razones. La soledad era su única compañía. Cuenta la leyenda de Sakura que un hada de los bosques se conmovió al ver a aquel árbol que parecía viejo siendo joven. Una noche el hada apareció junto al árbol y con nobles palabras le hizo saber que quería verlo hermoso y radiante. Estaba dispuesta a ayudarlo para que lo lograra. Entonces le hizo una propuesta. Ella,

con su poder, haría un hechizo que duraría 20 años. Durante ese tiempo, el árbol podría sentir lo que siente el corazón humano. Tal vez así lograría emocionarse y quizás volvería a florecer. El hada agregó que gracias al hechizo podría convertirse tanto en planta como en ser humano, indistintamente, cuando así lo deseara. Sin embargo, si al cabo de los 20 años no lograba recuperar su vitalidad y brillo, moriría inmediatamente. Tal como el hada dijo, el árbol vio que podía convertirse en ser humano y volver a ser un vegetal cuando así lo quería. Probó a quedarse un largo tiempo como hombre, para ver si las emociones humanas le ayudaban en su propósito de florecer. Sin embargo, el comienzo fue una decepción. Por más que buscaba a su alrededor, solo veía odio y guerra. Entonces volvía a ser árbol durante una buena temporada. Los meses fueron pasando y también los años. El árbol seguía como siempre y no encontraba entre los humanos nada que lo librara de su estado. Sin embargo, una tarde que se convirtió en humano, caminó hasta un arroyo cristalino y allí vio a una hermosa joven. Era Sakura. Impresionado por su belleza, el árbol convertido en humano se acercó a ella. Sakura fue muy amable con él. Sacó un cigarro de su chaqueta y lo encendió. Para corresponderle, él le ayudó a cargar el agua hasta su casa, que quedaba cerca. Tuvieron una animada conversación en la que ambos hablaron con tristeza del estado de guerra en el que se encontraba el Japón y con ilusión de grandes sueños. Cuando la muchacha le preguntó cuál era su nombre, al árbol solo se le ocurrió decirle "Yohiro", que significa "esperanza". Los dos se hicieron muy amigos. Todos los días se encontraban para conversar, para cantar y para leer poemas y libros de historias maravillosas. Cuanto más conocía a Sakura, más necesidad sentía de estar a su lado. Contaba los minutos para ir a su encuentro. Un día, Yohiro no pudo más y le confesó su amor a Sakura. También le confesó quién era en realidad: un árbol atormentado, que ya pronto iba a morir porque no había logrado florecer. Sakura quedó muy impresionada y guardó silencio. El tiempo pasó y el plazo de los 20 años estaba por cumplirse. Yohiro, que volvió a tomar la forma de árbol, se sentía más triste cada vez. Una tarde, cuando menos lo esperaba, Sakura llegó a su lado. Lo abrazó y le dijo que ella lo amaba también. No quería que muriera, no quería que nada malo le pasara. Entonces, el hada apareció de nuevo y le pidió a Sakura que eligiera si quería seguir siendo humana, o fundirse con Yohiro en forma de árbol. Ella miró a su alrededor y recordó los campos desolados por la guerra. Eligió entonces fundirse para siempre con Yohiro. Y se hizo el milagro. Los dos se convirtieron en uno solo. El árbol entonces, floreció. La palabra Sakura significa "Flor de cerezo", pero el árbol no lo sabía. Desde entonces, el amor de ambos perfuma los campos de Japón. De ahí el por qué se cree que el amor se representa con la primavera. "Todo lo que sabemos del amor, es que no tenemos nada mejor".

Walter, había terminado de contar una gran historia que dejó sin palabras a Bill y Rebecca, mientras terminaba de fumar su cigarro.

—Esa es una historia increíble, —expresó Rebecca.

—Entonces me equivoqué, —dijo Bill mientras miraba el piso del bote.

—Sí, lo hiciste, muchacho, —contestó el viejo capitán de barba blanca y descuidada.

Bill se quedó congelado mirando un punto fijo del suelo del bote sin decir una palabra. Rebecca apoyó las palmas de sus manos sobre la espalda de Bill en señal de apoyo.

—Pero, la vida siempre da segundas oportunidades, —añadió el viejo capitán, para darle un

poco de ánimos.

Cuarenta y seis horas antes de la luna llena.

Las segundas oportunidades: ¿Existen? Según mi experiencia, ¡Sí existen! Y no solo dos, tres, cuatro y a veces más; depende de la cuestión de la que se trate, podemos contar

con numerosas oportunidades. Por ejemplo, para emprender un negocio, para cambiar de rumbo en nuestra vida, para perdonar y perdonarnos. Para muchas cosas creo que es posible; esa frase típica y pesimista que dice "El tren no pasa dos veces", creo que no va conmigo. De hecho, la vida, una y otra vez se encarga de demostrarme que sí se puede volver a intentar y qué el tren sí pasa dos veces.

Hay amores a los cuales queremos intentarlos una y otra vez hasta que nos salgan bien. En ésta y las demás vidas. Intentarlos, hasta un día poder terminar con ellos o ellas. El amor se puede intentar siempre y cuando no haya sido roto o lastimado con acciones de parte de uno de los dos. Las relaciones siempre pueden reiniciarse o retomar las riendas, cuándo son las circunstancias de la vida la que los separa.

Las oportunidades nos permiten poner en marcha el cambio necesario que creemos que debemos llevar a cabo, para obtener los resultados que antes anhelábamos y que por alguna o diversas causas, no hemos conseguido. Esto, proviene de la lección que hemos podido comprender y aprender; es decir la reflexión que viene a decirnos "has fallado porque ...", "te has equivocado en..." y de ahí aquellos que se atreven volverán a comenzar o dirán "lo siento", a quién crean que deben decirlo.

Al llegar a Isla de Man, Bill bajó las maletas del bote, se despidió del viejo capitán de barba canosa. Caminó noventa y siete pasos hasta el aparcamiento dónde un taxi esperaba por ellos.

—Me gustan esas personas que recuerdan, las que se aferran a recuerdos, las que guardan leyendas para contar y saben el momento de hacerlo. Como el capitán. Dijo Rebecca quién intentaba seguir los pasos de Bill, caminando de prisa, casi corriendo. —Puedes detenerte un momento, —expresó exhausta de caminar detrás.

—El taxi nos espera, —contestó Bill.

—Bill.

—Estaba seguro de lo que hacía, ahora, no tanto.

—Tendrás tu segunda oportunidad.

—¿Y qué sucede si no es así? ¿si sólo lo eché a perder y no hay vuelta atrás?

—La vida no tendría sentido, nadie tiene un manual de comportamiento o indicaciones de qué decisiones podemos tomar. La vida no funciona así. Nacemos y sólo nos enseñan a caminar, hablar y atar los cordones; el resto lo descubrimos solos. Si no tuviésemos más oportunidades el existir sería un fraude. Yo creo que lo tendrás, el cuándo, dónde y cómo... no lo sé, pero, ¡la tendrás! —contestó Rebecca, intentando calmar a Bill.

Bill exhaló como si el aire que llevaba dentro lo estuviese asfixiando. El taxi nos espera, —recalcó, se hizo a un costado para que Rebecca pasara y caminara por delante de él.

Rebecca lo miró, esperando que pueda estar mejor, sentía que estaba en deuda con Bill. Y si de ella dependiera la felicidad de su amigo, se la cedería sin problema. Caminaron por el aparcamiento en silencio, cada uno miraba el piso, no esperaban encontrar algo o una respuesta. Surge ese momento extraño en la vida en el que las personas miran el cielo cuando sus ánimos están por los aires y se descubren siendo felices. Y cuando todo va cuesta abajo y un mal momento están viviendo, tienden a mirar al piso. Es imposible no preguntarse, ¿si aquél que desea con fuerzas salir de un momento, por qué no ve con desespero al cielo? ¿No es el lugar dónde creemos que todo es posible? Eso es lo que los religiosos tratan de hacernos saber cada vez que tocan las puertas de nuestras casas. A esto le llamé la paradoja del perdido. Aquél que inconscientemente mira el piso cuando las tormentas lo acechan. Si un día te encuentras de este modo. Levanta tu cabeza, mira las nubes. No es la salida, pero ver el infinito espacio que existe encima de nosotros es indudablemente mejor que ver el suelo tan cerca de nosotros.

Al llegar, un señor delgado, de bigote exuberante y una boina color gris. Leía el periódico mientras los esperaba tranquilamente en el taxi. Bill se acercó a la ventanilla del asiento del piloto, dio dos pequeños golpes con sus nudillos. Al principio el señor tuvo un ligero susto, bajó la ventanilla del taxi.

—¿Puede abrir su cajuela para meter las maletas? — preguntó Bill.

—Enseguida le abro, —contestó el hombre en cuanto se bajó del taxi. Una vez guardaron todo, ingresaron al vehículo.

—¿A dónde se dirigen?

—Al Ballacain Courtyard Cottages, — respondió Bill.

—¿Vienen de luna de miel? — preguntó el conductor del taxi, mirándolos por el retrovisor.

—¿Nosotros?, —contestaron sincronizados, Bill y Rebecca.

—Para nada, — añadió Rebecca. —Vinimos a visitar un viejo amigo, —comentó Bill. Rebecca miró a Bill.

—Sí, un viejo amigo.

—Perdón la confusión, es normal ver jóvenes parejas de esposos pasar aquí su luna de miel. De todas formas, deben visitar sus lugares; el castillo Peel, el museo de Manx, el faro de la punta de Ayre, o Snaefell Wheel que es mi lugar favorito.

—Seguro iremos, gracias, —contestó Rebecca a las sugerencias.

El hombre la miró por el retrovisor y la notó nerviosa. Quiso ya no incomodar y encendió la radio del taxi, así evitaba el silencio.

—¿Estás bien? — musitó Bill.

—Lo estoy, sólo que el ya estar aquí me pone ansiosa.

—Todo saldrá bien, —añadió Bill.

Cuarenta y cinco horas antes de la Luna llena.

Llega un instante en el tiempo, en que la única manera de curar unos nervios es brindar una sonrisa. Bill compartía la suya con Rebecca. Descubrieron cómo hacerlo, era barato. La aprendieron a conjugar una noche en que se dieron cuenta en que la amistad, era la clave para poder salir del agujero en el que ambos se encontraban. Todos recordamos los inicios de un

buen amor, y dejamos en el baúl del olvido ese momento en que una amistad surge.

Cuarenta y tres horas antes de la Luna llena.

—¡Es hora de irnos! — gritó Bill, mientras tocaba la puerta de la habitación de Rebecca.

—No puedo ir, — respondió Rebecca después de abrir la puerta de su habitación.

—Pero lo estuviste esperando todo este tiempo.

—Sí, pero no creo que él quiera verme, ni siquiera sabe que estoy aquí.

—No supongas cómo alguien reaccionaría.

—Dijo que no quería verme, y que no quería despedirse.

—Claramente lo ha dicho para poder irse sin que lo busques, confía en mí al verte se pondrá feliz. —Bill puso sus manos sobre los hombros de Rebecca, —¿confías en mí? — preguntó.

—Sabes que sí.

—Bueno, entonces vámonos, que hay un taxi esperándonos, ¿tienes la dirección?

—La tengo. —contestó.

Tomó un suéter que estaba tirado sobre un pequeño sofá cerca de la cama y se marcharon.

Cuarenta y dos horas antes de la Luna llena.

El taxi los llevó a Antrim y Newtownabbey, lugar donde vivía la familia de Alexander. La expareja de Rebecca. Llegaron a una espaciosa casa de tres plantas, y un lindo patio trasero el cual daba al lago Neagh. La familia de Alexander contaba con tres botes en un pequeño muelle en su localidad. Cuando Alexander era niño su abuelo solía llevarlo de pesca por el lago. Rebecca y Bill se bajaron del taxi y caminaron quince pasos al pórtico de la casa. Antes de tocar Rebecca se quedó unos segundos solo mirando la puerta. Bill sujetó su hombro.

—Todo saldrá bien, — comentó. Rebecca exhaló y tocó el timbre que estaba a la izquierda de la puerta.

—Un segundo, — se escuchó una voz a la lejanía. Al abrir la puerta era Marissa, la madre de Alexander. —No puedo creerlo, que gusto verte hija, —dijo Marissa, quién abrazó a Rebecca con un poco de lágrimas en los ojos. —Creo que es importante que hayas venido.

—Él es Bill, —comentó Rebecca, señalando a Bill. Fue quién me ayudó a venir aquí.

—Un gusto conocerte hijo, pasa, eres bienvenido.

Bill sujetó la mano de Marissa e ingresó a la casa.

Marissa los guio hacia la sala de estar donde gran parte de la familia de Alexander guardaba. Sus primos habían llegado de Escocia. Los abuelos, sus hermanos y padres. Todos se encontraban sentados bebiendo un poco de té de menta. —Adivinen quién llegó, —agregó Marissa.

Era inquietante ver como una sonrisa se dibujaba en algunos de los rostros de las personas sentadas en la sala de estar. Era curioso ver una sonrisa en expresiones tristes. Salomé corrió en medio de los demás y abrazó a Rebecca. Era quién nos había enviado las direcciones para que Bill y Rebecca pudieran estar ahí.

—Él se encuentra durmiendo ahora, dijo Salomé, después de haberla abrazado.

—No tenemos más de dos días, —añadió Marissa, con un par de lágrimas recorriendo por

sus mejillas.

—Deben estar hambrientos, —preguntó Elena, abuela de Alexander.

—En realidad no tenemos hambre. Contestó Rebecca.

—Ven hijo, a ti se te nota que deseas comer, —dijo Elena, refiriéndose a Bill.

Bill solo encogió sus hombros, en realidad moría de hambre. —Si no es mucha molestia, —respondió Bill.

—Ninguna, hijo. Ven, por aquí, —lo dirigió hacia la cocina dónde una joven muchacha que aparentaba tener la edad de Bill, se encontraba comiendo helado, mientras escuchaba música en un walkman. Un viejo reproductor de casete que ya hoy en día son instintos o muy poco de ver. Toma asiento por ahí. Bill se sentó en frente de la muchacha.

Bill miraba por ratos brevemente a la muchacha frente a él, era imposible ignorar la música en el reproductor de casete era tan fuerte que se podía escuchar en la gran parte de la cocina. La abuela le sirvió un trozo de lasaña y un vaso con jugo de naranja.

—Te vas a dañar los tímpanos, —expresó Elena quién le quitó los audífonos a la muchacha.

—¡Abuela!

—Un día te quedarás sorda, —añadió.

—La muchacha solo se colocó los audífonos e ignoró a Elena.

—Es mi nieta, se llama Trina. Creo que cometimos un error al regalarle ese aparato en la navidad pasada, —lo dijo en voz alta esperando a que Trina la oyese. La cuál solo respondió con una mueca mientras seguía saboreando su helado de chocolate y ron pasas.

—¿Hace cuánto conoces a Rebecca? porque si es así debes también conocer a mi Alexander, —preguntó la Abuela.

—En realidad no, la conocí hace un par de días, —contestó Bill.

—Y ya viajamos juntos ... ustedes dos... no...

Elena insinuó que algo pudiese estar pasando con Bill y Rebecca.

—No, no... por supuesto que no, me cae bien, amigos. Solo me contó de lo que estaba pasando y decidí acompañarla.

—Eres todo un caballero, hijo.

Bill solo sonrió, y decidió solo comer en silencio antes las miradas intimidantes de Trina.

—Lo que sea que quieras, no dudes en pedirlo, muchacho, —dijo Elena antes de irse.

—Claro, muchas gracias, —contestó Bill que decidió terminar su comida en silencio y sin regresar su vista en ningún momento hacía Trina.

—Y tú, ¿quién eres?, —preguntó Trina, quién se sacó los audífonos de un momento a otro.

—Me llamo Bill, —respondió con un ligero susto. —Soy amigo de Rebecca.

—¿Deseas ver a una persona morir o estás interesado en la ex de mi primo? —preguntó Trina.

—Ninguna de las dos cosas.

—Raro.

—¿Por qué alguien no sólo puede ayudar a un amigo, sin ningún interés de por medio?

—Escuché que la conociste hace un par de días. Esperas que crea que eres el primer hombre bueno en la tierra.

—Entiendo, puede ser raro. Pero no deseo nada de eso, puedes quedarte tranquila.

—Raro, —respondió con una mirada intrigante.

—De acuerdo, debes dejar de verme de ese modo. Porque estás logrando que me ponga incómodo.

—Debes demostrar que no estás interesado en Rebecca.

—¿Cómo?

—Supongo que a ti y a ella no le importaría que salieras un rato.

—No, claro que no.

—Bien, entonces acompáñame.

Se levantó, caminó por al lado de Bill y salió por la puerta de la cocina hacía el patio trasero.

Bill la observó salir, miró hacia el pasillo fuera de la cocina y decidió ir detrás de Trina.

—¿Adónde iremos? —preguntó Bill.

Trina lo llevó hacia el pequeño muelle detrás de la casa de los abuelos. ¿Sabes remar? Bueno, no importa si no sabes hoy aprenderás. Se respondió a sí misma, antes de que Bill hablara. Bill se subió en uno de los botes y Trina se sentó justo enfrente de él.

—Vamos, rema, —añadió Trina.

—No sabes pedir las cosas de buena manera, —contestó Bill.

—Puedo, sí.

Bill miró a Trina con una fría mirada.

—Muy bien, lo siento por ser grosera, —se disculpó Trina, mientras apoyaba sus codos sobre los muslos de sus piernas.

—Está bien, te disculpo, —respondió Bill.

—No veía la hora de salir de la casa, —comento Trina.

—Supongo que es difícil la situación.

—Lo es, yo me despedí ayer, dijo mientras veía fijamente las ondas que producían los palos de remar sobre el agua. Y no tengo pensado volver a hacerlo. Y estoy enojada, con Dios o la vida.

—Lo lamento, —añadió Bill, mientras remaba.

A la lejanía un puente de piedra era visible. —Me gusta ese puente, —comentó.

—¿Quieres subir un rato? —preguntó Trina.

—Sí... ¿para ti no es molestia?

—De ninguna manera. —Remaron hasta el filo del enorme lago junto al puente, Bill sujetó el bote a un trozo de madera junto a la orilla. La mitad del bote está sobre la tierra, ¿por qué lo amarras? —preguntó Trina.

—En la vida hay que ser precavidos, —contestó y caminaron por el puente y se detuvieron a

la mitad. Se sentaron sobre el filo. Este es un lindo lugar. Expresó Bill.

—Sí, aunque prefiero Londres.

—¿Vives allá?

—Sí, solía venir aquí con mis primos cuándo teníamos trece o catorce. Alexander se subía y se aventaba desde aquí. Siempre fue muy buen nadador.

Bill, miró sus ojos humedecidos. —Creo que las despedidas no son malas, —comentó.

Trina secó sus lágrimas. ¿Sí?

—Sí, piénsalo... muchas de las personas cuándo sufren una pérdida, intentan recordar cuáles fueron las últimas palabras que recibieron, otros lamentan el hecho de no poder despedirse. No hay manera de calmar una pérdida y aunque es algo que jamás podremos evitar y sobre todo sentirnos preparados para cuándo llegue. Creo que tener la opción de despedirse es suerte. — Bill miró el llanto de Trina. —Tienes la opción de poder elegir las últimas palabras.

Trina sonrió en medio del llanto. —Debo verlo una vez más.

—Cinco o treinta veces más. O cada quince minutos o dos. Aún tienes tiempo.

Nunca es fácil decir adiós, cómo tampoco encontrar las palabras adecuadas para empezar, el abrazo es antes o después. ¿Para qué minuto dejamos las lágrimas?, les permitimos ver o que el viento se las lleve. El enojo también es parte de una pérdida. Nos molestamos con lo que creemos que maneja el universo (aún le quedaba mucho por vivir) es inevitable pensar en ello. La forma en que morimos dice más de nosotros que la forma en que nacemos, aunque no tengamos mucho control sobre ninguno de esos dos eventos en nuestras vidas. Un alto ejecutivo muere de cáncer o de un infarto, un criminal muere con una navaja clavada en la espalda, una persona generosa muere rodeada de amigos y familiares, un mezquino muere solo y amargado. ¿Cómo nos llegará? De la misma forma, nuestra manera de despedirnos dice más sobre nosotros, y lo que pensamos sobre la persona de la que nos estamos despidiendo, que nuestra forma de saludar. Cuando nos tomamos el trabajo de estrechar la mano, de desearle un buen viaje a casa, cuando incluso hacemos una referencia a alguna conversación que tuvimos y la integramos a la despedida "ojalá se mejore tu hija de esa gripa que me contabas". Asegurémonos de no quedarnos con un "adiós" en el nudo de nuestra garganta. De decir; "te perdono" o "discúlpame no quise decir eso" nunca es bueno irnos enojados. Jamás sabemos cuándo es la última vez que vemos a alguien.

—¿Qué hay de ti? —preguntó Trina. —No pienso creer que no tienes pareja.

—La tenía.

Miró hacia el lago. Pensó "ahora cada persona que conozco me hará recordar que dejé atrás a Lieseri".

—¿Y qué pasó?

—Tenía cosas por resolver, así que me mudé con amigos a Manchester, dónde conocí a Rebecca. Y ahora heme aquí. Decidí acompañarla.

—Ella me agrada, estuvimos en Manchester varias veces desde que nos enteramos de la

enfermedad de Alexander, ella nunca lo abandonó, iba a terapias con él. Creo que fue bueno que alguien amaré de esa forma a Alexander. Cuando te vimos llegar con ella, fue imposible no pensar que ustedes dos... sobre todo porque sabíamos que ella y Alexander habían terminado.

—No, nada que ver. Debieron odiarme al verme.

—Esta familia no odia a nadie, ni aun teniendo razones. Aunque la manera en cómo vemos a las personas pueda parecer lo contrario.

—Cuándo te vi en la cocina te veías alguien no tan sociable o amable.

—No dejabas de verme, —dijo Rebecca.

—¿Qué?... yo... no... ¿Era tan obvio?

—Sí. Además, no saludaste.

—Pues tú tampoco.

—Comía mi helado. Tu llegaste, el que llega saluda.

Bill miró a Trina.

—Eso me recuerda a que no dejaste que terminara mi lasaña.

—No lucías tan hambriento.

—Lo estaba, me sentía incómodo, era solo eso. — Bill miró el color del atardecer. Podría vivir en un lugar como este sin ningún problema. —Añadió.

—Múdate aquí. Bill soltó una risa.

—No podría, tengo que vivir cerca de mamá, además que debo volver por alguien.

Trina se quedó en silencio, miró la laguna.

—¿Ella te está esperando?

—No lo creo, debe estar muy molesta.

—¿Cuál fue su reacción cuándo te fuiste?

—Lo hice con una carta.

—¿No lo hiciste en persona?, amigo estás muerto

—Lo sé.

—Te perdonará.

—¿Eh?

—Te perdonará.

—¿Cómo estás segura de ello?

—Soy mujer, además te fuiste por ti, no por alguien. Eso es entendible.

—Espero que sea así, —dijo mientras jugaba con pequeñas piedritas sobre el filo del puente.

—Acércate, —comentó Trina. Bill la observó confundido. —Escucharemos música juntos, tonto—.

—Perdón, no quise insinuar nada.

Quedaron unos minutos sobre el puente escuchando "The Beatles" en un casete color negro. Después de veinte minutos decidieron remar de vuelta a casa. Es imposible no pensar en todas las personas que vas conociendo y son solo un instante, una parada en el viaje. Cuando decides salir a la vida.

Cuarenta horas antes de la Luna llena.

—¿Y el chico que te acompaña quién es? — preguntó Salomé.

—Es un buen amigo.

—Conoce también a Alexander.

—En realidad lo conocí hace un par de días, espera, sé lo que dirás, —respondió Rebecca.

—Estoy aquí por él. Es un buen chico.

—Mamá tenía razón, atraes a buenas personas. Dijo Salomé, mientras sacaba del horno unas empanadas que de relleno contenían carne y queso. Era una vieja receta de Elena que aprendió de su madre, y su madre había aprendido de su abuela, así pasó de generación en generación.

—Sí, creo que tengo un poco de suerte después de todo, —contestó, tomando una de las empanadas, y dejándola en un plato a que se enfriara, sirvió un vaso de jugo de naranja.

—¿Deseas verlo? — preguntó Salomé.

—Sí, estoy ansiosa de hacerlo, —respondió, en tanto escuchó a Salomé se puso de pie.

—Ven, acompáñame. Caminaron por el pasillo, subieron las gradas de madera, de color blanco que rechinaban cada vez que alguien subía o bajaba los escalones. Se dirigieron a la tercera habitación del lado derecho. Junto a una pequeña sala de estar con un televisor de cuarenta pulgadas. — Te dejaré entrar sola. Cualquier cosa que necesites. Hay un timbre en el costado derecho de su cama junto al velador, lo tocas y en cuestión de segundos estaremos todos aquí.

—Vale, los llamaré si necesito ayuda. — Al entrar a la habitación, Rebecca ingresó sigilosamente tratando de hacer el menor ruido posible. Alexander miraba por la ventana al costado izquierdo de la cama. Rebecca lo observó, miró todo a su alrededor; un viejo cuadro de Van Gogh, retratado por Alexander cuando iba en la secundaria, unas pequeñas sillas en frente, un ropero de color marrón oscuro con espacio de lo que antes habría sido un espejo que seguramente uno de los nietos de Elena lo rompió jugando a la pelota, un sillón a la derecha de la cama con cojines enormes, se veían bastante cómodos, al parecer se turnaban para dormir y vigilar a Alexander. Rebecca se sentó en el sillón frente a la cama. Alexander no la miraba, observaba la ventana sin pestañear como si estuviera en un trance. Rebecca tomó la mano de Alexander quién tenía un tubo incrustado en una de sus venas, probablemente por ahí pasaba suero. Alexander la volvió a ver apenas sintió el calor de sus manos. —Hola, amor, —dijo Rebecca mientras sus lágrimas rodaban por sus mejillas y caían entre las sábanas.

—Es mentira todo lo que te dije, —respondió Alexander. —No quiero que estés lejos, ni un minuto, ni siquiera los últimos segundos que me quedan de vida. Solo quería evitarte que me veas así. —Lo dijo con voz quebrantada, con pequeños torcidos a mitad de cada oración.

—Lo sé, corazón, —comentó mientras besaba sus temblorosas y pálidas manos que al principio se sentían frías, su temperatura fue aumentando con el contacto de Rebecca.

—Ya estoy aquí, —dijo entre sollozos.

—Te amo, Bec, —expresó Alexander, entre tosidos que lo interrumpieron a mitad de la oración.

—Yo a ti —. Rebecca se levantó y besó los labios resacos de Alexander.

La química del beso.

Para el ser humano, besarse no supone algo trivial, sino que produce un muy profundo en cuanto a intercambio sensaciones y emociones. El beso desencadena una tormenta hormonal en nuestro organismo. Besarse apasionadamente puede llegar a consumir unas doce calorías, ya que este gesto mueve unos treinta y seis músculos aproximadamente. Al igual que los latidos del corazón aumentan de sesenta a cien pulsaciones, cada que unos labios se tocan con otros. Participan cinco pares craneales, el nervio facial, el hipogloso, el glossofaríngeo, el olfatorio y el nervio trigémino. La señal que emite el beso llega hasta el cerebro, deja rastro en la memoria e interviene en un gran número de circuitos neuronales. Vivimos más y mejores gracias al beso. El investigador alemán Arthur Sazbo, sostiene que las parejas que se despiden con un beso antes de irse a trabajar, tienen menos ausentismo laboral, menos estrés, menos accidentes de tráfico, ganan un veinte por ciento más de dinero y su esperanza de vida se alarga unos años más. Lo que explica que empezar el día con un beso hace que nuestra actitud sea más positiva y que aumente nuestra energía vital. Después del beso de Alexander y Rebecca, ella se levantó y buscó un libro entre el velado, como opciones tenía, "El amor en tiempos de cólera" de Gabriel García Márquez y un libro que reunía cuarenta cuentos. —Sé cuánto amas que te lea algo—, tomó el libro de cuentos y lo puso sobre sus muslos.

—Hay varias cosas que deseo hacer en estas últimas horas. Una de ellas es terminar de escuchar lo que vas a leerme y después de aquello, nos levantaremos y saldremos de este cuarto. Comeremos pollo frito, haremos una maratón de películas, no dormiremos, estaremos listos para ver el amanecer y salir a desayunar fuera, que la abuela preparé el último y mejor pastel de zanahorias que jamás haya preparado antes. Luego saldremos a caminar, veremos un atardecer más o el último—. Las lágrimas rodaban por las mejillas de Rebecca—. Más tarde nos quedaremos a contar las estrellas, no importa si nos perdemos en el intento y debamos empezar de nuevo. Pero quiero que estés en cada una de aquellas cosas, —dijo Alexander mientras limpiaba con sus temblorosos dedos las lágrimas sobre el rostro de Bec, como él la llamaba.

Rebecca afirmó con su cabeza, mientras sonreía.

—Haremos esa tarta de zanahoria y haremos la maratón de la guerra de las galaxias.

—¡¡¡Sí!!!

Expresó Alexander, tratando de cambiar el ambiente deprimente, que los rodeaba. Rebecca sonrió a carcajadas.

—Pero ahora debemos elegir uno de todos estos cuentos. ¿Cuál será el indicado?

Nunca notamos cuando hacemos algo por última vez, siempre lo hacemos como si fuese ya costumbre, "pero solo después de mucho tiempo piensas en cuándo fue la última vez que lo hiciste y no estabas consciente de ello" cómo el ver a tus amigos de la secundaria o la universidad, la última vez que fuiste a clases, o fuiste a un partido de fútbol, cuándo saliste al cine por última vez con tu pareja antes de terminar. Si supiésemos que algo que estamos por hacer no lo haremos nunca más. Produce nostalgia y nerviosismo tan grande, que hace que veas cada detalle del que vives, y lo compares con otros que ya viviste. Eso es lo que viven, aquellos que respiran sus últimos sorbos de aire. Aquellos que tienen una muerte anunciada.

—Escoge uno al azar, no lo pienses el primero que aparezca, —dijo Alexander.

Rebecca cerró sus ojos y elevó su cabeza y pasó la yema de sus dedos por cada filo de página, hasta dejarse llevar por su intuición, paró en una de las hojas después de la mitad del libro y lo abrió, puso su dedo sobre la hoja y pronunció. —¡Este es el indicado! —miró el título. "El niño de la ventana abierta" de Antonio García del Toro, curioso, nunca lo he leído.

—Entonces será ese.

—Sí.

Dieciocho horas antes de la Luna llena.

Rebecca y Alexander se encontraban acostados en la cama, habían llevado la televisión de la sala de estar a la habitación, y pusieron unas cintas de la guerra de las galaxias. Después de dos películas. Rebecca bajó a la cocina por un poco de comida, al bajar notó que algunas personas estaban despiertas, Elena y Marisa bebían el té en la sala de estar de la planta baja. Junto a Monti, el tío de Alexander y padre de Trina. Caminó a la cocina sin hacer tanto ruido, pero escuchó voces.

—Entonces, ¿qué tienes planeado hacer después de esta fugaz aventura? preguntó Salomé.

Bill mordió un trozo de una empanada. —Ir a Manchester, estar ahí con mis amigos. Un año como mínimo tengo planeado estar con ellos, mientras ordeno algunas de las cosas que tengo en mi cabeza, —respondió, con la boca media llena.

—Es un cretino, tiene miedo de hablarle a su ex, —dijo Trina.

—¡Oye! —reclamó Bill.

—¿Qué?

—Primero no soy un cretino, y en segundo lugar no tengo miedo, es sólo que no creo que sea el momento de hablar con ella. De seguro debe odiarme ahora.

—No te odia, pero si estás en problemas.

—Eso dijo Rebecca, —comentó Bill.

—Somos mujeres, sabemos cuándo algo tiene o no solución, es decir, mira, hiciste algo estúpido, lo sabemos, ¡lo sabes!, pero no van a crucificarte por ello.

Trina miró a Bill, y él respondió con muecas. Se observaron el uno al otro y Salomé, notó el cruce de miradas, "algo pasa aquí" pensó, pero no era de su incumbencia.

—¿Qué hacen despiertos? —preguntó Rebecca.

—Acaso piensas que nos iremos a dormir sin vigilarlos o estar pendientes de ustedes, —respondió Salomé.

—Además, estamos probando las empanadas que hizo la abuela de Salomé, —añadió Bill.

—Veo que ya tienes nuevas amistades, —dijo Rebecca.

—Yo diría que ya consiguió un poco más, —comentó Salomé.

Trina regresó a ver a Salomé por el comentario que hizo, Bill lo pasó por alto, o no lo notó.

—Me abandonaste apenas llegamos, pero tranquila, entendemos el porqué, —contestó Bill.

—¿Cómo están arriba? —preguntó Salomé.

—Bien, tenías razón, le alegró verme.

—Yo se lo dije primero, —aludió Bill.

Rebecca le sonrió.

—Me alegra que hayas venido, —dijo Salomé, mientras tomaba la mano de Rebecca.

—¡Ah, sí! casi lo olvido, él quiere hacer algunas cosas. Por ejemplo, creo que mañana saldremos a desayunar afuera.

—Sé exactamente dónde iremos, —contestó Salomé.

—¿Sí? ¿Dónde?

—Hay un lugar cerca de aquí, el palacio de los waffles, ahí venden los mejores desayunos. Él ama las tostadas francesas y casualmente ahí venden unas muy buenas.

—Entonces iremos allí. También, dijo que quiere que salgamos a caminar y que veamos el atardecer todos juntos.

—Planearé todo, —respondió Salomé mientras afirmaba cada una de las cosas que Rebecca le contaba.

—Nosotros le ayudaremos, —indicó Bill.

—Gracias por traerme, eres ya, mi mejor amigo.

Rebecca besó la mejilla de Bill.

Trina observó todo detenidamente, sus ojos brillaban al ver a Bill, cómo aquél que encuentra un tesoro. Bill sonrió y vio cómo Rebecca desapareció por la cocina llevando un tarro de helado en sus manos.

—¿Qué haremos? —preguntó Bill, mientras terminaba su empanada.

—Tengo todo planeado. Bueno, eso creo, —contestó Salomé

—Bueno primero, creo que deberíamos llamar al local. Para que puedan reservarnos el lugar, somos quince personas.

Comentó Trina mientras contaba en su mente y gestualizaba con las manos.

—Luego, pasaremos de compras, mañana vamos a preparar un asado. Y luego saldremos a caminar, —dijo Rebecca.

—Tiene algún lugar en específico, ¿algún lugar favorito? —preguntó Bill.

—Sí, hay un campo amplio cerca de aquí, solíamos ir de niños. El abuelo nos llevaba allí, —respondió Salomé.

—Sé de qué lugar hablas, —comentó Trina.

—Tengo una idea. Podemos pasar comprando globos de cantoyas, cada uno de ustedes le escribirá una carta a Alexander. La amarramos al globo y lo soltamos para que se pierda en el cielo.

Bill se veía emocionado, por un momento se distrajo de todo el asunto de Lieseri.

—Me gusta la idea. —contestó Salomé.

—Tendremos que llevar mantas y suficientes abrigos, —dijo Trina.

—Trataré de que todo esté guardado en el carro, —respondió Bill.

Rebecca subió sigilosamente por las escaleras, para que hicieran el menor ruido posible. Parte de la madrugada pasó en una larga llovizna. Al entrar encontró a Alexander parado cerca de la ventana.

—¿Qué haces de pie? —preguntó asustada.

—Me preguntaba si antes noté lo hermoso que es ver llover, ver cómo las gotas caen y se forman pequeños charcos en el piso. Ver los árboles gotear, el ruido en las aceras y las ventanas con gotas que compiten unas con otras por ver quién llega pronto al final.

Rebecca se acercó a él, junto a la ventana, miró la llovizna y luego lo observó cómo miraba la lluvia con su humedecida mirada.

—No sé cuándo fue la primera vez que vi llover, ni cuantas veces lo hice, o cuantas lo ignoré. Pero, estoy seguro que esta es mi última lluvia, y no es una tormenta, o una feroz lluvia, no es granizo, o lluvia con fuertes vientos, es una calma llovizna. Creo que hasta el cielo está deprimido hoy, No quiere rugir, sólo quiere llorar.

Rebecca, tomó la mano de Alexander.

—No voy a amar a nadie más.

Alexander la miró, secó sus lágrimas con sus temblorosos y resecos dedos.

—Ama a otro cuándo yo no esté, vive la vida al máximo, entrega tu corazón a otra alma, regocija tu cuerpo en otros labios, qué más da, es sólo amor, —dijo Alexander mientras besaba las mejillas de Rebecca.

—No voy a encontrar a nadie como tú, —contestó entre sollozos.

—No, no lo harás, encontrarás a alguien mejor, —afirmó Alexander.

Se dieron un beso con el cuadro de una perfecta fotografía romántica. Sus delgados hombros eran visibles entre la tela de su bata. Su cabeza calva, su rostro delgado. Tuvo que hacer mucha fuerza para poder abrazar y consolar el llanto de Rebecca. —Te cuidaré, donde sea que la vida me lleve, —dijo y pasaron lo que quedaba de la madrugada terminando de ver las películas de la guerra de las galaxias, hasta quedarse dormidos.

Catorce horas antes de la Luna llena.

En la mañana siguiente fueron todos al palacio de los waffles, una cafetería al este de Isla de Man, el lugar favorito de Alexander cada vez que visitaba la casa de los Abuelos, James el abuelo los llevaba a desayunar. Todos pedían waffles, la especialidad de la casa, pero Alexander siempre pedía tostadas francesas. Bajaron todos muy temprano, Bill y Rebecca una hora antes fueron al hotel a darse una ducha y cambiarse de vestimenta, regresaron a las siete menos quince de la mañana. Monti, Elena y Marissa esperaban en la sala de estar a los demás. Trina y Salomé apuraron a sus hermanos menores. Por su parte Monti, alistó una pequeña furgoneta que alquiló para transportar a cada miembro de la familia. James se encontraba con Alexander en la habitación. Lo ayudó a bajar las escaleras y luego en una silla de ruedas lo condujo hasta el pórtico donde los demás esperaban. Rebecca tomó la oportunidad para que Alexander conociera a Bill.

— Él es Bill, y Bill te presentó a Alexander—. Se puso en la mitad de ambos. Es la persona más increíble que este mundo pudo tener, —añadió Rebecca.

—Que gusto conocerte, —dijo Bill. Alexander trató de sacar fuerzas para dar un estrechón de manos fuerte.

—Becc me ha contado de ti y sólo deseo decir gracias, creo que el hecho de que ella esté aquí es gracias a ti.

—Nada que agradecer, me alegra que tengan un tiempo más, —respondió Bill.

—Bien, si todos estamos listos, vamos súbanse todos al bus, —dijo Monti en voz alta. — Alexander, ven hijo, serás el copiloto.

Tomaron ruta por la pista de Seven Mile Straight camino al palacio del waffle, al llegar Trina, Bill y Salomé trataron de controlar la euforia de los niños que bajaron a gran velocidad de camino a la mesa. Monti y James, bajaron a Alexander y lo sentaron en la silla de ruedas, Rebecca se encargó de empujar la silla por la entrada de la cafetería. Se dirigieron al ala oeste del lugar, dónde una enorme mesa los esperaba, Monti quitó una de las sillas, y Rebecca empujó la silla de ruedas hasta que estuviese en el espacio cómodo para que Alexander pudiese comer sin problema. Absolutamente todos pidieron lo mismo, tostadas francesas, café y un batido de fresa, con banana y leche de coco. Los meseros tardaron un tiempo de quince minutos en llenar la mesa con el pedido. El lugar lleno de plantas con hojas colgantes, pegatinas en los vidrios de las ventanas con el logo de la cafetería, y una frase en la pared principal que decía, "no puedes controlar lo que te suceda en el transcurso de tu día, pero estamos seguros que un postre melioracualquier noticia". Una vez todos listos. Alexander decidió decir unas palabras, antes de comenzar a degustar la comida.

—Sé que todos estamos con los ánimos bajos. Y admiro que saquen fuerzas de adentro para contener las lágrimas. No quiero que nos despidamos con tristeza, al menos la vida me permitió estas últimas horas con ustedes. Y no quiero vivirlas lamentándome de esto, quisiera pedirles que hoy pasemos un día riendo. Y que lo disfrutemos, al final del día hablaré con cada uno de ustedes—. Alexander vio a su madre llorar cuatro asientos a su derecha y a su abuela a su costado. —Quiero eso, un día sonriendo—. El abuelo James, se puso de pie, caminó diez pasos hasta estar cerca de su nieto, besó su cabeza. y le sirvió un poco de miel y las tostadas francesas de Alexander. Monti contó un par de historias que produjeron risas, entre todos, Monti es productor de un canal en Londres. Alexander conversaba con sus primos más pequeños junto a Rebecca. al fondo de la mesa, del otro lado Bill, Trina y Salomé, se encontraban conversando.

—¿Conseguiste los globos de cantoya? —preguntó Salomé.

—Sí, conseguí veinte por si necesitábamos reservas. Contestó Bill.

—Nunca nos decepcionas. Comentó Trina.

—Deberías darle un premio, —añadió Salomé, y Trina lanzó una fría mirada a Salomé, que la evitó con una sonrisa.

—Ustedes se encargaron de las cartas, —Bill trató de cambiar la plática.

—Todo en orden, capitán, —respondió Trina.

Cinco horas antes de la Luna llena.

Después de pasar el día entero juntos, la familia decidió llevar a Alexander a Milner's

Tower, antes de la caída de la tierra al mar. Hay una torre de piedra. Todos se quedaron unos minutos. ahí mirando el atardecer. Tendieron mantas en el piso y tomaron asiento. Los primos de Alexander corrían y jugaban entre ellos. Marisa se acercó llorando a Alexander.

—Te amo, mamá, —comentó Alexander, — luchaste esta batalla a mi lado, creo que gran parte del camino lo hiciste sola.

—No pude lograr mantenerte bien, perdóname.

—No es algo que haya dependido de nosotros, menos de ti. Tuve la suerte de que fueses mi madre por veinte y tres años.

Alexander trató de limpiar las lágrimas del rostro de su madre.

—Me harás tanta falta, qué voy a hacer sin ti, hijo.

Marisa abrazó fuerte a Alexander. Ese abrazo que no quieres soltar nunca, esos que deseas que el tiempo se pare por unos minutos o horas y que no quieres que acabe. Marisa no quería salir de sus brazos. Llorando caminó con Monti quién la abrazo tratando de consolar a su hermana.

—No puedo decirte adiós, hijo, —dijo Elene con sus ojos humedecidos.

—Te amo, abue—. Entonces Alexander lloró.

—Fui más veces feliz, que infeliz y creo que ese es el punto cuando terminas una vida, creo que solo cuando estás a punto de terminar una vida, sabes si fue buena o no—. Alexander miró a James.

James besó la cabeza de su nieto. —Nos veremos pronto del otro lado, —dijo James. Todos pusieron sus cartas en los globos de cantoya. Los encendieron y los soltaron justo el momento en que el último rojizo del atardecer desapareció en el horizonte.

Una hora antes de la Luna llena.

Alexander se acercó a Bill —Evita esperar más tiempo para llamarla—. A Bill lo sorprendió el comentario de Alexander. — Becc me contó lo que te sucedía. El amor es lo mejor que esta vida te puede ofrecer, el amor de familia, el de amistad, y el amor romántico de pareja. Ese, es difícil de pillar, tienes la suerte de haberlo encontrado y tenido siempre contigo. No esperes más tiempo.

—Gracias, lo haré. Espero que puedas ...

—Lo sé—. Alexander trató de ayudar a las palabras que Bill no podía sacar—. Sabré si Dios es real, o que viene después de esto. Lo único realmente malo es que no podré decirles que viene. Bill y Alexander sujetaron fuertemente sus manos. Puedo pedirte un favor. Preguntó Alexander.

—El que desees, amigo.

—Cuida de ella, —señaló con su cabeza a Rebecca.

—Lo haré, —afirmó Bill.

Diez minutos antes de la Luna llena.

Cada suceso en la vida de un individuo marca por completo el camino que recorre en adelante. Bill miró a Alexander y a Rebecca abrazarse, en un primer instante pensó en Lieseri. Conforme avanza el tiempo y miramos hacia atrás a menudo recordamos ciertos hechos o personas que conformaron nuestra vida. Estos pueden ser momentos felices, como a su vez, momentos muy tristes, desde desaprobación un examen, ganar un concurso de comida, hasta el término o separación de una relación, cada uno de estos hechos pueden venir a nuestra memoria de un golpe, en cuestión de un segundo; un olor, una canción, una frase o un color. Cada uno de estos pueden ser el motivo por el cual recordemos eventos o personas.

«Un estudio del dos mil diez sugiere que los hechos que tienen mayor importancia en nuestra memoria y por ende son recordados durante nuestra vida tienen que ver con el componente social es decir la interrelación con otras personas, si bien el ser humano en el transcurso de la vida busca el desarrollo personal la investigación menciona que los momentos de felicidad y tristeza compartidos con otras personas son más importantes destacando la conexión que tenemos con otras personas y también sentir los sentimientos de los demás».

Según los investigadores, cada situación que descubras con una persona, te marcará de por vida y formará parte de un recuerdo que al repetir dicha acción, vendrá a tu mente un fugaz souvenir trayendo consigo el sentimiento de la primera vez.

La luna llena.

Bill miró a Alexander y a Rebecca abrazarse y pensó en la noche que se quedó en el tejado de la casa de Lieseri mirando la luna, estaban sentados, compartían una manta y una taza de chocolate caliente, se abrazaron. Fue la noche en que Bill descubrió que estaba enamorado de Lieseri, también, fue la noche de su primer beso. Todo cambiaría a partir de esa noche. Tomó el teléfono móvil mientras todos veían fascinados la luna llena. Abrió la bandeja de entrada, hizo clic en el mensaje de Lieseri y lo leyó. «Te llamé mil veces, no entiendo qué pasó. y en qué momento empezaste a sentirte inseguro por lo que sentías por mí, tampoco entiendo por qué nunca me lo comentaste, hubiésemos buscado una solución juntos. Pero, no puedo obligarte a que te quedes a mi lado, espero te encuentres bien, te amo... llámame» y un mensaje una hora después que decía. «Ya no me llames, solo continua tu vida. Te pido de favor que no me busques» Bill levó los mensajes y una corriente recorrió cada parte de su cuerpo, sintió que el aire se reducía a su alrededor y también sintió un enorme vértigo en su pecho. Miró atrás y vio a todos llorar, demoró unos segundos en entender la escena. Rebecca lo miró entre sollozos, con las manos tapándose la boca. Miró a Rebecca y a su costado a Marissa, quién abrazaba el cuerpo de Alexander. Bill no conoció mucho a Alexander, pero no necesitó más de dos minutos para notar que Alexander era de esas personas que nacen con magia en el pecho, esas personas que todos queremos como amigos, esas personas.

...|>_.

Al día siguiente se encontraban todos en casa los abuelos de Salomé, veían fotos juntos, la casa estaba llena de amistades de Elena y James que llegaron a conocer a Alexander, cuando apenas era un niño. Rebecca hablaba con Marisa en uno de los sofás junto a una vieja pecera

que ya no tenía un solo pez dentro, señor bigotes el gato de Elena había devorado a cada uno de los peces.

—¿Quieres escapar de aquí un rato? —comentó Trina.

—¡Claro! ¿A dónde iremos? —preguntó Bill.

—Navegaremos. —Bill miró a Trina, confundido. —Remaremos en el lago, —añadió Trina. Salieron por la puerta junto a la cocina, caminaron al pequeño muelle detrás de la casa.

—Déjame ayudarte, —dijo Bill mientras sujetaba la mano de Trina, se sentaron en el bote y Bill remó unos 40 metros hasta que la corriente del lago los guiará solos.

—No sé cómo superaremos todo esto, es increíble que ya no sea parte de nuestras vidas, —comentó Trina.

—No es necesario que deje de ser parte de sus vidas, puede seguir formando parte, sólo debes quedarte y pensar en lo bueno y que sus enseñanzas se mantengan latentes, jamás saldrán de nosotros. Creo que es la manera correcta de mantener a alguien, aquí dentro, —dijo mientras señalaba su corazón.

—Creo que también estoy triste de que en poco tiempo dejaré de verte—. Bill se quedó callado ante las declaraciones de Trina, la miraba en silencio. —Quiero volverte a ver, —añadió Trina.

—Creo que tal vez algún día nos veremos, eso es lo bueno de las amistades, ni el tiempo, ni la distancia las quebranta, —contestó tratando de que la conversación no tomara un rumbo incómodo.

—No... no te veo como una amistad, —contestó Trina mientras se acercaba.

—¿No? —preguntó con una chillida voz.

Trina negó con su cabeza, se acercó y besó los labios de Bill.

—No, musitó después de haberlo besado.

Bill nunca había besado otros labios que no sean los de Lieseri. —Creo que debemos irnos, —comentó.

—Perdón, no debí hacerlo.

—No pasa nada, pero creo que si tu padre o tu abuela notan que no estamos podrían molestarse. Tu tranquila, aquí no pasó nada.

Bill remó velozmente de camino a casa de Elena.

Al llegar amarró el bote junto a un tronco en el muelle. Ayudó a Trina, bajaron y caminaron de vuelta a casa.

—Yo lo lamento. Dijo Trina.

—No, en serio... no ha pasado nada, —respondía, el sentimiento de culpa invadía su cabeza.

Entró por la cocina y siguió por el pasillo. Trina se quedó en la cocina y lo observó desaparecer. Bill se acercó a Rebecca.

—Creo que ya debemos irnos. Dijo con nerviosismo.

—¿Pero qué te ha pasado?, tienes la piel pálida, —preguntó Rebecca.
—Trina me beso, —musito asegurándose de que nadie lo oyera.
—Que Trina, ¡¡¡que'!!!—, dijo Rebecca sorprendida.
—Sh... pueden oírte, debemos irnos, —añadió.
—¡Está bien!, iré a despedirme, —contestó Rebecca.

Después de unos minutos de estar en el pórtico, llegó un taxi que los recogió. Salomé y Elena los despidieron. Trina observó cómo Bill se marchaba desde la ventana de la cocina, lo miró y una lágrima corrió por su mejilla.

—No has dicho ninguna palabra en todo el trayecto, —comentó Rebecca.
—Lo siento y perdona por pedirte que regresemos, así de la nada, —contestó Bill mientras manejaba de regreso a Manchester.
—No te preocupes, de echo gracias por llevarme—. Bill miró brevemente a Rebecca sin descuidar la vista de la carretera.
—Me alegra que hayas podido despedirte de Alexander.
—No sé qué será de mi vida ahora, —dijo Rebecca mientras veía por la ventanilla del coche.
—Tus sueños, no los olvides. Creo que es el momento indicado para que te enfoques solamente en ti.
—Tienes razón.
Limpió las lágrimas de sus ojos con la manga del suéter que llevaba puesto.

Bill la observó llorar y se estacionó unos segundos y le dio un abrazo, no dijo nada, solo la abrazó. Ese momento en la vida en el que las personas sufren o pasan un mal momento y no hay palabra que pueda consolar, entonces, un abrazo es lo mejor que podemos ofrecer, así en silencio, no se necesita decir "estoy contigo" para estar.

Antes de llegar a Manchester Bill se detuvo en una cafetería, se sentaron en el ala oeste del lugar. Bill pidió una hamburguesa y jugo de arándanos. Rebecca pidió un sándwich de tocino y huevo. También pidió jugo de naranja.

—Moría de hambre. Comentó Bill.—¿Qué harás al llegar a Manchester? preguntó Rebecca.
—Iré a Lowry Outlet Car Park, hay un anciano que pasa todas las tardes en una banca, se sienta a ver los botes pasar. Necesito hablar con él. ¡Espero encontrarlo!
—¡Mucha suerte con eso!
—Podemos vernos más seguido estos días, de paso evitas sentirte sola.
—No es mala idea.

Pasarán lo que quedaba de la hora de comida platicando sobre futuros planes que harían, a Rebecca le gustaba la idea de ir de viaje a Islandia. Por parte de Bill, cualquier plan estaría bien. Bill es de esas personas que te dicen sí a todo, quieres ir de pesca, hacer maratones de películas o ir a lugares solitarios y abandonados. Cualquier plan que alguien le plantara, él diría sí.

Al llegar a Manchester. Bill dejó a Rebecca en su departamento, y tomó rumbo al Lowry Outlet Car Park. Al llegar se estacionó en el aparcamiento y caminó cuarenta pasos al este del aparcamiento. El anciano como todos los días se encontraba sentado en la misma banca a ver los

botes mientras fumaba.

—Bese a una chica. Dijo mientras se sentaba al costado izquierdo del Anciano y se recostaba en el espaldero de la banca. Y eso me hizo entender que acaba de cometer el error más grande del mundo. Aunque por otro parte si no venía probablemente Rebecca, no se hubiese despedido de Alexander. Apoyó sus codos en sus rodillas en forma fetal.

—Hay errores que se deben cometer, muchacho, —contestó el anciano. —Y cuándo te vi, no iba a decirte lo más fácil, porque a nadie le gusta oír lo obvio. Sentí que necesitabas cometer este error y que eso te haría entender todo sobre tus dudas—. Miró a Bill —Calma, no es el fin del mundo, —dijo el anciano.

—¿Qué debo hacer ahora? —preguntó Bill desesperadamente.

—Creo que tú sabes la respuesta, —respondió el anciano, esperando que Bill encontrara el camino él solo.

—Debo buscarla, —afirmó creyendo que era lo correcto.

—Entonces, hazlo, —dijo el anciano en cuanto colocaba un cigarro entre sus dientes, lo encendió. —El tiempo no espera, —dijo seriamente.

—¿Cómo se llama? —preguntó Bill, al notar que jamás preguntó el nombre del anciano.

—Daniel, —respondió sin verlo.

—Hasta pronto, señor Daniel—. Estiró la mano.

—Hasta pronto, muchacho, —contestó con una sonrisa y un fuerte apretón de manos.

Al llegar al aparcamiento, marcó al teléfono de Rebecca. —Empaca ropa, iremos a Londres, —dijo mientras salía del lugar.

Tomó de nuevo la autopista A57 de camino al departamento de Rebecca, condujo un poco por encima de lo permitido. No dejaba de ver el retrovisor, cerciorándose de que algún patrullero lo notara y lo detuviera. Al llegar al departamento, envió un mensaje de texto que decía "estoy fuera de tu casa". Se bajó del coche, caminó y esperó en la entrada del edificio. Rebecca abrió la puerta y salió con una pequeña maleta. Y un bolso con comida chatarra, todo tipo de chocolates y galletas.

—Esta vez comida no nos hará falta, —dijo Rebecca señalando la bolsa de comida.

Bill llevó las cosas al asiento trasero y condujo a Londres. Tomaron rumbo por la autopista M 40 de camino, se detuvieron en una gasolinera a tanquear el coche. Rebecca compró dos botellas de agua y de un refresco de sandía que decía ser natural en la pegatina.

—¿Qué te dijo el anciano? —pregunto

Rebecca mientras daba un sorbo de agua.

—Que era un error que debía cometer y que hay decisiones malas que debes pasar para aprender, —respondió mientras comía galletas de vainilla.

—Bastante sabio.

—Lo es, deberías hablar con él.

—Tal vez, algún día—. Colocó un casete de Hall and Oates en el reproductor de audio del coche. —Y qué tienes planeado decirle, —dijo.

—No tengo idea, pedir disculpas. Tal vez. — Respondió Bill.

—¿Piensas contarle del beso entre Trina y tú? —preguntó.—Creo que no sería buena idea.

—Creo que mentir es muy mala idea. Dijo con tono de advertencia.

—Pero no le estaría mintiendo, sino ocultando. Tratando de convencerse de que emitir la parte del beso era buena idea.

Rebecca puso una mirada fría que hubiese congelado el infierno. Ocultar es una mentira, además ella te beso y no tu a ella. Aunque todos notamos que ella se fijó en ti. Advirtió con su dedo. —Debes contarle, porque si lo descubre o lo sabe de otra persona estarás en graves problemas.

Bill miró a Rebecca. —Bien, tus ganas. ¡Lo haré! pero si eso complica todo, será tu culpa.

—La abandonaste sin dar la cara, créeme nada puede empeorar eso.

Bill sintió terror. —Es un error que debía cometer. Eso le diré, aparte contamos tu historia, eso funcionará.

—Así que soy parte del plan de perdón, —dijo

con tono sarcástico.

—Me devuelves un favor, es cómo funciona todo.

—Te perdonará, estoy segura, —afirmó Rebecca.

Después de cuatro horas de viaje y un sin número de canciones coreadas en la carretera, papas fritas de bolsa, galletas de vainilla y chocolate, después de pasar parte del día comiendo todo tipo de golosinas, llegaron a Londres, tomaron la carretera de Speedwell cerca, hay una cafetería que lleva el nombre del Río Támesis. "The River Coffee" cómo todos le llamaban, era el lugar dónde Lieseri y Bill desayunaron y cenaron todo el periodo universitario, estaba seguro de aún encontrarla. Su familia un par de años antes se mudaron a North West Leicestershire. Se detuvo en la cafetería al ver el carro de Lieseri en el aparcamiento.

Lieseri se encontraba junto a Virginia y Joanne esperando que les sirvieran sus pedidos. Lieseri amaba las tartas de limón que vendían en aquel lugar. —Iré por mi teléfono lo dejé en el auto y debo hacer unas llamadas, luego, —dijo Joanne mientras se levantaba de su silla. — Trabajas todo el tiempo, hija, —respondió Virginia. —Ve, no demores o nos comeremos tu tarta, —comentó Lieseri.

Al salir del lugar Joanne se encontró con Bill en el aparcamiento, miró el auto y vio a una chica junto a él, regresó a ver a la cafetería, por suerte la mesa dónde se ubicaron era tapada por un mural con la etiqueta del lugar. Caminó de frente a Bill, tratando de interceptar. —¿Qué haces aquí? —preguntó con una mirada fría y molesta.

—Busco a Lieseri, —respondió Bill. —¿Está dentro? —preguntó de vuelta.
—Tú no verás a nadie, te marchas ahora mismo.

Joanne se veta amenazante.

—Pero...

—Pero, nada, —interrumpió antes de que pudiera decir algo. —Vas a subirte al auto con la chica que te espera y te marcharás de este lugar.

—Ella es una amiga.

—¿Sabes por qué estamos aquí?, déjame explicarte. Mi madre y yo nos encontrábamos de lo más a gusto viendo la tv, cuándo recibimos una llamada de nuestra Lieseri, ahogándose en su llanto, no podía ni explicar, el por qué su novio decidió terminar con ella por medio de una asquerosa carta, ¿tenías dudas de a dónde se dirige tu vida? ahora, piensas decirle a Lieseri que en cinco días lo resolviste todo.

—Tenía que hacerlo, Joanne.

—¿Romper el corazón de mi sobrina? mira Bill, apreciamos a tu madre, por eso no patearé tu trasero. Ahora vete porque Lieseri se irá de viaje, irá a realizar su maestría lejos. Y si tú, tuviste que irte, para responder la duda que hayas tenido, no quieras cortar las alas de Lieseri, porque no pienso permitirlo, así que toma tus cosas y márchate por favor.

Bill miró a Joanne, pensó que tenía razón, que no podía cortar sus alas, que ella debía hacer el viaje y estudiar. Era algo de lo que siempre hablaba.

—Puedes decirle que vine.

—Se lo diré, ahora vete.

—Está bien, hasta pronto Joanne.

—Adiós, Bill.

Bill caminó de vuelta al coche, dónde Rebecca no dejó de observar la escena. Entró al coche.

—¿Quién era ella? ¿Lieseri? preguntó preocupada al ver la cara que llevaba su amigo.

Bill negó con la cabeza. —Debemos irnos, —respondió, encendió el auto y se marchó del lugar.

Joanne, volvió a la cafetería dónde Lieseri y Virginia se encontraban comiendo, ya sus tartas. —¿Y tu teléfono? —preguntó Lieseri. —Ya hice las llamadas, ya podemos comer tranquilas, —respondió Joanne.

Virginia miró a su hija, notó que algo sucedía pero decidió ignorarlo.

Bill volvió a Manchester, donde su madre se mudaría unos años más tarde. Los rumbos de ambos tomaron otros caminos. No volvieron a platicar hasta el día que se reencontraron en Nottingham. Bill observó la noche del baile a Lieseri y Quentin, bailaron, se abrazaron en el puente junto al lago. Pensó en algunas de las palabras que el anciano le había dicho en su estadía en Manchester. "El tiempo no espera" los miraba despacio, quiso llamar al tiempo, y el tiempo no le contestó, los miraba despacio. Y en el amor, a veces nos quedamos solos.

Después de platicar con Virginia, Bill se dirigió al departamento que se encontraba ubicado en el Radford Blvd, abrió la puerta y dejó las llaves sobre el mesón de la cocina. Sacó de la nevera una jarra con agua helada y se sirvió un vaso, caminó al sofá de la sala de estar, se sentó, tomó el teléfono y marcó el número de Rebecca.

—¡Hola! —contestó Rebecca desde el otro lado de la línea.

—No te había contado esto, pero Lieseri está aquí en Nottingham, al parecer vive ahora aquí, —comentó mientras apoyaba sus codos sobre las rodillas, con el torso inclinado hacia delante.

—Es genial, es cómo el anciano te lo dijo. Que no importa el camino que tomes, las almas gemelas siempre encuentran la manera de como volverse a encontrar.

—No es tan sencillo, Becc, —dejó su cuerpo caer sobre el respaldo del sofá. —Tiene novio.

—¡Mierda! —expresó. —Eso sí es un gran problema. ¿Qué tienes planeado hacer? —pregunto.

—Nada, creo que está mejor así. La veo y es feliz.

—¿Cómo estás seguro de que lo es?

—Veo cómo lo mira, ella me veía de ese modo. —Exhaló como si el aire que llevaba en sus pulmones lo estuvieran asfixiando. — El brillo de los ojos es algo que nadie puede ocultar.

—Lo lamento mucho, Bill.

—Yo también.

—Tal vez la vida te puso ahí, porque debes despedirte de la manera correcta.

—Sí, también lo creo.

—Debo irme, Saldré con Cleston.

—Al parecer todo va por buen camino con él, comentó Bill.

—Espero que sí. Me gusta mucho.

—Espero que todo vaya dándose de la manera correcta.

—Te quiero, hasta luego, —se despidió Rebecca.

—Yo a ti, adiós, —respondió Bill.

Cuando dejó el teléfono sobre una pequeña mesa dónde colocaba revistas, comida o controles de la tv. El teléfono volvió a sonar, era Lieseri.

—¿Hola? preguntó extrañado por su repentina llamada.

—Hola, estabas ocupado, —comentó Lieseri.

—No, iba a ver la tv, nada importante, —respondió.

—¿Podemos vernos? —pregunto Lieseri.

—¡Claro! —contestó. —¿Dónde?

—Pásame la ubicación de tu departamento, ire a verte.

—Cuatrocientos trece del Radford Blvd.

—En veinte minutos estaré ahí.

—Vale, te espero.

Bill colgó el teléfono. No podía engañarse, la llamada repentina de Lieseri, le ponía muy contento.

"El amor viene y va, cómo el viento"

Bill, jamás sintió nervios al estar en frente de Lieseri, ni siquiera la noche de su primer beso o la primera vez que sujeto su mano al caminar. Ni el primer te quiero o el quédate a dormir en mi cama, a mis sábanas le hacen falta tu aroma. Nunca se sintió extraño, porque nadie se vuelve un desconocido en su propia casa y para él, Lieseri era su hogar. Pero cuatro segundos después de colgar el teléfono, sintió una corriente que se trasladaba desde la punta de sus dedos, hasta sus pies. Pensó que debía limpiar, pero todo estaba en orden, el olor del lugar era el indicado, reviso la temperatura en el calefactor, olvido si ella prefería el frío o el calor. Se miró al espejo, se preguntó si su cabello lucía bien, miró la camisa que llevaba, decidió ir a la habitación y cambiarla por una sudadera de los Vancouver, un equipo de hockey sobre hielo. Caminó veinte pasos de regreso a la puerta cuándo el timbre de su departamento sonó. Antes de abrir respiró hondo.

—¡Hola! —saludó después de abrir la puerta y apoyarse sobre ella.

—Hola, espero no haber interrumpido tu fin de semana.

—No, estaba a punto de ver una película, pero nada que no puedas dejarlo para después.

—¿Puedo? —preguntó, señalando con su índice el interior del departamento.

—Ah sí, entra, por favor.

Bill dio paso, para que Lieseri pasara al lado suyo.

—Se ve cómodo, el lugar, —comentó, después de echarle un ojo al lugar.

—Sí, es eso, cómodo. Y, ¿en qué puedo ayudarte?

Preguntó mientras cruzaba sus brazos en frente de ella.

—Pues, quería tu ayuda... Esa es la sudadera que compramos cuándo fuimos de viaje a Canadá.

—Sí, lo había olvidado—, no lo había olvidado, se puso la sudadera especialmente para ella.

—Según recuerdo, también tienes una.

—Sí, lo uso de pijama o cuándo sólo quiero quedarme en casa.

—Recuerdo, al lugar que fuimos después del partido y conocimos a esos turistas españoles.

—Sí, —ambos empezaron a reír. —Sí, bueno... Mi abuela cumple años en una semana, y quería saber si podrías preparar la tarta de arándanos.

—Sí, creo que podría, aunque necesitare ayuda.

—Cuenta conmigo—. Se quedaron mirando unos segundos el uno al otro, sonriendo. —Y entonces... ¿Qué pensabas ver? preguntó Lieseri.

—Harry Potter, —contestó Bill mientras se dirigía al mueble sobre el cuál el televisor estaba postrado.

—Yo amo Harry Potter, —comentó Lieseri, emocionada.

—Lo recuerdo, fuimos a verlas al cine.

—Sí, lo recuerdo.

Hay mucha historia en dos, que se quisieron sin pausa. Hay muchos recuerdos en los dos.

—¿Quieres verla conmigo? preguntó Bill.

—Claro, si no molesto tu momento de tranquilidad a solas.

Dijo Lieseri con sus manos sobre su cintura y elevando su cuerpo sobre la puntilla de sus pies.

—Claro que no. Contestó Bill.

—¿Cuál pensabas ver?

—Cómo nosotros las únicas películas que vimos juntas fue la uno y la dos, creo que podrías empezar dónde nos quedamos.

—Empezar dónde nos quedamos, —repitió Lieseri.

—Sí, ¿vemos "El prisionero de Azkaban"? preguntó.

—Sí, me parece justo, —afirmó Lieseri. — Espera, ¿no pensarás ver películas sin comida?

—Tengo helado en el congelador, —dijo mientras abría su nevera observando que podrían comer.—Encontré una bolsa de palomitas, —contestó Lieseri, después de husmear entre la cocina de Bill. —Las prepararé en el micro.

—También tengo galletas de chocolate y leche, —añadió Bill.

—Bien, encárgate de dividirlo en dos, mientras yo preparo las palomitas.

—Está bien —. Bill miró a Lieseri y sintió que volvía a estar en casa, porque el hogar no es un lugar sino una persona. Camino a la recámara por un par de mantas que las dejó sobre el sofá, se aseguró que las cortinas de la sala de estar estuviesen completamente cerradas. Lieseri llevó un tazón azul lleno de palomitas, las asentó sobre la mesa en frente al sofá y tomó una galleta de chocolate, mordió un trozo de ella.

Mientras rodaba las primeras imágenes de la película, Bill no podía fingir lo feliz que le hacía estar cerca de Lieseri. Cuando los años fueron pasando y dejó de verla no pudo sacar de su cabeza el error que habría cometido al dejar a Lieseri e irse con sus amigos. También pensó que esa decisión llevó a que conociera a Rebecca y que su madre tomara la elección de mudarse a Manchester. Conocía personas muy agradables, y su vida no había sido mala hasta ahora, sólo Lieseri no formó parte de ella por muchos años. Se sintió como en época del colegio o universidad. Dónde numerosas tardes, se quedaban viendo películas, en la habitación de Lieseri. Recordó cada una de las citas y planes que hicieron juntos a lo largo de los años.

A mitad de la película, Lieseri se recostó sobre el pecho de Bill, acción que lo puso muy nervioso. No dejaba de preguntarse el porqué de sus nervios, era Lieseri, su Lieseri de siempre. Claro que lo que cambiaba es que ya su cariño no le pertenecía. Ya no podía sujetar su mano, o abrazarla, darle besos en la frente o en sus rosadas mejillas, ya todo había cambiado. Ya no se sentía el personaje principal de la historia, fue sustituido por un modelo más viejo, con vello en el rostro y en sus brazos, no le parecía mala persona, pero no podía dejar de sentirse extraño cada vez que veía a Lieseri con Quentin. Recordó, también, algunas de las cosas que el anciano de Manchester le dijo. "La vida siempre da segundas oportunidades, debes estar atento despierto, porque llegarán cuándo crees que el tren ya pasó. Y es que cuándo debes actuar, porque el tiempo no espera". Jamás sacó de su cabeza esa última línea. "El tiempo no espera". Empezó a necesitar señales del universo que le dijeran que es buena idea el sujetar su mano. Miró las cortinas, se movieron un par de veces, las miró fijamente y esperó que se movieran una vez, esa sería la señal que estaba buscando, pero las cortinas no se movieron. Miró la mano de Lieseri que estaba a pocos centímetros de la suya, la movió para rascar su nariz, y la cubrió con su manta. Pensó en que perdió la oportunidad de sujetar su mano. Luego recordó la frase de

"siempre hay una segunda oportunidad". Se distrajo en la película. Unos minutos más tarde Lieseri sacó su mano y tomó una galleta de chocolate y la comió dejó nuevamente su mano a centímetros de la mano de Bill. (Es mi oportunidad, pensó) y acarició su mano con sus dedos, y ella se la sujetó. Estaba en lo correcto el anciano. "Siempre hay otra oportunidad". Sonrió y siguió viendo la película, con el actor original, y no con el antiguo.

Al terminar la película Lieseri y Bill se quedaron unos segundos abrazados el uno al otro. Lieseri olvidó con el pasar de los años, el calor que producía estar en sus brazos, olvidó su aroma, y cómo el tiempo en ocasiones volaba y en otras se ralentizaba. Olvidó todas aquellas sensaciones, porque el tiempo se lleva las costumbres y los detalles. Pero deja la raíz y es cómo todo puede volver a surgir. Lieseri no dudaba de sus sentimientos por Quentin, pero su limerencia por Bill, tampoco podía negarlo. Entonces surge la pregunta ¿Somos capaces de amar a varias personas? La respuesta es clara y simple. Sí, podemos y lo hacemos todo el tiempo. A lo largo de nuestras vidas hemos amado de dos a cuatro parejas, normalmente a todos de manera distinta y cada vez pensamos que es distinto porque es el indicado. El amor es original, nadie ama igual, todos lo hacemos de una manera distinta. Hay aquellos que tienen la suerte de haber nacido cerca de él y compartir toda una vida, y hay otros que están condenados a buscar, cómo aquél que pierdo algo que no conoce.

Podemos amar a varias personas en el camino, pero sólo una encajaría. Los otros serán amores imposibles, utópicos, que formarán parte de nuestro concepto sobre el amor.

Después de terminar "El prisionero de Azkaban" Bill se levantó, —¿pedimos una pizza y vemos "El cáliz de Fuego"? pregunto.

—Pides de cuatro quesos, —comentó Lieseri, con esa sonrisa de la cual Bill, jamás diría no.

Bill se levantó tomó el teléfono y marcó el número de un local de comida italiana, el departamento lo alquiló amoblado, el lado derecho de la nevera estaba lleno de pegatinas con números de varios locales de comida.

—Creo que nunca nos imaginé siendo amigos, —dijo Lieseri, mientras comía un poco de palomitas.

—Siempre fuimos amigos, —respondió Bill, fingiendo que la palabra "amigos" no había abierto una herida.

—Sí, pero creo que nunca te vi como un hermano.

—Es porque no lo somos, Lieseri, no somos hermanos.

Bill no entendía el punto al cual Lieseri quería llegar, pero ya empezaba a incomodar.

—Creí que un día volverías y dirías lo siento... esperé por días, semanas, meses, un par de años. Después solo lo acepté el tiempo sirve para eso, para aceptar todo aquello que negamos querer.

Bill caminó cinco pasos hacia la sala de estar.

—Lo hice, volví por ti, seis días después de que me fui.

—Es imposible, me quedé dos semanas más, después de la graduación solo por si volvías.

—Nunca dije que no llegué a tiempo, lo hice, te vi en la cafetería con Virginia y Joanne.

—Y sólo me viste y ya, el sentimiento de disculpa se te esfumó, —dijo Lieseri con la voz entrecortada, con ira y ganas de romper en llanto. Era claro que quedaron grietas después de romper.

—No es eso, es sólo que...

—¡¡¡Qué!!! —dijo en repetidas ocasiones, —te dio miedo.

—No fue miedo, Lieseri. Creo que llegué tarde.

—Ahora llegaste tarde, idiota.

Lieseri se puso de pie, por años había guardado el enojo de su rompimiento con Bill, nunca tuvieron esa discusión.

—Estoy consciente de que me equivoqué, pero era un error que debía cometerlo.

—¿Romperme el corazón era algo que debías hacer? —preguntó molesta.

—No, obviamente no, pero no era por ti, no trataba de ti. Trataba de mí, tenía que hacer el viaje. No estoy arrepentido del viaje, sino de la manera en que lo hice.

—¿Entonces por qué no me buscaste al volver? —preguntó entre sollozos.

Bill miró a Lieseri y observó cada detalle en su rostro, volteó y miró a la nada. No era su intención crear una discusión entre Lieseri y Joanne, pero no le parecía justo ocultarlo.

—El día que te vi en la cafetería, caminé decidido a decirte que había cometido un error, Joanne me interceptó en el camino. Dijo, qué...

—¿Qué?

Bill exhaló todo ese aire que lo ahogaba. — Que no lo hiciera, que me fuera y que te dejará seguir con tu vida, que ibas a irte de viaje a terminar tus estudios y yo no quería cortarte las alas. Yo te amo Lieseri, y no podía arrebatarle el salir y vivir. —Caminó dos pasos hacia ella. —Yo lo hice, me fui y conocí personas increíbles, quería que también lo hagas.

—No se te ocurrió que esa era una decisión mía, no tuya, ni de Joanne. Era mía, y no recuerdo que me hayan dado la opción de siquiera pensarlo. Entre sollozos, tomó sus cosas. — Debo irme.

—Lieseri, espera.

—¿Qué? Bill, ¿Qué?, piensas llamar a Joanne a ver si puedo irme, los dos van a decidir por mí. —Se dejó caer en el sofá, se sentó con los codos asentados sobre sus muslos, y las palmas que cubrían sus manos.

—No puedo cambiar el cómo pasó todo. Sé que me equivoqué y eso te lastimó. Haría lo que sea para que me perdones.

—No se trata de perdonar, sino que es tarde Bill. Encontré a alguien increíble y ahora tú estás aquí y no sé qué hacer. Porque te miro y veo el hogar que siempre desee, y veo a Quentin, y es un gran hombre.

—No estoy aquí para que me elijas. No quiero que lo hagas, quiero que seas feliz, porque lo mereces. —Bill abrazó a Lieseri. —Lo lamentó.

—Creí que tú serías mi camino.

—Conocí un anciano en Manchester que todo lo que dice lo hace parecer sabio, pero me dijo

que "Hay personas que son esas esquinas donde se dobla el trayecto. Hay personas que son el punto de arranque, o el punto suspensivo, o que son el punto de encuentro, o el de fuga. Hay personas que son el punto final". Tal vez Quentin es tu punto final y yo simplemente fui tu punto de arranque. No lo sé.

Lieseri, miró a Bill, secó sus lágrimas. —El punto de arranque, —repitió.

—Sí, el punto de arranque.

Se observaron el uno al otro hasta que el timbre interrumpió su momento. La pizza estaba lista. Bill pagó y dejó las pizzas sobre la pequeña mesa enfrente del mueble. Ahora, ¿deseas ver la otra película, comer estas increíbles y deliciosas rebanadas de pizza?

Lieseri entre carcajadas afirmó con su cabeza y secó sus lágrimas. Pasarón lo quedaba de la tarde viendo la cuarta película de la saga de Harry Potter. Al terminar Lieseri se despidió amablemente y se marchó a casa.

DÍA DE GRADUCACIÓN

La mañana del día siguiente era la graduación de los niños de último año en la primaria a la que Harry asistía. Quentin pasó temprano por la casa de Lily, ayudaría a que Harry esté listo antes de las diez am que era la hora en la que todos debían estar en la primaria Tresp. Despertó temprano a las seis am, era lunes, día en que su madre Lily preparaba empanadas rellenas de queso y jamón, así que decidió que desayunaría en casa de su madre. Pasó un tiempo demás en la ducha. Preparó café y lo guardó en un garrafón que tenía el aspecto de un vaso con dibujos de edificios en color amarillo escrito en la parte inferior "New York", fue un regalo que Elizabeth hizo a Quentin un par de navidades atrás. Después de ajustar la corbata de su traje, tomó el garrafón y caminó a la camioneta dónde emprendió rumbo a casa de Lily.

En casa de las mujeres Becher el desayuno fue un poco extraño, o fue como Virginia y Joanne lo tomaron. Lieseri no dijo una sola palabra mientras todas comían. Joanne miró a Virginia y encogió sus cejas, señalando a Lieseri con su cabeza. Virginia encogió sus hombros sin tener idea de lo que a su nieta le sucedía.

—¿Cómo amaneciste? —preguntó Virginia, haciendo pausas en cada sílaba.

Lieseri miró a su abuela. —Bien, abuela... — contestó con una fugaz sonrisa, para luego seguir con su comida.

—Tengo una idea, almorzaremos fuera. ¿A qué estarás libre? — dijo Joanne, tratando de entender qué le sucedía a Lieseri.

—No, es la graduación de la primaria de Harry el sobrino de Quentin, quedé en almorzar con ellos, —respondió Lieseri de la forma más rígida sin ni siquiera verla a los ojos. Fue entonces en que Joanne y Virginia notaron que la molestia de Lieseri era con su tía.

—Bueno, desembucha. ¿Te hice algo? preguntó Joanne, mientras dejaba los cubiertos sobre la mesa.

—¡Eh!, no lo sé, ¿por qué, hiciste algo acaso?, —contestó en forma sarcástica.

—No, por ello, necesito que lo digas. —Joanne, se arrimó sobre la espaldera de la silla.

—Jamás haces nada, sólo no dejas que las personas vivan y tomen sus decisiones.

—¡Lieseri! —expresó Virginia.

—¡No! Déjala, madre. ¿Por qué no terminas y dejas los rodeos?

—Por qué evitaste que Bill hablara conmigo, no se te ocurrió que eso era asunto mío, es mi privacidad, — vociferó molesta.

—Joanne, ¿qué hiciste? —preguntó Virginia, tratando de asimilar la escena del desayuno.

—Ahí lo tienes, te fue con el chisme.

—No me fue con chisme, esperó años para decírmelo.

—Estaba evitando que te vuelva a romper el corazón.

—¿Se supone que debo agradecerte?

—No, sólo con que dejes de portarte cómo una idiota bastaría, —dijo Joanne muy molesta.

—¡Hijas! —exclamó Virginia aterrorizada.

—Perdón abuela, sólo no vuelvas a creer que tienes el derecho de tomar una decisión por mí. No tienes ningún derecho.

Advirtió mientras se levantaba de la mesa para luego irse de la habitación e irse en su camioneta.

—¡Joanne!, ¿me explicas qué fue eso? —preguntó Virginia molesta por la escena.

—Bill, es lo que pasó, —respondió fastidiada.

—No metas a Bill, si lo que dice Lieseri es real, debes ir y disculparte no sólo con ella sino con Bill.

—¿Te pondrás de parte de él? —dijo con un todo de frustración.

—No estoy de ningún lado, pero no voy a tolerar actuaciones como estas. Y debes reconocer tus errores, —añadió Virginia tajantemente.

Al llegar Quentin a casa de su madre Lily, decidió entrar por la cocina, pensó que su madre de seguro se encontraba horneando empanadas.

—Buenos días, qué hermosa amaneciste hoy, —saludó con un enorme beso en la mejilla de Lily, quien contestó con un enorme abrazo.

—A qué se debe tanta alegría, —expresó Lily, sorprendida por el semblante de Quentin.

—Es la graduación de Harry, debemos estar felices, —contestó Quentin.

Lily miró a Quentin esperando que dijera algo más.

—Y Lieseri nos acompañará en el almuerzo, —dijo al final.

—Me alegra verte feliz, —comentó Lily, con la alegría que desbordaba por sus labios y dibujaban una enorme sonrisa.

—¿Y, Harry? —preguntó Quentin.

—De seguro está alistándose, —respondió Lily.

—Iré a verlo, muero de hambre y aquí huele muy rico, —dijo en voz alta mientras se marchaba por el pasillo rumbo a las escaleras. Al entrar a la habitación de Harry, Quentin notó como su sobrino batallaba por hacer un nudo con su corbata. —¿Necesitas ayuda? —preguntó mientras se arrimaba sobre el filo de la puerta de la habitación.

—Odio esto, creo que eché a perder la corbata que la abuela me regaló, —comentó Harry con la frustración de haber estado varios minutos intentando hacer su corbata.

—Acércate, déjame ver, —dijo Quentin mientras se sentaba sobre la cama. —Si sabes que los nudos de la corbata no son literalmente nudos, —añadió después de ver el literalmente nudo de Harry. Trató de desatarlo, batalló, pero al final lo logró, trató de enderezar la corbata, por el arrugamiento después del nudo. —Sé que no es simple, pero tampoco es tan complicado, primero medimos el tamaño, luego rodeamos la parte delgada con la parte gruesa de la corbata, la pasas por arriba y luego la metes por este orificio, ahora sólo ajustamos y ahí lo tienes, un perfecto nudo de corbata, —dijo Quentin mientras acomodaba el cuello de la camisa de Harry.

—¿Cómo lo hiciste parecer tan fácil? —comentó sorprendido. —No sé qué haría sin ti, —añadió Harry.

—No tienes de qué—. Quentin, miró a Harry, pese a ayudarlo con la corbata su semblante se

veía algo triste. ¿Sucedó algo? —preguntó.

—No, bueno, es sólo que, tal vez si tuviese un padre él me ayudaría con esto, y se sentiría orgulloso de mí hoy.

Respondió la mirada humedecida.

—Me tienes a mí, y prometo que siempre voy a estar, también tienes a tu madre que es una grandiosa madre y tienes a la abuela. Que cocina deliciosa.

—Lo sé, es solo que —respiró. Todos mis compañeros tienen un padre.

Quentin miró a Harry. —Cuándo el abuelo se fue pensé que todo lo que viviría en adelante lo haría sin que alguien me dijera en qué camino no errar. Y me sentí solo, no había una figura masculina que esté ahí para mí. Y aprendí a sobrevivir con ello—. Secó las lágrimas de las mejillas de Harry. —Eso no debe sucederte a ti, yo estaré siempre para ti, en cada paso, para ayudarte y apoyarte.

—¿Lo prometes? —dijo con lágrimas en sus ojos.

—Con el corazón.

Respondió Quentin levantando su mano derecha, con una sonrisa y un guiño.

Harry abrazó a Quentin. —Gracias por ayudarme con la corbata.

—Ven, vamos a ver si el desayuno está listo.

Harry y Quentin, bajaron a ver si las empanadas de la abuela estaban listas. Es importante para cualquier niño tener una figura paterna, como para toda niña tener una figura materna. Porque habrá conversaciones y situaciones que solo alguien del mismo sexo podrá entender.

—Qué huele tan rico, —preguntó Alisa, en cuanto aparecía por la puerta, demoró unos segundos demás maquillándose. Besó a Quentin en la cabeza. —Que alegría verte aquí, —añadió.

—No podía perderme las empanadas de mama, —respondió Quentin.

—Pero qué hijo más guapo tengo, debería comprarte más trajes, te ves muy bien ellos, —dijo después del beso en las mejillas que dejaría la marca del labial.

—¡Mamá!, ahora deberé limpiarme, —reclamó Harry.

—Tu madre puede llenar tus mejillas de besos las veces que quiera, —recalcó.

Harry hizo un puchero que mostró su molestia. Quentin y Lily rieron. —Reservé una mesa para cuatro en el "Cucina di Dante" —dijo Alisa después de tomar una empanada.

—Creo que seremos cinco, —añadió Lily.

—Lieseri vendrá con nosotros, —dijo Quentin ante la vista de Alisa.

—¿Se casarán? —comentó Harry sin quitar la vista de su comida.

—¿Por qué no hablamos de la graduación de Harry?, conoceremos a la niña que te gusta, —dijo Quentin, tratando de cambiar la atención incómoda hacía él.

Harry levantó su mirada hacía Quentin.

—No me molestes, iré, pero no me molestes, porque será mi fin, —respondió con temor.

—No me prometo nada, —contestó Quentin y finalizó con un guiño.

Después de salir de casa Lieseri, condujo a la universidad de Nottingham, el sentimiento que le dejó la discusión de la mañana con Joanne, no la dejaba en paz. Condujo molesta, miró un par de llamadas perdidas de Joanne, y sólo aventó el teléfono, hacia el asiento del copiloto. Al llegar dejó la camioneta en el aparcamiento de la universidad. Caminó a la cafetería, pidió un café para llevar y tomó rumbo a la oficina. Debía dar un par de clases antes de ver a Quentin. Al entrar dejó sus cosas en el escritorio. Bebió un sorbo del café. Abrió la ventana que daba al campo, un par de renos eran visibles y unos cuantos estudiantes sentados en el césped. Tomó su teléfono y llamó a Bill.

—¿Hola, interrumpo algo? —preguntó Lieseri.

—¡Hola!, no, terminaba de ducharse, —contestó Bill mientras colocaba una toalla sobre su cintura. ¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó.

—¡Eh!... no... más bien esperaba poder verte esta noche, —respondió Lieseri, mordiéndose las uñas de los nervios.

—¡Claro!, ¿Nos vemos en el bar?

—No, ahí no, —acotó. —¿Puedo ir a tu departamento? preguntó enseguida, con la mirada sobre el campo.

—¡Claro!, ven... cuándo gustes, eres bienvenida, siempre, —contestó Bill.

—De acuerdo, te veo en la noche. ¡Adiós!

Después de colgar dejó el teléfono sobre el escritorio y sujetó su cabeza con ambas manos. —¡Qué estoy haciendo! — musitó. Miró la hora en un reloj segundero de la pared que Margareth le obsequió para que adornará un poco su oficina. Faltaban diez minutos para que empiece su clase. Tomó su bolso y un par de libros de la estantería y se dirigió al salón doscientos cuatro del pabellón a, ubicado al este del campus.

Bill despertó temprano como de costumbre, tomó un vaso de agua antes de salir a correr, puso los audífonos en sus oídos, y música de Eminem en su reproductor de mp3. Corrió cinco kilómetros a la redonda. Pasó por un parque dónde un anciano sentado en una banca mientras su perro hacía necesidades, no pudo evitar la sensación de recordar al señor Daniel, el anciano de la banca. Se preguntó cómo estaría, también pensó en Rebecca y en su madre, extrañaba su vida en Manchester, pero por otra parte no podía negar que el hecho de estar cerca nuevamente de Lieseri le daba alegría. Al llegar preparó un batido de proteínas, leche de coco, bananas y fresas frescas. Lo bebió y dejó el café preparándose mientras se duchaba, también dejó un par de rodajas de pan de molde en la tostadora y se dirigió a la ducha. Al salir de ella, una repentina llamada de Lieseri lo sorprendió, pese a que entendía o trataba de hacerlo, que el motivo de ver nuevamente a Lieseri era para cerrar ese capítulo de su vida. El que ella quiera verlo significaba algo, pero qué. Después de colgar se puso su traje de oficina, le hizo un nudo a su corbata azul piedra. Caminó a la cocina, sacó la crema de cacahuete de la nevera y la untó en el pan tostado, sirvió una taza de café de grano e ingirió su desayuno mientras revisaba noticias en las redes sociales en el teléfono móvil. Una llamada entrante interrumpió su desayuno, era Rebecca.

—¿Hola? —contestó Bill.

—¡Hola!, Bill, no volviste a llamar, —comentó Rebecca del otro lado de la línea.

—¿Debía hacerlo? —preguntó.

—¡Claro que debías hacerlo! —vociferó Rebecca. Debías contarme todo sobre que encontraste de nuevo Lieseri.

—¡Perdón! —exclamó alejando el teléfono de su oído por la fuerte reacción de Rebecca.

—Pues resulta que vive en Nottingham, de hecho, es profesora en la universidad de aquí. También es parte de la fundación a cargo de la obra por la cual vine aquí, —dijo Bill mientras mordía un trozo de pan.

—Eso quiero decir algo... —comentó emocionada. —Es como el anciano decía. —¡Todo sucede por algo! —añadió Rebecca.

—No es tan sencillo, ella sale con alguien más, —respondió Bill con la boca llena de comida.

—Bueno, esperabas que sea tan sencillo. Que tu hayas decidido no darte oportunidad con nadie más todos estos años, no quiere decir que ella también debía hacerlo, hizo lo correcto avanzar con su vida, —dijo firmemente. —Debes ir por ella.

—¿Tú crees? preguntó Bill.

—¡Claro!, creo que la vida te ha dado una última oportunidad y debes actuar.

—No lo sé.

—¿Qué es lo que deseas? —preguntó Rebecca.

—Que ella sea feliz, —respondió Bill.

—¿Lejos de ti? —preguntó nuevamente.

—Aunque sea lejos, pero... mira obviamente deseo que vuelva o que volvamos. Pero no quiero obligarla a ello, quiero que sea porque ella lo quiere, y estoy aquí y ella está con alguien más, mi tiempo aquí tiene fecha de caducidad, si después de ello, ella continua con él. Acabará todo.

—¿Sabes que te quiero? Dijo Rebecca. — Haz lo que debas hacer, cuándo tengas que volver estaré aquí y superaremos juntos lo que sea que venga.

—Lo sé, cuídate, hablamos luego, te quiero, — se despidió Bill.

Mientras Alisa tomaba fotos de la graduación de su hijo Harry. Lily no pudo evitar llorar, Quentin recordó las graduaciones a las que su padre Nicholas asistió. Recordó cada una de ellas, hasta la de universidad en la que su padre no pudo estar. Entonces entendió las lágrimas de Harry por la mañana. Después de su graduación Quentin tomó una botella de Ron y se dirigió al cementerio donde bebió sin parar en la tumba de su padre. Miró a Harry con orgullo y se prometió así mismo que jamás se perdería una de sus graduaciones, como cada uno de los eventos importantes que tendrá Harry a lo largo de su vida. Al terminar la ceremonia todos se tomaron fotos con Harry.

—Tengo un regalo sorpresa para ti, —musitó Quentin mientras se tomaba una foto con su sobrino.

—¿Me dirás qué es? —preguntó emocionado Harry.

—No, es por eso que es una sorpresa. Contestó Quentin con un guiño de ojo. En realidad, aún no habría comprado nada para Harry, pero esperaba a que después de la comida Lieseri lo acompañase a elegir algo.

—Soy la madre más afortunada del mundo, —expresó Alisa, mientras besaba nuevamente las mejillas de Harry.

—¡Mamá!, nos están viendo, —dijo, limpiándose las mejillas con la manga del saco, esperando que sus compañeros no notarán lo sucedido. ¡Te dije que no lo hicieras! —Clavó una mirada congelante.

—Soy tu madre, y amo a mi hijo. ¡Te besaré las veces que quiera, muchachito! —aclaró Alisa.

—¡Abuela! ¡Tío! —proclamó, esperando que alguien lo ayudara.

—No molestes al niño, —acotó Lily, en rescate de Harry.

—Nunca molestes a un hombre ante los ojos de su amada.

Dijo Quentin señalando una niña de lentes, que a lo lejos los observaba. Todos miraron sin discreción alguna. —Creo que este será mi fin. Dijo al final Harry.

—Bien, vamos a comer. Añadió Lily, nuevamente en rescate de su nieto.

—¡Bien, todos al auto! Dijo Alisa, lanzando las llaves a Quentin, para que condujese.

—¡Te amo, abuela! Harry abrazó a Lily por ser quién siempre lo salva de los arranques emocionales de Alisa.

Al salir de la Primaria Tremp, se dirigieron a la "Cucina di Dante". Tomaron la ruta más rápida por la avenida Middleton Blvd, tardaron exactamente quince minutos, al llegar, dejaron el auto de Alisa en el aparcamiento del restaurante y entraron. La mesa reservada daba al ala oeste del restaurante una pecera enorme con peces de todos colores en frente de ellos decoraba el lugar. También había un cuadro y una pequeña tarima dónde un joven de traje tocaba el piano y deleitaba a las personas con viejos clásicos italianos. Quentin pidió otro asiento al mozo que los atendió y pasó a enviarle su ubicación a Lieseri por el teléfono móvil.

Después de salir de la última clase del día, Lieseri pasó a su oficina dónde Margaret esperaba por ella. Al entrar la encontró sentada. —Qué grata sorpresa, —comentó Lieseri.

—¿Cómo ha ido tu adaptación en la institución? —preguntó Margaret mientras abrazaba a Lieseri.

—¡Bien! aunque siento que toda mi vida se ha vuelto un desorden, —dijo con tono preocupante.

—¿Qué sucede hija? —preguntó Margaret.

—Nada importante, —añadió con una corta sonrisa.

—¿Quieres que almorcemos juntas? —sugirió.

—Me encantaría, pero tengo un almuerzo, —contestó Lieseri mirando la hora.

—¿Con él galán del otro día? —dijo con tono coqueto, refiriéndose a Bill.

—No, con gente de la fundación, —mintió sabiendo que, si decía Quentin, tendría una charla de porque no debería salir con él, cómo lo hizo la tarde que los encontró juntos en la oficina.

—Bueno, quedará pendiente, —advirtió.

—Claro, admitió, Lieseri.

Segundos después un mensaje de texto llegó al teléfono de Lieseri. Era Quentin, quién le envió la ubicación del restaurante para que ella pudiese llegar. —Debo irme, —dijo al final y se despidió de Margaret.

Al salir del lugar decidió pasar por una tienda de videojuegos. Dejó la camioneta en el aparcamiento.

—Bienvenida al mundo de la imaginación y la fantasía, mi nombre es Clark, ¿qué videojuego desea comprar?

Saludó, el muchacho que atendía mientras masticaba un chicle.

—No lo sé, ¿qué juego me recomienda? —preguntó Lieseri.

El muchacho la vio de pies a cabeza.

—No es para mí, es un regalo, —añadió Lieseri.

—Tengo "call of duty". Es de guerra, estoy seguro que lo amará, —dijo el muchacho de atención, después de sacar un videojuego del mostrador.

—¡Genial! entonces me da ese—. Lieseri, sacó la tarjeta de su bolso. —Podría envolverlo en papel de regalo, ¡Por favor!

—¡Claro! —respondió el muchacho.

Lieseri pagó y salió con una bolsa de regalo, caminó al aparcamiento y al subir a la camioneta notó que tenía tres llamadas perdidas de Joanne, había evitado hablar con ella todo el día, pero sabía que en algún momento debía hacerlo, pensó que tal vez en la noche sería lo correcto. Encendió la vieja Ford y partió del lugar.

Mientras todos esperaban a Lieseri, Quentin se veía ansioso, Lily notó y tomó sus manos.

—Llegará pronto, —dijo con una amplia sonrisa.

Quentin sonrió a su madre, pero no acostumbraba a que la atención se centrara en él, así que miró a Harry quien comía helado de chocolate. —Espero puedas terminar tu comida, —dijo tratando de que su madre lo siga viendo.

—Nunca me subestimes a la hora de comer, —respondió Harry sin apartar los ojos de su postre. Lily y Alisa rieron. Cuando de repente Lieseri apareció.

—Disculpen la demora, —Lieseri saludó a todos. Me parece que esto es para ti, —le entregó el regalo a Harry.

—¡Gracias, Lie! —respondió con euforia, mientras abría su regalo. —¡Es el nuevo Call of duty! — Harry dio un abrazo en agradecimiento a Lieseri. Todos rieron a la vez.

En cuanto sirvieron las pastas sobre la mesa, Lily trató de platicar un poco con Lieseri.

—¿De dónde es tu familia? preguntó Lily.

—Somos de Watford, después nos mudamos a North West antes de venir aquí.

—Quentin nos contó que ayudas en la fundación para la creación del albergue y el asilo, —añadió Alisa.

—¡Sí! —dijo mientras sostenía la mano de Quentin. —Es difícil sacar tiempo para la fundación y el trabajo, pero creo que vamos bastante bien.

—Es lindo lo que haces.

Finalizó Lily. Pasarán el resto de la comida platicando sobre el manejo y la labor que Lieseri realizaba en la fundación. Después de ello hicieron un par de bromas sobre la niña que a Harry le gustaba, Lieseri encajó perfecto con la familia de Quentin. Era imposible no sentirse a gusto dentro de la casa Dahl. Aunque eran pocas las personas que tenían la suerte de conocerlos a fondo, Lieseri entendió que todo lo que se decía de Quentin eran simples chismes que pasan de boca en boca haciendo que las personas tomen perspectivas incorrectas sobre alguien, de ahí el porqué es importante que cada individuo conozca personalmente ante de crear un juicio sobre alguien en particular.

Joanne salió de casa, después de la pequeña discusión que tuvo con Lieseri. Salió en su camioneta, rumbo al bar, a mitad de camino se detuvo en un semáforo en rojo, miró perdidamente el rojo. Y recordó las veces que de niña discutió con Lieseri. Dentro de la casa Becher, no se ignoran los problemas, las discusiones sean graves o leves, deben ser habladas. Virginia no permitía que las chicas se vayan a la cama sin haberse abrazado antes y sobre todo disculparse. Miró el semáforo en rojo y tomó el teléfono, marcó el número de Lieseri en repetidas ocasiones, en ninguna tuvo respuesta alguna. Pensó en lo grande que se había equivocado, sólo quería evitar más sufrimiento, pensó que alejar a Bill era lo correcto, después de todo, fue él quien lo hizo.

—¡Muévete, estorbas!, escuchó un grito de un auto que la rebasó por su izquierda. Miró el semáforo ya había cambiado a luz verde.

—¡Lo siento!, gritó, aunque el auto ya se había perdido. Encendió la camioneta y continuó su camino al bar.

Elizabeth se encontraba en su oficina, revisando cuentas del bar y sobre pagos a empleados. Cuando Joanne entró de repente y la abrazó.

—¿Qué sucede cariño? —preguntó mientras besaba sus mejillas.

—He tenido una espantosa mañana, —respondió Joanne.

—¿Me explicas? —preguntó nuevamente.

—¡Bill! —expresó como si fuera la causa de todos los problemas del mundo. —Puso a Lieseri en mi contra.

—¿Qué hizo esta vez? Preguntó preocupada.

—Problemas de familia, no quiero pensar en eso ahora, —contestó intentando evadir todo el asunto de Lieseri y Bill.

—¡Bien!, ¿qué haremos hoy?

—Tenemos reunión a las tres de la tarde, después de ello podemos ir al cine, tal vez, —sugirió Joanne.

—Sí, el cine puede ser, ¿me quieres acompañar al banco?, debo hacer el pago a los empleados, —acotó Elizabeth.

3 *

Al terminar el almuerzo en la "Cucina di Dante" Lieseri y Quentin caminaron de la mano al aparcamiento.

—Voy a buscar un regalo para Harry, ¿vienes? —preguntó, con una amplia sonrisa.

—Lo siento, tengo una reunión, —contestó Lieseri. Pero tal vez mañana, sólo tengo una clase.

—Sí, mañana está bien.

—Me agradó compartir con tu familia.

—Y a mí que lo hayas disfrutado.

—Debo irme, nos vemos mañana.

Lieseri se despidió a lo lejos de Alisa, Harry y Lily quienes estaban a pocos metros en el aparcamiento. Quentin, abrió la puerta del carro, se despidieron con un beso y Lieseri partió del lugar.

Alisa y Lily observaron irse a Lieseri en su auto y como Quentin caminaba a paso lento por el aparcamiento, mirando el suelo. Se vieron la una a la otra y se leyeron la mente. ¡Lo perdimos! ambas pensaron. Miraron sonrientes a Quentin.

—No pienso hablar de esto, —advirtió Quentin. Entró al auto y tomó rumbo a casa.

Bill se encontraba en su departamento trabajando desde su computador, mientras hablaba vía Skype con Rebecca. —¿Entonces, irá a tu casa? —preguntó Rebecca.

—Bueno, fue lo que ella dijo, —respondió Bill.

—¡¡¡Ella quiere verte, porque quiere contigo!!! —repitió en tono burlesco.

—Ella no quiere conmigo, de seguro es por el cumpleaños de Virginia, —acotó Bill.

—Soy mujer, y créeme si simplemente la receta de la receta de la tarta de arándanos para su abuela, la buscará en internet o comprará una. Bill Augustus Gringer, ella quiere verte.

Bill cerró la pestaña de trabajo y miró la pantalla.

—¿Tu, crees? —preguntó.

—Es más que obvio, lo que sucede es que eres hombre y jamás notarás las insinuaciones de Lieseri.

—Pero ella está con Quentin. Añadió. — Ella jamás lastimaría a alguien. ¡Ella no es así!

—Bill, las personas no se vuelven malas por estar confundidas sobre a quién aman.

Mientras Bill pensaba en lo que Rebecca había dicho. El timbre de la casa sonó en dos ocasiones. —Debo irme, ¡ya está aquí! — dijo al final y cerró la pantalla del ordenador. Caminó, respiró profundo un par de veces antes de abrirse la puerta. Cuando por fin lo hizo, miró a Lieseri y por dos segundos su corazón y el mundo dejó de latir. —Puedes pasar, —dijo mientras se hacía a un costado.

—Disculpa por venir así de repente, —comentó Lieseri mientras dejaba el bolso sobre el sofá de la sala de estar—. Verte es... saber que sí me buscaste, no he podido.

—Lieseri, —interrumpió Bill. —No quiero desestabilizar emocionalmente tu vida.

Entiendo que estés bien con Quentin y respeto eso, créeme que no estoy aquí para recuperarte, y no porque no lo quiera. Pero no puedo meterme en la vida que llevas ahora, y sobre todo, por cómo todo está ahora, tu vida está aquí, tu familia, tu nuevo trabajo, él está aquí. Yo no, y no me veo viviendo aquí volveré a Manchester una vez que el proyecto esté listo. Tal

vez solo estoy aquí para decirnos adiós.

Las palabras de Bill, secaron a Lieseri y hubiesen secado cualquier mar o planta que hubiese escuchado lo que él tenía que decir.

—Tienes razón, perdóname, no debí venir, —dijo mientras sujetaba su cabeza con las manos.

—Lieseri, espera...

Bill trató de calmarla.

—¡¡Debo irme!! —repetía, pero Bill no dejaba de abrazarla. Se miraron fijamente unos segundos, escucharon la respiración del otro. Entonces Lieseri, negó con su cabeza. Tomó su bolso y salió del lugar. —Lo siento, —dijo al final mientras se marchaba. Bill la observó hasta que su silueta se perdió. Bajó por el ascensor, entre sollozos, caminó al aparcamiento, dónde partió en llanto, después de unos segundos trató de calmarse, respiró profundo, encendió la camioneta y partió a casa.

Harry y Quentin pasaron la tarde jugando al videojuego que Lieseri le obsequió, jugaron hasta que se hizo medianoche.

—Tío Quentin, ¿estás enamorado? —preguntó Harry.

—¿Enamorado? —repitió Quentin.

—¡Sí!, Jeremy tiene una enamorada, y nos comenta sobre ella en la escuela a todos y tiene la misma mirada que tienes tú, cuándo miras a Lie, —dijo Harry mientras se recostaba en la cama.

—Pues, creo que tu amigo Jeremy y yo estamos en sintonía, no sé si es amor, pero algo es, —respondió Quentin.

—Algún día estaré así, —comentó Harry.

—Es seguro que sí, pero espero falte aún tiempo para ello, a veces ver así a una persona, puede llevarte por un camino dónde puedes sufrir y estás muy pequeño para que tengas esos dolores, —advirtió Quentin.

—Ya soy grande, tengo trece años y armé mi propio telescopio sin tu ayuda, —respondió Harry.

Después de ver a Lieseri marcharse, Bill se dejó caer en el sofá. —¡Carajo! —expresó con molestia y resentimiento, golpeó en dos ocasiones los almohadones con sus puños. Se detuvo después de que el teléfono sonara.

—¿Hola? —contestó sin mirar quién el nombre de quién lo llamaba, con su brazo cubría sus ojos tratando de calmar su enojo.

—¿Bill, estás bien? —preguntó Rebecca.

—No lo sé.

—¿Cómo es posible que no lo sepas?

—Físicamente estoy bien, pero emocionalmente no tanto.

—¿Qué pasó con Lieseri?

—Me dijo que el verme otra vez le trajo viejos recuerdos.

—Oye, eso es bueno, ¿no?
—No, no lo sé... le dije que tenía que continuar su vida.
—¿Por qué carajos hiciste eso?
—Porque no quiero que sea de esta manera, además por muchos motivos.
—Bill, no habrá más maneras, lo mayor parte de nuestras vidas nos suceden cosas con maneras que no queremos.
—No es la manera, —repitió tercamente Bill.
—¡Hombres! —dijo con molestia. —Tuviste una ventana, no una puerta, una ventana que ella abrió para ti, y tú la cerraste, no ella... tú.
—¿Crees que no lo sé? —se sentó de un impulso. —Ella está bien con este sujeto, no puedo solo desestabilizar esta relación y ya, además que ella tiene toda su vida aquí, y la mía está en Manchester, —dijo mientras que con sus manos hacía todo tipo de gestos conforme todo iba narrando.
—Una vez dijiste que tu lugar era dónde ella estaría. ¿Qué cambió?
—No lo sé.
—¿Por qué contestas todo con "no lo sé"? —preguntó Rebecca.
—Porque estoy muy confundido ahora, y todas mis emociones y pensamientos están siendo un licuado de ideas y sentimientos, —respondió.
—Sale al balcón, —sugirió Rebecca.
—¿Qué?
—Que salgas al balcón, —repitió
—No estás afuera con un grupo de mariachis, —contestó tratando de romper el momento.
—No, idiota... debes respirar, sal al balcón.
—¡Bien! ¡Está bien!
—¿Ya estás en tu balcón?
—¡Sí! respira profundo, —aconsejó Rebecca.

Quentin inhaló y exhaló, se tomó unos segundos, miró las luces de los otros edificios, las lámparas de los postes que alumbraban las calles, miró los carros pasar en diferentes direcciones a la lejanía. — ¡Ustedes! —respondió. —Estos años hice toda una vida en Manchester, mi madre está allá, mis amigos están allá, mi empleo, tú. Toda mi vida está allá y toda la vida de ella está aquí. Alguien debe renunciar para que podamos volver a estar juntos. Y el que toma la elección de hacerlo, se cuestionará su decisión cada vez que vivan algo malo. Y en la unión de dos personas no solo reina la armonía, habrá problemas, muchos. Y no quiero volver a sentirme insegura a su lado, por ello es que la dejé ir, porque sería un egoísta, ella es feliz ahora y cuándo una persona es feliz, ¿qué mejor le puedes ofrecer?

Rebecca se quedó unos segundos en silencio.

—¿Qué tiempo te queda allá?
—¡Semanas!
—Bueno, al menos podrás despedirte.

Bill miró los edificios en frente sin tener un punto fijo.

—Sí, al menos voy a despedirme.

—Sólo no le dejes una carta, —sugirió Rebecca.

Bill sonrió con ironía. —Es mi marca.

—¡Idiota! —dijo entre risas Rebecca. —Debo irme, ¿estarás bien?

—Sí, lo estoy y lo estaré.

Dijo al final y se despidieron, Bill se quedó unos segundos en el balcón, al entrar intentó prepararse algo de comida, pero todo lo que tenía eran latas de comida, pensó unos minutos en si pedir comida o salir a comer, al final se decidió por salir a comer.

Después de haber almorzado juntas, Elizabeth y Joanne. Fueron a pasear en bote por el Río Tremp. Elizabeth abrió un vino y sirvió una copa a Joanne, notó su mirada perdida, y las expresiones de preocupación y enojo que se turnaban en su rostro.

—¿Me contarás qué pasó? —preguntó Elizabeth sujetando la mano de Joanne.

—Hace unos años, cuándo Lieseri y Bill se separaron, bueno, Bill decidió irse y abandonar a Lieseri. Fuimos a verla y a pasar con ella esas semanas. —Tomó un poco de vino y con la mirada colgada en el río, continuó. —Ella estaba deshecha, Bill y ella fueron pareja toda una vida, quería matarlo, sólo una carta dejó el imbécil diciendo que necesitaba tiempo para pensar en él y su futuro. Verla llorar fue... Cuándo su madre murió me prometí que no dejaría que ella estuviera triste de nuevo, sé que es algo que no puedo controlar, pero lo intentaría. Unos días después Bill volvió a buscarla. Lo encontré en el aparcamiento de la cafetería dónde estábamos, y no permití que la viera, hice que se vaya y no volviera, y nunca se lo conté.

Elizabeth se quedó en silencio por unos segundos. —Trataste de protegerla, sólo querías evitar que le rompa el corazón nuevamente, eso entiendo. Pero creo que esa es una decisión completa de Lieseri, —dijo Elizabeth mientras limpiaba un par de lágrimas del rostro de Joanne. —Sí es un poco complicado porque no se volvieron a ver por muchos años hasta el día de hoy, y es claro que Bill no es cualquier chico, al menos no es una persona común y corriente ante los ojos de Lieseri. —Joanne regresó a ver a Elizabeth. —Observé la forma en que se miran. Ella aún lo ama, no digo que no quiera a Quentin o no lo ame, pero es claro que también lo hace con Bill, y estás cosas pasan. Creo que debes disculparte y hablar con ella. Y en cuánto quién es mejor para Lieseri creo que es una respuesta que solo ella lo sabe, y estoy convencida que hará lo mejor para ella.

Joanne besó la mano de Elizabeth que acariciaba su rostro.

—No se puede salvar a alguien por más que lo deseemos, —dijo mientras secaba sus lágrimas.

—No, pero puedes estar a su lado cuándo después del accidente.

Joanne besó a Elizabeth y con sus cabezas chocan junto a la otra dijo.

—Debemos irnos de viaje.

—¿A qué lugar te gustaría ir? —respondió Elizabeth, acariciando el rostro de Joanne.

—Sudamérica, vamos a conocerlo juntas, —sugirió Joanne.

—¡Acepto!, ¿cuándo partimos? —pregunto en cuanto servía dos copas de vino.
—Después del cumpleaños de mi madre, tenemos estos días para dejar todo listo.
—Bien, viajaremos juntas. —Elizabeth chocó su copa con la de Joanne y ambas bebieron un trago de vino y rieron. Pasarán el resto de la tarde en el bote hasta el ocaso del sol. Elizabeth condujo de vuelta al bar dónde se despidieron con Joanne en el aparcamiento y Joanne partió de camino a casa.

Al entrar notó a Quentin bebiendo solo, como de costumbre en la barra, camino derecho hacia él y se sentó a su costado izquierdo.

—¿Me iré a Sudamérica? —comentó mientras pidió una cerveza.

Quentin la miró con una larga sonrisa. —¡Esa es una gran noticia! —expresó emocionado.

—¿Con Joanne? —preguntó dando un sorbo de cerveza.

—¡Sí! Con ella.

—Va muy serio todo entre ustedes dos.

—Ha sido todo muy improvisado, sólo mírame hace un par de meses, solo pensaba en el bar y el bar, ahora salgo más seguido y el bar es en lo que menos pienso.

—Creo que necesitabas a Joanne en tu vida.

—¡Sí! no lo sabía, hasta ahora. —Elizabeth bebió un poco de cerveza. —¿Cómo te fue a ti? —preguntó enseguida.

—Bien, creo que a Lieseri le agrada mi familia y es mutuo todo.

Elizabeth miró el brillo en los ojos de Quentin. Ve despacio. Sugirió.

Quentin la miró —¿Suced algo? —preguntó.

—Espero que no, sólo ve despacio, —añadió.

—No debes preocuparte de nada, Lieseri es una hermosa persona, —contestó Quentin a las sugerencias de Elizabeth.

—Ella aún siente algo por Bill, —dijo sin rodeos. Quentin volteó a ver a Elizabeth.

—¿Cómo lo sabes?

— Sólo lo sé..., —respondió.

—¿Te lo dijo ella?

—No, por supuesto que no, pero he notado cómo se miran.

—Eso no significa nada, —dijo molesto.

—Sí, tal vez no significa nada, perdóname, sólo tengo miedo de que salgas lastimado.

—Entiendo, agradezco que te preocupes por mí, pero creo que, si llega a pasar o no, es decisión mía.

Elizabeth recordó las palabras de Joanne "No puedes evitar que una persona se accidente del corazón, pero puedes estar cuando esto haya ocurrido" es lo único que como amiga podía hacer. —Tienes razón. ¿Cómo estuvo la graduación de Harry? —preguntó tratando de salir de ese momento incómodo.

Después de volver del bar, Joanne ingresó a casa, las luces estaban bajas de la sala de estar,

la casa lucía como si no hubiese nadie en ella, fue a la cocina por un vaso de agua y notó a Lieseri sentada sobre las gradas del patio trasero. Camino por la puerta trasera junto a la cocina, se sentó a su costado izquierdo, las luces que decoraban el jardín e iluminaban todo el patio.

—Que gran trabajo hicieron con mamá aquí, —comentó mirando el campo de margaritas que Lieseri y Virginia sembraron.

—Sí, se ve hermoso, —respondió Lieseri.

—Recuerdo una tarde, habías vuelto de clases, tenía un pie de arándanos en la nevera y lo comiste, estaba muy furiosa.

Lieseri rompió la risa. —Te enojaste mucho, ¡sí! —añadió.

—Recuerdo que pensé en varios métodos de venganza que podía tomar, pensé. ¿Qué ama Lieseri? Fue inevitable no llegar a la conclusión de las margaritas así que fui al balcón de tu habitación y corté todas y cada una de ellas.

—Lloré por una semana. Dijo entre risas.

—Por mi mala suerte, había olvidado que esas margaritas no las plantaste tú, sino mi madre.

—Te castigaron tres meses, —añadió Lieseri, con una sonrisa.

—La venganza es mala, lo sé ahora. Nunca te había visto tan molesta como aquella noche que viste las margaritas destruidas en tu habitación. Hasta hoy en la mañana, sé que estuvo mal lo que hice, aunque me excusé en que no quería verte nuevamente mal por él, cometí un error, te arrebaté a ti y a Bill... les arrebaté tiempo, y una oportunidad. —Joanne miró a Lieseri, quien la veía fijamente a los ojos. —Lo lamento, —añadió a su discurso. —Lamento haberte hecho eso, no fue con intención de lastimarte. Así que lo lamento.

Lieseri tomó la mano de Joanne.

—Sé que no lo hiciste para lastimarme, sino todo lo contrario, y agradezco que quieras quitar de mi camino todo el sufrimiento posible, agradezco que quieras cuidarme. Sólo no tomes decisiones por mí. Ya no soy una niña.

—Lo sé, no volverá a pasar.

Lieseri abrazó fuertemente a Joanne, hasta que Virginia de repente se sentó al costado derecho de Lieseri.

En la vida, es inevitable vivir momentos de discusión ya sea con amigos o familia. Lo importante es cerrar aquella discusión con un abrazo y una disculpa. Virginia sujetó la mano de Lieseri.

—No vuelvan a discutir de esa manera, —advirtió Virginia.

Al salir de casa Bill condujo a la cafetería que visitó con Lieseri un par de veces pero esta se encontraba cerrada, así que decidió ir al bar del que todos hablaban aún no había tenido la oportunidad de ir, así que decidió que esta era la oportunidad, dejó el auto en el aparcamiento, miró una camioneta parecida a la que Lieseri solía llevar, entró y miró en todas direcciones pero Lieseri no estaba, «tal vez solo era una camioneta muy parecida» pensó. Estuvo a punto de tomar una mesa cerca de la ventana pero decidió hacerlo en la barra en el lugar que toda persona sola se sienta. Lo hizo, tomó un asiento y pidió ravioles en salsa boloñesa y una cerveza. A

pocos metros Quentin y Elizabeth hablaban.

—Mira quien acaba de llegar, —dijo Elizabeth señalando el costado izquierdo de Quentin. Este miró y vio a Bill sentado con el teléfono en la mano.

—¿Crees que debo acercarme? —preguntó Quentin.

—No pierdes nada en intentarlo, —respondió Elizabeth.

Quentin terminó su cerveza, caminó y se sentó junto a Bill, este lo miró.

—¿Vienes aquí seguido? —preguntó Bill mirando a Quentin.

—Casi todas las noches. La dueña es mi mejor amiga, —contestó Quentin.

Bill pensó en la vez que sugirió venir al bar a Lieseri y ella se negó, entendió que lo que menos deseaba Lieseri era que Quentin la encontrase en compañía de él.

—Elizabeth, ¿no? —dijo mientras miraba a Elizabeth beber una cerveza del otro lado de la barra.

—Veo que ya la conoces.

—La conocí en casa de Lieseri, Virginia me la presentó. —Bill bebió un sorbo de la cerveza.

—Pareja de Joanne sino me equivoco.

—No, no te equivocas. ¿Qué te trajo aquí?

—Tenía hambre.

—No al bar, a Nottingham.

Bill miró a Quentin. —No sabía que Lieseri estaba aquí cuando llegué y la encontré, fue una sorpresa para mí y para ella, estoy seguro de eso. No vine a buscarla por si eso crees.

—Dices, pero todos buscan aquello que perdieron, —añadió Quentin.

Bill miró con molestia a Quentin.

—Mira, no alimentes tus inseguridades preguntándome si estoy aquí para recuperarla o no, porque si ella se decide por alguien de los dos, el otro no tendrá nada más que hacer que verla partir, no puedes obligar a que alguien se quede. Y yo no estoy aquí para que eso pase, vine por trabajo, así que estaré el tiempo que mi compañía lo decida y después me iré. ¿Te sientes más seguro con eso? —preguntó Bill.

—No quiero que esto parezca la pelea de dos hombres por el amor de una mujer.

—Es como lo haces lucir.

—Tal vez sí, lamento eso. Sólo quiero que no se produzca ese momento incómodo cuando ambos estamos frente a Lieseri y me tranquiliza saber tus intenciones.

—Como te dije, no tienes por qué preocuparte por mí.

—Te dejaré disfrutar de tu comida, —finalizó Quentin.

—¡Gracias! —respondió Bill y miró marcharse a Quentin.

EL DUETO DE LA DROGA

Bill inició su rutina muy temprano, tomó unos dos vasos de agua y comió una banana antes de salir a correr por la mañana, cinco kilómetros a la redonda fue la ruta de Bill, habían pasado cuatro días de la última vez que vio a Lieseri en su departamento, pensó en llamarla en varias ocasiones, pero creyó que no era buena idea y que lo mejor sería dejarla tranquila. Al volver preparó el licuado de proteínas, fresas, avena, miel y plátano, que bebía a diario después de correr, pasó tiempo de más en la ducha y vistió de traje. Debía ir a la oficina, había reunión con los encargados de la fundación. Creyó que si había una oportunidad de ver a Lieseri y saber cómo seguía era en las reuniones. Salió de casa a las diez menos quince de la mañana.

Lieseri despertó y salió sin hacer mucho ruido, Virginia y Joanne, aún se encontraban dormidas. Tenía clase a primera hora y pasaría relativamente libre el resto del día. Empezó rumbo a la universidad donde Quentin esperaba en la cafetería para desayunar juntos. Al llegar dejó la camioneta en el aparcamiento. Notó que Quentin ya se encontraba en la cafetería al ver su camioneta en el estacionamiento. Camino cien pasos hasta la cafetería, donde Quentin se encontraba tomando café en el ala este del lugar, se sentó y pidió unos huevos revueltos con tostadas, jugo de naranja y café.

—Es un día muy frío, —comentó Lieseri, era otoño ya, y los vientos helados soplaban fuerte en Nottingham.

—El café te ayudará mucho, —respondió Quentin. ¿Tienes todo listo para el cumpleaños de Virginia? —preguntó.

—Sí, sólo Bill debe preparar la tarta de arándanos, —dijo sin quitar la vista de la comida. Pensó que tal vez las cosas se tensaron al nombrar a Bill.

—Deberías ayudarlo, —respondió Quentin.

—O sea, creo que es bueno tener un poco de ayuda. Además, que son buenos amigos y no estará mucho tiempo aquí. Mi padre decía que hay que aprovechar el tiempo limitado que tenemos con las personas que nos agradan, porque un día será el último y no seremos conscientes de ello.

—Sabías palabras, —respondió Lieseri, que pese a que le alegraba el cómo Quentin tomaba su amistad con Bill no dejaba de parecer extraño. Tal vez le ayude, no me vendría nada mal, aprender la receta de su madre.

Quentin tomó un sorbo de café. —¿Qué crees que pueda regalarle a tu abuela? —preguntó Quentin, en cuanto metía a su boca una rebanada de tostada francesa.

—Tiene una extraña colección de platos con figuras de artistas. Casualmente le falta el de Bob Dylan. Tal vez ese sería un buen regalo, por otra parte, no hemos encontrado ese plato.

—Conozco a alguien, —dijo pensativo, —creo que puedo conseguirlo, —comentó.

—¡Te amará! Si logras conseguirlo.

Pasaron el tiempo restante del desayuno juntos, hasta que llegó la hora de clases, Lieseri se despidió de Quentin, y antes de ir al salón se dirigió a su oficina dónde tenía un par de libros que utilizará en clases. Quentin tomó rumbo a casa de su madre Lily. Llegó y encontró a Harry junto a Lily desayunando y Alisa quién ya estaba de salida.

—Vienes tarde, ya me voy, —dijo Alisa quién despedía a Quentin con un beso en sus pómulos.

—Te esperamos para la cena, —gritó para que Alisa lo pudiese escuchar al desaparecer por el pórtico.

—Entonces piensas quedarte todo el día, —añadió Harry.

—Creo que sí, —respondió Quentin quién se sentaba en la mesa y servía un poco de jugo de mango.

—Es bueno verte más seguido, —dijo Lily mientras tomaba de la mano a Quentin.

—¿Comiste ya? —preguntó Lily.

—Sí, desayuné con Lieseri, pero jamás rechazaría tus empanadas.

Se sirvió un par en un platillo y un poco de café en una taza.

—Hoy probaremos un nuevo juego que la abuela me compró, —sugirió Harry.

—¡Claro! Pero debes enseñarme, creo que soy muy malo jugando a los videojuegos.

—Es la edad, —respondió Harry.

—Ten cuidado con lo que dices.

Dijo Quentin señalando a Harry con su empanada en mano. Virginia sonrió y Harry rompió en risas.

Después de salir de casa Bill, llegó a la oficina y el gerente le esperaba.

—¡Que gusto verte, Tomas!

Bill saludó con un fuerte apretón y un abrazo.

—Hemos visto el progreso de la construcción.

—Creo que nos ahorraremos tiempo, todo ha avanzado más rápido de lo planificado, —respondió Bill.

—Lo hemos notado, me enviaron para entregarte un cheque con un bono por tu excelente trabajo, y proponerte el cambio, quieren darte una silla en la junta.

La cara de emoción de Bill ante la noticia cambió unos segundos más tarde.

—Estoy muy agradecido por lo ofrecido.

—Los agradecidos somos nosotros, Bill. Entonces tendrías que volver a Manchester en tres semanas, mientras buscamos un nuevo sustituto para que venga a Nottingham.

La sonrisa de Bill desapareció cuándo pensó que su tiempo con Lieseri se había reducido, esperaba despedirse de ella después de la fiesta de año nuevo—¡Está bien! estaré a la espera,

trataré de organizar los documentos para que el nuevo encargado esté al pendiente de todo, — añadió Bill.

Al salir de clases Lieseri se dirigió a la reunión del proyecto Tresp. Al tomar asiento en la mesa, le pareció muy extraño que la junta haya comenzado sin Bill, miró de izquierda a derecha y no lo encontró, pensó en enviarle un mensaje preguntándole si se encontraba bien o estaba tal vez en casa enfermo. Pero no lo hizo, no había visto ni hablado con Bill desde la noche que se vieron en su departamento. Una vez terminada la reunión, Lieseri caminó a las máquinas dispensadoras de bebidas. Insertó un billete de una libra y apastó en la opción de agua mineral, la máquina se trabó, Lieseri presionó varios botones esperando que el agua cayese. Hasta que un golpe en el costado izquierdo hizo que cayera, era Bill. Lieseri lo miró y dijo —¡Gracias! No tenía idea cómo hacer que cayera.

—Esta máquina suele trabarse, me ha pasado un par de veces, pero con un pequeño golpe, cae tu pedido.

Lieseri y Bill se quedaron mirando unos minutos.

—¿Cómo has estado? —preguntó Lieseri.

—¡Bien! Trabajando, —respondió Bill que por unos minutos pensó en contarle de que no le quedaba mucho tiempo en Nottingham.

—¿Estás bien? —preguntó Lieseri, Bill no era persona callada, siempre estaba hablando todo el tiempo sin importar en el momento en el que esté, recordó la boda de la tía Fernin, eran unos adolescentes, apenas, pero a mitad de la boda, en la iglesia, Bill soltó un chiste, en el que ella y él no paraban de reír, pese a la mirada molesta de Virginia, intentaron taparse la boca con las manos, Virginia muy avergonzada pidió disculpas. Entonces verlo callado y serio le resultó algo extraño en él.

—¡Sí, estoy bien! —respondió Bill, metió un billete de una libra y sacó una Pepsi de la máquina de bebidas. —¿Quieres almorzar juntos? —preguntó —¡Claro! ¿Tienes en mente algún lugar?

—Pensaba preparar una pasta en mi departamento, —contestó mientras ambos caminaban despacio a la salida del edificio.

—¿Tu auto o el mío? —preguntó Bill.

—Vamos en el tuyo, luego me traerás de vuelta aquí para que pueda recoger el mío. Contestó animada.

—¡Vale!

Bill abrió la puerta del auto para que Lieseri pudiese entrar. A mitad del camino se detuvieron en un mercado cercano al departamento de Bill. Necesitamos comprar cosas, no tengo más que comida enlatada en mi despensa. Comentó Bill mientras ingresaba en el estacionamiento del lugar.

—¡Está bien! —respondió Lieseri con una corta sonrisa.

Al entrar al lugar, Bill tomó un carrito de compras y caminaron por el pasillo de pastas y masas. Tomó un par de paquetes de fettuccini y cartón de crema de leche.

—Necesitamos tocino, champiñones, albahaca, cebolla y queso.

Añadió Lieseri mientras leía en su teléfono una receta que había descargado de la internet. Una vez compraron cada uno de los ingredientes que decía la lista, dirigieron el carro de compras a una de las cajas de pago.

—Vuelvo enseguida, —comentó Bill dejando el carro en manos de Lieseri. Después de un par de minutos apareció con una botella de vino tinto en sus manos y una bolsa que contenía un pan baguette. Necesitaremos pan al ajo y vino. Añadió, ante la mirada de Lieseri.

Ella respondió nada más que con una sonrisa. Después de pagar caminaron al aparcamiento con las bolsas de compras en las manos. Bill notó que a pocos metros una pareja de adolescentes vendía pedazos de lo que se veía una tarta de chocolate.

—Ves esa pareja del fondo, —señaló Bill con la cabeza.

—¿Los que están vendiendo algo? preguntó Lieseri.

—¡Sí! ¿Recuerdas la vez que vendimos nuestras cosas para irnos de viaje? —preguntó Bill.

—¡Sí, lo recuerdo! contestó Lieseri. —Recuerdo que pasaste todo el viaje lamentándote por vender tu mesa pin pon, —añadió Lieseri.

—¡Era una mesa de pin pon! —expresó Bill. —Cómo no me iba a sentir mal. —Ambos rieron. ¿Deseas postre? —preguntó. —Compraré tarta de chocolate.

Mientras guardaba las bolsas en la cajuela del coche Lieseri respondió, — ¡Claro, no es mala idea!

—¡Está hecho! —dijo al final Bill, y ambos caminaron en dirección a la pareja, se acercaron a la chica que estaba más cerca a ellos, mientras el muchacho hablaba con un chico a unos pocos metros en un auto.

—¿Qué precio tienen tus tartas? —preguntó Bill.

—N.. no las vendemos, —respondió la muchacha un poco nerviosa.

—Perdón, te asusté, no era mi intención, —se disculpó Bill, mientras señalaba las tartas, —pero parecía que las estabas vendiendo.

—B... bueno sí, las vendemos. —La chica no dejaba de verse nerviosa ante la situación.

—¿Estás bien? —preguntó Lieseri, al notar el extraño comportamiento de la muchacha.

—¿Él es tu novio? —preguntó señalando al joven chico que caminaba rumbo a ellos.

—¡Sí lo es! —respondió firmemente.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó el muchacho, luego de pasar su brazo derecho sobre los hombros de la chica.

—Queremos comprar tu tarta, —contestó Bill, —pero creo que ya no las venden.

—Habíamos apartado estos dos pedazos para nosotros, pero pensándolo bien, creo que usted y su esposa, lo disfrutarán mejor, —respondió el joven.

—No somos esposos, —contestó Bill señalando a Lieseri y a él.

—¿Quieren o no? preguntó el muchacho.

—¡Claro! —Bill pagó por ellos, los jóvenes se subieron en un auto y se marcharon del lugar sin decir ninguna palabra.

—Qué extraño fue eso, —comentó Lieseri, señalando el auto de la pareja de jóvenes que desaparecía del lugar a velocidad.

—¡La juventud de hoy! —respondió Bill, sin más.

Caminaron de vuelta al auto, dejaron la tarta de chocolate en la cajuela y condujeron a casa de Bill.

En casa de Lily Quentin y Harry se encontraban probando unos videojuegos que la abuela le habría regalado por su graduación.

—¿Crees que alguna vez haya zombies? —preguntó mientras jugaban.

—No lo sé, espero que no, —respondió Quentin. —¡¡Sálvame, sálvame!! —vociferó mientras dirigía su cuerpo de un lugar a otro.

—¡Listo! trata de no morir antes, que después de esta base, nos espera un zombie gigante, —advirtió Harry.

—Sí llegan a existir espero que no sean veloces como estos, —comentó Quentin.

—Deberíamos prepararnos, con armas en la azotea y carne congelada, —añadió Harry.

Quentin, miró a Harry con rareza.

—Derek dice que leyó que hay empresas en Norteamérica que los preparan para futuros ataques zombies.

—Bueno, Norteamérica por suerte está muy lejos, —dijo Quentin. No creo que los zombies sepan nadar y mucho menos para poder cruzar el océano, mucho menos navegar o pilotear un avión. Nottingham es seguro de zombies. ¡¡No!! Vociferó. ¡He muerto! bueno creo que es momento de que continúes solo, iré por algo de beber.

—¿Puedes traer galletas?, —dijo Harry sin quitar la vista de la pantalla ni pestañear. —Trataré de ganar por los dos, —dijo al final.

Quentin bajó las gradas en dirección a la cocina dónde Lily se encontraba preparando el almuerzo. ¡Qué huele tan delicioso! —expresó Quentin, entrando a la cocina.

Lily se encontraba sentada, mientras leía un libro de Agatha Christie y bebía. un té de naranja helado. —Metí un pollo al horno, —respondió. —Ya que estás aquí decidí preparar algo que sé que amas, —añadió Lily.

—Siempre que metes algo al horno y vienes aquí a leer, —comentó Quentin, mientras sacaba un par de coca colas de la nevera.

—La primera vez que preparé algo en el horno, se quemó por completo, desde entonces prefiero quedarme cerca a vigilar que todo esté bien, —contestó Lily.

Quentin se sentó junto a su madre. —Me quedaré a hacerte compañía, —dijo mientras abría el frasco de galletas que Lily dejaba sobre la mesa, cada vez que se terminaban, horneaba nuevas galletas.

—No es necesario cariño, yo estoy leyendo, más bien llévale el refresco a Harry, pasa

tiempo con él, —contestó Lily

—Pero...

—Pero nada, ¡ve!, yo te llamaré cuándo la comida esté lista, —dijo al final Lily. Quentin se puso de pie, dio un beso en la frente de su madre y subió las escaleras de camino a la habitación de Harry.

—¡He muerto! —comentó Harry con tristeza, después de que Quentin ingresara a la habitación.

Elizabeth, pasó por Joanne al medio día esperó en su auto fuera de la casa de Joanne. Tenían una cita con un agente de viajes para su tour por Sudamérica, aún no sabían qué países iban a recorrer, como tampoco

por cuál empezar. Después de desayunar con Virginia y pasar parte del día platicando sobre que regalo comprarle, se le hizo algo tarde, cuando leyó el mensaje de texto de Elizabeth que decía «estoy saliendo a verte» se puso de pie y corrió a la ducha, trató de hacerlo de la forma más rápida posible, se puso lo primero que encontró y bajó cinco minutos después de escuchar la bocina sonar del auto de Elizabeth.

—Cuando vuelva hablamos sobre tu regalo.

Vociferó mientras se iba apuradamente de casa. Joanne tenía la costumbre de preguntar siempre a Virginia que quería de regalo de cumpleaños o navidad, así evitaba regalar algo que no le vaya a gustar. Al salir casi resbala en uno de los escalones que dirige al pórtico de la entrada, respiró profundamente antes de entrar al auto.

—Justo a tiempo, —comentó Joanne, después de cerrar la puerta.

—Son seis minutos tarde de hecho, —contestó Elizabeth.

—Minutos más, minutos menos, ¿Cuál es el tiempo al final? —añadió con una corta sonrisilla.

Elizabeth la abrazó. —Te ves preciosa hoy, —dijo mientras besaba sus labios.

—Saben a fresa. —Joanne tomó la quijada de Elizabeth y la besó nuevamente.

—Auxilio, me roban mis labios, —musitó Elizabeth con una corta sonrisa coqueta.

Al llegar al aparcamiento del condominio donde reside el departamento de Bill, Lieseri ayudó a cargar las bolsas de compras. Caminaron por el estacionamiento al ascensor que lleva a los pisos, subieron en él, y música instrumental sonó al cerrar las puertas del elevador "Hey Bulldog" de los Beatles sonaba a volumen bajo. Lieseri miró el espejo dentro el ascensor, miró el reflejo de ella junto a Bill y arrimó su cabeza sobre los hombros de Bill. Este no dijo ni una palabra, solo colocó su cabeza por encima de la frente de Lieseri. El elevador abrió las puertas después de unos segundos caminaron cuarenta y dos pasos a la derecha. Bill abrió la puerta y dejaron las compras sobre el mesón que divide la cocina del comedor.

—Tu departamento es cómodo, pequeño pero muy cómodo, —comentó Lieseri.

—Si te gusta tener todo cerca, creo que es el lugar perfecto. Respondió Bill al sacar una tabla de picar y un cuchillo. —Es hora de cocinar, —dijo mientras conectaba el teléfono sobre

un parlante de sonido. Buscó "You make my dreams come true de Hall & Oates". Y dejó que sonará a volumen medió, al sonar los primeros acordes de la canción Bill movió sus hombros, simulando bailar, Lieseri sonrió y ambos empezaron a cocinar.

—Por favor, pasen por aquí, mi nombre es Karla y es un placer atenderles, —dijo la agente de viajes.

—¡Gracias! Mi nombre es Elizabeth y ella es Joanne, —respondió Elizabeth después de que ambas ingresaran a una oficina con las paredes llenas de pancartas de lugares turísticos, Paris, New York, Tokio, entre otros lugares.

—¿Y, cuéntenme, Joanne y Elizabeth, han pensado ya a qué lugar quieren ir? —preguntó Karla.

Joanne miró a Elizabeth y tomó su mano. — Hemos pensado en sudamérica, pero todavía no hemos decidido a qué países ir. Contestó Joanne.

—Latinoamérica, excelentes playas y muy calurosas. Podría empezar por las playas de Manuel Antonio en Costa Rica, —dijo Karla mientras les mostraba en la pantalla de su ordenador fotos del lugar y del hotel en el que se hospedarán. —Por otra parte, también tenemos las islas de San Andrés, está ubicada en Colombia. —Joanne y Elizabeth se veían la una a la otra emocionadas por las imágenes y videos que veían de los lugares. —Después están las Islas Galápagos en Ecuador. Este lugar van a amarlos, —añadió Karla. —Y después de visitar tres playas les recomendaría ir a Perú, Machu Picchu una de las siete maravillas del mundo y el lugar de la mejor comida del mundo, según dicen. Y su viaje puede terminar visitando la Antártida. San Carlos Bariloche o Ushuaia conocida como la ciudad del fin del mundo la última ciudad al sur del planeta, todo esto ubicado en la Argentina. El paquete de viajes lleva pasajes directos a cada una de las localidades que escojan más una variedad de hoteles a los cuales ustedes pueden decir cuál ir. Esto incluye todas las comidas, por si quieren ingerirlas en el Hotel.

Joanne y Elizabeth sin pensarlo aceptaron el paquete completo con los seis sitios mostrados. Pagaron con la tarjeta de crédito y pusieron fecha de viaje después del cumpleaños de Virginia y volverían antes de navidad. Justo a tiempo para pasar festividades en familia. —Entonces, sólo faltaría la fecha del viaje, —añadió Karla.

Joanne miró a Elizabeth. ¿La primera semana de noviembre? preguntó Joanne.

—Sí, me parece bien, —contestó Elizabeth.

—¡Listo! Es todo, pueden venir el día lunes a primera hora a retirar sus itinerarios de los vuelos, y también le llegará una copia al correo electrónico.

Elizabeth y Joanne se pusieron de pie y sujetaron la mano de Karla y se despidieron.

—¿Vamos a celebrar al bar? —preguntó Elizabeth.

Joanne afirmó con su cabeza y besó a Elizabeth, se subieron en el auto y partieron rumbo al bar.

—¡La comida está lista! —vociferó Lily desde la cocina.

Al escuchar el grito de Lily Quentin puso pausa al juego y cargó sobre sus hombros a Harry que gritaba —¡¡¡Bájame estamos a mitad de partida!!! — Quentin lo dejó de pie a mitad de la escalera.

—Después de comer seguiremos, ahora vamos que la abuela nos está esperando, —advirtió Quentin.

Harry con el ceño fruncido aceptó ir en silencio. Al entrar al comedor un aroma que despertó el hambre Quentin y Harry, casi en coro ambos dijeron. —¡Que huele tan rico! —Lily sonrió al verlos con cara de querer devorar cuanto antes el pollo horneado sobre la mesa.

Lily sirvió la ensalada faltante sobre la mesa. —Harry, debes dar las gracias, —pronunció mientras todos inclinaban la cabeza.

—Querido, Dios... bendice estos alimentos y de las personas que lo pusieron en la mesa, brinda pan a los pobres y a nuestras familias en el nombre del señor—. Y todos juntos dijeron. —¡Amén! —Harry tomó una presa del pollo y lo puso en su plato, dos cucharadas de puré de patatas y un poco de ensalada. Quentin sirvió a cada uno un vaso de jugo de mango. —Deberías venir a casa más seguido, —dijo Harry. —La abuela prepara mejores comidas cada vez que viene.

—A Harry no le gustan mis sopas, —comentó Lily, con una corta sonrisa.

—Recuerdo que tampoco las comía, como el queso o los frijoles, —dijo Quentin mientras cortaba con el tenedor un trozo de carne. — Pero con el tiempo tus gustos cambian.

—No lo creo, —respondió Harry con la boca casi llena. Siempre preferiré comer cosas fritas que sobre las cocidas.

—¿Cómo te va con el nuevo libro? —preguntó Lily.

—He decidido darme una pausa, —respondió Quentin, en cuanto terminaba de servirse un poco más de puré.

—¿A qué se debe esa pausa?

Quentin miró a su madre. Creo que he perdido el norte de esta novela, pensé que era buena idea darse un respiro y vivir, lo que sea que pase a mi alrededor, —respondió Quentin. —Pase mucho tiempo lamentándose de varias cosas, encerrado en mi casa.

—Creo que es bueno que hayas decidido salir más, deberías viajar. Sugirió. ¿Hace cuánto no lo haces? —preguntó.

—No lo sé, ni siquiera sé dónde iría.

—Lleva a Lieseri contigo, —añadió Lily.

Quentin pensó en unos segundos. No es mala idea, pensó. —Tendría que hablarlo con ella, —dijo al final.

Lieseri terminaba de sacar los panes al ajo del horno. Mientras Bill terminaba de preparar la pasta. —Puedes rayar un poco de parmesano, —dijo Bill. —Está en la puerta de la nevera.

Lieseri sacó el parmesano y rayó un trozo sobre un platillo color verde. —¡Listo!, ¿deseas

algo más? —preguntó, después de guardar el parmesano en el refrigerador.

—Eso es todo, —musitó Bill, que llevaba un trapo de cocina sobre sus hombros y dos platos de fettuccini al Alfredo en las manos, los dejó en la mesa. En cuanto Lieseri llevó el plato con el parmesano y se sentó en una de las sillas. Bill fue a la cocina por dos copas y una botella de vino.

—Nos quedó bastante decente, —comentó Lieseri después de echar un vistazo a la comida.

—Siempre fui bueno con las pastas, —respondió Bill, que servía vino en las copas.

—Recuerdo la primera vez que hiciste lasaña.

—Añadió Lieseri sonriendo. Quemaste todo. Con tono burlesco.

—Eran mis primeros intentos, se necesita errar para volverse bueno en algo.

Respondió tratando de excusarse.

Joanne volvió a casa después de almorzar con Elizabeth en el bar, buscó a Virginia para hablar de su viaje, pero no la encontraba en ninguna parte, buscó en la cocina, en la biblioteca donde pasaba el tiempo leyendo en un sofá frente a la ventana que daba al patio, buscó en la casa del jardín donde guardaba los utensilios que utilizaba para el sembrío de sus plantas y flores. Caminó a su habitación y encontró a Lily tendida en su cama. —¿Todavía duermes? —preguntó. —Eso es muy raro en ti, —añadió al sentarse sobre el filo de la cama. Miró a Virginia quien se veía pálida y con el rostro recaído. —¿Estás bien? —preguntó con miedo en su rostro.

—No me siento del todo bien, pero nada que descansar no ayude, —respondió Virginia.

—No podemos solo quedarnos aquí, no te ves nada bien, vamos te llevaré al hospital.

—Joanne tomó el teléfono y marcó en dos ocasiones a Lieseri pero no contestó en ninguna de ellas. Joanne, desesperada caminaba de un lugar a otro, marcó el teléfono de Elizabeth. —Hola, amor... puedes venir a casa es urgente, —dijo apenas Elizabeth contestó el teléfono. Buscó en el armario de Virginia un abrigo y un gorro. Ayudó a que su madre se vistiera, y esperó a que Elizabeth llegara, no tardó más que unos quince minutos en aparecer. —Recuéstate unos minutos mientras llega Elizabeth, —dijo Joanne, en cuanto acomodaba los almohadones sobre la cabecera de la cama. —¿Qué síntomas tienes? —preguntó.

—Siento mi cuerpo débil, y dolor en las extremidades.

Respondió Virginia.

Joanne mordía sus uñas mientras observaba a su madre pálida y con la mirada perdida sobre la cama. De repente escuchó el timbre.

— —

—Debe ser Elizabeth, vuelvo enseguida. —Bajó velozmente por las escaleras, al abrir la puerta miró a Elizabeth y la abrazó, su cuerpo temblaba y su rostro rosado, contenía las lágrimas para no alarmar a Virginia. Elizabeth no entendía nada de lo que sucedía a su alrededor, abrazó y acarició la cabeza de Joanne.

—¡Tranquila! ¡Estoy aquí!

Decía mientras sobaba su cabeza. —Es mi madre, no tengo idea que tiene, pero está muy

mal.

Su mandíbula vibraba del temor que había en ella.

—¿Puede caminar? Preguntó Elizabeth.

—¡Apenas! —Bien, la ayudaremos a bajar los escalones, y la llevaremos al hospital. Elizabeth sujetó la mano de Joanne. Estoy contigo. Dijo al final, Joanne respiró unos segundos, ver a Elizabeth ahí a su lado, la tranquilizaba un poco. Subieron los escalones. Elizabeth se acercó a Virginia.

—Que gusto verte hija. Dijo Virginia.

—Vamos a tratar de levantarla y la ayudaremos a bajar los escalones. Si siente dolor o quiere respirar avísenos para parar.

Elizabeth y Joanne, ayudaron a bajar los escalones Virginia y lentamente la subieron al auto de Elizabeth. Joanne se sentó junto a su madre en el asiento trasero

mientras Elizabeth conducía. Se dirigieron a gran velocidad al Hospital de Nottingham, ingresaron por urgencias y unas enfermeras colocaron a Virginia en una silla de ruedas. Elizabeth y Joanne, se quedaron ingresando los datos de Virginia.

—¿Dónde la llevaron? preguntó Joanne, la mandíbula temblaba podía notarse las líneas venosas en sus ojos.

—Le harán exámenes y después la llevaremos a una habitación dónde ya podrán verla.

Contestó la enfermera en la recepción.—¡Gracias, estaremos pendientes! comentó Elizabeth, quién sujetó por el brazo a Joanne. —Ven, vamos a sentarnos, —Elizabeth trató de calmar a Joanne, abrazaba y acariciaba su cabeza.

—Debo llamar a Lieseri, —dijo de repente Joanne, sacó el teléfono de su cartera y marcó en tres ocasiones y ninguna de ellas fue respondida. —¿Dónde carajos está! —expresó molesta.

—Tal vez esté en clases o en alguna reunión, —contestó Elizabeth tratando de excusar a Lieseri.

Después de terminar de ingerir la pasta, Lieseri y Bill se quedaron unos minutos en la mesa conversando.

—¡Estuvo deliciosa! —dijo Lieseri en cuanto servía un poco de vino en sus copas.

—He mejorado en la cocina, y no lo creíste, —respondió Bill, quién se paró caminó a la cocina, sacó las tartas de la heladera y las sirvió en dos platillos, sacó también, un par de cubiertos. —Aquí viene el postre, —añadió Bill mientras colocaba los platillos sobre la mesa.

Lieseri dio el primer bocado, lo saboreo, miró de un lugar a otro, en cuanto masticaba.

—¡Hmmm...delicioso.

—Veamos qué tal están —Bill probó un trozo de la tarta de chocolate. —Es curioso, tiene un ligero sabor amargo, pero luego desaparece, —comentó con la boca llena. — En definitiva, está bueno, me gustó, —dijo al final.

Después de un par de horas de estar en la sala de espera una enfermera se acercó a Elizabeth y Joanne. La paciente ya fue colocada en una habitación por si gustan pasar.

—S... sí, ¿dónde está la habitación? respondió Joanne.

—Sígueme por aquí, —señaló la enfermera quien las guio a una de las habitaciones del hospital. Al entrar Virginia se encontraba acostada sobre una camilla con suero que conectaba a sus venas. Las pertenencias de la paciente se encuentran en una bolsa, dentro de este cajón. Indicó la enfermera, señalando un velador al costado izquierdo de la camilla. —Los dejaré solos, con permiso, —dijo al final la enfermera y se marchó.

Al terminar de comer el postre de chocolate, Lieseri y Bill se encontraban en la sala de estar. —Bill, ¿por qué tu techo se mueve? — preguntó Lieseri, acostada sobre uno de los sillones.

—No tengo idea, pero no deja de dar vueltas, —añadió Bill, que se encontraba acostado sobre la alfombra en el suelo.

—¿Bill?

—Dime, Lieseri

—Crees que lo que compramos haya sido...

—Sí, lo son, —respondió Bill, sin dejar que Lieseri terminara la oración.

—¡Maldita sea, estoy!

—Colocada, —respondió Bill interrumpiendo la oración de Lieseri.

Lieseri se sentó de golpe sobre el sofá y sintió que todo se movía.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó asustada.

—Esperar, —respondió Bill. —Esperar a que se nos pase.

Lieseri miró a Bill, y ambos empezaron a reírse sin razón alguna. No puedo creer que esté drogada. Dijo después de recostarse nuevamente sobre el sillón. Creo que estoy muy vieja para esto. Añadió. No te ves sorprendido, Bill.

—No es mi primera vez, lo hacía con los chicos en la facultad y después de graduarnos.

—¿Por qué nunca me contaste? —preguntó Lieseri.

—¿Bromeas? Lieseri, te hubieses molestado, no habrías entendido que solo era para pasar el rato con mis amigos.

—Creo que sí lo hubiese entendido, —musitó.

—¿Alguna vez fuiste a verme en este estado? —preguntó sin quitar la vista sobre el techo.

—Un par de veces. ¿Recuerdas cuándo fuimos al cine en Halloween?

—Creí que estabas enfermo, si te veías bastante raro ahora que lo recuerdo—. Lieseri dio vuelta y apoyó sus mejillas sobre la palma de sus manos, miró a Bill. —¿Qué es lo mejor de estar colocada? —preguntó.

Bill alzó su cabeza y al ver a Lieseri se sentó con las manos apoyadas sobre sus rodillas. — Comer, de repente la comida la sientes mil veces mejor, también hablar con tonterías con tus amigos, no pararás de reír, —comentó. —Y, coger, —dijo al final.

Las mejillas de Lieseri tomaron un aspecto rojizo.

—Creo que aún tengo espacio en mi estómago para algo de comida.

—Tengo galletas de chocolate.

—¿No tienen sorpresas?

—¡No! —respondió Bill. —Además ya lo estamos.

—Pero eso me drogaria aún más.

—No puedes estar más drogada, cuándo ya lo estás, —respondió Bill.

—Claro que sí. Discutió Lieseri. Es como el licor. Puedes estar ebrio, pero hay etapas, a veces estás ebrio y consciente y puedes caminar y otras veces que ponerte de pie es imposible.

—Ya cállate y vamos a comer galletas, —dijo Bill. Caminaron a la cocina, Lieseri sirvió un poco de yogurt de durazno en dos vasos. y Bill sacó de la repisa un cartón con galletas de chocolate, volvieron a la sala. —¿Estás lista para tu mejor comida? —preguntó Bill.

—Son solo galletas, —respondió Lieseri, antes de meterse una de ellas a la boca.

—En unos segundos te arrepentirás de lo que has dicho, —advirtió Bill.

Después de masticar unas cuantas veces. — ¡Oh, por Dios! —expresó Lieseri sorprendida.

—¡Ahí lo tienes! —vociferó Bill con risas. —¡Te lo dije!

—¿A qué se debe esto? —preguntó después de meterse más galletas desesperadamente en la boca. —Esto no es normal.

—No, no lo es, —contestó Bill con risas.

—Ahora quiero comer siempre bajo el efecto de esta tarta mágica, —dijo al notar que pronto pasaría el efecto y las galletas se convertirían en unas simples y ordinarias galletas de chocolate.

—Podrías hacerlo, yo he pensado en hacerlo mientras pruebo el guiso de Virginia, —sugirió Bill.

—¡Estás loco! creo que lo notaría de inmediato, —se quedó unos segundos pensando. — Aunque no es mala idea, —corrigió. —Los guisos de mi abuela, bajo este efecto, deben ser ambrosía, —comentó.

—¿Tienes helado? —preguntó Lieseri, con un bigote dibujado con el yogurt.

Bill rompió en risas al ver a Lieseri. —¡Sí! En la heladera, —caminó hasta el refrigerador y sacó un tarro de helado de ron pasas y tomó dos cucharadas de la repisa. Prepárate para el mejor helado del mundo. Bill abrió el tarro y se lo dio a Lieseri junto a una cucharada.

Lieseri tomó desesperadamente una cucharada de helado y se lo metió en la boca, pasó el helado a Bill y cayó sobre la alfombra.

—¡Dios! Es realmente delicioso, —comentó.

Bill no paraba de reír, sujetaba su estómago. —Me duelen las mejillas de tanto reír, —tomó

una cucharada de helado y lo saboreó.

—No tengo idea si la gente se droga por esto, pero creo que esta sería mi excusa perfecta.

—¡Parecemos unos niños! —dijo Lieseri. —¿Por qué no lo hicimos antes?

—Lieseri Becher haciendo algo incorrecto, seguramente es algo que pagaría para ver.

Dijo en tono burlesco.

—¡Oye! he hecho varias cosas incorrectas, —expresó ofendida.

—¿Sí? ¿Cómo qué? —preguntó Bill, mientras pasaba el tarro de helado a Lieseri.

—Pues... está aquella vez... —trató de recordar cualquier momento que hizo algo incorrecto y estuvo Bill presente. —¿Recuerdas cuándo robábamos los panes de chocolate que la abuela preparaba?

—Éramos niños, —contestó Bill, y no los robábamos de todas formas, éramos nosotros quienes los íbamos a comer.

—La vez que nos escapamos porque cumplíamos dos años de novios, recuerdo que estaba castigada y me convenciste para bajar por la ventana.

—Ahora recuerdo, estuvimos a punto de ser descubiertos. No dejabas de decir el miedo que tenías por las alturas. Bill se recostó de lado sobre el sofá, mirando a Lieseri. Ha pasado mucho tiempo.

Lieseri miró unos segundos a los ojos de Bill, miró el helado que estaba sobre la alfombra. —Ha pasado mucho tiempo, —repitió la oración de Bill. —Y seguimos aquí, con algunos pequeños cambios, pero seguimos aquí.

—Temporalmente, —añadió Bill.

—Sí, pero aún te quedan varios meses la obra está recién empezando, —respondió Lieseri mientras ingería una cucharada de helado.

Bill la miró y ella notó rápidamente que algo sucedía conocía perfectamente a Bill. Sabía leer sus miradas y expresiones. —¿Sucedo algo? —preguntó.

—Me ofrecieron un puesto en la junta.

—Es una gran noticia Bill ¡Felicidades!

Bill se quedó en silencio unos minutos, Lieseri se acercó a él. —Van a cambiarme, en unas semanas debo volver a Manchester—.

Lieseri no dijo ninguna palabra, miró fijamente sobre la alfombra y después a Bill, trató de sonreír, pero no pudo hacerlo.

—¿Cuándo te vas? —pregunto.

—Unos días después del cumpleaños de Virginia, —contestó. Prepararemos la tarta de arándanos, —añadió tratando de cortar la tristeza en el rostro de Lieseri.

—Estoy feliz, creo que mereces el ascenso.

—Esta vez nos vamos a despedir, —comentó Bill.

—No soy tan buena con las despedidas, —dijo Lieseri.

—Creo que el título, al peor despidiéndose, es mío, suelo dejar cartas.

Lieseri sonrió. —¡Sí, eres el peor! —contestó, se levantó y tomó el teléfono, lo había dejado en silencio al entrar a la junta y olvidó activar el sonido, notó que tenía varias llamadas perdidas de Joanne. —Qué raro, Joanne estuvo llamando insistentemente.

—Deberías llamarle, —dijo Bill, que guardaba el tarro de helado en el congelador.

Mientras Elizabeth conversaba con Virginia, Joanne hablaba con el doctor fuera de la habitación. se los podía ver a través de las ventanas de la habitación. Virginia pese a la conversación que sostenía con Elizabeth, no dejaba de ver a su hija.

—¿Es grave lo que tiene? —preguntó Joanne.

—La fibromialgia provoca malestar y dolor en todo el cuerpo. Las personas con fibromialgia suelen experimentar cansancio extremo o problemas para dormir, cambios de humor o dificultades con la memoria. El tratamiento puede ayudar a aliviar el dolor y a prevenir la agudización de los síntomas, pero no llegan a curarla. No tiene cura, pero puede ser tratada para que la paciente no sienta tanto dolor, por su edad es un poco complicada, pero puede ser tratada.

—Hay algo más doctor, me dijo que también le hicieron exámenes vasculares.

—En efecto, aún no tenemos los resultados de esos exámenes, en cuánto los tengamos le avisaremos, la paciente se quedará un par de días para ser examinada y desde ya está empezando el tratamiento.

—Gracias doctor, —respondió Joanne, su cara reflejaba temor y angustia.

—Si es tan amable de acompañarme, debe llenar unos documentos para algunos exámenes. —El doctor miró el rostro de Joanne. —¿Desea un calmante o alguna pastilla?

Joanne afirmó con la cabeza y acompañó al doctor por el pasillo.

Después de pasar la tarde jugando Harry y Quentin, se encontraban en la guarida de Harry quién le mostraba a Quentin un barco a escala que estaba armando.

—He pensado en que podemos llevarlo al río y ver que tan lejos navega, —comentó Harry.

Quentin tomó las instrucciones y empezó a echarles un vistazo. —Te falta pegamento, —comentó después de ver vacío el tarro de la cola de pegar. —Creo que tengo un poco en casa, sino podemos ir a comprar.

—¿Podemos ir a comprar y traer hamburguesas para cenar? —preguntó Harry.

—Ve por tu abrigo, vamos de compras, —dijo al final Quentin. Mientras Harry corría por las escaleras a gran velocidad, Quentin se dirigió a la sala de estar donde Lily se encontraba leyendo. —Queremos traer hamburguesas para la cena.

Lily miró a su hijo y sonrió. —Tengo un listado de cosas que pensaba ir mañana a comprar, ¿puedes comprarlas de paso? —preguntó.

—¡Claro que sí! Contestó Quentin.

Lily se puso de pie y caminó a la cocina, abrió uno de los cajones de la repisa y sacó un cuaderno, dónde solía anotar recetas y también notas de cosas que debía comprar. arrancó el trozo de papel dónde tenía anotado el listado y se lo dio a Quentin.

—¿Deseas hamburguesa o quieres que compre algo más? —preguntó Quentin.

—También comeré hamburguesas, asegúrate de que traigan pepinillos, —añadió Lily, en cuanto Harry apareció con un abrigo y una gorra roja de fútbol con el escudo del Manchester United.

—¡Estoy listo! podemos irnos—. A Harry le emocionaba cada plan que tenía con Quentin. Desde ir de pesca, salir a correr, armar volcanes, arreglar bicicletas, ir a comer hamburguesas, cada plan que tenga que ver con Quentin, era algo que disfrutaba. Y no es que quiera más a Quentin que Alisa, es más bien que todo niño admira y busca seguir los pasos de alguien. Al salir de casa de Lily, se dirigieron a un mercado cerca de la universidad, compraron golosinas y cada una de las cosas que estaba en la lista. —¿Podemos comprar jugo de sandía? —preguntó Harry.

—¡Claro! ¿Por qué no vas a ver un par de botellas mientras yo sigo buscando? —Miró en la lista. Shampoo y acondicionador para cabello rizado, —dijo Quentin. En cuanto buscaba la marca de shampoo y acondicionador, alguien chocó con un carrito de compras en la espalda de Quentin. —¡Pero que carajos! —expresó del susto.

Una mujer de cabellera claro, ojos verdes, de estatura promedio, no más de un metro setenta y cuatro, se dio la vuelta inmediatamente. —¡Disculpe! —dijo la mujer, que se quedó observando unos minutos a Quentin.

—¿Lorena? —preguntó Quentin, el rostro se le hacía un poco familiar.

—¡Sí! ¿Te conozco?

—Soy Quentin, Quentin Dahl, —respondió sorprendido de verla.

—¡No puedo creerlo! no te reconocí por la barba—. Lorena dio un abrazo a Quentin. —La última vez que nos vimos no la tenías.

—Sí, bueno, la última vez que nos vimos tenía quince años.

—Han pasado... ¿Cuánto? —preguntó —veinte años.

—Creo que sí, —respondió Lorena.

—¿Qué haces aquí? —preguntó. —Creí que estabas en España con tu madre.

—Y fue así, —respondió Lorena, moviendo su carro de compras a un costado para que las personas que se encontraban en el pasillo sigan su camino. —Mamá murió hace un par de años, —comentó.

—¡Oh lo lamento! —respondió Quentin.

—¡Sí, también yo! La vida es como dicen, agotable. En algún momento se acabará.

—¿Vienes para quedarte? —preguntó Quentin.

—Mi hermana se casa en una semana, y soy la madrina, —añadió Lorena.

—Dale mis felicidades a Patricia, —comentó Quentin, cuándo Harry apareció dejando las botellas sobre el carro de compras y miró a Lorena.

—¿Tú hijo? —preguntó mientras saludaba a Harry.

—No, de hecho es mi sobrino.

—Alisa tiene hijos.
—Bueno, sólo a él, —dijo mientras acariciaba la cabeza de Harry. —Qué bueno fue verte, —añadió Quentin.
—¿Quieres tomar un café? —preguntó Lorena antes que Quentin se marchara.
—¡Seguro! —sacó el teléfono y se lo dio. —Anota tu número y estaremos en contacto.
—Qué agradable sorpresa, —dijo al final Lorena, mientras Quentin se despidió con un abrazo y se marchó junto a Harry al pasillo de cajas.

Al caminar por el aparcamiento Harry no dejaba de ver a Quentin. —¿Cómo haces para hablar o salir con chicas muy lindas? —preguntó Harry, como si se tratase de una receta o plan secreto. —Lo haces sin nervios, cuándo se me acercan las niñas en la escuela mis manos sudan. ¿Qué se les dice?

—Pues hablas como lo haces con tus amigos, —contestó Quentin, mientras llevaba las bolsas de compras a la camioneta.
—Pero con mis amigos hablo de fútbol o ciencia. ¿A ellas eso les interesa? —pregunto.
—Encontrarás a quién les interese, cómo también niñas que te presten atención cuándo hablas emocionada sobre algo, ¡eso les gusta!, también habrá personas que te hablarán y serás tú el que escuche.
—Me dices que la clave es escuchar.
—No sólo es escuchar, es prestar atención a lo que tienen que decir, —dijo al final Quentin.

Subieron las compras a la cajuela de la camioneta y partieron rumbo a un McDonalds dónde comprarían seis combos de hamburguesas con panas y gaseosas.

Joanne compró un par de botellas de agua en una máquina de bebidas, metió un billete y recibió el cambio y las dos botellas. El teléfono sonó de repente, era Lieseri. Contestó angustiada y molesta. —¡Hasta que apareces! —expresó con molestia. —Mamá enfermó, Elizabeth me ayudó a traerla al hospital, debes venir inmediatamente, —dijo con tono muy tajante y luego colgó, volvió a la habitación y dio una de las botellas a Elizabeth.

—Se quedó dormida, —comentó Elizabeth, mientras sujetaba la botella de agua.
—Lieseri viene en camino.
—Todo estará bien, —dijo Elizabeth mientras abrazaba a Joanne.
—Tengo miedo, —expresó con lágrimas en los ojos.
—¡Oye! todo estará bien. —Elizabeth limpio las lágrimas sobre las mejillas de Joanne. —¿Qué te dijo el doctor? —preguntó Elizabeth.

Joanne la miró y miró a su madre. —Salgamos un momento, —musitó, no quería que su madre oyera.

Elizabeth se alarmó, caminaron fuera de la habitación. —¿Es grave? —preguntó asustada.

...

—No lo sé, al parecer tiene algo llamado fibromialgia, eso produce dolor en su cuerpo. Pero no tiene cura, pero es tratable para que no sienta tanto dolor.
—La llevaremos con especialistas.

—Le hicieron pruebas cardiovasculares, al parecer hay algo en su corazón que no anda bien.

Elizabeth abrazó a Joanne. —Todo estará bien, vamos a llevarla con varios especialistas, y haremos todo lo que podamos. ¡Estoy aquí para ti! —dijo al final, intentando consolarla.

Después de colgar la llamada, Lieseri perdió la cordura, se quedó unos segundos en silencio —¡¡¡Debo irme de aquí!!! —empezó a perder la cordura, esto alarmó a Bill.

—¿Sucedió algo malo? —preguntaba Bill, sin tener respuestas de Lieseri.

—¡¡Debo irme de aquí!! —repetía una y otra vez, mientras buscaba su bolso por el departamento.

Bill sujetó a Lieseri de los hombros. —¡Oye calma! —La abrazó fuertemente. Lieseri entró en razón. —¿Qué sucedió? —preguntó nuevamente Bill.

—Mi abuela, algo le pasó está en el hospital, —contestó Lieseri.

—Ven, vamos te llevó. Añadió Bill y ambos salieron deprisa en el auto de Bill, rumbo al hospital. Tomaron la avenida Clifton Blvd, Bill condujo lo más rápido que pudo en el camino, Lieseri tomó un aspecto pálido, mordía sus uñas y la mirada se perdió entre la ventanilla del carro. Bill lo notó inmediatamente. —¿Dijo algo más? —preguntó, intentando que Lieseri dijese algo, pero ella solo negó con la cabeza.

Después de recoger las hamburguesas, Quentin y Harry se dirigieron a casa de Lily, tomaron rumbo por la Arnsby Rd. Harry puso música a bajo volumen en el reproductor de sonido de la camioneta, mientras Quentin conducía, tomó una galleta de la bolsa que Harry llevaba en sus manos, miró lo distraído que lucía su sobrino, su mirada estaba fija en la ventanilla.

—¿Te sucede algo? Preguntó Quentin.

—Me encontré con Nelson, es uno de mis compañeros de la escuela, él hacía compras con su padre, —contestó Harry sin mirarlo.

—Nunca había oído hablar de él.

—Es porque no somos amigos, sólo se burló de mí.

—¿Qué te dijo?

—Que si había ido de compras con mi padre.

—Él sabe que no.

—¡Sí! —le interrumpió antes de que terminara la oración. —Todos saben que no tengo, —se quedó en silencio unos segundos.

—Por eso lo dijo. Por esa razón siempre me pregunta sobre mi papá.

Quentin se quedó unos segundos en silencio. — Harry, lamento que pases por esto, lamento que a temprana edad debas lidiar con idiotas que creen que herir física o verbalmente a otros los hará más "geniales". Me vas a mostrar dónde vive y hablaré con su padre.

—¡No lo hagas! —dijo firmemente Harry. —No puedes hacer eso, todos se burlarán de mí.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte? —preguntó Quentin.

—Nada, nadie puede hacer algo.

—No puedo quedarme tranquilo sabiendo que alguien vive atormentándote.

—Ya terminé la escuela, espero no ir al mismo colegio. ¡Eso ayudaría!

—¿Deseas entrar en clases de karate? —preguntó Quentin. Harry volteó a verlo de inmediato.

—¿Como Daniel San de Karate Kid?

—¡Sí! como Daniel Larusso.

—Eso ayudaría mucho.

Al llegar a casa encontraron a Alisa ya en casa, conversaba junto a Lily en la sala de estar, entraron por la puerta de la cocina y dejaron las compras sobre el mesón, las bolsas con las hamburguesas Harry las dejó en la mesa en el comedor. Mientras Harry ordenaba las compras y lavaba las verduras y las frutas. Quentin fue a saludar a Alisa.

—¡Que bueno verte aquí de nuevo! —dijo Alisa con sus brazos rodeando a Quentin.

—La comida está lista. ¿Vamos a comer? —preguntó Quentin.

Bill dejó Lieseri en la puerta de ingreso, en cuanto buscaba un lugar en el estacionamiento del hospital. —¡Ve! yo te alcanzó en unos segundos, —dijo, al dar vueltas por el aparcamiento hasta que un auto dejó un lugar libre.

Al entrar Lieseri corrió a recepción y preguntó desesperadamente por Virginia Becher. —¡Lieseri! —dijo Joanne al verla en la recepción. —¿Dónde estuviste todo el día? —preguntó cuándo apareció Bill.

—¿Cómo está Virginia?

—No respondas, —musitó molesta Joanne al ver a Bill. Caminaron por el pasillo en silencio a la habitación donde se encontraba Virginia, no era más de treinta metros, pero el silencio incómodo hizo que el pasillo se extendiera unos cinco kilómetros. —Está ahí, dormida, —dijo Joanne mientras veían por la ventana de la habitación. —Voy a ir a la cafetería con Elizabeth, —añadió y se marchó.

Lieseri la vio marcharse por el pasillo no dijo absolutamente nada, sólo miró cómo se fue, no habían sido unas semanas buenas para Joanne y Lieseri. Entraron a la habitación Lieseri se sentó sobre un sillón al costado derecho de su cama, y sujetó la mano de Virginia. Esta despertó unos segundos más tarde, al sentir el contacto de Lieseri. —¡Hija! —comentó con una sonrisa al ver a Lieseri con los ojos sollozos. —¡Estoy bien! cariño, no debes llorar. —Que gusto verte, —dijo también al ver a Bill junto a ella.

—¿Qué sucedió? —preguntó Bill.

—Estaba en casa hasta que empecé a sentir dolor en todo mi cuerpo.

—¿Lo ha sentido antes?

—¡Sí!, pensé que eran por los años que tengo, no vuelvo más joven, siempre fueron leves los dolores, esta vez fue un poco más fuerte.

Lieseri limpió las lágrimas de su rostro. —¿Han dicho algo los doctores? —preguntó

—Hablaron con Joanne, sé que me quedará un par de días y luego me darán de alta, —dijo Virginia al final.

Joanne se sentó junto a Elizabeth y no dijo ni una palabra su rostro fruncido se podía notar

su inconformidad al ver aparecer a Lieseri junto a Bill.

—¿Te pasó algo? preguntó Elizabeth.

Joanne la miró y no dijo ni una palabra.

—¿A quién viste? —preguntó nuevamente.

—A Bill... —Respondió. —Lieseri lo trajo, tal vez por eso no contestaba estaba con el tonto de Bill, —añadió fastidiada.

—Al parecer él será un gran problema en nuestras vidas, —comentó Elizabeth.

—No puedo decirle que se vaya, mamá lo adora. —Elizabeth tomó la mano de Joanne esperando que ella se calmara. —No sé qué le ven, yo lo detesto.

—¿Hablaste con Lieseri sobre lo que dijeron los doctores? —preguntó Elizabeth.

—No apenas los llevé a la habitación vine acá, —respondió Joanne mientras tomaba un poco de café.

—¡Vamos! Debes hablar con Lieseri ahora. Señaló Elizabeth poniéndose de pie. Joanne la miró un momento y exhaló.

—¡Bueno! ¡Vamos!

Al entrar a la habitación Joanne le hizo señas a Lieseri de que debían salir de la habitación.

—Voy a comprarte yogurt abuela, —comentó Lieseri. —¿Deseas algún sabor en especial? —pregunto.

—De durazno, —contestó. —Y unas galletas me vendrían bien, —añadió Virginia.

—Volvemos enseguida, —dijo al final Joanne y salió de la habitación junto a Lieseri.

—¿Cómo se siente? —preguntó Elizabeth.

—¡Estoy bien! —respondió con una sonrisa. —Y más ahora de tener la compañía de este muchacho. Lo conocí desde que era un niño, lo cuidé a él y a Lieseri, cuándo eran unos bebés y sus madres debían salir a trabajar. De niño peleaba muy seguido con Joanne por ver la televisión.

Elizabeth miró a Bill y miró con el cariño que él la veía. Recordó las palabras de Joanne. "Ella lo adora" eso era muy cierto unos cuantos minutos en la habitación le hizo darse cuenta que el profundo cariño que Virginia sentía por Bill, y por la forma en que él la miraba, se podía notar que el cariño era mutuo.

Bill sostuvo la mano de Virginia. —Cuando era niño solía esconderme en casa de Virginia siempre que mamá estaba molesta, ella preparaba comida y nos leía historias a Lieseri a mí. Fue a todas mis graduaciones en representación de mamá, que trabajaba todo el día. Me incluyó en cada reunión familiar y organizó cada uno de mis cumpleaños, —comentó mirando a Elizabeth. —Es mi segunda madre, siempre lo ha sido.

—Y tú, como un hijo, —respondió Virginia con una corta sonrisa.

Elizabeth los miró y pensó "que grave problema tenía Quentin", ¿cómo iba a batallar con esto?

—¿Y qué tal es tu vida en Manchester? —preguntó Elizabeth.

—Es mi lugar en el mundo, conocí personas increíbles, todas mis amistades están allá y mi madre. ¡Qué es lo más valioso que tengo ahora mismo!

—Cambiarías todo eso y mudarte a otro sitio, ¿cómo por ejemplo aquí?

—No, creo que no. Llega un punto en la vida de una persona en la cual encuentra su lugar en el mundo y sabes que es el lugar perfecto dónde siempre quisiste estar y tiras raíces.

—Tienes que venir a visitarme, muchacho, esta anciana el tiempo no le sobra, cada vez se acorta, —comentó Virginia. —No tiene que pedírmelo, vendré a verla, —contestó Bill.

Al salir de la habitación Lieseri y Joanne caminaron unos veinte pasos al final del pasillo, cerca de una máquina de golosinas y las escaleras que llevan a los demás pisos. Un cuadro de una cascada, y una maceta con lo que sería una planta de diente de León adornaban la enorme pared blanca que además de cuadro tenía pegado pancartas con información y mapas de las diferentes áreas del hospital.

—¿Qué te dijeron los doctores? —preguntó Lieseri.

—Al parecer algo llamado Fibromialgia, que no tiene cura por cierto, —contestó Joanne. — Pero tiene tratamiento para que no sienta tanto dolor.

—¿Por qué nunca notamos que la abuela no estaba bien? —se preguntó a sí misma.

—Nunca nos lo dijo, —respondió Joanne. — No le gusta la idea de preocuparnos. También le hicieron las pruebas cardiovasculares, creo que algo no anda bien.

—¿Cuándo estarán listas las pruebas? —preguntó Lieseri.

—Tal vez mañana, yo me quedaré esta noche aquí.

—Me quedo contigo, —señaló Lieseri.

—No, mañana debes trabajar, —contestó. — Ya puedes decirle a Bill que te lleve a casa. — Lo dijo insinuando que algo pasaba entre Lieseri y Bill.

—¿Qué tratas de decir? —preguntó Lieseri.

—No respondes las llamadas cuándo más te necesitamos y cuando apareces lo haces acompañada de él, es claro el por qué no contestabas, —respondió Joanne.

Lieseri clavó una mirada fría a Joanne que hubiese congelado el infierno mismo. —Lo puse en silencio porque estaba en una reunión, después si fuimos a comer y cuándo vi el teléfono, vi las llamadas perdidas y te llamé enseguida, —vociferó muy molesta. — No sé qué es lo que esté pasando por tu mente, pero deja en paz mi vida privada.

—Me quedaré con mama, —señaló cortantemente. —Tú ya puedes irte a casa, —añadió al final y caminó de vuelta a la habitación dejando a Lieseri sola en el pasillo.

Después de terminar con las hamburguesas Quentin se quedó lavando los trastes que fueron utilizados con compañía de Lily, secaba con un trapo blanco de algodón cada uno de los platos y los guardaba sobre la repisa. Miraba por la ventana el patio iluminado.

—Espero algún día tener un hogar y al ver el patio ver a niños jugar, —comentó Quentin.

—Pasará pronto, —contestó Lily.

—Y qué pasa si no, —preguntó Quentin mientras sacaba sus manos.

—La vida siempre termina brindándonos lo mejor que tiene. ¿Cuándo? ese es el misterio,

nunca sabemos cuándo es el tiempo correcto, hasta que lo estamos viviendo, —añadió Lily.

Quentin miró a su madre. —La vida ya me brindó lo mejor que tiene al dejarme ser tu hijo. Ya no me debe nada, —respondió.

Lily abrazó a su hijo.

EL GUARDAPELO

Tres días antes del cumpleaños.

—¡El desayuno está listo! —vociferó Joanne desde la cocina, era un sábado por la mañana, eran las últimas semanas de otoño, los vientos helados soplaban en todas direcciones, el patio de la casa estaba completo de hojas secas, después de salir del hospital a Virginia se le recomendó descanso por sus problemas cardíacos y la fibromialgia. Así que tenía prohibido salir a limpiar el patio, la casa o cualquier actividad que requiera algún mínimo de esfuerzo físico. Joanne pasaba gran parte del día centrada en sus inversiones, el proyecto Tremp y tratar de brindarle tiempo a Elizabeth. Por otra parte, Lieseri ocupaba la mayor parte del día en clases, sus funciones como secretaria de la fundación y la construcción del albergue y el asilo. Eso las llevó a contratar una persona que ayudará en casa a Virginia y sobre todo que esté pendiente de tomar los medicamentos. Una joven de veinte y tres años de edad que provenía de Perú, llamada Frida fue la elegida para trabajar de lunes a viernes en casa de las Becher. Lieseri y Joanne se turnaron los días de fin de semana para hacer los quehaceres de la casa. Joanne preparó tostadas francesas y las bañó con Nutella y rodajas de banana. Lieseri ayudó a bajar a Virginia y se sentaron en la mesa.

—Seremos cuatro, —pronunció Virginia, cuándo en cuestión de segundos, cómo si hubiese adivinado el timbre de la casa sonó en dos ocasiones.

—¿Quién viene? —preguntó Joanne, mientras Lieseri se puso de pie y caminó a ver quién había tocado el timbre.

—Invité a Bill, —contestó Virginia. —Se irá en pocos días y quiero aprovechar el tiempo que le queda aquí para verlo, —añadió ante la mueca de desagrado de Joanne.

Lo único de haber escuchado el nombre de Bill en la oración de su madre, fueron las palabras de "Se irá en pocos días". Pensó que no faltaba mucho para tener que verlo en su casa, el bar o junto a Lieseri. Todo volverá a ser como al principio, pensó.

Al llegar a la puerta principal Lieseri llevaba el cabello un poco despeinado, cómo si un huracán hubiese pasado por su habitación mientras ella dormía, cómo lo tienes después de rodar varios metros cuesta abajo, con la única excepción que no encontraría pasto en su cuero cabelludo. Llevaba un pijama rosa de la sirenita. Después de abrir la puerta, miró a Bill. Estaba peinado, perfumado y se veía decente.

—¿Qué haces aquí? —preguntó mientras intentaba acomodarse el cabello.

—Virginia me ha pedido que venga a visitarla, —contestó Bill. —¿Dormiste bien? —preguntó en tono burlesco mientras veía a Lieseri. —Lindo pijama, —añadió.

Lieseri tomó uno de los abrigos que estaban colgados detrás de la puerta. —No te burles de mi pijama, —advirtió con su dedo índice. —Debiste decirme que vendrías, —dijo mientras quitaba las lagañas de sus ojos.

—Te he visto así antes, —comentó. —Es como si tuvieses peleas con tus almohadas cada vez que vas a dormir.

—¡Cállate y pasa! —dijo al final y caminaron hasta la mesa del comedor, mientras Joanne servía otro plato de Waffles con chocolate. Virginia intentó ponerse de pie, para saludar a Bill.

—No se mueva, yo iré a usted, —dijo Bill mientras quitaba una silla y se agachaba para abrazar a Virginia.

—Que gusto verte, hijo.

Virginia acarició las mejillas de Bill, con sus arrugadas manos.

Bill tomó la mano de Virginia y las besó. — El gusto es mío, —dijo mientras le daba otro abrazo.

—Ni modo te tocó sin bananas, —dijo Joanne, mientras dejaba un plato de waffles en el asiento de Bill. —No sabíamos que vendrías, —añadió.

—Yo no lo sabía hasta ayer por la noche que Virginia me invitó a pasar el día aquí, —contestó Bill.

—Así que pasarás el día aquí, será un largo día, —comentó Joanne.

Lieseri cerró el cierre del abrigo que se colocó encima de su pijama. Pasó su mano por la cabeza llevando el cabello por detrás de su oreja, bebió un poco del café con leche que tenía en frente de ella. —Al menos no tendrás que cocinar hoy, —comentó Lieseri. —Estoy segura de que Bill querrá preparar la comida.

—Creo que es la primera vez que me alegra que estes aquí, —dijo Joanne.

—Joanne alegrándose de verme, —contestó Bill. —¿Acaso es este el fin del mundo? —pregunto irónicamente.

—Bill no cocinará es nuestro invitado, —advirtió Virginia. —Acaso no siempre dices que es como si fuese de la familia, —contesto Joanne, con tono sarcástico.

—Yo cocinaré, —afirmó Bill y será lo mejor que haya comido en un largo tiempo. —Lo dijo muy seguro.

Joanne hundió su mirada, no había palabra o oración que saliera de la boca de Bill que no molestara a Joanne. Pero no había mucho que pudiese hacer, Bill sacaba una sonrisa a Virginia que ni Lieseri ni ella podían sacar. Es que todos tenemos una sonrisa diferente para cada persona en el mundo, pensó. Y es eso muy cierto, a cada persona la vemos de una manera distinta, los apreciamos o queremos de una forma desemejante. Y es que todos creamos diferentes sentimientos ante una persona. Miró la sonrisa de su madre, y aunque odiaba el hecho de tener que soportar a Bill todo el día en casa, lo haría con tal de sostener esa sonrisa en el rostro de su madre Ya lo dije, será un largo día, —musitó tan despacio que sólo Lieseri pudo escucharlo al estar a su costado izquierdo.

Lieseri tomó el teléfono y escribió «lo siento no podré ir hoy, me quedaré a cuidar a la abuela. Espero que tengas un gran día, besos». Pensó unos segundos y borró «besos» y escribió

«tq» era una forma reducida de escribir «te quiero», y lo envió a Quentin. Silenció el teléfono y lo dejó boca abajo sobre la mesa mientras cortaba un trozo del waffle y lo dirigía a su boca.

Quentin, despertó unos segundos después de que su teléfono sonará. «Mensaje nuevo de Lieseri». Quentin frotó su rostro con la palma de sus manos, estiró sus brazos como quien piensa dar un abrazo. Se sentó sobre su cama, bebió un poco de agua de una botella de vidrio que siempre deja en su velador para beber su medicamento antes de dormir. Tomó el teléfono y leyó el mensaje de Lieseri. «No podía verlo» era lo que en resumen decía, ¿qué haré hoy? se preguntó, de inmediato. Quentin era un tipo de rutinas, planeaba que haría cada día de su vida en una agenda que guardaba siempre sobre el cajón del velador color marrón. Había apartado el día entero para pasarlo con Lieseri, las semanas habían sido difíciles para ella, por la salud de su abuela. Se levantó y caminó a la ducha, puso algo de música. Abrió la llave de la ducha, caminó por un par de calzoncillos y una camiseta blanca de cuello V, entró a la ducha que por el agua caliente que caía sobre el piso de la regadera del baño se llenó de vapor, era un día frío de esos que no quieres salir de la cama, o de la ducha, terminó de ducharse. Salió, cepilló sus dientes, disminuyó el volumen de su barba, miró su borroso reflejo en el espejo humedecido del baño y pensó que le vendría bien un cambio. Abrió el cajón de la izquierda, sacó el espumante de afeitar y lo colocó sobre sus mejillas, y afeitó su barba dejando un bigote, pensó en darle el aspecto de un perfecto mostacho, pero decidió dejarlo tal como estaba. Mientras terminaba su desayuno, bebía su café y leía las noticias en el teléfono. Llegó a la conclusión de que tal vez era buena idea visitar a Lieseri y pasar el día con ella. Miró la hora en el reloj de su mano izquierda eran las once menos quince del mediodía. Sí iré debo apurarme, pensó. Se vistió con pantalones jeans oscuros, unas botas negras, dejó la camiseta blanca por debajo y se colocó un suéter color gris claro, se colocó loción y salió rumbo a casa de Lieseri.

había

- ¡Frida hará que suba de peso! —expresó Virginia mientras veía a Bill preparar lasaña.
- La otra tarde preparó algo llamado "ají de gallina". Delicioso, completamente delicioso.
- Es la chica que cuida a la abuela de lunes a viernes, —comento Lieseri.
- Es una adoración de muchacha, —agregó Virginia. —Luego preparó unos churros españoles. —Hace que la extrañe los fines de semana.
- ¿Cómo competir con eso? —preguntó Bill, mientras cortaba las cebollas que lo hicieron llorar unos segundos.
- Debes meter las cebollas en agua, —agregó Virginia.
- ¿Te lo dijo Frida? —preguntó Lieseri.
- Esa muchacha es una adoración, —recalcó Virginia.

Lieseri empezó a reír sin parar. Mientras los tres lo pasaban de lo más a gusto en la cocina, Joanne revisaba el correo en el ordenador, desde la sala de estar. El timbre sonó en dos ocasiones. —¡Yo voy! —vociferó, mientras caminaba a la puerta, Lieseri se asomó al pasillo. — Seguramente es Elizabeth la he invitado, —agregó Joanne.

Lieseri regresó a la cocina. Al abrir la puerta se encontró con Quentin parado en frente de ella. — Qué sorpresa, —comentó con un abrazo amistoso. —Lieseri te ha llamado, seguro — dijo.

—En realidad me invité solo, espero no ser una molestia, —respondió Quentin.

—Molestia no, pero sí que es una sorpresa.

—Señaló, —pero pasa, de seguro Lieseri se sorprenderá de verte, —dijo dándole paso a Quentin. —Acompáñame están todos en la cocina.

Al regresar del pasillo, Lieseri dijo. Seguramente es Elizabeth. Tomó una cuchara y probó el ragú de Bill. Tiene buena pinta, al parecer amaremos la lasaña de Bill, —comentó.

—Te dije que he mejorado, —respondió Bill, mientras Lieseri intentaba ayudar a Bill.

Joanne entró diciendo. —Las sorpresas continúan. —Lieseri miró a Quentin en la cocina junto a Joanne. (¡Mierda!) pensó.

—Bonito bigote, —comentó Virginia.

—Que gusto verla, —contestó Quentin. — Espero que se encuentre mejor, —dijo tomando su mano.

—Aún le quedan unos años a esta anciana, muchacho, —respondió Virginia.

La sonrisa de Bill se borró completamente de su rostro, estar cerca del hombre el cuál ahora hacía feliz a Lieseri no era precisamente lo que esperaba al venir a casa de Virginia.

—Que sorpresa, —señaló Lieseri mientras abrazaba a Quentin. Caminaron juntos por el pasillo, rumbo a la sala de estar.

Joanne miró todo expectante, esperando el saludo entre Bill y Quentin. Pero ninguno lo hizo, se ignoraron por completo. Unos segundos después el timbre volvió a sonar. —Esa si es Elizabeth, —dijo al final y desapareció de la cocina.

Bill ignoró por completo la escena y siguió preparando la lasaña. Virginia miró fijamente a Bill, si ella pudiese tomar decisiones sobre la vida de su nieta sin pensarlo los pondría de nuevo juntos. Quentin no le parecía un mal hombre, pero lo tenía claro ante sus ojos Bill era el indicado.

Joanne salió de casa, Elizabeth estaba junto al pórtico. Vamos a ir por vino. Comentó mientras sujetaba el brazo de Elizabeth.

Elizabeth no entendió nada, apenas pudo reaccionar ante la salida repentina de Joanne.

—¿Todo bien? —preguntó.

—¡Sí! —contestó de inmediato. Abrió la puerta del auto de Elizabeth y se sentó en el asiento del copiloto.

—¿A dónde vamos? —preguntó Elizabeth.

—Por vino, —repitió Joanne. Elizabeth encendió el coche y se dirigió al mercado más cercano.

—Sigo sin entender, —comentó a mitad de camino.

—Resulta que la abuela invitó a Bill a pasar el día con nosotras y Quentin acaba de aparecer de la nada, —respondió Joanne. —Lieseri tenía una cara, necesitará vino al finalizar el día, y se nos terminó ayer. Hoy tendrá un largo e incómodo día.

—La otra noche Bill apareció en el bar y Quentin se acercó y hablaron, —comentó Elizabeth.

—¿De qué hablaron? —preguntó Joanne.

—No me dijo nada, —respondió al final Elizabeth. Joanne se estacionó en el aparcamiento del ala este del marker.

—¿Cómo iba a saber que la conversación de Quentin y Bill era importante? —preguntó Elizabeth, que caminaba casi corriendo para seguir el paso de Joanne.

Joanne se detuvo y la miró molesta unos segundos. —Son Bill y Quentin, no son tu cocinero y el señor que entrega las carnes, —respondió tajantemente. —¿Habrán discutido? —se preguntó a sí misma.

—Creo que lo que suceda ahí, no es cuestión de nosotros.

—Es mi sobrina, es obvio que también es asunto mío.

—Además, Bill se irá pronto, —añadió Elizabeth. Esa es una gran noticia para todos. Dijo como si Bill fuese culpable de todo lo malo que sucedía en Nottingham o en el mundo.

—Sí, se irá pronto, —repitió Joanne.

—Que sorpresa fue verte, —dijo Lieseri mientras caminaba en compañía de Quentin por el patio trasero.

—Espero no haber sido imprudente, quería verte y si ibas a cuidar a tu abuela, creí que sería un buen detalle que viniese a hacerte compañía, —respondió Quentin.

Lieseri miró a Quentin. —Creo que debemos comunicarnos un poco más—. Se sentó en una banca, cerca de unas enormes macetas con plantas de lavanda. —Creo que debiste avisarme que vendrías, —comentó buscando las palabras más precisas para no herir. —Me alegra verte, pero siempre avísame, porque odio las sorpresas, —añadió al final.

Quentin pensó que haber ido, fue probablemente una terrible idea. —No quería incomodarte, lo siento—. Se paró y caminó por el pasillo de vuelta a la camioneta. Miró por la ventana y veía a Bill hablar de lo más agusto y riendo con Virginia. Se subió a la camioneta y se marchó.

Al llegar a casa Joanne y Elizabeth alcanzaron a ver como se marchaba Quentin. Se bajaron del auto y mientras Elizabeth llevaba las compras a la cocina. Joanne subió inmediatamente a la habitación de Lieseri, la encontró acostada boca abajo abrazando su almohada rosa, que conservaba desde que era una niña. La miró y recordó los primeros años del instituto cuándo Lieseri llegaba de tener un mal día o haber ido mal en un examen. Recordó las veces que tuvo alguna pelea con Bill y solo llegaba y se echaba boca abajo en su cama a esperar que el tiempo solo pase y la vida solo exista. Se sentó a su costado y acarició su cabeza, como lo hacía cuando era niña.

—¿Han discutido? —preguntó Joanne. Lieseri negó con la cabeza sin decir ninguna palabra en lo absoluto. Se tomó unos segundos para decir.

—Creo que fui grosera.

—No sabías que vendría, —dijo Joanne, a lo que respondió Lieseri con una negación. —¿Le has dicho que odias las sorpresas? —preguntó Nuevamente.

—Creo que lo he olvidado, —contestó Lieseri.

—¿Sabes entonces que no ha tenido la intención de molestarte?

—Lo sé, pero prácticamente lo he echado, —respondió

—Lo entenderá, hablando se entienden las personas, —dijo mientras masajeaba su cabeza. —Sólo dile todo aquello que no te gusta, así lo tendrá en cuenta.

Virginia saludó con un enorme abrazo a Elizabeth. —Que gusto verte aquí, hija, —comentó Virginia.

—El gusto siempre es mío, —respondió Elizabeth mientras guardaba en el estante de cocina algunas de las compras. —¿Qué huele tan delicioso? —preguntó.

—Bill nos está preparando lasaña, —contestó Virginia.

—No sabía que cocinabas, —comentó Elizabeth.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí.

Elizabeth sonrió, todo lo que sabía de Bill era lo que Joanne le habría contado, así que no tenía buenas expectativas de él. —Creo que no, —respondió mientras limpiaba sus manos con un trapo de cocina.

Al salir de la casa Lieseri Quentin decidió ir a visitar a Harry, llegó y entró por la puerta trasera, pensó que estaría armando el barco a escala que le habían regalado, entró y lo encontró pegándole pegatinas a los costados. —Sabía que no ibas a esperarme para empezar a armarlo.

—Lo siento, no sabía si vendrías, —contestó Harry, quien abrazó apenas miró a su tío entrar.

—Tampoco sabía si podría, —contestó Quentin.

—Ya que estás aquí, ¿por qué no me ayudas a pintar? —sugirió Harry.

Quentin buscó entre la mesa colores y una brocha pequeña. De Repente Lily apareció con un vaso de leche y galletas. —Qué sorpresa, no sabía que habías llegado, —comentó Lily al ver a su hijo en la guarida de Harry. —Deseas algo de comer. ¿Has comido ya? —preguntó Lily.

—Desayuné tarde, —respondió Quentin.

—Eso no es suficiente, —indicó su madre. —Ven te prepararé algo mientras Harry termina de armar su juguete.

—No es un juguete, —señaló Harry mientras Quentin y Lily caminaban hacia la cocina.

—Esto está delicioso, —comentó Elizabeth, mientras saboreaba extasiada la lasaña de Bill.

—Nada mal, —agregó Joanne, que preferiría ver caerse el mundo antes que dar un cumplido a Bill.

—Que no la hayas criticado ya es un logro, —respondió Bill, que tenía sin cuidado los comentarios de Joanne.

—¿Estás bien? —preguntó Virginia a Lieseri, al notarla callada en la mesa.

—Tengo dolores de cabeza, pero ya no tomé algo, —contestó Lieseri, mientras intentaba comer algo.

—¿Cuántos años cumplirá? —preguntó Elizabeth.

—Sesenta y nueve años, —respondió Virginia.

—¿Qué es lo más raro que ha vivido en todo este tiempo? —preguntó Elizabeth.

—Todo lo nuevo empieza siendo raro, —contestó. —Pero después de ello te acostumbras. La vida después de todo es eso, inigualable, —dijo al final.

—Yo hubiese disfrutado mucho los años setenta, —comentó Joanne.

—Y lo hice, —respondió Virginia. —El baile, la música, los parques de diversiones, —miró unos segundos a la nada. La vida es sencilla cuándo eres un adolescente. —Comentó. —Claro

que existen ciertos momentos tristes, parejas o amigos. Pero los errores que cometes antes de los dieciocho son resueltos por tus padres, o debería ser así. Los errores que cometes al salir de casa, llegan a ser puntos de partida de grandes baches a lo largo de nuestra vida. Lo más irónico de todo es que es justamente después de salir de casa cuando más erramos.

Bill pensó en el momento en que dejó la carta en la cama de Lieseri. «Será ese el error más grande de mi vida» se preguntó. Miró a Lieseri que lo observaba y sus miradas se chocaron unos segundos hasta que no pudieron aguantar el uno la mirada del otro.

Mientras Lily terminaba de freír carne en la estufa. Quentin abría una lata de duraznos para licuarlos y preparar jugo.

—¿Y esta maleta? —preguntó después de observar la mochila de Harry llena de ropa.

—Harry se irá a dormir a casa de Kevin, —respondió Lily.

Seis de octubre, ocho horas antes del cumpleaños.

La mañana del sábado Lieseri despertó temprano, pasó algo de tiempo calificando exámenes, se sentó en el escritorio frente a una ventana, su vista daba a un pequeño parque ubicado detrás de la casa. Se distrajo mirando a una pareja de niños jugar en los columpios, recordó de pronto su niñez. Se recordó a sí misma y a Bill jugando en un pequeño lote vacío detrás de la casa de su madre. Ella y Bill solían jugar en barril de lata que habían abandonado en el lugar, se metían dentro y rodaban, hacían turnos para uno empujar al otro. Cuando iban en primer año de primaria en las olimpiadas escolares, por decisión del azar a Bill y a Lieseri les tocó el mismo número, el "siete". Al verlo se emocionó, qué probabilidad había de que les tocara el mismo número. Recordó, también, el cómo los demás niños molestaban a Bill y él soportaba las burlas porque él decidió quedarse en el recreo a su lado y no ir a jugar pelota con los demás. Bill siempre cuidó de Lieseri. Recordó las veces que se escaparon juntos para ir a fiestas en la preparatoria, y la vez que se escaparon en el viaje de fin de curso en el instituto, porque Lieseri quería caminar y ver el amanecer sentada en la arena frente al mar, recordó cada una de las cosas que vivió con Bill a lo largo de la vida. Recordó solo las buenas, porque no era momento para desempolvar sus errores del baúl. Miró a los niños jugar, el uno se bajó del columpio para empujar a la niña por la espalda, porque sus pies no podían tocar el suelo y no podía hacerlo por sí misma. Sonrió, cerró su ordenador, miró la hora en reloj segundero, redondo de color blanco que tenía colgado en la pared, cerca de un cuadro de la cabeza de una vaca pintado en un sin número de colores. Es tarde, musitó. Caminó al vestidor, tomó unos pantaloncillos de mezclilla, acampanados, y una camiseta blanca con la torre Eiffel, dibujada en color negro en la mitad. Dejó la ropa, en un pequeño sofá en el vestidor y se dirigió a la ducha. Después de veinte minutos salió y se alistó, en quince minutos Quentin pasaría por ella, para ir a retirar y comprar algunas de las cosas que necesitaba para la noche. Bajó apurada, Joanne y Virginia se encontraban ya en la mesa desayunando granola con yogurt de fresa, y rodajas de manzana.

—¡Buenos Días! —comentó al entrar por la puerta de la cocina. —Feliz cumpleaños, te amo, —dijo mientras abrazaba y besaba las mejillas de Virginia.

—Gracias, cariño, —respondió con una enorme sonrisa.

—He invitado a los Creston, —dijo Joanne. —Son amables siempre con nosotros.

—¿No piensas comer? —preguntó Virginia a Lieseri.

—Es tarde, en unos minutos Quentin vendrá a verme, —respondió en cuanto servía café en una taza. Se sentó junto a Virginia en la mesa. —Iré a retirar las cosas y comprar la carne para la noche. Vendrá la familia de Quentin, —añadió.

El timbre sonó unos segundos después de que Lieseri terminara su oración, bebió en un trago lo que sobraba de café en su taza.

—Debo irme, —indicó mientras besaba la frente de Virginia. ¿A qué hora vuelves de la peluquería? —preguntó.

—Bill, no debe demorar, —contestó Virginia.

—¿Bill? —preguntó Lieseri.

—Mi madre le pidió que la acompañase, yo debo retirar algunas cosas por la tarde. Respondió Joanne.

—Bueno, salúdame a Bill, —dijo al final y se marchó. Antes de abrir la puerta tomó un abrigo del colgador detrás de la puerta y se lo colocó rodeándolo sobre sus hombros.

Abrió la puerta. —¡H...hola! —dijo tartamudeando. Claramente no era Quentin quién había tocado el timbre, era Bill.

—Hola, —respondió. —Vengo por la cumpleaños. Comentó ante el silencio de Lieseri.

—Pasa, está en el comedor, —dijo con tono suave, casi musitando, como si estuviese en la mitad de una reunión o dentro de una biblioteca y el silencio es lo que se prima.

Bill notó el aspecto de Lieseri, no era normal o común en ella. Pensó en preguntar, pero sólo siguió camino directo al comedor. Respondió con una sonrisa antes de marcharse. Después de unos segundos de quedarse congelada en la puerta, Bill miró atrás y vio a Lieseri, vio también el sonido de una camioneta llegar y pararse fuera de la casa, Lieseri cerró la puerta.

Él miró por la ventana, entre la borrosa imagen a través de las cortinas como Lieseri se subía en una camioneta y se marchaba. Miró como aquel que ve perder entre el río su barco de papel favorito, con nostalgia. Como un anciano ve pasar sus últimos momentos felices antes de partir. Caminó al comedor.

—¡Feliz cumpleaños a ti, feliz cumpleaños a ti! —entró cantando por la puerta. —Feliz cumpleaños querida Virginia, feliz cumpleaños a ti.

Virginia se puso de pie y abrazó fuertemente por unos largos segundos a Bill. —Gracias, hijo, —agradeció con una mirada llena de lágrimas, pero no aquellas que aparecen cuándo el mundo se te desmorona, aquellas otras, cuándo la vida te regala lo mejor que tiene y te cautiva el alma.

—Hoy será un gran día, y nosotros nos encargaremos de que eso sea posible, —respondió Bill.

—¿Ya comiste, hijo? —preguntó Virginia, por alguna razón llega una edad en las personas en que preguntar si ya comieron es igual de importante de saber si están bien o mal, después de todo, la vida es ligeramente más sencilla con el estómago lleno.

—Sí, me levanté temprano por alguna razón, —respondió Bill. —Joanne, —saludó Bill

—Bill, —respondió Joanne quién miró ser feliz a Virginia, y aunque la presencia de Bill no le agradaba en lo absoluto, debía reconocer que él tenía un don, o una cualidad que ninguna otra persona en el mundo vio tener. La forma en que Virginia sonreía cuando él estaba cerca. Era una mirada de madre, de eso estaba segura, pero diferente a como veía a Lieseri, María, inclusive ella misma. —Yo me tengo que ir, —dijo mientras se levantaba de la mesa.

Al salir de casa Lieseri se quedó unos segundos en el pórtico, aún podía oler el aroma de Bill, se quedó unos segundos congelada hasta que la camioneta de Quentin se estacionó a unos metros de ella. Reaccionó de inmediato, cerró la puerta y caminó en dirección a la vieja Ford. Abrió la puerta y se subió a ella. —Buenos días, —saludó mientras cerraba la puerta.

Quentin estiró su mano, una bolsa que dentro contenía una hamburguesa con aros de cebolla y patatas fritas. —Estoy casi seguro que aún no has desayunado, —comentó.

—Se me ha hecho tarde, —respondió Lieseri, miró dentro de la bolsa y sacó la hamburguesa que aún estaba tibia. —Gracias, gracias, —dijo en repentinas ocasiones en cuanto mordía un trozo de ella. —Iremos a ver que puedo comprarle.

—Has pensado en qué darle, —preguntó Quentin mientras conducía.

—No, estoy en cero, —contestó con tono frustrante y la boca llena de comida. Aunque quiero llevarle de viaje, —dijo inmediatamente como si fuese algo que llevaba pensando hace mucho tiempo.

—Es un buen regalo, ¿sabes dónde llevarla?

—No, —dijo nuevamente y su aspecto frustrante volvió inmediatamente.

—Roma sería un buen lugar, —sugirió Quentin.

—¿Roma? —preguntó. —¿Qué hay de especial en Roma?

—Pues está en el Vaticano, por ejemplo, museos, está, también ... hm... —pensó unos segundos intentando decir algo más que no fuese pizza. —Esta la pizza.

—Tal vez París, —contestó Lieseri, mientras comía patatas de la bolsa.

—Sí, París, también es una gran opción.

Lieseri se quedó pensando unos minutos, tal vez Bill sabría que darle, si Bill debía tener un don, era el de saber que obsequiar a las personas, tal vez las conocía lo suficiente o prestaba atención a las pequeñas cosas. Recordó uno de sus tantos cumpleaños, uno de sus sueños era tener un walkman para reproducir los casetes que Maria le compraba, así evitaba estar todos los días en la sala de estar para poder escuchar algo de música. En el cumpleaños décimo cuarto de Lieseri, encontró un walkman amarillo con un casete dentro de la banda "The Smiths" y una nota que decía, «disfruta mucho de tus noches viendo por la ventana las estrellas». Recordó también el cumpleaños de Derek, uno de los chicos que iba al instituto junto a ella y Bill, obsequió una entrada a la final de una competición de fútbol de su equipo favorito. Siempre se fijaba en los detalles más pequeños, sabía que color era su favorito, y si el color cambiaba si se hablaba de ropa de vestir, sabía cuál era el aroma indicado y que comidas sí y cuáles no. Miraba detenidamente a cada persona, tal vez él sí sabría qué regalar a Virginia.

—Le compraré suéteres, —dijo en voz baja.

—¿Suéteres? —preguntó Quentin ante el brusco cambio de un boleto de avión a un suéter

que probablemente uno es navideño, porque diciembre estaba a la vuelta de la esquina.

—Sí, suéter, —recalcó. —Hace frío y siento que los necesita, —respondió segura de que ese sería el regalo.

—Entonces serán suéteres, —afirmó Quentin, quién pensó que tal vez Lieseri sería de este tipo de personas que regala calcetines o calzoncillos en navidad.

Siete horas antes del cumpleaños.

Bill esperaba sentado en un sillón de color negro, junto a él dos niñas esperaban a su madre que se encontraba sentada al costado de Virginia, tenía en la cabeza una especie de casco, le vino a la mente la imagen de la silla eléctrica, un tipo de pena que fue muy utilizado en los años cuarenta. Tomó una de las revistas de la mesa frente al sillón, echó un vistazo a todas, ninguna era de la fecha actual, todas eran de varios meses atrás, algunas incluso eran de algunos años antes.

—¿Por qué usan eso en la cabeza?—preguntó una de las niñas a Bill.

Él la miró. —No lo sé. Tal vez eso limpia el cabello, —contestó.

—No sería mejor lavarlo, —añadió la niña.

—Sí, sería mejor, —repitió, tal vez no lo lava pensó, tal vez eso lo seca. —Creo que se está secando, —dijo con tanta seguridad, como si supiera para que servía.

—¿Usted también lo usa? —pregunto nuevamente la niña.

—No, los hombres no usamos eso, —respondió.

—¿Porqué?

—No lo sé, —contestó, pensó en lo curioso que es no poder responder cosas tan simples.

El teléfono de Bill sonó de inmediato, casi como salvándolo de las preguntas de aquella niña.

—Hola, —respondió solo unos segundos después de que sonara.

—Bill, no me has llamado, —dijo Rebecca inmediatamente.

—Han sido días un poco atareados, en una semana estaré allá, —respondió. —Tenemos algunas cosas que hablar, —añadió.

Después de lavar los trastes utilizados en el desayuno Joanne, fue a su recamara y se duchó, no duró más de quince minutos en la ducha. Elizabeth ya esperaba en el auto, fuera de la casa. Se puso lo primero que encontró en su vestidor y trató de secar su cabello inmediatamente con la secadora. Bajó unos minutos atrasada, entró velozmente al auto, se podía escuchar la agitación en su respiración. —Disculpa la demora, —dijo después de saludar a Elizabeth con un beso.

—No te preocupes, también desperté algo tarde, —contestó Elizabeth.

—No desperté tarde, —comentó. —Después de que mi madre se fuera con Bill me entretuve leyendo noticias en el móvil.

—Me pasa en las noches antes de dormir, —dijo Elizabeth mientras conducía. —La otra

noche entré a facebook y habían pasado tres horas en un suspiro.

—Necesito poner horario para tomar el teléfono y ver redes sociales, —agrego Joanne.

—¿Dónde iremos? —preguntó Elizabeth.

—Primero debemos ir a la agencia de viajes, debemos congelar el viaje por ahora—. Elizabeth se notaba un poco triste por la cancelación del viaje, aunque entendía completamente el por qué lo había puesto en pausa, —lo haremos pronto, te lo prometo, —dijo Joanne sujetando su mano.

—Sí, lo entiendo, —respondió Elizabeth. —Estamos juntas en esto y en todo. Ahora debemos cuidar a tu madre y lo haremos juntas, —dijo con una sonrisa.

Joanne la miró como si hubiese encontrado el tesoro más grande del mundo. Besó su mejilla. —Te quiero, —musitó cerca de su rostro.

- ¿Puedo salir al parque? —preguntó Harry, mientras Lily preparaba un bife stroganoff.
—Pero debes estar aquí antes de la hora de la comida, —respondió Lily.
—Estaré aquí cinco minutos antes de que la mesa esté servida.

Vociferó Harry en cuanto salía por la puerta de la cocina al patio trasero, desencadenó la bicicleta y salió, al pasar por detrás de su casa se percató la mudanza de nuevas personas, en la que antes era la casa de Steve, uno de sus compañeros que iban en la primaria Nottingham, seguramente se mudó ya a Escocia, pensó, unas semanas antes Steve había pasado la voz de que se mudaría de Nottingham, nadie a excepción de Martha le creyó, Martha era la niña más ingenua del salón, creía toda clase de cosas que sus compañeros le contaban, y siempre escuchaba con mucha atención. Steve no tenía fama de ser alguien hable todo el tiempo con total honestidad, desde copiar en los exámenes y toda clase de excusas sin sentido que inventaba para cubrir el hecho de no haber realizado su tarea, era la causa por la que ninguno, a excepción de Martha le creyó, se detuvo unos segundos, mirando a las personas que hacían la mudanza bajar varias cajas y uno que otro sofá, del camión, también observó una niña de no más cuatro años de edad, llevar entre sus manos una muñeca, pensó si tal vez había alguien de su edad, tal vez era su oportunidad de hacer más amistades, le preocupaba el hecho de entrar a clases y conocer pocas personas o que sus antiguos amigos que lo saludaban al menos en la primaria, cambiarían de opinión al entrar a la secundaria, los niños pueden ser muy crueles si se lo proponen. Miró unos segundos más y no vio a nadie, que pareciera de su edad, solo señores mover cajas y la niña con su muñeca. Siguió el camino, unos treinta metros más adelante, un lote vacío que al parecer no le pertenecía a nadie o eso era lo que creía la gente, que con el tiempo colocaron todo tipo de juegos para niños. Dejó la bicicleta en el suelo y subió a uno de los columpios, sacó del bolsillo de su chaqueta un reproductor de mp3, buscó una canción al azar. "Kryptonite de 3 doors down" sonó, colocó los audífonos en sus oídos y empezó a mecarse en el columpio. La influencia de Quentin sobre Harry era muy notoria, Harry era un reflejo de lo que Quentin hacía, el aislarse de las personas, la música, su amor por las hamburguesas y su fascinación por ir de pesca, toda clase de cosas que Quentin amase hacer, se iban convirtiendo en doctrinas que Harry tomaba. De ahí el por qué debemos tener cuidado de las cosas que sin intención plantamos en aquellos que siguen nuestros pasos. A mitad de la canción, mientras fantaseaba con todas las escenas probables de cómo sería su primer día en la secundaria, notó la silueta de alguien haber tomado el columpio de su costado izquierdo.

- ¿Qué escuchas? —preguntó una niña de ojos claros y cabello rizado.
—3doors down, —respondió Harry, quitándose los audífonos de sus oídos. La música aún se podía escuchar a bajo volumen.
—No te duele la cabeza por escuchar ese nivel de sonido, —preguntó la niña, mientras se empujaba a sí misma en el columpio.
—Estoy acostumbrado, —contestó. —¿Vives aquí? —preguntó inmediatamente. Pues su rostro no se le hacía conocido.
—Sí, nos acabamos de mudar hoy, por allá, —dijo señalando hacía la casa que antes pertenecía a la familia de Steve.

- La conozco, un amigo vivía ahí.
—Supongo que lo vas a extrañar.

—Creo que todos en la escuela lo haremos, —respondió. —Por fin algo de lo que decía era cierto, —musitó, como si fuese tan solo un pensamiento dicho.

—¿Qué? —preguntó al no entender por completo el murmullo de Harry.

—Nada. No me hagas caso.

—Me llamo Filis, —dijo estirando su mano.

—Soy Harry, —respondió sujetando la mano de Filis. —Nunca había escuchado el nombre de Filis, —comentó Harry.

—Mis padres dicen que es griego y significa "adornada con hojas".

—Yo no sé qué significa Harry.

—¡Ya!

Harry pensó en los consejos de Quentin sobre cómo hablar con una niña, "hablar de lo que sea", miró su aspecto no se veía como alguien que supiese de fútbol, tampoco quería dar la impresión de ser un friki al hablarle de su pasión por la astronomía y las matemáticas. ¿Qué se supone que le diría, cuánto es tres por cuatro o la raíz cúbica de veinte y siete? ¿Qué difícil es buscar un tema de conversación! Pensó, los segundos pasaban y el silencio se volvía incómodo. ¡Piensa algo rápido! —¿te gusta respirar? —preguntó Harry.

—¿Qué?

Expresó Filis, confusa por la pregunta.

—Sí, ¿te gusta hacerlo o sólo lo haces porque lo necesitas?

—No lo sé, nunca lo había pensado, —contestó Filis. —A ti te gusta, —pregunto.

—Sí, me gusta respirar, considero que lo hago bastante bien. Quiso salir corriendo después de la última oración que salió de su boca. Qué era eso de "considerar que lo hago bastante bien" No estaba seguro si eso hacía sentido.

—¿Vienes a este parque seguido? —pregunto Filis.

—Sí, vengo seguido a escuchar música. — Por supuesto que era algo que en lo absoluto hacía, de hecho, la necesidad de ir a un parque a pensar, fue influencia de una caricatura que Harry veía en las mañanas en la tv, dónde los personajes de esta caricatura juegan de manera rutinaria en el parque, Harry pensó el por qué nunca visita el lote vacío detrás de su casa, eran las últimas semanas de vacaciones, así que decidió ir al lote. —Vengo siempre con mi bicicleta. ¿Tienes una? —preguntó.

—No, pero tengo una patineta, —contestó. —¿Eso sirve?

—Creo que sí. Podríamos ir a dar vueltas a la manzana hasta que tengas amigos en la secundaria.

—Voy a primer año, —dijo Filis.

Harry sonrió, serían compañeros. Recordó el juego del futuro, pensó en cada fantasía que tuvo antes de que Filis llegara, la escena era de tener alguien con quien pasar en la hora de recreo y tener con quien hablar en horas libres. —También voy a primer año, —añadió.

—Genial, tendré una cara conocida el primer día de clases, —dijo Filis, balanceándose sobre

el columpio. —¿Qué es lo mejor de Nottingham? —preguntó.

—Pues depende mucho de lo que te guste, hay mucha historia; un recorrido sobre la vida subterránea en épocas de guerra, los museos, la historia de Robin Hood, también está el río Tremp, si te gusta navegar, creo que es la actividad correcta. Respondió Harry.

—Nunca he navegado, —comentó Filis.

—Mi tío suele llevarme seguido, tal vez...

—Sí, sí quiero ir, —respondió Filis antes que Harry terminara la oración.

—Genial, —expresó Harry con una cálida sonrisa.

—Pero ahora debo irme, seguro mis padres deben estar buscándome. Filis caminó unos siete pasos antes de darse la vuelta. — Te veo aquí mañana, a esta hora, —dijo al final y se marchó.

Harry se quedó viendo como a lo lejos se marchaba Filis, después de quedar idiotizado unos segundos, reaccionó, era tarde, su abuela seguramente estaría molesta de no haberlo visto en casa a la hora acordada, tomó la bicicleta que estaba tirada sobre el suelo, y pedaleó lo más rápido que pudo, por suerte no estaba muy lejos de casa, dio la vuelta a la manzana, pasó con tanta prisa que ni siquiera notó como Filis lo observó al pasar fuera de su casa. Al llegar soltó la bicicleta en el patio y corrió velozmente por la puerta trasera.

—Llegas tarde, —comentó Lily, mientras preparaba jugo de durazno.

—Recuerdas a Steve, —preguntó Harry, tratando de excusarse. —Pues resulta que se mudaron, conocí a los nuevos vecinos. Fue eso lo que me distrajo.

—Bueno, ve a lavarte las manos—. Harry pasó al baño de visitas del primer piso. —Hoy no podrás salir en la tarde, Quentin vendrá por nosotros para ir a casa Lieseri, —vociferó, desde la cocina.

—Está bien, —respondió Harry, desde el baño.

Al salir de la peluquería Bill y Virginia se dirigieron a un restaurante latino a pocos metros del salón de belleza donde se encontraban. El lugar era colorido, paredes llenas de dibujos, de especies acuáticas, y una enorme pared de pecera, que dividía el salón en dos alas, se sentaron del ala izquierda entrando por la puerta de entrada, tomaron una mesa, cerca de una ventana que era muy poco visible al aparcamiento. Pidieron dos platos de langosta y langostinos apanados.

—Te quedó perfecto el corte, —comentó Bill. Virginia respondió con una cálida sonrisa.

—Espero mi tarta de arándanos.

—Lo sé, no lo he olvidado, al salir de aquí iremos a casa, dónde Lieseri, me ayudará, —respondió Bill. —Hablando de regalo, pensé en darle ahora su regalo de cumpleaños. — Bill sacó del bolsillo una caja, color violeta y se la entregó a Virginia.

Al abrir la caja Virginia, miró un guardapelo de oro. —Que hermoso es, —dijo sorprendida. Al abrirla vio una foto de María cuándo era tan solo una adolescente. Esa foto la sacó del álbum de recuerdos, la noche que acompañó a Lieseri a casa, después de volver del hospital. Miró la foto de María y sus ojos se llenaron de lágrimas. — Esto es hermoso, —dijo intentando contener el llanto. Abrazó a Bill. —Gracias, hijo, —dijo al final antes de que los meseros trajeran los platos de comida.

mrro

Por otro lado, Quentin y Lieseri estaban en el centro comercial, buscando suéteres que podrían gustarle a Virginia, buscaron tres suéteres de diferentes colores talla M, además de tres suéteres navideños del mismo modelo, para; Joanne, Virginia y Lieseri, así tendrían que usar en la cena de nochebuena. —Te gustan estos, —preguntó Lieseri mostrando unos suéteres que tenían cuello de jirafa.

—Se ven bien, pero no creo que tu abuela quiera ropa tan pegada, porque no buscamos por acá, —dijo mientras señalaba y tomaba la mano de Lieseri, la llevó a una sección de suéteres con tallas más anchas. —Estos se ven más cómodos, —comentó

Lieseri tomó uno y se vio en el espejo, simuló tenerlo puesto, poniendo el suéter por delante de ella. —Este se ve bonito, —indico.

—Por qué no buscamos tres parecidos, pero en diferentes colores, —sugirió Quentin.

Mientras veían prendas una chica de no más de veinte años de edad se acercó a Quentin. —Puedes firmar mi diario, —preguntó, con algo de timidez en su rostro y la voz tan suave que parecían susurros.

—Claro, —respondió Quentin.

—Tengo en mi diario escrito uno de tus poemas—. La chica buscó en una pequeña mochila su diario y un lapicero. Encontró el diario y se lo dio a Quentin, pero por más que buscara no halló un lapicero.

Quentin, dio el diario a Lieseri para que lo sostuviera mientras buscaba entre los bolsillos de su chaqueta un lapicero. —No te preocupes, siempre traigo conmigo un lápiz, —dijo mientras hurgaba en su chaqueta.

Lieseri leyó el poema escrito sobre el diario de la joven muchacha. "Pido a la lluvia que te empape, que te vista de ella. Pido al frío que te desnude, que me llames, que seré hoguera. Le pido al sol tu cuerpo desnudo, que seré agua salada. Y hoy y, siempre, sólo pido que me quieras, y que no me olvides" —Aquí tienes, —dijo Quentin sacando una pluma, firmó la libreta de la muchacha y esta se tomó una foto con él y luego se marchó.

—No sabía que escribías poesía, —comentó Lieseri.

—No lo hago desde hace muchos años, —respondió.

—¿Por qué? preguntó ella.

Quentin la miró. —En realidad nunca he publicado como tal un libro de poesía, lo que ella tiene es la copia de un concurso de literatura del cuál fui parte cuándo estaba en el instituto. Cada poema o escrito lo muestran en clases. Eso que leíste sólo es popular aquí, en Nottingham, —añadió.

—Son privilegiadas las personas de Nottingham al tenerte, —dijo Lieseri, mientras tomaba los suéteres.

—En realidad no creo ser bueno para ello.

Lieseri se dio la vuelta y miró a Quentin.

—Si a mí me dedicarán algo como lo que leí en la libreta de esa chica, estaría muerta.

Quentin la miró, pensando que tal vez no era tan mala idea, intentar crear un poemario.

—Vamos a pagar, —sugirió Lieseri y ambos caminaron a la caja, dónde un hombre alto, con una barba desarreglada y lentes finos redondos, que no combinaban con el contraste de su rostro, los atendió mientras comía una hamburguesa.

Una hora antes del cumpleaños de Virginia.

Harry se encontraba en la habitación terminando de amarrar los cordones de sus zapatos de zuela color negro. Zapateo un par de veces en el piso, caminó frente al espejo y colocó una corbata alrededor de su cuello, hizo un nudo de corbata que meses atrás Quentin le había enseñado como hacer.

Intentó arreglar su cabello con sus dedos, que quedó de la misma forma, antes de tocarlo. Escuchó de repente sonidos por la ventana de su habitación. Caminó a ella y echó un vistazo, eran Filis y su hermana menor que jugaban en el patio de la casa junto a sus padres. Se quedó unos minutos observando como Filis y su familia pasaban el rato. Ella notó a Harry observándolos desde la ventana. Alzó su mano en señal de saludo, a lo cual Harry respondió de igual manera.

Pocos sucesos en la vida de una persona crean un gran impacto sin importar la edad o época en la que vivas. Cómo la vez que un anciano que nunca conoció el amor, lo encontró en la última etapa de su existencia en un asilo. La vez que caminas a gran velocidad por llegar tarde a clases del instituto y chocas con la persona que partirá tu mundo en un antes y un después. Como la vez que Lieseri conoció a Quentin en el bar. O la vez que una niña se te acerca, y a ti y lo que mejor se te ocurre para decir es "si le gustaba respirar". El amor llega sin avisar, sin decir cuándo volverá de nuevo y cómo estará vestido. El amor es impredecible, cómo la vida misma. Como sabemos, el destino se encarga de unir a las personas que están destinadas a amarse para toda la vida con un hilo rojo. O tal vez los griegos tienen razón, si fuimos separados y condenados a vivir buscando nuestra otra mitad. No sabemos de dónde nace el amor y cuál fue la primera persona que la vivió. Sabemos muy poco del amor, porque siempre que llega trae consigo nuevos aires, se reinventa y cambia por completo nuestra manera de querer, eso es el amor.

—¡Harry! —se escuchó desde la habitación de Alisa.

—¡Ahora voy, ma! —contestó Harry, vociferando. Se dio tres segundos más para ver a Filis por la ventana y luego se marchó.

Filis regresó a ver la ventana de Harry, pero él ya no estaba, miró hacía su casa, una habitación con balcón del segundo piso daba al frente de la habitación de Harry. —Ma, puedo elegir cualquier habitación que yo quiera, —preguntó.

Harry, ingresó a la habitación de Alisa.

—¿Es necesario que use esto?, —preguntó señalando su traje.

—Los niños deben vestir siempre formal, sin importar cuál sea el evento, —contestó Alisa.

—Ma, voy a ir a primer año de secundaria, la mitad de mis compañeros tienen novias y salen con ellas, soy un adolescente, no puedes seguir tratándome como un niño.

—Eres mi niño, no importa cómo los padres de tus compañeros los tratan, para mí eres un bebé aún, —indicó Alisa.

Harry echó la cabeza hacia atrás, sabía que no había persona en el mundo que hiciera cambiar la forma de pensar de Alisa. —Necesitas tener otro hijo, —pensó unos segundos en lo que dijo, ¡es una grandiosa idea!, así Alisa tendría los ojos sobre un bebé de verdad y lo dejaría ser libre, "el libre albedrío" será eso de lo que la abuela habla cuándo el libro cristiano. —Madre, necesito un hermano, —comentó. —No puedo seguir siendo hijo único, —agregó.

—Ni siquiera tengo pareja, —contestó Alisa, además no quiero otro hijo, tengo al mejor, —dijo mientras besaba las mejillas de Harry.

Luego de pasar la mayor parte del día con Lieseri, ayudándole a escoger los suéteres que Lieseri pensaba obsequiar, Quentin compró unos aretes en una joyería al costado de la tienda de ropa. Pasó luego a casa de Lieseri, dónde ella se bajó y tomó dirección a su hogar. Tomó una larga ducha, se vistió formal, con un traje azul marino, buscó un pisacorbata entre los cajones de su armario, abrió el último cajón del mueble, y sacó una caja de cartón, al abrirla encontró fotos de su exesposa y de su hijo, se quedó unos segundos mirando cada foto. Recordó la última noche antes de la tragedia, hicieron maratón de la guerra de las galaxias, pidieron pizza y pasaron toda la noche y madrugada en la sala de estar, hasta quedarse dormidos. Guardó las fotos, husmeó y encontró tres pisacorbatas, las sacó de la caja y la guardó en el último cajón del armario. Colocó el pisacorbata, restregó su cara con las palmas de sus manos, y salió de casa. Al llegar a casa de Lily, dejó la camioneta estacionada, fuera del garaje. Ingresó por el patio trasero y por la cocina, Lily se encontraba leyendo un libro sobre uno de los sofás de la enorme sala. Quentin llegó y besó a su madre en la mejilla. Ella se quitó los lentes de lectura.

—Te ves muy guapo esta noche, hijo, —comentó Lily.

—Tengo la madre más hermosa del mundo, —contestó Quentin, con una cálida sonrisa. —¿Qué lees? preguntó.

—La historia del amor, de Nicole Krauss, —contestó Lily, —he subrayado dos citas que pensaba leerte, y ya que estás aquí, me gustaría hacerlo.

—Adelante, —contestó Quentin, tomando asiento en el sofá, frente a su madre.

Lily se puso los lentes de lectura y buscó entre las páginas. "Los sentimientos no son tan viejos como el tiempo" empezaba. Del mismo modo que hubo una primera vez en que alguien hizo saltar una chispa frotando dos palitos, hubo también un primer momento de alegría y un primer momento de tristeza. (...) Es posible que la emoción más vieja del mundo fuera la de sentirse conmovido; pero describirla —nombrarla siquiera— debía de ser como tratar de apresar algo invisible. (...) Ni siquiera hoy en día existen todos los sentimientos posibles. Faltan todavía

los que están más allá de nuestra capacidad y nuestra imaginación. (...) Y entonces, por millonésima vez en la historia del sentimiento, el corazón se eleva y absorbe el impacto. Pasó unas páginas más adelante, buscando la siguiente cita. Érase una vez un niño. Vivía en un pueblo que ya no existe, en una casa que ya no existe, al borde de un campo que ya no existe, en el que todo se descubre y todo era posible. Un palo podía ser una espada. Una piedra podía ser un diamante. Un árbol, un castillo. Érase una vez un niño que vivía en una casa que estaba al borde de un campo y, al otro lado del campo, vivía una niña que ya no existe. Los dos se inventan mil juegos. Ella era la reina y él era el rey. A ella le brillaba el pelo al sol de otoño, como una corona. Recogían el mundo a pequeños puñados. Cuando el cielo oscurecía, se despedían, y tenían hojas enredadas en el pelo. Érase una vez un niño que amaba a una niña, y la risa de ella era como una pregunta que él quería pasar la vida contestando. —Terminó y cerró el libro, lo dejó en el velador al lado de una bola que dentro contenía un reno, y varias casas que simulaban una aldea, o pueblo, contenía líquido y piedritas blancas, que, al agitarlo, simulaba nieve.

—Que hermoso, fue eso que leíste, —comentó Quentin.

—Tengo un cuaderno lleno de citas. Allí encontrarás miles de frases, algunas no tienen sentido si no has leído el libro y otras ni siquiera fueron sacadas de libros, tampoco sé quiénes las dijeron, son frases que escuché y se quedaron grabadas en mi cabeza. Llevaba mucho tiempo sin escribir sobre aquel libro, porque me quedaban pocas hojas. Casualmente las últimas frases puestas sobre el cuaderno, fueron sacadas de tu libro, —dijo mientras se quitaba los lentes. —Quiero que sepas que citas estarían después de las tuyas. Al Cuaderno no le quedan más de diez hojas, guardaba espacio para tus siguientes libros. Pero estás citas no podían ser ignoradas.

—Entiendo, me gustan mucho.

—Tal vez no tiene mucho sentido para ti, pero lo tiene para mí, —añadió Lily. Segundos después, Alisa y Harry, bajaron por los escalones.

—Estamos listos, —indicó Harry en cuanto miró a Quentin, hizo un saludo con la cabeza.

—¿Qué fue eso? —preguntó Alisa.

—Es como nos saludamos ahora, —contestó Quentin. —Harry ya es un adolescente no podemos abrazarnos todo el tiempo.

—¡Ves, él me entiende! —expresó Harry.

—Eres un bebé aún, y no hay discusión.

—Después me muestras tu cuaderno, quisiera leer algunas de las citas que tienes anotadas, —musitó Quentin, a Lily. —Bueno, es hora de irnos—. Se puso de pie, estiró su brazo, para que su madre lo tomara y la acompañará de camino al auto.

Bill se encontraba en su departamento, a pocos minutos de salir a casa de Virginia, una llamada surgió, mientras colocaba un poco de loción, sobre su cuello.

—Hola. —contestó.

—Soy Lieseri, —respondió.

—Lo sé, vi tu nombre al momento de contestar.

—Lo siento, ¿bueno tienes lista la tarta de arándanos? —preguntó.

—Sí, que por cierto me abandonaste, pero no pienso delatarte, —dijo Bill, recordando las veces que en el instituto Lieseri hacia el trabajo por ambos—. Pondré tu nombre en el trabajo también, —comentó con tono sarcástico.

—Perdóname la vida. Surgieron cosas y no pude ir a tu casa, —contestó Lieseri.

—No te preocupes, de todas formas, la receta la tenía yo.

—Te debo una.

—Tendrás que comprarme un cartón de donas, —dijo Bill y se despidió. —Te veo en un momento. Luego de colgar, caminó hacia la cocina, puso la tarta sobre un táper enorme y redondo, lo metió sobre una bolsa blanca y salió del departamento.

Veinte minutos antes del cumpleaños. Bill salió de casa, llevando en sus manos la tarta de arándanos que había preparado con sus manos para Virginia, salió y tomó la ruta Clifton Blvd, camino a casa de Lieseri, se detuvo en un semáforo, dónde a pocos metros, una floristería llamada "Estaciones" brillaba entre los demás locales comerciales, como si fuese una señal divina y "Estaciones" era el camino, pensó en que no era mala idea comprar un ramo de margaritas, sabiendo que eran el tipo de flor preferida por Virginia, al igual que las de Lieseri. Pocos segundos después el semáforo se puso en verde, Bill adelantó el coche unos metros y se estacionó, frente a la floristería. Se bajó del auto, al entrar al abrir la puerta una campana de aviso sonó, una chica apareció de repente, de cabello castaño y rizos, sus ojos eran azules. «Bienvenido a estaciones, dónde tenemos una flor para cada mes del año» dijo la chica, como si decir esa frase la hacía sentir robotizada.

—Buenas noches, —contestó Bill. —Estoy buscando margaritas.

—Gran elección, —comentó la chica, y lo guía dónde tenían todo tipo de margaritas; en ramo, en macetas, hasta semillas de la misma. —¿Un ramo, estaría bien? —preguntó.

—Sí, está bien, —contestó Bill, sacó una tarjeta de débito de su cartera marrón algo desgastada, pagó con ella y esperó las flores.

—Aquí tiene sus margaritas, —dijo la muchacha después de envolver las margaritas en papel kraft, color beige.

Bill asintió con la cabeza, en tono de agradecimiento y salió de "Estaciones". Entró al auto y dejó el ramo de margaritas sobre la caja de la tarta de arándanos, y continuó el camino.

Quentin, llegó a casa de Virginia, dejó el carro estacionado, detrás de una cola de autos, que no tenía idea a quién pertenecían, pero de seguro eran de personas cercanas a la

familia. En realidad, no era así, Lieseri había invitado un par de compañeras docentes de la universidad con las que tenía mejor afinidad en relación, también, se encontraba el auto de Margaret que habría llegado temprano, con una caja de regalo. Quentin, caminó de la mano de su madre Lily, junto a Alisa y Harry, tocaron el timbre en dos ocasiones después de subir al pórtico. Joanne abrió la puerta unos segundos después. Saludó a Quentin con un fuerte abrazo.

—Joanne, te presento a mi madre Lily, mi hermana Alisa y Harry mi sobrino, —dijo mientras los saludaba con un abrazo amistoso.

—Pero, pasen por favor, —comentó Joanne, mientras acompañaba a Quentin y su familia al

salón. Quentin saludó a Virginia con un abrazo.

—Feliz cumpleaños, —dijo Quentin, mientras entregaba una caja de regalo.

—Gracias, hijo. Contestó Virginia.

A pocos metros Lieseri notó la presencia de Quentin. —¿Lo invitaste? —preguntó Margaret. —Lieseri hablamos sobre él, —indicó.

—Sí, hablaste y yo te escuche, —contestó Lieseri, pidió disculpas y camino directo a Quentin, quién se encontraba conversando con Virginia, junto a su familia.

Minutos más tarde llegó Bill que dejó el auto un par de casas más atrás por la larga fila de carros estacionados sobre la casa de Lieseri. Salió del auto, tomó las flores y la caja de la tarta de arándanos, y caminó en dirección a la casa de Lieseri. Tocó el timbre, Virginia abrió la puerta.

—Feliz cumpleaños, nuevamente, —dijo Bill, en cuanto abrazaba a Virginia, ella lo acompañó hasta la cocina dónde dejaron la tarta. Virginia también dejó las margaritas sobre un jarrón transparente.

—Luego le pondré agua —dijo, mientras caminaban juntos hacia el salón.

—Son más personas de las que esperaba, —comentó Bill.

—No conozco a la mitad, —contestó Virginia. —Por ejemplo; aquellos junto a la puerta del jardín son compañeros cercanos de Lieseri, de ellos, conozco a la señora de vestido rosa. Era compañera de María en la universidad, —agregó. —Aquellos de allá, junto a Joanne y Elizabeth es la familia de Quentin.

—¿Él llegó ya?, —preguntó Bill.

—Sí, debe estar en el patio hablando con Lieseri. —Virginia notó como cambiaba el ánimo de Bill cuándo escuchaba de Quentin, aunque intentaba ocultarlo. —Aquellos que están en el rincón no los he visto pero son conocidos de Joanne.

—Los he visto en las reuniones del proyecto Tremp, —aseguró Bill.

—El único rostro familiar aquí, eres tú, hijo, —señaló Virginia.

Bill le dio un abrazo. —Feliz cumpleaños, otra vez, —dijo sonriendo.

Joanne, hizo sonar su copa. —¡Atención! —expresó mientras cada una de las personas dentro de la casa miraban a Joanne. —Madre, —dijo mientras estiraba sus manos. Virginia caminó junto a Joanne. —Estoy muy agradecida, de que cada uno de ustedes nos acompañen esta noche, para nosotras hoy no fue un día cualquiera, es un día especial dónde celebramos la vida de la primera persona que amé en mi vida. ¡Mi madre! parece que fue ayer cuándo nos llevabas al parque o de compras y siempre sabías qué sabor de helado preferíamos cada una de nosotras. Lieseri y yo, somos las mujeres más afortunadas de esta tierra al tenerte, —dijo en cuanto tomaba su mano. —Brindemos por Virginia Becher, por ti (...) madre, que te amamos infinitamente. —Por Virginia Becher, —repitieron todos. Joanne y Lieseri abrazaron a Virginia.

Bill miraba la escena. Parecía una película que alguna vez él imaginó, Virginia, Joanne y Lieseri, conversando augustamente con una familia, pero la familia que él había imaginado era la suya, la película era la misma, sólo había cambiado al actor principal, en su lugar un hombre con vello en el rostro y ligeramente más alto lo sustituye. Bebió todo el champagne dentro de su copa,

y miró a sus costados, buscando un trago más. A pocos metros una charola con varias copas llenas de champagne, con tazones y platos llenos de bocadillos, se encontraban postrados sobre una mesa, cubierta por una enorme tela blanca. Caminó y tomó una copa y bebió la mitad de un trago.

—Buscas embriagarte, —dijo Alisa.

—N.. no por supuesto que no, —respondió Bill.

—Tu rostro no me es familiar, —lo miró de pies a cabezas, intentando escanear su imagen.
—No eres de aquí.

—No, soy un familiar lejano de la cumpleañera, —contestó Bill.

—¿Y qué tiempo te quedas?, —preguntó Alisa.

—En unos días me iré, —contestó Bill.

—Es una pena que te vayas tan pronto, Nottingham es muy lindo si lo conoces, —comentó.

—Quentin, te presento a Trevor es el director de la secundaria Nottingham East High, —dijo Joanne. —Habíamos hablado y Trevor busca un profesor de Literatura para la secundaria, yo le comenté que la mejor opción era precisamente un escritor, el mejor que ha tenido esta ciudad, —añadió Joanne.

—Es un gusto por fin conocerlo, señor Quentin, —comentó Trevor con un fuerte apretón de manos.

—El gusto es mío, —respondió Quentin.

—He escuchado mucho sobre usted, desde que llegué a Nottingham, tuve la oportunidad de leer su libro, deje decirle que es bastante inspirador y nostálgico, pero fascinante sin duda alguna.

—Pues creo que en algún momento de mi vida me plantee el ser maestro, creo que podríamos conversar sobre ello.

Quentin recordó cuándo su padre fue maestro pocos años antes de jubilarse. Recordó las palabras que él le dijo. "Llega un punto en la vida de una persona que se convertirá en un maestro, un sensei de los hijos, sobrinos o cualquier niño que mira nuestros pasos con admiración. Entonces es cuándo todo lo adquirido con el pasar de los años lo expresas. El ser humano jamás aprende por sí mismo, todos nos convertimos en guías, de un camino lleno de errores y baches". La idea de ser maestro cada vez sonaba mejor dentro de su cabeza, con el pasar de los minutos, pues tiempo le sobraba.

—¿Le parece que el lunes al medio día en mi oficina platiquemos sobre esta posibilidad? —indicó Trevor.

—El lunes estaré allí, —dijo al final Quentin.

—Entonces ¿estás aquí por la cumpleañera? —preguntó Alisa.

—No, —contestó Bill. —En realidad, vine por el proyecto Tremp, pero debo marcharme en

unos días, volver a casa.

—Todo aquél que visita Nottingham es bien recibido, por si decide volver, —añadió Alisa.

Bill contestó con una sonrisa, trataba de distraerse con la plática de Alisa, pero a pocos metros Quentin y Lieseri se encontraban juntos y rodeados de personas. Y dónde estaba él, platicando con una extraña cerca de la mesa con copas de champagne. Se sintió un bicho raro, cómo se siente todo aquel que es nuevo en un lugar, como la vez que te cambias de escuela y entras a un salón donde todos son amigos menos tú. Como la vez que llegas a una ciudad nueva y entras a un bar y decides sentarte en la barra, es mejor tener al frente al cantinero que preguntara cada cinco minutos si llena tu vaso de cerveza que tener en frente una silla vacía, con fondas de mesas llenas con personas platicando entre ellas. Bebió lo que quedaba de la copa.

—Fue un gusto conocerte, disculpa, ¿tu nombre era? —preguntó.

—Alisa, —respondió.

—Soy Bill. Bueno, fue un gusto conocerte Alisa.

—¿Por qué te vas tan pronto? —preguntó. — Aún no ha partido el pastel, qué no es acaso el motivo principal de asistir a un cumpleaños.

Bill sonrió. —Sí, todos amamos el pastel. —Pensó unos segundos, miró a Quentin y Lieseri. —Decido obsequiarte mi trozo de pastel, —dijo al final. Acertó con su cabeza en señal de despedida y se marchó.

Virginia presenció la escena, de Bill dejar la copa sobre la mesa y marcharse. Decidió alcanzarlo. Caminó detrás y justo antes de que Bill saliera por completo del patio —No piensas despedirte, —vociferó desde el pórtico.

Bill regreso a Virginia, —no quería interrumpir.

—Quisiera cambiar algunas cosas que creo que irían mejor, pero no puedo decidir sobre la vida de otras personas.

—No es necesario cambiar nada, —contestó Bill.

—¿Te marchas ya?

—Sí, creo que alargar los días hace más difícil el irse.

—Otra vez sin despedirte.

—No soy bueno haciéndolo.

—Se enojará, estás consciente de ello.

—Sí, no cambiaría nada.

—Ven, dale un abrazo a esta anciana, —dijo Virginia estirando sus brazos. Bill subió los cinco escalones del pórtico y abrazó a Virginia.

—Espero que nos volvamos a ver otra vez, debe visitarnos, mi madre estaría muy feliz de verla.

Virginia abrazó fuerte a Bill, como abrazas a esa persona que sabes que no verás en un largo tiempo, y quieres que ese abrazo no se borre a los pocos segundos. Saluda a tu madre de mi parte. Dijo al final Virginia. Y miró como Bill caminó a su auto, lo vio subirse, y vio como el carro desapareció al dar la vuelta en la primera esquina.

Bill se ha ido.

Mientras manejaba, encendió la radio del auto y se produjo ese momento en que sientes que el mundo quiere golpearte un poquito más fuerte. Entonces te recuerda el dolor que sientes. "with or without you de U2" sonó a volumen medio. Esa canción tiene una historia especial entre Lieseri y Bill. Era la noche del baile de graduación del instituto. Bill se encontraba cerca de la mesa, sirviendo dos vasos de ponche. Lieseri lo abrazó por la espalda. «podemos bailar», ella preguntó. «Siempre» contestó Bill y bailaron abrazados por casi cinco minutos. Pero se sintió toda una vida, y es que el amor es tan relativo con el tiempo. Que una hora con una persona pueden ser cuarenta con otra, como cinco minutos pueden ser una vida entera, y querer no basta con dos vidas, necesitarás tres o cuatro más. Sonrió irónicamente, segundos después pasó fuera de la cafetería en la que cenó un par de ocasiones con Lieseri. Llegó al departamento, y guardó cada una de sus cosas sobre las maletas, no llevaba mucho, más que ropa y un par de objetos que habría comprado el resto de cosas, había venido junto con el arriendo del lugar. Dejó las llaves del apartamento con el recepcionista y se marchó de Nottingham.

"Cada uno sabe del amor lo que el amor le ha querido contar. Hay quién cree saber mucho y no tiene idea de nada y quienes creen nunca haberlo sentido y no dejan de recibir. El amor es desorden, es infinidad de emociones que lo único que espera, es que todo sea mutuo y real".

Así es el amor.